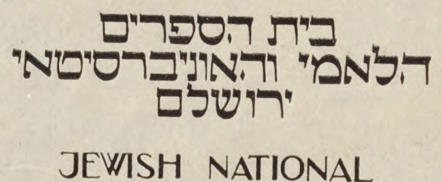

3
C
23
ol. 4



JEWISH NATIONAL
AND UNIVERSITY LIBRARY
JERUSALEM

ספריה לזכרון

ר' שמריהו הרץ

מתנת בנו מנחם עמנואל הרץ

SIMON HERTZ

MEMORIAL COLLECTION

DONATED BY

EMANUEL HERTZ



הספריה הלאומית
43 C 123
Macaulay, Thomas Babington
Historia del reinado de Guillermo III
Vol. 4 C.1
2860774-40
DIN

HISTORIA

DEL

REINADO DE GUILLERMO III

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XC

HISTORIA

DEL

REINADO DE GUILLERMO III

(CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA)

POR

LORD MACAULAY

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE

D. DANIEL LÓPEZ

TOMO IV

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1906



43C123
942,06

MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III.

CAPÍTULO OCTAVO.

(CONTINUACIÓN.)

XIV.

Estado de las Tierras Altas.

Las Tierras Bajas de Escocia estuvieron durante el año que siguió á la legislatura de 1690 tan tranquilas como nunca; pero el estado de las Tierras Altas causó grave inquietud al Gobierno. La guerra civil en aquella salvaje región, después de haber ardido en toda su fuerza, había continuado durante algún tiempo ardiendo bajo las cenizas. Por último, á principios de 1691, los jefes rebeldes informaron á la corte de Saint-Germain de que, hostigados por todas partes como estaban, no podían sostenerse más tiempo sin el socorro de Francia. Jacobo les había enviado una pequeña cantidad de harina, aguardiente y tabaco, y les había dicho francamente que nada más podía

hacer. El dinero andaba entre ellos tan escaso, que seiscientas libras esterlinas hubieran sido aumento muy respetable para sus fondos; pero aun esta suma no les pudo enviar. No era, pues, de creer, que en tales circunstancias esperase que defendieran su causa contra un gobierno que tenía un ejército regular y una renta cuantiosa. Hízoles, pues, saber, que no llevaría á mal que hicieran paces con la nueva dinastía, con tal de que estuvieran siempre dispuestos á alzar el estandarte de la insurrección tan pronto como él se lo ordenara (1).

En tanto, habíase determinado en Kensington, á despecho de la oposición del *Master* de Stair, ensayar el plan que Tarbet había recomendado dos años antes, y que de haber sido puesto en práctica cuando él lo recomendó, hubiera evitado probablemente muchos disturbios y mucho derramamiento de sangre. Se resolvió emplear de doce á quince mil libras en la pacificación de las Tierras Altas. Esta era cantidad tan grande, que á cualquier habitante de Appin ó de Lochaber hubiera parecido casi fabulosa, y que realmente era, en proporción, comparada con la renta de Keppoch ó Glengarry, mayor que un millón y quinientas mil libras en comparación de la renta de lord Bedford ó lord Devonshire. La cantidad era bastante; pero el Rey no estuvo afortunado en la elección de agente (2).

(1) *Vida de Jacobo*, II, 468, 469.
(2) Burnet, II, 88; el Master de Stair á Breadalbane, dic. 2, 1691.

XV.

El Conde de Breadalbane encargado de negociar con los clanes rebeldes.

Juan, Conde de Breadalbane, jefe de una rama menor de la gran casa de Campbell, ocupaba alto rango entre los principillos de las montañas. Podía poner en el campo mil setecientos *claymores;* y diez años antes de la revolución había entrado en las Tierras Bajas al frente de esta gran fuerza con el propósito de sostener la tiranía episcopal (1). En aquellos días afectaba gran celo por la monarquía y el episcopado; pero, en realidad, el gobierno y la religión le inquietaban muy poco. Unía, al parecer, dos diferentes clases de vicios, producto de dos regiones diferentes y de dos diferentes etapas en el progreso de la sociedad. En su castillo, situado entre las montañas, había aprendido el bárbaro orgullo y ferocidad del jefe montañés. En la Cámara del Consejo de Edimburgo había contraído el profundo vicio de la traición y la corrupción. Semejante á otros muchos nobles compañeros suyos, después de la revolución se había unido y había vendido á todos los partidos sucesivamente, había jurado fidelidad á Guillermo y María, y había conspirado contra ellos. Hubiera sido demasiado enojoso trazar todos los cambios y artificios de su conducta durante el año 1689 y la primera parte

(1) Burnet, I, 418.

del 1690 (1). Esta conducta fué algo menos tortuosa cuando la batalla del Boyne hubo intimidado á los jacobitas. Pareció entonces probable que el Conde sería súbdito leal de Sus Majestades hasta que sufrieran algún gran desastre. Nadie que lo conociera se fiaría de él; pero pocos políticos escoceses eran entonces de fiar, y, sin embargo, escoceses habían de ser los políticos que se empleasen. Su posición y sus relaciones le señalaban desde luego especialmente como persona que, si quería, podría contribuir grandemente á la empresa de pacificar las Tierras Altas, y su interés parecía ser garantía de su celo. Él tenía, según declaraba con toda apariencia de verdad, poderosas razones personales para desear que se restableciera la tranquilidad. Sus tierras estaban situadas de tal modo que, mientras durase la guerra civil, sus vasallos no podían apacentar sus rebaños ni sembrar la avena en paz. Diariamente eran devastadas sus tierras; diariamente le robaban ganado; una de sus casas había ardido hasta los cimientos. Era, pues, probable, que hiciera cuanto estuviera de su parte porque terminasen las hostilidades (2).

Se le comisionó, por tanto, para tratar con los jefes jacobitas, confiándole el dinero que debía distribuir entre ellos. Invitólos á una conferencia en su residencia de Glenorchy. Vinieron, en efecto; pero el tratado marchó muy lentamente. Todos los jefes de tribu pedían mayor cantidad de oro inglés de la que se les podía dar. Breadalbane se hizo sospechoso de querer engañar á los clanes y al Rey. La disputa entre los rebeldes y el Gobierno se complicó con otra

(1) Crawford á Melville, julio 23, 1689; el Master de Stair á Melville, agosto 16, 1689; Cardross á Melville, setiembre 9, 1689; *Memorias de Balcarras*; Annandale, *Confesión*, agosto 14, 1690.

(2) Breadalbane á Melville, set. 17, 1690.

disputa todavía más embarazosa. Los Camerons y Macdonalds estaban realmente en guerra, no con Guillermo, sino con Mac Callum More, y todo arreglo en que no entrase Mac Callum More no podia producir tranquilidad. Surgió, pues, una grave cuestión sobre si el dinero confiado á Breadalbane debía ser entregado directamente á los jefes descontentos ó si debía emplearse en satisfacer las deudas que les reclamaba Argyle. La astucia de Lochiel y las arrogantes pretensiones de Glengarry contribuyeron á prolongar las discusiones. Pero ningún señor celta se mostró tan intransigente como Macdonald de Glencoe, conocido en las montañas con el nombre hereditario de Mac Ian (1).

XVI.

Glencoe.

Mac Ian vivía en la boca de una hondonada poco distante de la margen meridional de Lochleven, brazo de mar que penetra muy adentro en la costa occidental de Escocia, y separa el condado de Argyle del de Inverness. Cerca de su casa había dos ó tres pequeñas aldeas habitadas por su tribu. Calculábase que el total de la población gobernada por él no pasaba de doscientas almas. En las inmediaciones del pequeño grupo de aldeas que gobernaba había algún arbolado y terrenos de pasto; pero internándose algo más en el desfiladero, toda huella de población y de cultivo desaparecían. Glencoe significa, en lengua gaélica,

(1) El Master de Stair á Hamilton, agosto 17 (27), 1691; Hill á Melville, junio 26, 1691; el Master de Stair á Breadalbane, agosto 24, 1691.

Valle del Llanto; y en realidad aquel desfiladero es el más desolado y triste de todos los desfiladeros de Escocia, el propio valle de la Sombra de la Muerte (1). Nieblas y tormentas se ciernen sobre él la mayor parte del tiempo en los más hermosos veranos, y aun en aquellos raros días en que brilla el sol y está el cielo sin nubes, la impresión producida por el paisaje es de melancolía y terror. El sendero se extiende á lo largo de una corriente que sale del más turbio y melancólico charco de montaña. Horribles precipicios de desnuda piedra lo limitan por ambos lados. Aun en julio puede verse muchas veces nieve en las quiebras inmediatas á las cimas. A lo largo de las rocas, en las laderas, montones de ruinas marcan la impetuosa corriente de los torrentes. Milla tras milla, busca en vano el viajero el humo de una cabaña, la vista de una forma humana envuelta en un *plaid*, y escucha en vano á ver si oye el ladrido del perro del pastor ó el balido del cordero. Milla tras milla, el único sonido que indica la vida es el débil grito de una ave de rapiña desde lo alto de alguna roca combatida de la tormenta. El progreso de la civilización, que ha trocado tan gran número de soledades en campos de doradas espigas ó que alegran las flores de los manzanos, ha contribuído sólo á aumentar la desolación de Glencoe. Toda la ciencia y la industria de una época de paz no han podido sacar nada útil de aquella soledad; pero en tiempos de violencia y de rapiña, la soledad era, como tal, apreciada por el abrigo que ofrece al bandido y á su presa. Nada más natural que el clan al cual pertenecía este áspero desierto se hiciera notar por sus hábitos de depredación.

(1) Alusión á la popular obra de Bunyan, *The Pilgrim's Progress*.—N. del T.

Porque entre los montañeses, el robar se consideraba generalmente como ocupación tan honrosa, por lo menos, como cultivar el campo; y entre todos los montañeses, los Macdonalds de Glencoe eran los que tenían el suelo menos productivo, y la más conveniente y segura madriguera de ladrones. Uno tras otro gobiernos sucesivos habían tratado de castigar esta raza salvaje; pero nunca se había destinado fuerza considerable á tal intento, y una fuerza pequeña era resistida con facilidad ó burlada por hombres familiarizados con todos los escondrijos y salidas de la natural fortaleza donde habían nacido y se habían criado. La población de Glencoe hubiera sido probablemente más pacífica si hubiera vivido entre sus deudos. Pero eran un puesto avanzado del clan Donald, separados de todas las demás ramas de su familia y casi rodeados por los dominios de la hostil raza de Diarmid (1). Veíanse impelidos por enemistad hereditaria, así como por necesidad, á vivir á expensas de la tribu de Campbell. La hacienda de Breadalbane había sufrido grandemente por sus depredaciones, y no era él de ánimo capaz de perdonar tales injurias. Así, pues, cuando el jefe de Glencoe se presentó en el Congreso de Glenorchy no encontró muy grata acogida. El

(1) «Lo cierto es que eran una rama de los Macdonalds (que siempre fueron gente muy esforzada y animosa), y se habían establecido entre los Campbells, los cuales (me refiero á los de Glencoe) son todos católicos, si es que tienen alguna religión; siempre fueron tenidos por gente muy dada á la rapiña y al despojo, una tribu de bandidos ó *sorners*, como nosotros decimos, y muy semejantes á vuestros salteadores de Inglaterra. Varios gobiernos quisieron hacerlos entrar en razón; pero su país era inaccesible á pequeñas partidas.» Véase *An Imparlial Account of some of the Trasanctions in Scotland concerning the Earl of Breadalbane, Viscount and Master of Stair, Glenco Men*, etc., Londres, 1695.

Conde, que ordinariamente ostentaba el solemne porte de un grande de Castilla, olvidó en su enojo su gravedad usual, olvidó el carácter público de sus funciones en aquel momento, olvidó las leyes de la hospitalidad, y con airados reproches y amenazas pedía reparación de los rebaños que habían llevado de sus tierras las gentes de Mac Ian. Éste llegó á temer seriamente que atentara el Conde contra su persona, y se dió por contento con poder volver sano y salvo á su valle (1). Había sido lastimado en su orgullo, y las sugestiones del interés concurrían con las de su orgullo herido. Como jefe de un pueblo que vivía del pillaje, tenía razones poderosas para desear que continuara el país en estado de revuelta. No era probable que recibiera ni una guinea del dinero que iba á ser distribuído entre los descontentos, porque la parte que le correspondiera de aquel dinero apenas bastaría á cubrir lo que Breadalbane exigiría como compensación; y no era dudoso que, quedara quien quedara sin cobrar, Breadalbane cuidaría de pagarse á sí mismo. Mac Ian trató, pues, de disuadir á sus aliados de aceptar condiciones de que él no podía esperar beneficio alguno, y su influencia no era pequeña. Cierto que sus vasallos eran pocos en número; pero él venía de la mejor sangre de las Tierras Altas; había mantenido siempre estrecha relación con sus más poderosos deudos, á cuyos ojos no perdía nada por ser ladrón, porque á ellos no les robaba nunca y porque nunca había entrado en la cabeza de ningún jefe celta que el robo, como tal, fuera acción mala y deshonrosa. Mac Ian gozaba, pues, de gran estimación entre los confederados. Era su edad venerable, su aspecto majestuoso, y poseía

(1) *Informe de los Comisarios*, firmado en Holyrood á 20 de junio, 1695.

en gran medida aquellas cualidades intelectuales que, en sociedades atrasadas, dan á los hombres ascendiente sobre los demás. Breadalbane se encontraba á cada paso que daba en las negociaciones envuelto en las artes de su viejo enemigo, haciéndosele cada día más aborrecible el nombre de Glencoe (1).

Pero no lo fió todo el Gobierno á la habilidad diplomática de Breadalbane. Las autoridades de Edimburgo publicaron una proclama exhortando á los clanes á someterse al rey Guillermo y á la reina María, y ofreciendo el perdón á todos los rebeldes que hasta el 31 de diciembre de 1691 jurasen vivir pacíficamente bajo el gobierno de SS. MM. Anunciábase que los que siguieran resistiendo después de aquella fecha serían tratados como enemigos y traidores (2). Hiciéronse preparativos belicosos que indicaban la resolución de cumplir aquella amenaza. Alarmáronse los montañeses, y aunque las condiciones pecuniarias no habían sido satisfactoriamente arregladas, consideraron prudente dar la prenda que se les pedía. Ningún jefe, sin embargo, quería ser el primero en dar el ejemplo de sumisión. Glengarry se mostraba muy envalentonado y fingía fortificar su casa (3). «Yo no quiero—decía Lochiel—romper el hielo. Eso es para mí cuestión de pundonor; pero mis parciales y mi gente pueden hacer lo que quieran» (4). Sus parciales y su gente le comprendieron y se presentaron á centenares al sheriff á prestar los juramentos. Los Macdonalds de Sleat, Clanronald, Keppoch y hasta Glengarry imitaron á los Camerons; y los jefes, después de aguardar los

(1) *Gallienus Redivivus;* Burnet, II, 88; *Informe de la Comisión*, 1695.

(2) *Informe de la Comisión de Glencoe*, 1695.

(3) Hill á Melville, mayo 15, 1691.

(4) Hill á Melville, junio 3, 1691.

unos por los otros todo el tiempo que su valor permitió, imitaron á sus vasallos.

Llegó el 31 de diciembre, y todavía los Macdonalds de Glencoe no se habían presentado. Mac Ian se sentía indudablemente halagado en su quisquilloso orgullo por la idea de que él había continuado desafiando al Gobierno después que el jactancioso Glengarry, el feroz Keppoch, el magnánimo Lochiel habían cedido; pero esta satisfacción le costó cara.

Por último, el 31 de diciembre marchó al Fuerte Guillermo, acompañado de sus principales vasallos, y se ofreció á prestar los juramentos. Con gran terror encontró que no había en el fuerte persona competente que se los administrase. El coronel Hill, que era el gobernador, no era magistrado, ni había magistrado alguno hasta Inverary. Mac Ian, conociendo ahora la locura que había cometido dejando para el último momento un acto del cual dependían su vida y su hacienda, partió para Inverary lleno de angustia. Llevaba una carta de Hill para el sheriff de Argyleshire, Sir Colin Campbell de Ardkinglass, caballero respetable que en el reinado anterior había sido muy perseguido por sus opiniones whigs. En esta carta el coronel manifestaba bondadosamente la esperanza de que, aunque fuera de tiempo, una oveja descarriada, y, sobre todo, una oveja tan hermosa, encontraría grata acogida. Mac Ian se apresuró cuanto pudo, y no se detuvo ni en su casa, á pesar de hallarse inmediata al camino. Pero en aquel tiempo un viaje por el Argyleshire en el rigor del invierno era lento por necesidad. Obstruían el viaje del anciano por entre elevadas montañas y pantanosos valles temporales de nieve; y hasta el 6 de enero no se presentó delante del Sheriff en Inverary. El Sheriff vaciló. Su poder, decía, estaba limitado por las condiciones del

bando, y no sabía cómo tomar juramento á un rebelde que no se había sometido dentro del tiempo prescrito. Mac Ian rogó encarecidamente y con lágrimas en los ojos que le permitieran jurar. Su gente, dijo, seguiría su ejemplo. Si alguno de ellos se mostraba refractario, él mismo se encargaría de mandarlo preso ó lo embarcaría para Flandes. Sus súplicas y la carta de Hill vencieron los escrúpulos de sir Colin. El juramento fué administrado, y se envió un certificado al Consejo de Edimburgo exponiendo las circunstancias especiales que habían inducido al Sheriff á hacer lo que ya sabía que no era estrictamente legal (1).

La noticia de que Mac Ian no se había sometido dentro del plazo prescrito fué recibida con cruel alegría por tres poderosos escoceses que se hallaban entonces en la corte de Inglaterra. Breadalbane había ido á Londres por Pascua con objeto de dar cuenta de su comisión. Allí encontró á su pariente Argyle, el cual en cualidades personales era uno de los más insignificantes de la larga descendencia de nobles que han llevado aquel gran nombre. Descendía de hombres eminentes y fué padre también de hombres eminentes. Era nieto de uno de los más entendidos políticos escoceses; hijo de uno de los más bravos y leales patriotas de Escocia; padre de un Mac Callum More, renombrado como guerrero y como orador, modelo de todas las gracias cortesanas y juicioso protector de las artes y las letras, y de otro Mac Callum More, distinguido por sus talentos para los negocios y para el mando, y por su pericia en las ciencias exactas. De tal ascendencia y de tal progenie era Argyle igual-

(1) Burnet, II, 8, 9; *Informe de la Comisión de Glencoe*. Las autoridades citadas en esta parte del *Informe* fueron las declaraciones de Hill, de Campbell de Ardkinglass, y de los dos hijos de Mac Ian.

mente índigno Hasta se había hecho reo del crimen, bastante común entre los políticos escoceses, pero en él singularmente deshonroso, de tratar con los agentes de Jacobo al mismo tiempo que se declaraba leal á Guillermo. Todavía conservaba Argyle la importancia inseparable de su alto rango, vastos dominios, grandes derechos feudales y autoridad patriarcal casi ilimitada. La noticia de que la tribu de Glencoe estaba fuera de la protección de la ley fué gratísima tanto para él como para su primo Breadalbane; y el *Master* de Stair simpatizaba extraordinariamente con uno y otro.

El sentimiento de Argyle y de Breadalbane se explica sin dificultad. Eran cabezas de un gran clan, y se les presentaba ocasión de destruir un clan vecino con el cual estaban en guerra á muerte. Breadalbane había sido especialmente provocado. Su hacienda fuera devastada repetidas veces, y acababa de ver entorpecida una negociación de gran importancia. Desgraciadamente, apenas había exceso de ferocidad de que no se encontraran precedentes en la tradición céltica. Entre todos los bárbaros de condición belicosa, se considera la venganza como el deber más sagrado y el más exquisito de los placeres; y por tal la tenían, de largo tiempo atrás, los montañeses. La historia de los clanes abunda en horribles episodios, algunos tal vez fabulosos ó exagerados, otros ciertamente verdaderos, de vengativas matanzas y asesinatos. Los Macdonalds de Glengarry, por ejemplo, que habían recibido una afrenta del pueblo de Culloden, rodearon la iglesia de Culloden un domingo, cerraron las puertas y quemaron viva á toda la congregación. Mientras las llamas consumían el templo, el músico hereditario de los asesinos se burlaba de los gritos de aquellos infelices con las notas de su

gaita (1). Una banda de Macgregors, después de haber cortado la cabeza á un enemigo, la pusieron con la boca llena de pan y queso sobre la mesa de su hermana, y tuvieron la satisfacción de verla volverse loca de horror ante tal espectáculo. Llevaron luego en triunfo á su jefe el fatídico trofeo. Todo el clan se reunió bajo el techo de una antigua iglesia. Cada uno á su vez puso la mano sobre la cabeza inanimada y juró defender á los matadores (2) Los habitantes de Eigg cogieron á algunos Macleods, los ataron de pies y manos y los arrojaron en un bote para que fueran tragados por las olas ó pereciesen de hambre. Los Macleods tomaron venganza, haciendo entrar á toda la población de Eigg en una caverna, y encendiendo una hoguera á la entrada, hicieron morir de asfixia á toda la raza, hombres, mujeres y niños (3). Es mucho menos de extrañar que los dos grandes condes de la casa de Campbell, animados por las pasiones propias de caudillos montañeses, hubieran trazado una venganza montañesa, que no que hubieran encontrado un cómplice, y algo más que un cómplice, en el señor de Stair.

Era el *Master* de Stair uno de los primeros hombres de su tiempo, jurisconsulto, hombre de Estado, buen humanista, orador elocuente. Sus finas maneras é ingeniosa conversación hacían las delicias de los círculos aristocráticos; y nadie, al verle en tales círculos, hubiera creído posible que pudiera tener parte principal en ningún crimen atroz. Sus principios políticos no eran nada severos, si bien en esto no hacía más

(1) Johnson, *Tour to the Hebrides.*

(2) *Proclama del Consejo privado de Escocia*, feb. 4, 1589. Hago esta cita fundado en la autoridad de sir Walter Scott. Véase el prólogo á la *Leyenda de Montrose.*

(3) Johnson, *Tour to the Hebrides.*

que seguir la corriente general de los políticos escoceses de aquel siglo. Nunca había sido tachado de cruel. Los que menos le querían le hacían la justicia de confesar que, en no tratándose de sus proyectos políticos, era hombre de buen natural (1). No hay el más leve fundamento para creer que ganase una sola libra escocesa con el acto que ha cubierto su nombre de infamia. No tenía motivos personales para querer mal á la gente de Glencoe. No había habido ninguna disputa entre ellos y su familia. Su hacienda radicaba en un distrito donde nunca se había visto su tartán. Sin embargo, él los aborrecía con odio tan fiero é implacable como si hubieran devastado sus campos, quemado su casa, asesinado á su hijo en la cuna

¿Á qué causa hemos de atribuir tan extraña antipatía? Esta cuestión fué objeto de muchas dudas entre los contemporáneos de Stair, y cualquier explicación que ahora demos debe ser acogida con desconfianza (2). La conjetura más probable es que obrase impulsado por un celo desordenado, exento de todo escrúpulo y de todo remordimiento, en pro de lo que le parecía el interés del Estado. Esta explicación podrá llenar de asombro á los que no hayan considerado cuán gran parte de los más tenebrosos crímenes que recuerda la historia ha de atribuirse al espíritu público mal entendido. Vemos diariamente hacer á los hombres por su partido, por su secta, por su país,

(1) Lockhart, *Memorias.*

(2) «¿Qué interés podía el Master tener en este negocio? Yo no veo que pudiera tener ninguno.»—*Impartial Account,* 1695. «Ni hay persona discreta y honrada que pueda imaginar que el Conde de Stair, que no tenía hacienda, ni amigos ni enemigos en aquel país, ni siquiera conocía á las personas en cuestión, y el cual nunca fué tenido por cruel, hubiera estado sediento de la sangre de aquellos infelices.»—*Complete History of Europe,* 1707.

por sus proyectos favoritos de reforma social y política, lo que no hubieran hecho por enriquecerse ni por satisfacer una venganza personal. Ante una tentación encaminada directamente á satisfacer nuestra codicia privada ó nuestros odios particulares, aquella parte de virtud que haya en nosotros da la voz de alarma. Pero la misma virtud puede contribuir á la caída del que imagina que violando alguna ley general de moralidad puede hacer un beneficio importante á una Iglesia, á una república, al género humano. Impone silencio á las amonestaciones de la conciencia y endurece su corazón ante los más conmovedores espectáculos de miseria, repitiéndose á sí mismo que sus intenciones son puras, que su objeto es noble, que hace un mal pequeño para conseguir un gran bien. Gradualmente llega á olvidar por completo la ruindad de los medios en atención á la excelencia del fin, llegando, por último, á perpetrar sin el menor escrúpulo actos de crueldad que admirarían á un filibustero. No hay razón para creer que por el mejor arzobispado de la Cristiandad hubiera excitado Santo Domingo á feroces bandidos á despojar y matar una población industriosa y pacífica, ni que Everardo Digby, aunque lo hicieran duque, hubiera hecho volar una gran reunión de gente, ni que Robespierre hubiera asesinado por dinero uno solo de los millares que asesinó por filantropía.

El *Master* de Stair parece haberse propuesto un fin verdaderamente grande y bueno: la pacificación y la civilización de las Tierras Altas. Era, según declaran los que más le aborrecían, hombre de grandes miras. Creía con justicia que era cosa monstruosa que una tercera parte de Escocia se encontrara en un estado casi tan salvaje como la Nueva Guinea; que el fuego y el hierro fueran uno y otro siglo, en la tercera parte

de Escocia una especie de procedimiento legal, y que no se hiciera ninguna tentativa para aplicar remedio radical á semejantes males. La pretendida independencia de una multitud de pequeños soberanos, la resistencia contumaz que solían hacer á la autoridad de la Corona y del Tribunal de Sesión, sus guerras, sus depredaciones, sus incendios, su costumbre de imponer tributos á gente más pacífica y más útil que ellos, excitaban naturalmente el disgusto é indignación de un ilustrado y político hombre de toga, el cual era, por naturaleza y por los hábitos de su profesión, amante de la ley y del orden. Su objeto era nada menos que una completa disolución y reconstrucción de la sociedad en las Tierras Altas, disolución y reconstrucción semejantes á las que dos generaciones más tarde siguieron á la batalla de Culloden. A sus ojos, eran los clanes, tal como existían, la mayor calamidad del reino; y de todos los clanes el peor era el que habitaba en Glencoe. Dícese que le había llamado particularmente la atención un terrible ejemplo de la ilegal y feroz conducta de aquellos bandidos. Uno de ellos, complicado en algún acto de violencia ó rapiña, había declarado contra sus compañeros que, en venganza, le habían atado á un árbol y le habían asesinado. El anciano jefe le dió la primera puñalada, y multitud de dagas se habían hundido en el cuerpo del infeliz (1). Semejante acción era probablemente, á los ojos de los montañeses, el legítimo

(1) Dalrymple, en sus *Memorias*, refiere este suceso sin remitir á ninguna autoridad. Su autoridad consistía probablemente en tradiciones de familia. Que en 1692 eran corrientes los rumores de horribles crímenes cometidos por los Macdonalds de Glencoe, se ve con certeza en el Burnet MS. Harl. 6584. «Habían cometido, en efecto, muchos infames asesinatos.» Tales son las palabras de Burnet en 1693. Posteriormente suavizó esta expresión.

ejercicio de la jurisdicción patriarcal. Al *Master* de Stair parecíale que gente entre la cual semejantes cosas se hacían y encontraban aprobación, debía ser tratada como una gavilla de lobos, cogida por cualquier asechanza y destruída sin piedad. Era muy versado en la historia, y sabía indudablemente la conducta observada por grandes gobernantes de otros países y del suyo con tales bandidos. Sabía indudablemente con qué energía y severidad había destruído Jacobo V los merodeadores de la frontera; cómo el jefe de Henderland había sido colgado á la puerta del castillo, en que había dispuesto un banquete para el Rey; cómo Juan Armstrong y sus treinta y seis jinetes, que salían á dar la bienvenida á su soberano, apenas habían tenido tiempo de decir una sola oración, cuando ya todos estaban presos y pendientes de la horca. Ni tampoco ignoraba probablemente el Secretario los medios de que se había valido Sixto V para limpiar de bandidos los Estados de la Iglesia. Los apologistas de aquel gran Pontífice nos dicen que había una formidable gavilla que no se podía desalojar de una fortaleza situada en los Apeninos. Cargaron algunas acémilas con manjares y vino emponzoñados, y las enviaron por un camino inmediato á la fortaleza. Salieron los bandidos, se apoderaron de la presa, celebraron un banquete y murieron; y el piadoso y anciano Papa mostró gran alegría cuando oyó que se habían encontrado entre las mulas y paquetes los cadáveres de treinta bandidos que habían sido terror de muchas pacíficas aldeas. Los planes del *Master* de Stair fueron concebidos inspirándose en el mismo espíritu de Jacobo y de Sixto V; y la rebelión de los montañeses proporcionaba lo que parecía ser excelente oportunidad para llevar á efecto aquellos planes. La mera rebelión, ciertamente, la hubiera perdonado

con facilidad. Contra los jacobitas, como tales, nunca se había mostrado cruel. Odiaba á los montañeses, no por ser enemigos de esta ó aquella dinastía, sino como enemigos de la ley, de la industria y del comercio. En su correspondencia privada les aplicaba la breve y terrible frase con que el implacable romano pronunció la sentencia de Cartago. Era su proyecto nada menos que el siguiente: que toda la parte montañosa de uno y otro mar y las islas vecinas fuese devastada á sangre y fuego; que los Camerons, los Macleans y todas las ramas de la raza de Macdonald fueran arrancadas de raíz. No miraba, pues, con buenos ojos los planes de reconciliación; y mientras otros esperaban que con algún dinero todo se arreglaría, él indicaba muy claramente su opinión de que el dinero que se destinase á los clanes, como estaría mejor empleado, sería en municiones y bayonetas. Hasta el último instante continuó lisonjeándose de que los rebeldes seguirían resistiendo, dándole así pretexto para cumplir aquella gran revolución social en que tenía puesto todo su empeño (1). Aun se conserva la carta en que daba instrucciones al jefe de las fuerzas de Escocia de lo que habían de hacer si los caudillos jacobitas no se presentaban antes del fin de diciembre Hay algo de extraño y terrible en la tranquilidad y concisión que se nota en las instrucciones. «Vuestras

(1) Que el plan primitivo del Master de Stair era tal como yo lo he presentado, resulta claramente de los pasajes de sus cartas, citados en el *Informe* de 1695, y de sus cartas á Breadalbane de 27 de octubre y 2 y 3 de diciembre de 1691. De estas cartas á Breadalbane pueden verse las dos últimas en el Apéndice de Dalrymple, La primera está en el Apéndice al tomo I de la importante *Historia de Escocia*, de Mr Burton. «Resultó dice Burnet (II, 157)—que había el tenebroso designio de exterminar, no sólo á la gente de Glencoe, sino también muchísimos más clanes, en número, entre todos, de más de seis mil personas.»

tropas destruirán completamente el país de Lochaber, las tierras de Lochiel, las de Keppoch, las de Glengarry y las de Glencoe. Vuestros poderes serán bastante amplios. Espero que los soldados no molestarán al Gobierno haciendo prisioneros» (1).

Apenas había sido enviado este despacho, cuando se tuvo noticia en Londres de que los jefes rebeldes, después de resistir largo tiempo, se habían presentado por último á los Sheriffs á prestar los juramentos. Lochiel, que era entre ellos el hombre más eminente, no sólo había declarado que viviría y moriría siendo súbdito fiel del rey Guillermo, sino que había anunciado su intención de visitar Inglaterra en la esperanza de que le sería permitido besar la mano á S. M. En Londres se anunció con gran alegría que todos los clanes sin excepción se habían sometido dentro del plazo; noticia recibida generalmente como en extremo satisfactoria (2). Pero el *Master* de Stair sufrió un triste desengaño. Las Tierras Altas iban, pues, á continuar como hasta entonces siendo la vergüenza y la plaga de Escocia. Se había dejado escapar una oportunidad sin precedente de sujetarlas á la ley, y tal vez nunca volvería á presentarse. Si los Macdonalds, siquiera, hubieran resistido; si se hubiera podido hacer un escarmiento con los dos peores Macdonalds, Keppoch y Glencoe, algo se habría adelantado. Mas parecía que hasta Glencoe y Keppoch, bandidos que en todo país bien gobernado hubieran sido ahorcados treinta años antes, estaban seguros (3). Mientras el de Stair era atormentado por

(1) Esta carta está en el *Informe* de 1695.

(2) *London Gazette*, enero 14 y 18, 1691-92.

(3) «Hubiera deseado que los Macdonalds no se hubieran separado, y siento que Keppoch y Mackian de Glenco estén seguros.»

pensamientos á este semejantes, Argyle vino á darle algún consuelo. La noticia de que Mac Ian hubiera prestado los juramentos dentro del tiempo prescrito era errónea. El Secretario se consoló. Un clan siquiera estaba á merced del Gobierno, y aquel clan era el más desalmado de todos. Aun podía hacerse un gran acto de justicia, un gran acto de caridad. Era preciso hacer un terrible y memorable escarmiento (1).

Sin embargo, había una dificultad. Mac Ian había jurado. Cierto que había jurado demasiado tarde para poder alegar en su defensa la letra de la Real promesa; pero no sería posible ocultar el hecho de que había jurado á los que iban á decidir su suerte. Por una tenebrosa intriga cuya historia no es bien conocida, pero que según toda probabilidad fué dirigida por el *Master* de Stair, se hizo caso omiso de la tardía sumisión de Mac Ian. El certificado que el Sheriff de Argyleshire había trasmitido al Consejo de Edimburgo, no fué presentado nunca ante aquella corporación, siendo sometido particularmente á algunas personas de elevada categoría, y en especial al Lord Presidente Stair, padre del Secretario. Estas personas declararon que el certificado era ilegal, y, por tanto, completamente nulo, y fué cancelado.

En tanto, el *Master* de Stair trazaba, de concierto con Breadalbane y Argyle, un plan para la destrucción de los habitantes del pueblo de Glencoe. Era necesario contar con el beneplácito del Rey, no ciertamente respecto á los detalles de lo que se había de hacer, sino relativamente á la cuestión de si Mac Ian y su gente debían ó no ser tratados como rebel-

Carta del Master de Stair á Levingstone, enero 11, 1691-92, citada en el *Informe* de 1695.

(1) Carta de Master de Stair á Levingstone, enero 11, 1691-92, citada en el *Informe* de 1695.

des, fuera del gremio de la ley ordinaria. El *Master* de Stair no encontró dificultad alguna en la Cámara real. Guillermo, seguramente, no había oído mencionar nunca la gente de Glencoe sino como bandidos. Sabía que no se habían presentado dentro del tiempo prescrito. Lo que ignoraba era que se hubieran presentado después. Si paró algo la atención en este asunto, debe habérsele ocurrido que no era de perder tan buena oportunidad de poner fin á las devastaciones y depredaciones de que tanto había sufrido una población industriosa y pacífica.

Pusiéronle delante una orden para que la firmase. La firmó; pero si hemos de dar credito á Burnet, la firmó sin haberla leído. Todo el que tenga alguna noción de los negocios públicos sabe que los príncipes y ministros firman diariamente, y en realidad deben firmar, documentos que no han leído, y de todos los documentos el relativo á una pequeña tribu de montañeses establecida en una soledad no indicada en ningún mapa, era el que menos podía interesar á un soberano cuya mente llenaban multitud de proyectos de que tal vez dependía la suerte de Europa (1). Pero aun en la suposición de que hubiera leído la orden que firmó, no hay razón alguna para censurarle. Aquella orden, dirigida al jefe de las fuerzas de Escocia, decía así: «Respecto á Mac Ian de Glencoe y á su tribu, si se les puede distinguir bien de los otros

(1) Burnet en 1693 escribía acerca de Guillermo lo que sigue: «Deja marchar los negocios hasta que hay un gran montón de papeles, y entonces los firma con tanta rapidez cuanta ha sido su lentitud en despacharlos.» Burnet, MS. Harl. 6584. No hay muestras de dilación ni de indebido apuro en la correspondencia de Guillermo con Heinsius. Lo cierto es que el Rey conocía muy bien la política del Continente, y á ella consagraba toda su atención. Los asuntos de Inglaterra le ocupaban menos, y menos que todos los de Escocia.

montañeses, convendrá, para vindicación de la justicia pública, extirpar aquella banda de ladrones.» Estas palabras encerraban naturalmente la significación más inocente, y á no haber sido por el horrible acontecimiento que siguió, hubieran sido universalmente entendidas en aquel sentido. Es, á no dudar, uno de los primeros deberes de todo Gobierno extirpar las gavillas de ladrones. Esto no significa que todos los ladrones hayan de ser traidoramente asesinados durante el sueño, ni siquiera que todos los ladrones deban ser ejecutados públicamente después de un proceso legal, sino que todas las gavillas, como tales, deben desaparecer completamente, y que todo el rigor que sea de necesidad indispensable para aquel fin debe emplearse. Si Guillermo hubiera leído y meditado las palabras que le fueron sometidas por su Secretario, tal vez hubiera entendido que se trataba de ocupar militarmente Glencoe, que la resistencia, caso de que la hubiera, sería dominada con mano fuerte; que se impondría severo castigo á los principales miembros del clan á quien se pudiera probar que habían cometido grandes crímenes; que algunos jóvenes y activos merodeadores, más acostumbrados á empuñar el *claymore* que á trabajar con el arado, y que no parecieran inclinados á los trabajos pacíficos, serían enviados al ejército de los Países Bajos, y otros deportados á las plantaciones de América, y que aquellos Macdonalds á quienes se permitiese continuar en su valle nativo serían desarmados y obligados á dar rehenes en prenda de su futuro comportamiento. Sabemos que, en efecto, un plan muy semejante á éste había sido objeto de largas discusiones en los círculos políticos de Edimburgo (1). No hay

(1) *Impartial Account*, 1695.

duda que Guillermo hubiera merecido bien de su pueblo si de este modo hubiera extirpado no sólo la tribu de Mac Ian, sino todas las tribus montañesas cuya ocupación consistiera en robar ganado é incendiar casas.

La extirpación ideada por el *Master* de Stair era de clase muy diferente. Era su intento hacer morir á toda la raza de ladrones, á toda la raza condenada. Tal era el lenguaje con que desahogaba su odio. Estudió la geografía de la salvaje región que rodea á Glencoe é hizo sus preparativos con infernal habilidad. A ser posible, era preciso que el golpe fuera instantáneo, y decisivo, y completamente inesperado. Pero si Mac Ian llegaba á advertir el peligro é intentaba refugiarse en los territorios de sus vecinos, era preciso que encontrase cerrados todos los caminos. El desfiladero de Rannoch debía quedar asegurado. Se diría al Lord de Weems, que era poderoso en Strath Tay, que si albergaba á los bandidos se atuviera á las consecuencias. Breadalbane prometió cortar por un lado la retirada á los fugitivos, Mac Callum More por otro. Era una suerte, escribía el Secretario, que fuera invierno. Este era el tiempo de zurrar á los tunantes. Las noches eran tan largas, las cimas de las montañas tan frías y tormentosas que aun los más atrevidos no podían resistir largo tiempo al aire libre sin abrigarse bajo un techo ó al lado del fuego. Era de todo punto imposible que las mujeres y niños encontrasen abrigo en el desierto. Cuando escribía estas palabras no cruzaba por su imaginación ningún pensamiento de que estaba cometiendo una gran maldad. Era feliz con la aprobación de su propia conciencia. El deber, la justicia y hasta la caridad y la clemencia eran los nombres con que disfrazaba su crueldad; y tampoco deja de ser

probable que á él mismo engañara este disfraz (1)
No se confió la ejecución del proyecto al coronel Hill, que mandaba las tropas reunidas en el Fuerte Guillermo. Parece que era hombre de sentimientos humanitarios; se mostró muy disgustado al saber que el Gobierno estaba resuelto á proceder con severidad. y se creyó probablemente que le faltase el valor en el momento más crítico. Recibió orden de poner un fuerte destacamento á las órdenes de su segundo, el teniente coronel Hamilton. A quien se le indicó, de manera muy significativa, que esta era ocasión excelente de granjearse la estimación de los que se hallaban al frente de los negocios. Una gran parte de las tropas confiadas á su cuidado eran Campbells, y pertenecían á un regimiento organizado últimamente por Argyle y que llevaba su nombre. Tal vez se creyó que en ocasión semejante la humanidad sería más fuerte que el nuevo hábito de la obediencia militar, y que no se podía poner gran confianza en corazones que no estuvieran enconados por una lucha como la que de largo tiempo separaba la gente de Mac Ian de la gente de Mac Callum More.

Si Hamilton hubiera marchado abiertamente contra los de Glencoe y los hubiera pasado al filo de la espada, el hecho tal vez hubiera tenido apologistas, y seguramente no carecería de precedentes. Pero el *Master* de Stair había recomendado con mucho encarecimiento distinto modo de proceder. Si se daba la más leve alarma, el nido de ladrones se encontraría vacío; y el cazarlos en región tan áspera, aun con todos los socorros que Breadalbane y Argyle pudieran dar, sería empresa larga y difícil. «Es preferible, es-

(1) Véanse sus cartas citadas en el *Informe* de 1695 y en las *Memorias de la matanza de Glencoe.*

cribía, no intentar el asunto á intentarlo inútilmente. Cuando la cosa esté resuelta, hágase en secreto y de una vez» (1). Fué obedecido y se determinó á hacer morir á los hombres de Glencoe, no en ejecución militar, sino por medio de la más traidora y pérfida forma de asesinato.

El 1.° de febrero, ciento veinte soldados del regimiento de Argyle, al mando de un capitán llamado Campbell y un teniente llamado Lindsay, marcharon á Glencoe. El capitán Campbell era denominado vulgarmente en Escocia Glenlyon, del nombre del desfiladero donde tenía su hacienda. Tenía todas las condiciones propias para el servicio á que fuera destinado: frente que jamás enrojecía la vergüenza, palabras suaves y engañosas, corazón de diamante. Era también uno de los pocos Campbells capaz de inspirar confianza y encontrar buena acogida entre los Macdonalds; porque su sobrina estaba casada con Alejandro, el hijo segundo de Mac Ian.

La vista de las casacas rojas que se acercaban causó alguna inquietud entre la población del valle. Juan, el hijo mayor del jefe, acompañado de veinte individuos del clan, salió al encuentro de los extranjeros á preguntar cuál era el objeto de su visita. Contestó el teniente Lindsay que los soldados venían como amigos y sólo pedían alojamientos. Dióseles benévola acogida, y fueron alojados bajo los techos de paja de la pequeña comunidad. Glenlyon y varios de sus soldados fueron alojados en la casa de un *tacksman* que se llamaba, del nombre del grupo de chozas sobre el cual ejercía autoridad, Inverriggen. Lindsay fué instalado más cerca de la morada del anciano jefe. Auchintriater, uno de los hombres principales del clan,

(1) *Informe* de 1695.

que gobernaba la pequeña aldea de Auchnaion, alojó allí á algunos soldados mandados por un sargento llamado Barbour. Dióse á la tropa provisiones en abundancia. No escaseó la carne que había engordado probablemente en pastos distantes. No se exigió paga alguna, pues en hospitalidad como en afición al robo, los bandidos gaélicos rivalizaban con los beduinos. Durante doce días los soldados vivieron familiarmente con los habitantes del valle. El viejo Mac Ian, que anteriormente había sentido muchos recelos tocante á sus relaciones con el Gobierno, estaba muy complacido con la visita. Los oficiales pasaban gran parte del tiempo con él y con su familia. Las largas noches transcurrían alegremente junto al fuego de turba, con ayuda de algunos naipes que habían llegado hasta aquel apartado rincón del mundo, y de algún aguardiente francés que probablemente formaba parte del donativo de despedida enviado por Jacobo á sus amigos de las montañas. Glenlyon se mostraba muy cariñoso con su sobrina y con Alejandro el marido. Todos los días iba á tomar con ellos la mañana á su casa. En tanto, observaba con minuciosa atención todas las avenidas por donde, cuando se diera la señal de la matanza, podrían los Macdonalds intentar refugiarse en las montañas; y dió cuenta á Hamilton del resultado de sus observaciones.

Hamilton fijó las cinco de la mañana del 13 de febrero para la ejecución del proyecto. Antes de aquel tiempo esperaba hallarse en Glencoe con cuatrocientos hombres y haber cerrado todas las madrigueras en las que el viejo zorro y sus dos cachorros—así llamaban los asesinos á Mac Ian y á sus dos hijos—pudieran buscar refugio. Pero á las cinco en punto, hubiera llegado ó no Hamilton, Glenlyon debía aco-

meter y matar á todos los Macdonalds menores de setenta años.

La noche era muy cruda. Hamilton y sus tropas avanzaban muy lentamente, y llegaron mucho después del tiempo fijado. Mientras ellos luchaban con el viento y la nieve, cenaba Glenlyon y jugaba á los naipes con los mismos á quien pensaba matar antes del día. Él y el teniente Lindsay se habían convidado á comer con el anciano jefe al día siguiente.

A las altas horas de la noche cruzó por la mente del hijo mayor del jefe una vaga sospecha de que se estaba tramando algo. No había duda que entre los soldados se notaba cierta inquietud, y algunos de ellos lanzaban gritos extraños. Decíase que se había oído un diálogo que en voz baja tuvieron dos soldados. «A mí no me gusta esta faena, murmuraba uno de ellos; me batiría con alegría contra los Macdonalds. Pero matar á la gente en sus lechos...—Debemos hacer lo que nos manden, contestó otra voz. Si hay algún mal en ello, nuestros jefes son los responsables.» Juan Macdonald estaba tan inquieto que poco después de media noche fué al alojamiento de Glenlyon. Glenlyon y todos sus soldados estaban levantados y parecían preparar las armas como para entrar en acción. Juan, lleno de alarma, preguntó lo que aquellos preparativos significaban. Glenlyon estuvo pródigo en seguridades amistosas. «Algunas gentes de Glengarry han andado recorriendo el país. Estamos disponiéndonos á marchar contra ellos. Vosotros nada tenéis que temer. ¿Creéis que si corrierais algún peligro no se lo hubiera indicado á vuestro hermano Sandy (1) y á su esposa?» Las sospechas de Juan se calmaron. Regresó á su casa y se acostó.

(1) *Sandy*, diminutivo cariñoso de Alexander.—N. del T.

Eran las cinco de la mañana. Hamilton y sus soldados estaban todavía á algunas millas de distancia, y las avenidas que debían haber tomado estaban abiertas. Pero las órdenes que Glenlyon había recibido eran precisas, y empezó á ejecutarlas en la pequeña aldea en que estaba alojado. Su huésped Inverriggen y otros nueve Macdonalds fueron obligados á dejar los lechos, atados de pies y manos y asesinados. Un niño de doce años se abrazó á las piernas del capitán y pedía que le dejaran la vida. Haría lo que quisieran; iría á donde le ordenaran; seguiría á Glenlyon al cabo del mundo. Dícese que hasta el mismo Glenlyon dió muestras de compadecerse; pero un miserable, llamado Drummond, mató al niño de un tiro.

En Auchnaion, el *tacksman* Auchintriater se levantó aquel día muy temprano y estaba sentado en unión de otros ocho de su familia en derredor del fuego, cuando una descarga de mosquetería le hizo caer con siete de sus compañeros muertos ó moribundos. Su hermano, que era el único que había salido ileso, llamó al sargento Barbour, que mandaba los matadores, y le pidió como favor especial que le concediera morir al aire libre. «Bien, dijo el sargento; os haré ese favor en gracia de la carne que me habéis dado.» El montañés, valiente, atlético y favorecido por la oscuridad, se adelantó, y arrojándose sobre los soldados que ya se disponían á apuntarle con sus armas, les echó el plaid á la cara, y en un momento desapareció.

El tanto, Lindsay había llamado á la puerta del anciano jefe pidiendo en lenguaje amistoso que le dejaran entrar. Mac Ian, mientras se vestía y llamaba á sus criados para que sacaran algo con que obsequiar á sus visitantes, recibió un tiro en la cabeza. Dos de sus servidores murieron con él. Su esposa estaba ya

levantada y vestida con el lujo que solían gastar las princesas de los rudos valles de las Tierras Altas. Los asesinos la despojaron de sus vestidos y de sus joyas. No era fácil sacarle las sortijas de los dedos; pero un soldado se las arrancó con los dientes. Murió al siguiente día.

El hombre de Estado á quien principalmente ha de atribuirse este gran crimen lo había proyectado con habilidad consumada; pero la ejecución en nada fué completa más que en criminalidad é infamia. Una serie de errores salvó á tres cuartas partes de los habitantes de Glencoe de sufrir la suerte de su jefe. Hamilton y Glenlyon poseían á la perfección todas las cualidades morales que hacen apto á un hombre para tomar parte en una matanza. Pero ninguno de los dos tenía al parecer mucha habilidad profesional. Hamilton había arreglado su plan sin contar con el mal tiempo, y esto, en un país y en una estación en que lo más probable era que el tiempo fuese malo. La consecuencia fué que las madrigueras de los zorros, como él decía, no se cerraran á tiempo. Glenlyon y sus soldados cometieron el error de despachar á sus huéspedes con armas de fuego en vez de emplear arma blanca. El estampido y fogonazo de los tiros que se sucedían con rapidez anunció desde tres diferentes partes del valle, á un tiempo, que los asesinatos habían comenzado. De cincuenta cabañas huyeron los paisanos medio desnudos á favor de la noche á ocultarse en las profundidades de su inaccesible valle. Hasta los hijos de Mac Ian, que estaban especialmente recomendados para la muerte, pudieron escapar. Fueron despertados por fieles servidores. Juan, que por muerte de su padre venía á ser el patriarca de la tribu, abandonó su morada en el momento en que veinte soldados con las bayonetas armadas marcha-

ban hacia ella. Era ya día claro mucho antes que llegase Hamilton. Encontró que la obra ni aun estaba á medio hacer. Unos treinta cadáveres bañados en sangre yacían en los estercoleros delante de las puertas. Entre ellos había una ó dos mujeres; y, lo que aun era espectáculo más terrible y lamentable, una manecita que en el tumulto de la matanza habría sido cortada á algún niño. Encontraron vivo á un Macdonald anciano. Probablemente los achaques no le permitieron huir, y como pasaba de setenta años no estaba incluido en las órdenes en cuya virtud había obrado Glenlyon. Hamilton asesinó al anciano á sangre fría. Entonces pusieron fuego á las desiertas aldeas; y las tropas marcharon llevándose muchos carneros y cabras, novecientas vacas y doscientos lanudos caballejos de las montañas.

Dícese, y es muy de creer, que los sufrimientos de los fugitivos fueron terribles. No es posible saber cuántos ancianos, cuántas mujeres con niños en brazos rendidos de cansancio durmieron en la nieve el último sueño; cuántos habiéndose arrastrado trabajosamente hasta algún rincón entre los precipicios, perdidas las fuerzas por el trabajo y el hambre, murieron en aquellos negros agujeros, sirviendo de pasto á la voracidad de los cuervos de la montaña. Pero es probable que el número de los que perecieron de frío, de cansancio y de necesidad no fué inferior al de los que murieron á manos de los asesinos. Después que las tropas se retiraron, salieron los Macdonalds de las cavernas de Glencoe, se aventuraron á volver al lugar que antes ocupaban sus cabañas, reunieron los tostados cadáveres que yacían en las humeantes ruinas, y ejecutaron algunos toscos ritos de sepultura. Cuenta la tradición que el bardo hereditario de la tribu se sentó en una roca que dominaba el

lugar de la matanza y prorrumpió en una larga lamentación sobre sus hermanos asesinados y su desolado hogar. Ochenta años después, aquella triste endecha era repetida todavía por los habitantes del valle (1).

Los que sobrevivieron muy bien podían temer que, si habían escapado del fuego y de la espada, era sólo para perecer de hambre. Toda la tierra fué devastada. Casas, graneros, muebles, instrumentos de labranza, rebaños, caballos, todo desapareció. Hubieron de trascurrir muchos meses antes que el clan pudiera sacar de su propio terreno los medios de proveer á la más miserable existencia (2).

Podrá parecer extraño que estos sucesos no fueran inmediatamente seguidos de una explosión de censura de todas partes del mundo civilizado. El hecho, sin embargo, es que pasaron años, antes que la pública indignación despertara por completo, y que fué

(1) Declaración de Ronald Macdonald en el *Informe* de 1695; *Cartas de las montañas*, mayo 17, 1793. Cito la autoridad de Mistress Grant sólo en aquello que ella misma oyó y presenció. Su descripción de la matanza fué escrita, al parecer, sin la ayuda de libros, y es en extremo inexacta. Sólo en la fecha se equivoca en dos años.

(2) He tomado la relación de la matanza de Glencoe principalmente del *Informe* de 1695, y del *Gallienus Redivivus*. Tanto al docto como al poco ilustrado podrá costar trabajo adivinar por qué eligieron los jacobitas título tan extraño para un libelo sobre la matanza de Glencoe. La explicación se encuentra en una carta del emperador Galieno, conservada por Trebelio Polión en la *Vida de Ingenuo*. Éste había promovido una rebelión en Mesia. Fué derrotado y muerto. Galieno ordenó que toda la provincia fuera devastada, y escribió á uno de sus lugartenientes en lenguaje con el que tenía gran semejanza el empleado por el *Master* de Stair. «Non mihi satisfacies si tantum armatos occideris, quos et fors belli interimere potuisset. Perimendus est omnis sexus virilis. Occidendus est quicumque maledixit. Occidendus est quicumque male voluit. Lacera. Occide. Concide.»

necesario el trascurso de algunos meses para que la parte más tenebrosa de la historia encontrase crédito aun entre los enemigos del Gobierno. Que la matanza no fuera mencionada en la *Gaceta de Londres*, ni en el *Mercurio*, que era casi tan cortesano como la *Gaceta*, ni en los folletos publicados con licencia de la censura oficial, se explica perfectamente. Pero que no se encuentre alusión alguna en las cartas y diarios particulares, escritos por personas libres de toda restricción, podrá parecer extraordinario. En el *Diario* de Evelyn no se encuentra una palabra sobre este asunto. En el *Diario* de Narciso Luttrell hay un pasaje notable, escrito cinco semanas después de la matanza. Las cartas de Escocia, dice, aseguran que aquel reino está perfectamente tranquilo, excepto que hay todavía algunas disidencias acerca de las cuestiones eclesiásticas. Los Ministros holandeses comunicaban con regularidad á su Gobierno todas las noticias de Escocia. Creyeron digno de mencionar por este tiempo que un corsario había apresado un barco carbonero cerca de Berwick, que el correo de Edimburgo había sido robado, y que fuera cogida cerca de Aberdeen una ballena cuya lengua tenía diez y siete pies de largo y siete de ancho. Pero no se indica en ninguno de sus despachos que hubiera rumor alguno de ninguna ocurrencia extraordinaria en las Tierras Altas. Los rumores de que los Macdonalds habían sido muertos llegaron á Londres tres semanas después de haber corrido en Edimburgo. Pero estos rumores eran vagos y contradictorios, y lo peor que en ellos se decía distaba mucho de llegar á la horrible verdad. La versión whig del suceso era que el anciano ladrón Mac Ian había tendido una emboscada á los soldados, que había sido cogido en sus propias redes, y que él y algunos de su clan habían muerto espada en mano. La

versión jacobita, enviada de Edimburgo el 23 de marzo, salió en la *Gaceta de París* de 7 de abril. Decía que Glenlyon había sido enviado con un destacamento del regimiento de Argyle á sorprender, á favor de la noche, los habitantes de Glencoe, que había dado muerte á treinta y seis, entre hombres y niños, y á cuatro mujeres (1). En esto no había nada que pudiera parecer muy extraordinario ó criminal. Un ataque nocturno de una gavilla de bandidos que ocupaban una resistente fortaleza natural, puede ser una operación militar perfectamente legítima; y en la oscuridad y confusión de semejante ataque, el hombre más humano puede tener la desgracia de matar una mujer ó un niño. Las circunstancias que dan carácter peculiar á la matanza de Glencoe, la violación de la promesa, la violación de la hospitalidad, los doce días de fingida amistad y cordiales relaciones, las visitas matutinas, el comer juntos, el brindar mutuamente, el jugar á los naipes, no eran mencionados por el corresponsal de la *Gaceta de París* en Edimburgo, y podemos, por tanto, deducir confiadamente que tales circunstancias eran todavía desconocidas aun á investigadores y agitadores descontentos residentes en la capital de Escocia, á menos de cien millas del lugar donde se había ejecutado el hecho. Al Mediodía de la isla, la noticia, al menos según hoy nos es dado juzgar, apenas produjo sensación. Para el londonense de aquel tiempo, era Appin lo que Cafrería ó Borneo es hoy para nosotros. El oir que algunos ladrones montañeses habían sido sorprendidos y muertos, le producía la misma impresión que á nosotros cuando nos dicen que ha sido extirpada una banda de ladrones de ganado de Amakosah, ó que

(1) La que yo he llamado versión whig del suceso, así como la versión jacobita, se encuentran en la *Gaceta de París* de 7 de abril de 1692.

una barca llena de piratas malayos ha sido echada á pique. Daba por seguro que lo que se había hecho en Glencoe no difería de lo que se venía haciendo en otros muchos valles. Había habido una lucha nocturna, una de tantas luchas nocturnas, entre los Macdonalds y los Campbells; y los Campbells habían roto la cabeza á los Macdonalds.

De una manera lenta y gradual se vino á saber toda la verdad. De una carta escrita en Edimburgo, como dos meses después de haberse cometido el crimen, resulta que la horrible historia era ya corriente entre los jacobitas de aquella ciudad. Durante el verano, el regimiento de Argyle estuvo acuartelado al Mediodía de Inglaterra, y la cerveza arrancó extrañas confesiones á algunos soldados sobre lo que se habían visto precisados á hacer el invierno precedente. Pronto cogieron el hilo los *nonjurors*, y de él tiraron resueltamente hasta sacar el ovillo; sus imprentas clandestinas comenzaron á trabajar, y, por último, un año próximamente después de haberse cometido el crimen era conocido de todo el mundo (1) Pero el mundo fué incrédulo durante largo tiempo. Las habituales mentiras de los libelistas jacobitas les valieron el castigo que su culpa merecía. Ahora, cuando por vez primera decían la verdad, se creyó que estaban inventando.

Quejáronse amargamente de que la historia, á pesar de su perfecta autenticidad, fuese mirada por el

(1) Creo que las circunstancias que dan peculiar carácter de ferocidad á la matanza de Glencoe fueron impresas por primera vez por Carlos Leslie en el Apéndice de su respuesta á King. La respuesta de Leslie es de 1692. Pero debe recordarse que el año de 1692 llegaba entonces hasta lo que hoy llamaríamos el 25 de marzo de 1693. El libro de Leslie contiene algunas observaciones sobre un sermón pronunciado por Tillotson, que no se imprimió hasta noviembre de 1692. El *Gallienus Redivivus* salió muy poco después.

público como una mentira de partido (1). Todavía en 1695, Hilkes, en un opúsculo en que trataba de defender su cara leyenda de la legión tebana contra el incontestable argumento sacado del silencio de los historiadores, observó que era muy dudoso que historiador alguno mencionase la matanza de Glencoe. Había en Inglaterra, dijo, muchos millares de hombres educados que nunca habían oído hablar de aquella matanza ó que la tenían por fabulosa (2).

Sin embargo, el castigo de algunos de los culpables empezó muy pronto. Hill, de quien apenas puede decirse que tuviera culpa, estaba muy inquieto. Breadalbane, á pesar de su crueldad, sintió el torcedor de la conciencia ó el temor de la venganza. Pocos días después de haber vuelto los Macdonalds a su antigua residencia, el mayordomo del Conde visitó las ruinas de la casa de Glencoe, y trató de inducir á los hijos del jefe asesinado á que firmaran un papel declarando que consideraban al Conde inocente de la sangre que se había derramado. Les aseguró que si hacían esto, su señor haría valer toda su poderosa influencia para conseguirles entero perdón y remisión de todas las multas y confiscaciones (3). Glenlyon hizo lo posible por afectar aire indiferente. Se presentó en el café más elegante de Edimburgo, y habló sin recato y como complacido del importante servicio que había prestado en las montañas. Sin embargo, algunos de sus soldados que le observaban de cerca murmuraban que todos estos alardes eran mera apariencia. Desde aquella noche no era el mismo hombre de antes. Cambió la expresión de su ros-

(1) *Gallienus Redivivus.*
(2) Notas de Hilkes á Burnet y Tillotson, 1695.
(3) *Informe* de 1695.

tro. En todos los lugares, á todas horas, dormido ó despierto, Glencoe estaba siempre delante de sus ojos (1).

Pero fueran cualesquiera los temores que inquietaran á Breadalbane y los espectros que asediaran á Glenlyon, el *Master* de Stair no sintió ni temor ni remordimiento. Estaba, sí, mortificado; pero su mortificación era producida tan sólo por las torpezas de Hamilton y la fuga de tantos individuos de la raza condenada. «Haz bien y no temas á nadie;» tal es el lenguaje de sus cartas. «¿Dónde hay deber más sagrado que el de limpiar el país de ladrones? La única cosa que yo siento es que se hayan escapado algunos» (2).

XVII.

Marcha Guillermo al Continente. — Muerte de Louvois.

El 6 de marzo Guillermo, completamente ignorante, según toda probabilidad, de los detalles del crimen que ha arrojado negra sombra sobre su gloria, había salido para el Continente, dejando á la Reina encargada del gobierno de Inglaterra (3).

Tal vez hubiera aplazado su partida si hubiera sabido que el gobierno francés se ocupaba desde hacía algún tiempo en disponer grandes preparativos para un desembarco en nuestra isla (4). Había ocurrido

(1) *Gallienus Redivivus.*
(2) *Informe* de 1695.
(3) *London Gazette*, marzo 7, 1691-92.
(4) Burnet (II, 93) dice que el Rey no estaba informado por este tiempo de las intenciones del Gobierno francés. Ralph contradice

un suceso que produjo un cambio en la política de la corte de Versalles. Louvois había muerto. Llevaba veinticinco años á la cabeza de la administración militar de su país, había tenido parte principal en la dirección de dos guerras que habían engrandecido el territorio francés, había llenado el mundo con el renombre de las armas francesas, y había vivido hasta ver los comienzos de una tercera guerra que sometió á la más dura prueba sus grandes facultades. Entre él y los célebres guerreros que ejecutaron sus planes había poca armonía. Su carácter imperioso y la confianza que tenía en sí mismo hacían que se entrometiese más de lo regular en la dirección de las tropas en el campo, aun cuando aquellas tropas estuvieran mandadas por Condé, por Turena ó por Luxemburgo. Pero él fué el mayor ayudante general, el mayor cuartelmaestre general, el mayor comisario general que había visto Europa. Puede, en verdad, decirse que hizo una revolución en el arte de disciplinar, distribuir, equipar y provisionar los ejércitos. A despecho, sin embargo, de sus talentos y de sus servicios, había llegado á hacerse odioso á Luis XIV y á la que gobernaba á Luis XIV. La última vez que el Rey y el Ministro despacharon juntos, la mala disposición de ambas partes estalló con violencia. El servidor en su despecho arrojó contra el suelo la cartera. El amo, olvidando lo que él rara vez olvidaba, que un rey

---

á Burnet con gran aspereza. Pero la correspondencia de Guillermo con Heinsius demuestra, sin dejar lugar á duda, que Burnet estaba en lo cierto. Todavía en 24 de abril (mayo 4) escribía Guillermo: «Je ne puis vous dissimuler que je commence á apprehender une descente en Angleterre, quoique je n'aye pu le croire d'abord: mais les avis sont si multipliés de tous les cotés, et accompagnés de tant de particularités, qu'il n'est plus guére possible d'en douter.» Cito la traducción francesa que se encuentra en los MSS. de Mackintosh.

debe ser un caballero, levantó el bastón. Por fortuna su esposa estaba presente, y con su habitual prudencia le sujetó el brazo. Después hizo salir de la Cámara á Louvois, y le exhortó á volver al día siguiente como si nada hubiera pasado. Vino, en efecto, al otro día, pero con la muerte en el rostro. El Rey, aunque estaba lleno de enojo, le tuvo lástima, y aconsejó á Louvois que volviera á su casa y atendiera al cuidado de su salud. Aquella noche el gran ministro dejó de existir (1).

Louvois se había opuesto constantemente á todos los planes de invasión de Inglaterra. Su muerte fué, pues, considerada en Saint-Germain como un acontecimiento feliz (2). Fué, sin embargo, necesario aparentar tristeza y enviar un caballero á Versalles con un mensaje de pésame. El mensajero encontró el espléndido círculo de cortesanos reunido en torno de su amo en la terraza que domina el naranjal. «Caballero», dijo Luis XIV en tono tan satisfecho y alegre que llenó de asombró á todos los circunstantes, «presentad mis cumplimientos y dad las gracias á los Reyes de Inglaterra, y decidles que ni mis negocios ni los suyos habrán de empeorar por lo que ha sucedido.» Estas palabras intimaban á no dudar que Louvois no había ejercido su influencia en favor de la casa de Estuardo (3). Un homenaje, sin embargo, homenaje que costó caro á Francia, creyó justo Luis XIV tributar á la memoria del más hábil de sus servidores. El

(1) Burnet, II, 95, y la nota de Onslow; *Mémoires de Saint-Simon; Mémoires de Dangeau.*

(2) *Vida de Jacobo,* II, 411, 412.

(3) *Mémoires de Dangeau; Mémoires de Saint-Simon.* Saint-Simon estaba en la terraza, y, á pesar de ser tan joven, observó esta singular escena con aquella vista perspicaz á la cual no se escapaba nada.

Marqués de Barbesieux, hijo de Louvois, fué colocado, á la edad de veinticinco años, al frente del departamento de la Guerra. El joven ministro en modo alguno carecía de talento, y desde hacía algunos años fuera empleado en negocios de grave importancia. Pero sus pasiones eran violentas, su juicio carecía de madurez; y su rápida elevación le volvió el seso. Causó general disgusto su manera de tratar á los demás. Oficiales veteranos se quejaban de que los tuviera largo tiempo en la antecámara mientras él se divertía con sus lebreles y sus aduladores. Los que eran admitidos á su presencia salían disgustados de su brusquedad y arrogancia. Como era natural en su edad, apreciaba principalmente el poder como medio de procurarse placeres. Millones de coronas se gastaron en la lujosa quinta donde gustaba de olvidar los cuidados del gobierno en alegre conversación, saboreando manjares delicados y bebiendo espumoso champagne. Alegaba con frecuencia estar atacado de calenturas, para excusarse de comparecer á la hora debida en el gabinete del Rey, cuando la verdad era que habían estado divirtiéndose con sus queridas y sus compañeros de francachela. «El Rey de Francia—decía Guillermo—tiene un gusto bien raro. Elige para querida una vieja, y un joven para ministro» (1).

No hay duda que Louvois, al persistir en la conducta que le había hecho odioso á los huéspedes de Saint-Germain, había merecido bien de su patria. El entusiasmo jacobita no trastornaba su cabeza. Sabía bien que los desterrados son los peores consejeros. Tenía excelentes noticias; tenía excelente criterio;

---

(1) *Mémoires de Saint-Simon;* Burnet, II, 95; *Guardian*, número 48. Véase la hermosa carta de Luis XIV al Arzobispo de Reims, citada por Voltaire en el *Siecle de Louis XIV*.

calculaba las probabilidades y veía que necesariamente un desembarco habría de fracasar y fracasaría de una manera desastrosa y deshonrosa. Jacobo podía muy bien estar impaciente por hacer el experimento aunque hubiera diez probabilidades contra una. El resultado podía hacerle ganar, y en manera alguna le haría perder. Su locura y obstinación le habían hecho perder cuanto hubiera podido arriesgar. Debía á la caridad lo que comía, lo que bebía, su casa, sus vestidos. Nada más natural sino que por la más pequeña probabilidad de recobrar los tres reinos que había arrojado estuviera dispuesto á arriesgar lo que no le pertenecía, el honor de las armas de Francia, la grandeza y seguridad de la monarquía francesa. Para un hombre de Estado francés, semejante aventura podría muy bien presentar muy distinto aspecto. Pero Louvois no existía. Su amo se dejó vencer de las importunidades de Jacobo, y determinó enviar una expedición contra Inglaterra (1).

XVIII.

Determina el Gobierno francés enviar una expedición contra Inglaterra.

El plan estaba, en algunos respectos, bien concertado. Se resolvió formar un campamento en la costa de Normandía, donde habían de reunirse todos los regimientos irlandeses que estaban al servicio de Fran-

(1) En los *Nairne Papers*, impresos por Macpherson, hay dos memoriales de Jacobo instando á Luis XIV á efectuar una invasión en Inglaterra. Ambos fueron escritos en enero de 1692.

cia, á las órdenes de su compatriota Sarsfield. A estas fuerzas se unieron unos diez mil hombres de tropas francesas. El mando en jefe estaba á cargo del mariscal Bellefonds.

Una hermosa escuadra de unos ochenta navíos de línea debía trasportar esta fuerza á las costas de Inglaterra. En los arsenales de Bretaña y de Provenza se habían hecho inmensos preparativos. Reuniéronse en el puerto de Brest, á las órdenes de Tourville, cuarenta y cuatro navíos de guerra, algunos de los cuales eran los mejores que hasta entonces se habían construído. El Conde de Estrées, con treinta y cinco más, debía hacerse á la vela desde Tolón. Ushant fué el sitio fijado para reunirse; hasta el día se había determinado. Con objeto de que no hubiera falta de marineros ó de bajeles para la meditada expedición, se prohibió, de orden del Rey, el comercio marítimo y la navegación en corso (1). Trescientos trasportes estaban reunidos cerca del lugar donde iban á embarcar las tropas. Esperábase que todo estaría pronto á principios de la primavera, antes que los buques ingleses estuvieran medio aparejados ó armados y antes de que se viera en la Mancha un solo navío de guerra holandés (2).

XIX.

Cree Jacobo que la escuadra inglesa está de su parte.

Jacobo estaba persuadido de que aun cuando la escuadra inglesa tropezara con él no había de oponér-

(1) *London Gazette*, feb. 15, 1691-92.

(2) *Mémoires de Berwick*; Burnet, II, 92; *Vida dè Jacobo*, II, 478, 491.

sele. Imaginaba que era el favorito de los marinos de todas graduaciones. Sus emisarios habían trabajado entre los oficiales de la armada, y habían encontrado algunos que le recordaban con afecto y otros que estaban enemistados con los que actualmente se hallaban en el poder. Todas las pláticas ociosas de una gente que no se distingue por su discreción ni su cordura eran repetidas á Jacobo con exageración, hasta el punto de llegar á creer que tenía más amigos que enemigos á bordo de las naves que guardaban nuestras costas. Sin embargo, debiera saber que un rudo marino que se creyera tratado con injusticia por el Almirantazgo, podía, después de la tercera botella y diestramente manejado por arteros compañeros, recordar con sentimiento el buen tiempo pasado, renegar del nuevo Gobierno y renegar de sí mismo por su torpeza en pelear por aquel Gobierno, y, sin embargo, no estar en modo alguno dispuesto á pasarse á los franceses el día de la batalla. De los oficiales descontentos, que, según creía Jacobo, estaban impacientes por desertar, la gran mayoría no había dado probablemente otra prenda de adhesión á su persona que alguna palabra ociosa medio pronunciada durante la embriaguez y olvidada cuando estaban serenos. Cierto que uno de aquellos de quien esperaba ayuda, el contraalmirante Carter, había oído y entendido perfectamente las pretensiones de los agentes jacobitas, les había dado buenas palabras, y había referido todo á la Reina y á sus ministros (1).

(1) *Historia de la última conspiración*, 1693.

XX.

Conducta de Russell.

Pero en quien Jacobo tenía más confianza era en Russell. Aquel falso, arrogante y caprichoso político debía mandar la escuadra del Canal. Nunca había dejado de asegurar á los emisarios jacobitas que estaba dispuesto á hacer la restauración. Aquellos emisarios contaban plenamente, si no con su entera cooperación, al menos con su connivencia; y no hay duda que con su connivencia una escuadra francesa podría fácilmente llevar un ejército á nuestras costas. Jacobo se lisonjeaba de que tan luego como hubiera desembarcado sería dueño de la isla. Pero en realidad, cuando el viaje hubiera terminado, las dificultades de su empresa no harían más que comenzar. Dos años antes había recibido una lección que debiera haberle aprovechado. Habíase engañado á sí mismo y á los demás con la creencia de que los ingleses le echaban de menos, suspiraban por él, estaban ansiosos de alzarse en armas á millares para ir á recibirle. Guillermo estaba entonces, como ahora, alejado. Entonces, como ahora, la administración estaba confiada á una mujer. Entonces, como ahora, había pocas tropas regulares en Inglaterra. Torrington había hecho entonces por perjudicar al Gobierno que servía, tanto como Russell podía hacer ahora. La escuadra francesa, después de permanecer durante varias semanas victoriosa y dominante en el canal de la Mancha, había desembarcado algunas tropas en la costa meridional. El efecto inmediato había sido que condados

enteros, sin distinción de toríes ó whigs, de anglicanos ó disidentes, se hubieran levantado como un solo hombre á rechazar á los extranjeros, y que el partido jacobita, que pocos días antes parecía formado por la mitad de la nación, se hubiera ocultado en silencioso terror, haciéndose tan pequeño que durante algún tiempo había sido invisible. ¿Qué razón había para creer que la multitud que en 1690 al ver encendidos los faros se armó de fusiles, picas, hoces, para defender el suelo natal contra los franceses, recibiría ahora á los franceses como aliados? Y del ejército que acompañaba ahora á Jacobo todavía los franceses no eran la parte más odiosa. Más de la mitad de aquel ejército había de consistir en irlandeses católicos; y aquel sentimiento, mezcla de odio y de desprecio, con que los irlandeses católicos eran de largo tiempo mirados por los ingleses protestantes, había alcanzado por sucesos recientes una vehemencia antes desconocida. Los esclavos hereditarios, se decía, habían sido libres por un momento; y aquel momento había bastado á probar que ni sabían hacer uso de su libertad ni sabían defenderla. Durante el breve espacio que había durado su ascendiente, no habían hecho más que matar, incendiar, saquear, demoler, acusar y confiscar. En tres años, de tal modo habían devastado su tierra nativa, que apenas bastarían á repararla treinta años de laboriosidad é inteligencia por parte de los ingleses. Hubieran podido mantener su independencia contra el mundo entero, si hubieran estado tan prontos para combatir como lo estaban para robar. Pero se habían retirado ignominiosamente delante de las murallas de Londonderry. Habían huído como ciervos delante de los paisanos de Enniskillen. El príncipe á quien ahora creían poder colocar, por la fuerza de las armas, en el trono de Inglaterra, á la

mañana siguiente de la derrota del Boyne les reprochó su cobardía y les dijo que nunca volvería á fiarse de ellos. En este punto todos los ingleses eran de la misma opinión. Toríes, *nonjurors* y hasta católicos competían con los whigs en despreciar á la malhadada raza. No es, pues, difícil suponer el efecto que hubiera producido la aparición en nuestro suelo de enemigos á los cuales, en su propio país, habíamos vencido y humillado.

Jacobo, sin embargo, á pesar de la reciente y severa enseñanza de la experiencia, daba crédito á cuanto sus corresponsales de Inglaterra le decían; y ellos le decían que la nación entera le aguardaba con impaciencia; que el Oeste y el Norte estaban prontos á levantarse en armas; que desde el lugar donde desembarcara marcharía á Whitehall con tan poca oposición como cuando en otro tiempo regresaba de algún viaje. Ferguson se distinguía por la confianza con que anunciaba una victoria completa y sin efusión de sangre. Llevaba su desatino hasta escribir que él y su impresor serían los dos primeros del reino en montar á caballo para defender á S. M. Otros muchos agentes se movieron activamente de una á otra parte del país, durante el invierno y los principios de la primavera. No parece que hayan tenido gran éxito en los condados del Mediodía de Trent. Pero al Norte, particularmente en Lancashire, donde los católicos eran más numerosos y más fuertes que en ninguna otra parte del reino, y donde también se contaba, aun entre la *gentry* protestante, más de la ordinaria proporción de jacobitas fanáticos, se hicieron algunos preparativos para una insurrección. Compraron armas secretamente; nombraron oficiales; labradores, pequeños propietarios, criados, cazadores, fueron inducidos á alistarse. Los que dieron sus nombres fue-

ron distribuídos en ocho regimientos de caballería y de dragones, y recibieron orden de estar prontos á montar á caballo á la primera señal (1).

Una de las circunstancias que por este tiempo llenaron á Jacobo de vanas esperanzas, fué que su esposa estaba encinta y próxima á dar á luz. Se lisonjeaba de que la misma malicia se avergonzaría de repetir por más tiempo la historia del calentador, y que multitudes que se habían dejado engañar por aquella historia volverían inmediatamente á su obediencia. En esta ocasión tomó todas las precauciones que cuatro años antes, obrando con loca petulancia, no había querido tomar. Escribió cartas á Inglaterra citando á muchas damas protestantes para que asistieran al esperado alumbramiento; y prometió, en nombre de su caro hermano el Rey Cristianísimo, que podrían venir y volver con toda seguridad. Si algunos de estos testigos hubieran sido llamados á Saint James la mañana del 10 de junio de 1688, la casa de Estuardo estaría tal vez reinando ahora en nuestra isla. Pero es más fácil conservar una corona que recobrarla. Podría ser verdad que una fábula calumniosa hubiera contribuído mucho á traer la revolución. Pero en modo alguno se deducía que la más completa refutación de aquella fábula hubiera de producir una restauración. Ni una sola dama cruzó el mar obedeciendo al llamamiento de Jacobo. La Reina su esposa dió á luz con toda felicidad una niña; pero este acontecimiento no produjo efecto perceptible en el estado de la opinión pública en Inglaterra (2).

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 479, 524. Memoriales suministrados por Ferguson á Holmes en los *Nairne Papers*.

(2) *Vida de Jacobo*, II, 474.

XXI.

Preparativos hechos en Inglaterra para rechazar la invasión.

En tanto, los preparativos para su expedición marchaban rápidamente. Estaba ya á punto de salir para el lugar de embarque, y aún el Gobierno inglés no tenía la menor noticia del peligro que le amenazaba. Sabíase desde hacía tiempo que había reunidos muchos miles de irlandeses en Normandía; pero se creía que los habían reunido con el solo objeto de disciplinarlos y enseñarlos antes de hacerles salir para Flandes, Piamonte y Cataluña (1). Entonces, sin embargo, noticias recibidas de diferentes partes hicieron desaparecer toda duda de que la invasión era inminente. Hiciéronse vigorosos preparativos para la defensa. El equipo y tripulación de los barcos fué apresurado con energía. Reuniéronse las tropas regulares entre Londres y el mar. Formóse un gran campamento en la llanura que domina á Portsmouth. Llamáronse las milicias de todo el reino. Dos regimientos de Westminster y seis regimientos de la City, formando un total de trece mil hombres de combate, se reunieron en Hyde Park y fueron revistados por la Reina. Las milicias de Kent, Sussex y Surrey marcharon hacia la costa. Pusiéronse vigías cerca de los faros. Algunos *nonjurors* fueron presos, otros desarmados, otros obligados á prestar fianza. Registróse la casa del Conde de Huntingdon, jacobita conocido.

(1) Véanse los *Monthly Mercuries* de la primavera de 1692.

Tuvo tiempo de quemar sus papeles y ocultar sus armas; pero sus caballerizas presentaban aspecto muy sospechoso. En los pesebres había caballos bastantes para todo un escuadrón; y esta prueba, si bien no bastaba legalmente para sostener una acusación de traición, pareció suficiente, en tal coyuntura, para justificar que el Consejo Privado le enviara á la Torre (1).

XXII.

Marcha Jacobo á La Hogue á ponerse al frente de su ejército.

En tanto, Jacobo había ido á donde se hallaba su ejército, que estaba acampado en torno de la bahía de La Hogue, en la costa septentrional de la península conocida con el nombre de el Cotentin. Antes de salir de Saint-Germain reunió capítulo de la Jarretiera con objeto de recibir á su hijo en la orden. Dos nobles fueron honrados con la misma distinción, Powis, á quien sus compañeros de destierro daban ahora el título de duque, y Melfort, que había regresado de Roma y era otra vez el primer ministro de Jacobo (2). Aun en este momento, cuando era de la mayor importancia conciliar los miembros de la Iglesia anglicana, sólo los miembros de la Iglesia de Roma parecieron dignos de recibir alguna muestra del favor real. Cierto que Powis era persona principal entre la aristocracia inglesa; y si no era querido de sus com-

---

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, abril y mayo, 1692; *London Gazette*, mayo 9 y 12.

(2) Sheridan, MS.; *Vida de Jacobo*, II, 492.

patriotas era porque no querían á ningún católico de alto rango. Pero Melfort no era siquiera inglés: no había desempeñado ningún cargo en Inglaterra: nunca había tomado asiento en el Parlamento inglés, y, por lo tanto, no tenía derecho alguno á una distinción especialmente inglesa. Era, además, aborrecido de todas las facciones contendientes de los tres reinos. En la Convención de Westminster y en la Convención de Edimburgo se habían recibido cartas Reales refrendadas por él; y tanto en Westminster como en Edimburgo, la vista de su odioso nombre y escritura había hecho bajar la cabeza avergonzados á los amigos más celosos del derecho hereditario. Hasta en el mismo Jacobo parece extraño que hubiera elegido tal ocasión, para proclamar á la faz del mundo, que los hombres que más aborrecía su pueblo eran los que más se complacía en distinguir.

XXIII.

Declaración de Jacobo.

Todavía perjudicó más sus intereses la Declaración en que anunciaba sus intenciones á sus súbditos. De todos los papeles de Estado publicados, aun incluyendo los publicados por él, éste era el más elaborada y ostentosamente torpe. Cuando hubo disgustado y exasperado á los buenos ingleses de todos los partidos, los papistas de Saint-Germain dijeron que había sido redactado por un firme protestante, Eduardo Herbert, que había sido Chief Justice del Tribunal de Derecho común antes de la revolución, y á quien

ahora daban el vano título de canciller (1). Pero es lo cierto que Herbert nunca fué consultado en ninguna materia de importancia, y que la Declaración era obra de Melfort, y de Melfort únicamente (2). En verdad, aquellas cualidades intelectuales y morales que habían hecho de Melfort el favorito de su amo, resplandecían en todas las sentencias. No era posible encontrar una palabra que indicase que tres años de destierro habían hecho al Rey más prudente, ni que se hubiera arrepentido de un solo error, ni que tomara para sí siquiera la parte menor de culpa en la revolución que le había destronado, ni que se propusiera una línea de conducta diferente en algún respecto de la que ya le había sido fatal. Calificaba de totalmente infundados todos los cargos que se habían presentado contra él. Hombres infames le habían calumniado, y los débiles habían dado crédito á aquellas calumnias. Solo él era irreprochable. No dejaba entrever ninguna esperanza de que accedería á sujetarse á alguna restricción de aquella vasta prerrogativa de dispensa que anteriormente había reclamado, ni de que no volvería otra vez, en oposición á los más terminantes estatutos, á llenar de católicos el Consejo Privado, el banco de la justicia, las oficinas públicas, el ejército, la armada; de que no establecería nuevamente la Comisión eclesiástica; de que no nombraría un nuevo comité encargado de organizar todos los cuerpos constituyentes del reino. Cierto que se dignaba declarar que mantendría los derechos legales de la Iglesia anglicana; pero esto ya lo había dicho antes, y todos sabían lo que estas palabras

(1) *Vida de Jacobo*, II, 488.

(2) Jacobo dijo á Sheridan que la Declaración había sido escrita por Melfort. Sheridan, MS.

valían en su boca. En vez de dar al pueblo seguridades de perdón, lo amenazaba con una proscripción más terrible que ninguna de cuantas jamás había visto nuestra isla. Publicó una lista de las personas que no tenían que esperar clemencia. Entre éstas se contaban Ormond, Caermarthen, Nottingham, Tillotson y Burnet. Después de la lista nominal de los condenados á muerte, venía una serie de categorías. Primero figuraba toda la multitud de rústicos que se habían mostrado groseros con S. M. cuando fué detenido en Sheerness al fugarse. Estos desdichados y míseros ignorantes, en número de algunos centenares, estaban reservados para otro *Tribunal de Sangre.* Venían después todas las personas que en alguna manera habían tenido parte en el castigo de todos los conspiradores jacobitas: jueces, abogados, testigos, grandes y pequeños jurados, sheriffs y vicesheriffs, alguaciles y carceleros; en suma, todos los ministros de Justicia, desde Holt hasta Ketch (1). Luégo se clamaba venganza contra todos los espías y delatores que habían dado parte á los usurpadores de los designios de la corte de Saint-Germain. Todos los justicias de paz que no se declarasen en favor de su soberano legítimo tan luego como tuvieran noticia de su desembarco; todos los carceleros que no pusieran inmediatamente en libertad á los presos políticos, serían entregados al más severo rigor de la ley. No se hacía excepción alguna en favor de aquel justicia ó carcelero que estuviera á cien varas de distancia de uno de los regimientos de Guillermo y á cien millas del lugar más próximo donde hubiera un solo jacobita en armas.

Era de esperar que Jacobo, después de hacer caer

(1) Nombre del verdugo.—N. del T.

su venganza de este modo sobre clases numerosas, hubiera al menos concedido general amnistía al resto de sus súbditos. Pero de esta general amnistía no se decía una palabra. Prometía, sí, que todo delincuente que no estuviera comprendido en ninguna de las categorías de la proscripción, y que por algún servicio eminente se hiciera acreedor á indulgencia, obtendría perdón especial. Pero con sola esta excepción, á todos los demás culpables, en número de cientos de millares, se les hacía saber tan sólo que el Parlamento decidiría su suerte.

XXIV.

Efecto producido por la Declaración de Jacobo.

Los agentes de Jacobo distribuyeron inmediatamnete su Declaración en todo el reino, y al hacerlo así prestaron un gran servicio á Guillermo. La voz general era que el desterrado tirano, por lo menos, había advertido lealmente á los ingleses, y que si después de semejante advertencia todavía le daban buena acogida, no tendrían derecho á quejarse aunque todas las capitales de condado hubieran de sufrir un tribunal semejante al que Jeffreys había tenido en Taunton. Que algunos centenares de individuos—los jacobitas no hacían pasar este número de quinientos—habían de ser ahorcados sin piedad, era cierto; y ninguno de los que habían contribuído á la revolución, ninguno de los que habían peleado en favor del nuevo gobierno por mar ó tierra, ningún soldado que hubiera tenido parte en la conquista de Irlanda, ningún rústico de Devonshire, ningún minero de Cor-

nish que hubiera tomado las armas para defender á su mujer y á sus hijos contra Tourville, podría estar cierto de que no sería ahorcado. ¡Cuán abyecta, cuán rencorosa debía ser la condición del hombre que, empeñado en la más alta de todas las empresas, y aspirando al más noble de todos los premios, no podía menos de proclamar que estaba sediento de la sangre de una multitud de pobres pescadores, porque más de tres años antes lo habían tratado á empellones y le habían insultado llamándole Cara de hacha! Si en el momento preciso en que tenía las razones más poderosas para tratar de conciliar á su pueblo mostrándose clemente no era capaz de hablarles otro lenguaje que el de una implacable enemiga, ¿qué podía esperarse de él cuando volviera á ser el amo? Era su condición tan implacable, que en una situación en que todos los demás tiranos hubieran empleado términos suaves y lisonjeras promesas, él no podía proferir sino reconvenciones y amenazas. Las únicas palabras de su Declaración que tenían alguna apariencia de magnanimidad eran aquellas en que prometía despedir las tropas extranjeras tan pronto estuviera restablecida su autoridad; y muchos decían que, examinando bien aquellas palabras, se encontraba que tenían significación siniestra. No decía que hubiera de despedir tropas católicas que pertenecieran al número de sus súbditos. Su intención era manifiesta. Iríanse los franceses, pero quedarían los irlandeses. El pueblo de Inglaterra sería tenido en respeto por estos bárbaros á quienes tres veces había sometido. No era dudoso que el *rapparee* que había huído en Newton Butler y en el Boyne tendría valor bastante para guardar los cadalsos en que habían de perecer sus vencedores, y devastar nuestro país como había devastado el suyo.

La Reina y sus ministros, en vez de recoger el manifiesto de Jacobo, obrando muy discretamente, lo reimprimieron y lo publicaron con licencia del Secretario de Estado, intercalado con observaciones de un astuto y severo comentador. Fué refutado en muchos violentos libelos; fué puesto en rima popular, y no se atrevieron á defenderlo ni los más arrojados y virulentos libelistas de los *nonjurors* (1).

En realidad, algunos de los *nonjurors* se alarmaron tanto al ver el efecto producido por el manifiesto, que lo calificaron de apócrifo, y publicaron como declaración auténtica de su amo un papel lleno de magnánimas confesiones y promesas. Le hacían ofrecer perdón general á todo su pueblo, á excepción de cuatro grandes criminales. Le hacían indicar la concesión de gran rebaja en los impuestos; le hacían empeñar su palabra de confiar por entero la administración eclesiástica á los obispos *nonjurors*. Pero esta superchería

(1) *Carta de un amigo concerniente á una invasión francesa para restablecer al rey Jacobo en su trono, y lo que de él puede esperarse en caso de salir bien en su empresa*, 1692; *Carta segunda de un amigo respecto á la invasión francesa, en la cual se publica íntegra y con exactitud, según los ejemplares distribuídos, la Declaración últimamente repartida con el título de Muy magnánima Declaración de S. M. á todos sus amantes súbditos, reclamando su asistencia contra el P. de O. y sus partidarios, con breves observaciones*, 1692; *Examen de los propósitos de la invasión francesa*, 1692; *Reflexiones sobre la Declaración del rey Jacobo*, 1692. Las dos cartas fueron escritas, según creo, por Lloyd, obispo de Saint-Asaph. Sheridan dice: «La Declaración del Rey no agradó á nadie, y en Inglaterra fué puesta en versos burlescos.» Creo que no se encuentra una defensa de esta infortunada Declaración en ninguna publicación jacobita. Un virulento escritor de este partido, en una réplica al doctor Welwood, publicada en 1693, dice: «Respecto á la Declaración publicada el año pasado..... os aseguro que disgustó tanto á casi todos los amigos del Rey, que hablaban de ella como pudieran hacerlo sus enemigos.»

no engañó á nadie, y sólo tuvo importancia para demostrar que hasta los mismos jacobitas estaban avergonzados del príncipe á quien pretendían restaurar (1).

A nadie causó la Declaración mayor sorpresa y enojo que á Russell. A pesar de su maldad, estaba muy influído por dos sentimientos que, aunque no se pueden llamar virtudes, tienen alguna afinidad con la virtud, y son respetables cuando se comparan con la codicia meramente egoísta. El honor profesional y el espíritu de partido estaban en él hondamente arraigados. Podría ser desleal á su patria, pero no á su bandera; y aun al hacerse jacobita no había dejado de ser whig. En realidad, era jacobita únicamente por ser el más intolerante y violento de los whigs. Creía que él y su partido habían sido ingratamente olvidados por Guillermo, y durante algún tiempo le cegó el enojo hasta el punto de no advertir que hubiera sido locura en los antiguos *Cabezas redondas*, en los antiguos exclusionistas, castigar á Guillermo con la vuelta de Jacobo. La inmediata perspectiva de una invasión, y la Declaración en que con toda claridad se decía á los ingleses lo que tenían que esperar si la invasión salía bien, debieron producir un cambio súbito y completo en los sentimientos de Russell, y aquel cambio lo confesó claramente. «Deseo servir al rey Jacobo, le decía á Lloyd. Suya es la culpa si no lo hago. Pero sigue mal camino con nosotros. Que dé al olvido todo lo pasado, que conceda perdón general, y entonces veré lo que puedo hacer por él.» Lloyd indicó algo acerca de los honores y recompensas que se harían al mismo Russell. Pero el Almirante, con espíritu digno de mejor sujeto, le cortó la palabra. «No

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, abril, 1692.

deseo oir nada acerca de ese asunto. Mi solicitud es por el público. Y no creáis que estoy dispuesto á dejar que los franceses nos venzan en nuestos mares. Tened en cuenta que si tropiezo con ellos combatiré, aunque S. M. en persona esté á bordo.»

Esta conversación fué referida fielmente á Jacobo; pero no debió alarmarle. Abrigaba la firme creencia de que Russell, aunque así lo quisiera, no podría inducir á los oficiales y marineros de la armada inglesa á pelear contra su antiguo Rey, que era también su antiguo Almirante.

Jacobo y su favorito Melfort consiguieron hacer compartir sus esperanzas á Luis XIV y á sus ministros (1). A no haber sido por aquellas esperanzas, es probable que se hubiera abandonado todo pensamiento de invasión de Inglaterra en el curso de aquel año. Porque el vasto plan que se había formado en el invierno, en el trascurso de la primavera había sido desconcertado por una sucesión de accidentes que no está en la humana prudencia el precaver. El tiempo fijado para la reunión de todas las fuerzas marítimas de Francia en Ushant había trascurrido hacía mucho; y ni una sola vela se veía en el lugar de la cita. La escuadra del Atlántico estaba aún detenida por el mal tiempo en el puerto de Brest. La escuadra del Mediterráneo, combatida de un fuerte viento del Oeste, luchaba en vano por pasar las columnas de Hércules. Dos hermosos bajeles se habían hecho pedazos en las rocas de Ceuta (2). En tanto, los almirantazgos de las potencias aliadas no habían estado inactivos. Antes de acabar el mes de abril la armada inglesa estaba

(1) Sheridan, MS.; *Mémoires de Dangeau*.

(2) *London Gazette*, mayo 12 y 16, 1692; *Gazette de París*, mayo 21 (31), 1692.

pronta á hacerse á la vela. Tres hermosos navíos, recién salidos de nuestros arsenales, cortaban las ondas por primera vez (1). Guillermo había apresurado los preparativos marítimos de las Provincias Unidas, y sus esfuerzos no habían sido inútiles. El 29 de abril, una hermosa escuadra procedente del Texel apareció en las Dunas. Pronto acudieron las escuadrillas de la Holanda Septentrional, del Mosa y de Zelanda (2). Todas las fuerzas de las potencias confederadas se reunieron en Santa Elena en la segunda semana de mayo, y se componían de más de noventa navios de línea, tripulados por unos treinta ó cuarenta mil de los mejores marineros de las dos grandes naciones marítimas. Russell tenía el mando en jefe. Iban á sus órdenes sir Ralph Delaval, sir John Ashley, sir Cloudesley Shovel, el contraalmirante Carter y el contraalmirante Rooke. Entre los oficiales holandeses, Van Almonde era el que tenía el mando superior.

XXV.

Actitud de la escuadra inglesa.

Nunca se había visto en el Canal de la Mancha armada más poderosa. No había motivo para temer que fuerza semejante pudiera ser derrotada en buena lucha. Sabíase que en la escuadra había un partido jacobita. Alarmantes rumores habían llegado de Francia. Decíase que el enemigo contaba con la cooperación de algunos de aquellos oficiales de cuya fidelidad

(1) *London Gazette*, abril 28, 1692.
(2) *London Gazette*, mayo 2, 5, 12 y 16.

podía depender en esta crisis la salvación del Estado. Russell, según los datos que tenemos, estaba todavía exento de toda sospecha. Pero otros, que probablemente eran menos criminales, habían sido más indiscretos. En todos los cafés eran mencionados por sus nombres almirantes y capitanes los cuales, por traidores, debían ser inmediatamente expulsados de las filas, si no fusilados. Hasta se afirmaba confiadamente que algunos de los culpables habían sido arrestados, y expulsados otros del servicio. La Reina y sus consejeros se hallaban en gran apuro. No era fácil decir cuál de los dos peligros era mayor, si el de confiar en personas sospechosas, ó el peligro de removerlas. María con muy dolorosos recelos resolvió, y el resultado demostró que había resuelto sabiamente, tratar los malos rumores como calumniosos, hacer un solemne llamamiento al honor de los acusados marinos, y confiar luego la seguridad de su reino á su espíritu profesional y nacional.

El 15 de mayo se convocó en Santa Elena una gran asamblea de oficiales á bordo del *Britannia*, hermoso navío de tres puentes, en el cual ondeaba la bandera de Russell. Díjoles el Almirante que había recibido un despacho con encargo de leérselo. Era de Nottingham. La Reina, escribía el Secretario, había sabido que circulaban rumores que afectaban profundamente al honor de la armada. Hasta se había afirmado que S. M. se había visto en el caso de separar á muchos oficiales. Pero la Reina estaba resuelta á no dar crédito á nada que fuera contrario á aquellos bravos servidores del Estado. Los oficiales que habían sido tan vilmente calumniados podían estar seguros de que en ellos depositaba entera confianza. Esta carta estaba admirablemente calculada para el efecto que había de producir en aquellos á quienes iba dirigida.

Muy pocos, probablemente, habían cometido delito peor que pronunciar algunos términos duros y airados, inspirados por el vino. Hasta entonces no habían pasado de las murmuraciones. Si hubieran imaginado que estaban ya señalados al Gobierno, obrando tal vez en propia defensa, se hubieran hecho traidores. Convirtiéronse en leales entusiastas tan pronto se les aseguró que la Reina ponía entera confianza en su lealtad. Firmaron con gran animación una instancia suplicando á la Reina se dignase creer que con la mayor resolución y alegría arriesgarían sus vidas en defensa de los derechos de S. M., de la libertad de Inglaterra y de la religión protestante, contra todos los invasores extranjeros y católicos. Y añadían: «Dios conserve la persona de V. M., dirija sus consejos y prospere sus armas; y que todo vuestro pueblo diga amén» (1).

La sinceridad de estas declaraciones pronto fué puesta á prueba. Pocas horas después de la reunión del *Britannia,* se veían los mástiles de la escuadra de Tourville desde las rocas de Portland. Un mensajero salió á escape de Weymouth á comunicar la noticia á Londres, despertando la corte á las tres de la mañana. Otro tomó el camino de la costa y llevó la noticia á Russell. Todo estaba dispuesto, y en la mañana del 17 de mayo la escuadra aliada se hizo á la mar (2).

(1) *London Gazette,* mayo 16, 1692; Burchett.
(2) *Diario de Narciso Luttrell; London Gazette,* mayo 19, 1692.

XXVI.

Batalla de La Hogue.

Tourville no contaba más que con su escuadra, formada de cuarenta y cuatro navíos de línea. Pero había recibido órdenes terminantes de proteger el desembarco en Inglaterra, y de no rehuir la batalla. Aunque estas órdenes se le habían dado antes que se supiera en Versalles la unión de las escuadras holandesa é inglesa, no estaba él dispuesto á tomar sobre sí la responsabilidad de la desobediencia. Recordaba todavía con amargura la reprimenda que su extremada precaución le había valido después del combate del Cabo Beachy. No quería que otra vez se dijese que era un jefe tímido y nada emprendedor, que no tenía más valor que el valor vulgar de un marinero. Además estaba persuadido de que la superioridad de fuerzas de sus enemigos era más aparente que real. Creía, fundándose en la autoridad de Jacobo y de Melfort, que los marinos ingleses, desde los oficiales superiores hasta los grumetes, eran jacobitas. Los que combatiesen lo harían de mala gana, y era probable que en el momento más crítico hubiera numerosas deserciones. Animado por tales esperanzas salió de Brest, navegó primero hacia el Nordeste, llegó á la vista de la costa de Dorsetshire, y entonces tomó á través del Canal hacia La Hogue, donde el ejército que debía escoltar hasta Inglaterra había comenzado ya á embarcar á bordo de los trasportes. Hallábase á pocas leguas de Barfleur, cuando antes de romper el día, en la mañana del 19 de mayo, descubrió la gran armada de los

aliados que por la parte de Levante se extendía cubriendo el horizonte. Determinó ir á su encuentro. Á eso de las ocho estaban formadas las dos líneas de batalla; pero á las once aun no había empezado el fuego. Pronto se vió claramente que los ingleses, desde el Almirante para abajo, estaban resueltos á cumplir con su deber. Russell había visitado todos los barcos, exhortando á las tripulaciones. «Si vuestros jefes hacen traición, decía, al agua con ellos,—y yo el primero.» No hubo ninguna defección. Tampoco hubo negligencia. Carter fué el primero que rompió la línea francesa. Un cañonazo rompió una de las vergas de su barco, fué herido por una astilla, y cayó moribundo sobre cubierta. No permitió que lo llevaran á su camarote, ni que le quitaran la espada. «Defended el barco», fueron sus últimas palabras. «Defended el barco hasta que se vaya á pique.» La batalla duró hasta las cuatro de la tarde. El estampido de los cañones se oía distintamente á más de veinte millas de distancia, por el ejército que estaba acampado en la costa de Normandía. Durante la primera parte del día, el viento fué favorable á los franceses: tenían que luchar con la mitad de la escuadra aliada, y contra aquella mitad sostuvieron la lucha con su ordinario valor y con más de su ordinaria pericia en la mar. Después de un empeñado y rudo combate de cinco horas, Tourville consideró que ya se había hecho bastante para mantener el honor de la bandera blanca, y empezó á retirar. Pero entonces el viento había cambiado y favorecía á los aliados, que de este modo pudieron aprovecharse de su gran superioridad de fuerzas Avanzaron rápidamente. La retirada de los franceses se convirtió en fuga. Tourville defendió su barco desesperadamente. Llamábase el *Sol Real*, aludiendo al emblema favorito de Luis XIV, y, según fama muy extendida, era el

mejor barco del mundo. Decíase entre los marinos ingleses que estaba adornado con un retrato del gran Rey, representado allí como en la plaza de las Victorias, con las naciones vencidas encadenadas á sus plantas. El magnífico barco, rodeado de enemigos, parecía una gran fortaleza en medio del mar, sembrando la muerte en todas direcciones de sus ciento cuatro troneras. Estaba tan formidablemente armado, que todas las tentativas de abordaje fracasaron. Mucho después de ponerse el sol se vió libre de sus asaltantes, y arrojando sangre por todos los imbornales ganó la costa de Normandía. Había padecido tanto, que Tourville se apresuró á trasladar su bandera á un barco de noventa cañones, llamado el *Ambicioso*. Por este tiempo su escuadra estaba en completa dispersión. Como unos veinte de sus barcos menores habían logrado escapar por un camino que hubiera parecido muy peligroso al que no estuviera animado del valor que da la desesperación. En la doble oscuridad de la noche y de una espesa niebla, se lanzaron con todas las velas desplegadas por entre los revueltas olas y traidores escollos de la Corriente de Alderney, y por una rara fortuna llegaron sin un solo siniestro á Saint-Malo. Los perseguidores no se aventuraron á seguir á los fugitivos en aquel terrible estrecho, teatro de innumerables naufragios (1).

Aquellos buques franceses, que eran demasiado

---

(1) Carta de Russell á Nottinghan de 20 de mayo de 1692, en la *London Gazette* de 23 de mayo; Particulares contenidos en otra carta de la escuadra publicada con autorización; Burchett; Burnet, II, 93; *Vida de Jacobo*, II, 493, 494; *Diario de Narciso Luttrell; Mémoires de Berwick*. Véase también el Romance contemporáneo de la batalla, una de las mejores muestras de la poesía callejera inglesa, y el *Advice to a Painter*, 1692.

grandes para aventurarse en el estrecho, huyeron á los puertos del Cotentin. El *Sol Real* y otros dos navíos de tres puentes llegaron á Cherburg sin novedad. El *Ambicioso*, con otros doce barcos, todos de primera ó segunda, se refugiaron en la bahía de La Hogue, cerca del cuartel general del ejército de Jacobo.

Los tres barcos que habían huído á Cherbourg fueron perseguidos muy de cerca por una escuadra inglesa al mando de Delaval. Los encontró encallados en poca agua, donde ningún gran navío podía alcanzarles. Determinó, pues, atacar con sus brulotes y sus botes. La empresa se ejecutó con valor y buen éxito. En poco tiempo el *Sol Real* y los otros dos barcos fueron reducidos á cenizas. Parte de las tripulaciones huyó á la costa, y parte cayó en poder de los ingleses (1).

En tanto Russell, con la mayor parte de su victoriosa armada, había bloqueado la bahía de La Hogue. Aquí, como en Cherbourg, los navíos franceses habían sido encallados. Estaban muy cerca del campo del ejército destinado á la invasión de Inglaterra. Seis de ellos fondearon bajo un fuerte llamado Lisset. El resto estaba protegido por los cañones de otro fuerte llamado Saint-Vaast, donde Jacobo había fijado su cuartel general, y donde la bandera de la unión, con las cruces de San Jorge y San Andrés, ondeaba al lado de la bandera blanca de Francia. El mariscal Bellefonds había plantado varias baterías que, según se creía, harían desistir al más atrevido enemigo de acercarse al fuerte de Lisset ó al fuerte de Saint-Vaast. Jacobo, sin embargo, que conocía algo los marineros ingleses, no estaba del todo tranquilo,

(1) Véase la carta de Delaval á Nottingham, fechada en Cherbourg el 22 de mayo, en la *London Gazette* del 23.

y proponía enviar fuertes cuerpos de tropas á bordo de los barcos. Pero Tourville no consintió en arrojar mancha semejante sobre su profesión.

Russell, en tanto, se disponía al ataque. El 23 de mayo por la tarde todo estaba dispuesto. Una flotilla compuesta de embarcaciones menores, de brulotes y de doscientos botes fué confiada al mando de Rooke. Toda la gente estaba en la mejor disposición de espíritu. Los remeros, entusiasmados por el triunfo y animados por la idea de que iban á pelear á la vista de las tropas francesas é irlandesas reunidas con el propósito de subyugar á Inglaterra, bogaban vigorosamente y con ruidosas aclamaciones hacia los seis formidables castillos de madera fondeados cerca del Fuerte Lisset. Los franceses, no obstante ser un pueblo eminentemente valeroso, han sido siempre más accesibles á repentinos pánicos que sus flemáticos vecinos los ingleses y los alemanes. En este día se produjo el pánico en la escuadra y en el ejército. Tourville mandó á sus marineros tripular los botes, y quería guiarlos al encuentro del enemigo en la bahía. Pero su ejemplo y sus exhortaciones fueron en vano. Sus botes viraron en redondo y huyeron en confusión. Los barcos fueron abandonados. El fuego del Fuerte Lisset era tan débil y tan mal dirigido que no causó daño alguno. Los regimientos que estaban en el cabo, después de algunos inútiles disparos de mosquetería, huyeron. Los ingleses abordaron los navíos, les pusieron fuego, y después de ejecutar esta importante operación sin pérdida de un solo hombre, se retiraron á hora avanzada con la marea que bajaba. Durante la noche estuvo iluminada la bahía; y de cuando en cuando una fuerte explosión anunciaba que las llamas habían llegado á alguna santa bárbara ó á alguna andanada de cañones cargados. Al

día siguiente, á las ocho de la mañana, hubo una marea muy viva; y con la marea vinieron Rooke y sus doscientos botes. El enemigo hizo una débil tentativa para defender los barcos que estaban cerca del fuerte de Saint-Vaast. Durante algunos minutos las baterías hicieron algún daño en las tripulaciones de nuestros esquifes; pero la lucha fué de corta duración. Los franceses abandonaban apresuradamente sus barcos por un costado: los ingleses entraban con igual apresuramiento por el otro, y con gran vocerío apuntaban los capturados cañones contra la costa. En poco tiempo impusieron silencio á las baterías. Jacobo y Melfort, Bellefonds y Tourville contemplaban con impotente desesperación este segundo combate. Los vencedores, después de incendiar los barcos de guerra, penetraron en una bahía interior donde estaban fondeados muchos trasportes. Ocho de estos bajeles fueron entregados á las llamas, otros llevados á remolque. Los demás hubieran sido destruídos ó apresados á no haber comenzado de nuevo á bajar la marea. No era posible hacer más; y la victoriosa flotilla se retiró lentamente, insultando el campo enemigo con un atronador canto del «Dios salve al Rey.»

Así terminó, el 24 de mayo á mediodía, el gran combate que había durado cinco días en una vasta extensión de mar y de costa. Sólo un brulote perdieron los ingleses. Diez y seis navíos de guerra franceses, todos hermosos barcos, y ocho de ellos de tres puentes, habían sido incendiados ó echados á pique. Llámase esta batalla, del lugar donde terminó, batalla de La Hogue (1).

(1) *London Gazette*, mayo 26, 1692; Burchett, *Memoirs of Transactions at Sea;* Baden á los Estados Generales, mayo 24 (junio 3); *Vida de Jacobo*, II, 494; Cartas de Russell en los *Diarios*

XXVII.

Regocijos en Inglaterra.

Causó en Londres esta noticia inmenso entusiasmo. En el combate de alta mar era cierto que la superioridad numérica de los aliados había sido tan grande que apenas tenían motivo para alabarse de su triunfo. Pero el valor y destreza con que las tripulaciones de los botes ingleses habían destruído una hermosa escuadra francesa, en un puerto francés, á la vista de un ejército francés, y bajo el fuego de baterías francesas, justifica suficientemente el orgullo con que nuestros padres pronunciaban el nombre de La Hogue. A fin de podernos penetrar bien de sus sentimientos, debemos recordar que este era el primer gran revés que habían recibido jamás las armas de Luis XIV, y la primera gran victoria que los ingleses habían ganado á los franceses desde la jornada de Azincourt. La mancha que había arrojado sobre nuestra fama, la bochornosa derrota del cabo Beachy estaba borrada. Esta vez toda la gloria era nuestra. Cierto que los holandeses habían cumplido su deber, como lo han cumplido siempre en la guerra marítima, ya peleando de nuestra parte ó en contra nuestra.

---

de los Comunes de 23 de noviembre de 1692; *Relación de la Gran Victoria*, 1692; *Monthly Mercuries* de junio y julio de 1692; *Gaceta de París*, mayo 28 (junio 7); Despacho de Van Almonde á los Estados Generales, de 24 de mayo (junio 3) de 1692. La relacion oficial francesa se hallará en el *Monthly Mercury* correspondiente á julio. Se hallará en el *Luis XIV* de M. Capefigue una relacion escrita por Foucault, intendente de la provincia de Normandía.

tanto victoriosos como vencidos. Pero los ingleses habían llevado el peso de la batalla. Russell, que mandaba en jefe, era inglés. Delaval, que dirigió el ataque contra Cherbourg, era inglés. Rooke, que condujo la flota á la bahía de La Hogue, era inglés. Los dos únicos oficiales de nota que habían muerto, el almirante Carter y el capitán Hastings del Sandwich, eran ingleses. Sin embargo, el placer con que la buena nueva fué recibida entre nosotros no debe atribuirse única ó principalmente á orgullo nacional. La isla se había salvado. Los alegres pastos, los campos de trigo y los comunes de Hampshire y Surrey no serían teatro de la guerra. Las casas y jardines, las cocinas y granjas, las bodegas y la plata labrada, las mujeres é hijas de nuestra *gentry* y de nuestro clero no estarían á merced de los *rapparees* irlandeses que habían saqueado las casas y desollado el ganado de los ingleses de Leinster, ni de los dragones franceses acostumbrados á vivir á discreción entre los protestantes de Auvergne. Whigs y toríes se unieron para dar gracias á Dios por esta gran liberación. Y los más respetables *nonjurors* no pudieron menos de regocijarse en lo íntimo de su corazón de que el Rey legítimo no hubiera vuelto traído por un ejército de extranjeros.

La alegría pública fué, pues, universal. Durante varios días las campanas de Londres repicaron sin cesar. En todos los campanarios ondeaban banderas. Todas las ventanas se iluminaron. En todos los ángulos de las calles se encendieron hogueras (1). El Gobierno manifestó inmediatamente y de una manera

---

(1) *Relación de la reciente Gran Victoria*, 1692; *Mercurio mensual* de junio; Baden á los Estados Generales, mayo 24 (junio 3); *Diario de Narciso Luttrell.*

juiciosa y magnánima su agradecimiento por los servicios que la marina había prestado. Sidney y Portland fueron enviados al encuentro de la armada en Portsmouth, acompañándoles Rochester en representación de los toríes. Los tres lores llevaban consigo treinta y siete mil libras en dinero, que debían distribuir como donativo entre los marineros (1). A los oficiales se les dieron medallas de oro (2). Los restos de Hastings y Carter fueron sacados á tierra con las mayores muestras de distinción. Carter fué sepultado en Portsmouth con gran ostentación y pompa militar (3). El cadáver de Hastings fué traido á Londres y sepultado con solemnidad inusitada debajo del pavimento de la iglesia de Saint-James. La infantería de la guardia escoltaba el féretro llevando las armas á la funerala. En el entierro iban cuatro coches de la casa real, tirados cada uno por seis caballos; una multitud de personas de rango con capas de luto llenaban los bancos de la iglesia; y el Obispo de Lincoln pronunció la oración fúnebre (4). Al mismo tiempo que se tributaban á los muertos estas señales de respeto, los heridos no eran dados al olvido. Cincuenta cirujanos, bien provistos de instrumentos, vendajes y medicinas, fueron enviados á toda prisa de Londres á Portsmouth (5). No es fácil que podamos formar idea de las dificultades que había entonces para proporcionar en breve tiempo cómodo

---

(1) *London Gazette*, junio 2, 1692; *Monthly Mercury*; Baden á los Estados Generales, junio 14 (24); *Diario de Narciso Luttrell*.

(2) *Diario de Narciso Luttrell; Monthly Mercury*.

(3) *London Gazette*, junio 9; Baden á los Estados Generales, junio 7 (17).

(4) Baden á los Estados Generales, junio 3 (13).

(5) Baden á los Estados Generales, mayo 24 (junio 3); *Diario de Narciso Luttrell*.

alojamiento y asistencia inteligente á centenares de heridos. En la actualidad no hay condado, no hay ciudad de consideración que no pueda enseñar con orgullo un palacio espacioso donde el más pobre trabajador que se haya fracturado un miembro encuentra excelente lecho, inteligente asistencia facultativa, cuidadosa enfermera, medicinas de la mejor calidad y alimento como el que necesitan los enfermos. Pero no había entonces en todo el reino una sola enfermería sostenida por suscrición voluntaria. Aun en la capital los únicos edificios abiertos á los heridos eran los dos antiguos hospitales de Santo Tomás y San Bartolomé. La Reina dió orden para que en ambos se hicieran preparativos, que sufragaría el Estado, para recibir á los enfermos de la armada (1). Al mismo tiempo se anunciaba que muy pronto sería erigido, en lugar eminentemente apropiado al asunto, un digno y duradero monumento de la gratitud de Inglaterra al valor y patriotismo de sus marinos. Entre las residencias suburbanas de nuestros reyes ocupaba lugar distinguido, desde hacía largo tiempo, el palacio de Greenwich. Carlos II gustaba de su situación y determinó reconstruir el edificio y mejorar los jardines. Poco después de la restauración empezó á construir en un sitio que casi cubría el Támesis en la marea alta, un palacio de vasta extensión y gran coste. Detrás del palacio se plantaron largas alamedas cuyos árboles en tiempo de Guillermo apenas eran más que arbustos, pero que desde entonces han dado sombra con su espeso follaje á los paseantes de varias generaciones. En la pendiente que desde hace largo tiempo es teatro de las diversiones de los

(1) *Relación de la Gran Victoria*, 1692; *Diario de Narciso Luttrell*.

londonenses en los días festivos, se construyeron altas terrazas, cuyos vestigios aun pueden descubrirse. La Reina declaró públicamente, en nombre de su esposo, que el edificio comenzado por Carlos sería terminado y serviría de lugar de retiro á los marinos inutilizados en el servicio de su país (1).

Uno de los más felices efectos producidos por la buena nueva fué calmar la pública ansiedad. Desde hacía un mes la nación aguardaba de un momento á otro una invasión y un alzamiento, siendo, por tanto, su actitud suspicaz é irritable. Había muchas partes de Inglaterra donde no podía un *nonjuror* presentarse en público sin gran riesgo de ser insultado. La noticia de que había armas ocultas en una casa bastaba para que á la puerta se reuniese una furiosa multitud. En Kent había sido atacada la casa de un caballero jacobita, y después de una lucha, en la que se habían cruzado algunos tiros, había sido asaltada y derribada (2). Sin embargo, tales tumultos en modo alguno eran los peores síntomas de la fiebre que abrasaba á todo el pueblo. La exposición de Fuller en la picota, en el mes de febrero, parecía haber puesto término á las prácticas de aquella tribu de miserables de la cual era patriarca Oates. En efecto, desde hacía algunas semanas la gente se empeñaba en no dar crédito á nada de cuanto se relacionase con los complots. Pero en abril hubo una reacción. Los franceses y los irlandeses estaban para llegar. Había razón sobrada para creer que hubiese traidores en la isla. Todo el que dijese que podía señalar con el dedo á los traidores estaba seguro de encontrar crédito; y no faltó un falso acusador que quisiera aprovechar tan buena oportunidad.

(1) Baden á los Estados Generales, junio 7 (17), 1692.
(2) *Diario de Narciso Luttrell.*

XXVIII.

Complot de Young.

Este falso acusador se llamaba Roberto Young. Su historia fué tan puntualmente investigada en su tiempo, hase conservado tan gran parte de su correspondencia, que podemos decir que lo tenemos delante. Su carácter constituye realmente un estudio curioso. El lugar de su nacimiento fué objeto de discusión entre tres naciones. Los ingleses decían que era irlandés. Los irlandeses, que no ambicionaban el honor de tenerle por paisano, afirmaban que había nacido en Escocia. Haya nacido donde quiera, no es posible dudar la escuela en que fuera educado; porque su fraseología era precisamente la de los Teagues, que eran, en su tiempo, personajes favoritos de nuestra escena. Young se decía sacerdote de la iglesia anglicana; pero en realidad sólo era diácono, y había obtenido las órdenes presentando certificaciones falsas de su ciencia y moralidad. Mucho antes de la revolución había sido teniente cura en diferentes partes de Irlanda; pero no permaneció muchos días en un mismo sitio. De uno de los curatos fué arrojado por el escándalo que producían sus ilícitos amores. De otro escapó en un caballo prestado, que no devolvió nunca. Se estableció en una tercera parroquia, y fué preso por bigamia. Aun se conservan algunas cartas que escribió en esta ocasión en la cárcel de Cavan. Aseguraba á cada una de sus mujeres, con las más terribles imprecaciones, que ella sola era el objeto de su amor; y de este modo consiguió que una le mantuviera mientras estuvo

preso, y otra le salvara la vida jurando en falso ante el Tribunal. Las únicas muestras que nos quedan de su método de comunicar instrucción religiosa se encuentran en estas epístolas. Se compara á sí mismo con David, el predilecto de Dios, que había sido reo de adulterio y asesinato. Declara estar arrepentido; implora el perdón del Todopoderoso, y suplica luego á su dulce miel que por amor de Cristo jure en falso para salvarle. Después de escapar milagrosamente de la horca, anduvo errante durante algunos años por Irlanda é Inglaterra, mendigando, robando, estafando, tomando nombres ajenos, urdiendo toda clase de engaños, y siendo detenido en muchas cárceles con diferentes nombres. En 1684 fué condenado en Bury por haber falsificado la firma de Sancroft, y le sentenciaron á ser expuesto en la picota y encarcelado. Desde su calabozo escribió al Primado implorando gracia. Aun puede leerse la carta original con sus faltas de gramática y ortografía (1). El autor reconocía su culpa, deseaba que sus ojos se convirtieran en dos manantiales de lágrimas, declaraba que no tendría un momento de paz hasta que recibiera la absolución episcopal, y manifestaba profesar odio mortal á los disidentes. Como tanta contrición y tanta ortodoxia no produjesen efecto alguno, el penitente, después de jurar lleno de ira que se vengaría de Sancroft, buscó remedio por otro camino. Acababa de estallar la insurrección del Oeste. Todos los magistrados del país estaban dispuestos á prestar oídos á cualquier acusación que se presentara contra los whigs y los disidentes. Young declaró bajo jura-

(1) Daré como muestra una breve sentencia: «¡O fie that ever it should be said that a clergyman have committed such durty actions!»

mento que había llegado á su noticia que en Suffolk se trataba de atentar á la vida del rey Jacobo, y nombró un Par, varios caballeros y diez ministros presbiterianos como partícipes en el complot. Algunos de los acusados fueron llevados ante el Tribunal, y Young apareció en el lugar de los testigos; pero pudo probarse, sin dejar ningún género de duda, que la historia por él referida era completamente falsa. Poco después de la revolución fué otra vez condenado por falsario, expuesto en la picota por cuarta ó quinta vez, y enviado á Newgate. Mientras estaba preso se resolvió á probar si haciéndose acusador de jacobitas tendría más fortuna que como acusador de puritanos. Dirigióse primeramente á Tillotson. Había un horrible complot contra SS. MM., un complot negro como el infierno; y algunos de los primeros personajes de Inglaterra estaban complicados en él. Aunque Tillotson confiaba poco en cuantas noticias le llegaran por semejante conducto, consideró que el juramento que había prestado como Consejero Privado le obligaba á dar parte del asunto á Guillermo. Éste, como solía, le dió poca importancia. «Estoy seguro—dijo—de que es una villanía; y no quiero que se moleste á nadie por semejante cosa.» Después de esta repulsa, Young permaneció tranquilo algún tiempo. Pero cuando Guillermo estaba en el Continente, y agitaba á la nación el temor de una invasión francesa y de una insurrección jacobita, un falso acusador tenía probabilidades de encontrar auditorio favorable. Parecía que el solo juramento de un hombre muy conocido de los alcaides de veinte cárceles no podría perjudicar á nadie; pero Young era dueño de un arma que es de todas las armas la más formidable para la inocencia. Durante algunos años había vivido haciendo falsificaciones de letra, y había al-

canzado al fin habilidad tan consumada en aquella execrable arte, que aun escribientes experimentados, acostumbrados al examen de manuscritos, podían difícilmente, después de la más minuciosa comparación, descubrir diferencia alguna entre las imitaciones de Young y los originales. Había conseguido reunir una colección de papeles escritos por hombres de nota, sospechosos de deslealtad. Unos autógrafos los había robado, y otros los había obtenido escribiendo con nombres supuestos en solicitud de informes de criados ó de curas. Redactó, pues, un documento que debía ser la pieza oficial de una asociación para restaurar al Rey desterrado. Decíase en este papel que los que lo suscribían se obligaban delante de Dios á tomar las armas en favor de S. M. y á apoderarse del Príncipe de Orange vivo ó muerto. Puso Young al pie de este documento los nombres de Marlborough, Cornbury, Salisbury, Sancroft y Sprat, obispo de Rochester y deán de Westminster.

Lo que había que hacer después era poner este papel en algún lugar oculto en la casa de cualquiera de las personas cuyas firmas habían sido falsificadas. Como Young no podía salir de Newgate, se vió obligado á emplear un agente subordinado para este fin. Eligió á un miserable llamado Blackhead, que ya había sido convicto de perjurio y sentenciado á que le cortaran las orejas. La elección no fué muy feliz; porque de las cualidades requeridas para la profesión de testigo falso no tenía Blackhead ninguna más que la maldad. Nada había en él que pudiera hacerle agradable. Tenía la voz dura. En todos los rasgos de su amarillo rostro se veía escrita la falsedad. No tenía inventiva ni presencia de espíritu, y apenas si era capaz de hacer más que repetir de corrido las mentiras que otros le hubieran enseñado.

Éste, pues, instruído por su cómplice, se dirigió al palacio de Sprat en Bromley, donde se introdujo como criado y confidente de un imaginario doctor en teología; entregó al Obispo, puesto ante él de rodillas, una carta ingeniosamente ideada por Young, recibiendo con aspecto de profunda reverencia la bendición episcopal. Los criados dieron al forastero cordial acogida. Lleváronle á la bodega, bebió á la salud del amo, y les suplicó que le enseñaran la casa. Ellos no se atrevieron á enseñarle ninguna de las habitaciones interiores. Blackhead, por tanto, después de suplicar una y otra vez, pero en vano, que le dejaran echar una ojeada al gabinete de estudio, hubo de contentarse con dejar caer el documento de la asociación en un tiesto de flores que estaba en una sala inmediata á la cocina.

Una vez todo así dispuesto, hizo saber Young á los ministros que tenía que decirles algo de la más alta importancia para la conservación del Estado, solicitando encarecidamente que le oyeran. Llegó su petición, tal vez, el día de más inquietudes de un mes en que no había habido otra cosa. Tourville acababa de hacerse á la mar. El ejército de Jacobo estaba embarcando. Agitaban á Londres los rumores de deslealtad de los oficiales de la armada. La Reina estaba deliberando si expulsaría á los sospechosos, ó probaría el efecto de un llamamiento á su honor y patriotismo. En momento tal no podían los ministros negarse á prestar oídos á ninguna persona que declarase poderles dar noticias importantes. Young y su cómplice comparecieron ante el Consejo Privado, y acusaron á Marlborough, Cornbury, Salisbury, Sancroft y Sprat de alta traición. Estos grandes señores, decía Young, habían invitado á Jacobo á efectuar una invasión en Inglaterra, y habían pro-

metido unirse á él. El elocuente é ingenioso Obispo de Rochester había redactado una declaración que inflamase la nación contra el gobierno del rey Guillermo. Los conspiradores se habían obligado por medio de un documento, que firmado de su puño y letra, se encontraría en Bromley si se hacía un minucioso registro. Young recomendó especialmente que se examinaran con cuidado los tiestos del Obispo.

Los ministros se alarmaron seriamente. La relación era circunstanciada y en parte era probable. Caermarthen, Nottingham y Sidney conocían muy bien los tratos de Marlborough con Saint-Germain. Cornbury era un instrumento de Marlborough y era hijo de un *nonjuror* muy conocido por conspirador. Salisbury era católico. Sancroft, pocos meses antes, se había hecho sospechoso con sobrado fundamento de invitar á los franceses á hacer una invasión en Inglaterra. De todas las personas acusadas, Sprat era el que parecía tener menos probabilidades de entrar en ningún proyecto arriesgado. No tenía entusiasmo ni constancia. Tanto su ambición como su espíritu de partido se habían mantenido siempre dentro de ciertos límites á causa de su amor á las comodidades y su solicitud por la propia seguridad. Había sido reo de algunas complacencias criminales en que le había hecho incurrir la esperanza de ganar el favor de Jacobo; había formado parte de la Comisión eclesiástica; había prestado su concurso á algunos decretos inicuos pronunciados por aquel tribunal, y con mano temblorosa y voz desfallecida había dado lectura á la Declaración de Indulgencia en el coro de la Abadía. Pero no había ido más allá: tan pronto empezó á susurrarse que la constitución civil y religiosa de Inglaterra serían pronto vindicadas por medios extraordinarios, había hecho renuncia de aquellos poderes que desde hacía

dos años venía ejerciendo en oposición á la ley, y se había apresurado á hacer las paces con sus colegas del clero. En la Convención había votado en favor de la regencia, pero no había vacilado en prestar los juramentos; había figurado en primera línea en la coronación de los nuevos soberanos, y su hábil pluma había añadido á la plegaria del 5 de noviembre, aquellas frases en que la Iglesia manifiesta su gratitud por la segunda gran liberación llevada á cabo en aquel día (1). Una persona de tales condiciones, en posesión de una pingüe renta, de un asiento en la Cámara de los Lores, de una bonita casa entre los olmos de Bromley y de otra en los claustros de Westminster, no parecía la más adecuada para correr el riesgo del martirio. Cierto que no estaba en muy buenas relaciones con el Gobierno. Pues el sentimiento que después de la solicitud por su propia comodidad y reposo ejerció más directa influencia en su conducta pública, fué su poca afición á los puritanos, la cual procedía no de fanatismo, sino de amor á la buena vida. La austeridad de aquéllos era un reproche á su vida de pereza y de lujo; la fraseología peculiar de los puritanos se hacía intolerable á su depurado gusto; y en tratándose de ellos, su bondad natural le abandonaba. Repugnándole de esta suerte los disidentes, no era probable que se mostrara muy celoso por un príncipe á quien los disidentes miraban como á su protector. Pero las faltas de Sprat eran la mejor seguridad de que por su poca afición á Guillermo se comprometiese nunca en ningún complot para traer á Jacobo. No es fácil averiguar por qué razón asignó Young la parte más peligrosa, en una empresa llena de peligro, á un hombre tan singularmente pre-

(1) Gutch, *Collectanea Curiosa*.

cavido, condescendiente é indulgente consigo mismo.

El primer paso que dieron los ministros fué enviar á Marlborough á la Torre. Era incomparablemente el más formidable de todos los acusados: y que había estado en criminal correspondencia con Saint-Germain, era un hecho de cuya certeza, fuera verdadero ó falso lo que decía Young, la Reina y sus principales consejeros no podían dudar. Uno de los secretarios del Consejo, acompañado de algunas personas, fué enviado á Bromley con una orden de Nottingham. Sprat fué reducido á prisión. Fueron registradas todas las habitaciones donde podía suponerse razonablemente que hubiera ocultado un documento importante, la biblioteca, el comedor, el salón, el dormitorio y los gabinetes inmediatos. Se examinaron con minuciosidad todos sus papeles. Se encontró mucha prosa buena, y tal vez algunos versos malos, pero nada que fuera indicio de traición. Los mensajeros registraron todos los tiestos que hubieron á las manos, pero inútilmente. No se les pudo ocurrir entrar en la habitación donde Blackhead había ocultado el papel de la asociación, porque aquella habitación estaba cerca de las piezas ocupadas por los criados, y era poco usada por el Obispo y su familia. Los emisarios regresaron á Londres con el prisionero, pero sin el documento, que de haberse encontrado hubiera podido serle fatal.

A hora avanzada de la noche fué llevado á Westminster y se le permitió dormir en su deanato. Todos sus estantes y cajones fueron examinados, y pusieron centinelas á la puerta de su dormitorio, pero con estrechas órdenes de mostrarse corteses y no molestar á la familia.

Al otro día fué llevado ante el consejo. El interrogatorio fué dirigido por Nottingham con gran benevolencia y cortesía. El Obispo, seguro de su entera

inocencia, se mantuvo sereno y firme. No se quejó. «Me someto—dijo—á las necesidades del Estado, en un tiempo de desconfianza y peligro como el presente.» Se le preguntó si había redactado una declaración para el rey Jacobo, si había tenido correspondencia con Francia, si había firmado algún pacto de traición y si tenía noticia de algún pacto semejante. A todas estas preguntas, con acento de profunda verdad, contestó negativamente, bajo su palabra de cristiano y de obispo. Fué llevado otra vez á su deanato. Allí estuvo en prisión nada severa durante diez días, al cabo de cuyo tiempo, como no se hubiera descubierto nada que pudiera perjudicarle, se le permitió volver á Bromley.

En tanto, los falsos acusadores habían estado urdiendo un nuevo proyecto. Blackhead hizo otra visita á Bromley, y logró sacar el forjado pacto del sitio donde lo había escondido, trayéndoselo otra vez á Young. Una de las dos mujeres de éste lo llevó entonces al despacho del Secretario, y refirió una mentira inventada por su marido para explicar cómo había llegado á sus manos documento de tal importnacia. Pero ya entonces no era tan fácil asustar á los ministros como algunos días antes. La batalla de La Hogue había hecho desaparecer todos los temores de invasión. Así, pues, Nottingham, en vez de enviar un auto de prisión á Bromley, se contentó con escribir á Sprat que se viera con él en Whitehall. El llamamiento fué obedecido en seguida, y el acusado prelado fué careado con Blackhead ante el Consejo. Entonces la verdad salió á relucir en seguida. El Obispo recordó la ruin apariencia y la voz del hombre que se había arrodillado ante él pidiendo la bendición episcopal. El Secretario del Obispo confirmó las declaraciones de su amo. El falso acusador perdió pronto

su presencia de ánimo. Sus mejillas siempre pálidas se pusieron horriblemente lívidas. Su voz, generalmente chillona y desagradable, se convirtió en un murmullo. Los Consejeros privados vieron su confusión, y volvieron á interrogarle sobre cuanto había declarado. Durante algún tiempo contestó á sus preguntas balbuciendo repetidas veces su primera mentira con las mismas palabras que primero había empleado. Por último, vió que no tenía otra manera de desenredarse más que declarar su culpa. Confesó que era mentira lo que había dicho de su visita á Bromley; y después de mil confusiones refirió cómo había ocultado el papel de la asociación, y cómo lo había sacado luego del sitio donde lo había escondido, confesando que todo esto lo había hecho á instigación de Young.

Entonces se procedió al careo de los dos cómplices. Young con frente de bronce lo negó todo. Dijo que él no sabía nada acerca de los tiestos. «Siendo así, exclamaron á un tiempo Nottingham y Sidney, ¿por qué encargasteis especialmente que se registraran los tiestos del Obispo?—Yo no he dicho nunca cosa semejante acerca de los tiestos, dijo Young.» Entonces todo el Consejo prorrumpió: «¿Cómo os atrevéis á decir eso? Todos lo recordamos.» Todavía el miserable se mantuvo impávido, y exclamó con un descaro que hubiera dado envidia al mismo Oates: «Todo esto es una intriga urdida entre el Obispo y Blackhead. El Obispo ha comprado á Blackhead y ambos tratan de echar tierra al complot.» Esto era demasiado. Los Consejeros no pudieron menos de sonreir, levantando las manos en ademán de admiración. «¿Querrás hacernos creer, dijo Caermarthen, que el Obispo hizo poner este papel donde había diez probabilidades contra una de que nuestros mensajeros lo hubieran encontrado, y

donde, caso de encontrarlo, hubiera podido costarle ir á la horca?»

Los falsos acusadores fueron llevados por los guardias. El Obispo, después de dar calurosamente las gracias á los ministros por su proceder honrado y leal, se despidió de ellos. En la antecámara encontró una multitud de gente contemplando á Young, que estaba sentado y sufría estas miradas con la serena fortaleza del hombre que ha sufrido el examen de multitudes mucho más numerosas desde la mitad de las picotas de Inglaterra. «Young, dijo Sprat, vuestra conciencia debe deciros que me habéis calumniado cruelmente. Por vos mismo, lamento que persistáis en negar lo que vuestro compañero ha confesado.—¡Confesado! exclamó Young; no, aun no se ha confesado todo; y de esto ya os convenceréis mal que os pese. Hay una cosa que se llama *impeachment*, Milord. Cuando se reuna el Parlamento tendréis noticias mías.—Dios os dé arrepentimiento, contestó el Obispo. Porque, podéis creerlo, estáis en mucho mayor peligro de ser condenado que yo de ser acusado en la Cámara de los Lores» (1).

Cuarenta y ocho horas después de haberse descubierto este execrable fraude, Marlborough fué puesto en libertad bajo fianza. Young y Blackhead le habían prestado un servicio inestimable. Que estaba complicado en una conspiración tan criminal como la que le habían imputado falsamente, y que el Gobierno poseía pruebas morales de su culpa, lo sabemos hoy con certeza. Pero sus contemporáneos no tenían á la vista, como nosotros, la prueba de su perfidia. Sabían que

(1) Mi relato de este complot está tomado principalmente de Sprat, *Relación de la infame tentativa de Esteban Blackhead y Roberto Young*, 1692. Hay muy pocas narraciones que superen á ésta en el estilo.

se le había acusado de un delito de que era inocente, que para perderle se había acudido al perjurio y al fraude, y que á consecuencia de estas maquinaciones, había pasado algunas semanas en la Torre. En la opinión pública había una confusión muy natural entre su desgracia con el Rey y su prisión. Había sido preso sin motivo suficiente. ¿No era razonable presumir, careciendo por completo de datos, que para su desgracia con el Rey tampoco hubiera motivo suficiente? Era cierto que una vil calumnia, destituída de todo fundamento, había hecho que en el mes de mayo fuera tratado como un criminal. ¿No era probable que aquella calumnia le hubiera privado del favor de su amo en enero?

Los recursos de Young aun no estaban agotados. Tan luego como fué llevado nuevamente de Whitehall á Newgate, se puso á construir un nuevo complot y á buscar un nuevo cómplice. Dirigióse á un hombre llamado Holland, que se hallaba sumido en la más ínfima pobreza. Nunca había habido tan buena oportunidad, le dijo Young, para que un hombre atrevido y astuto pudiera ganar fácilmente quinientas libras. Para Holland, quinientas libras eran una riqueza fabulosa; así que preguntó qué había que hacer para ganarlas. Nada, se le dijo, nada más que decir la verdad, esto es, la verdad en el fondo, pero algo vestida y adornada. Había realmente un complot, y esto se hubiera podido probar á no haberse vendido Blackhead. Su deserción hacía necesario emplear el recurso del engaño. «Vos tenéis que jurar que habéis estado conmigo en un cuarto interior en los altos de la hostería de la *Langosta* en Southwark. Algunos hombres vinieron allí á reunirse con nosotros. Antes de entrar todos daban un santo y seña. Todos llevaban capas blancas de camelote. Firmaron en nuestra pre-

sencia el pacto, después de lo cual cada uno pagó su chelín y se fué. Y debeis estar dispuesto á identificar á Milord Marlborough y al Obispo de Rochester como dos de los firmantes.—«¿Cómo puedo identificarlos?» dijo Holland; «no los he visto nunca.»—«Pues debéis hacer por verlos,» respondió el tentador, «lo más pronto posible. El Obispo estará en la Abadía, y cualquiera en la corte os señalará á Milord Marlborough.» Holland se presentó inmediatamente en Whitehall y repitió esta conversación á Nottingham. El infeliz imitador de Oates fué perseguido por orden del Gobierno por perjurio, por sobornar á otros para que perjurasen y por falsario. Fué convicto y condenado á prisión, puesto otra vez en la picota, donde además de la vergüenza, que á él le importaba poco, hubo de aguantar una lluvia de piedras tal como rara vez se había visto (1). Después de sufrir su condena anduvo perdido durante algunos años entre la multitud de rateros, estafadores y tunantes que infestaban la capital. Por último, en el año de 1700, salió de la oscuridad para excitar momentáneo interés. Los periódicos anunciaron que Roberto Young, pendolista en otro tiempo tan famoso, había sido preso por monedero falso; poco después que se había probado su delito, luégo que había sido sentenciado á muerte, y finalmente que el reverendo *gentleman* había sido ahorcado en Tyburn, dejando edificado con su arrepentimiento al numeroso concurso que acudió á presenciar la ejecución (2).

(1) Baden á los Estados Generales, feb. 14 (24), 1693.
(2) *Postman*, abril 13 y 20, 1700; *Postboy*, abril 18; *Flying Post*, abril 20.

CAPÍTULO NOVENO.

1692.

I.

Política exterior de Guillermo.

Mientras Inglaterra era agitada, primero por el temor de una invasión, y después por la alegría de verse libre por el valor de sus marinos, ocurrían importantes sucesos en el Continente. El 6 de marzo había llegado el Rey al Haya, y había procedido á hacer sus preparativos para la próxima campaña (1).

La perspectiva que tenía ante sí no era nada lisonjera. La coalición de que era autor y jefe estaba desde hacía algunos meses en constante peligro de disolución. No es posible conocer sino de manera imperfecta por cuán vigorosos esfuerzos, por qué ingeniosos expedientes, merced á qué concesiones y á qué donativos logró impedir que sus aliados fueran á arrojarse á los pies de Francia. La relación más minuciosa y auténtica de los trabajos y sacrificios por los cuales

(1) *London Gazette*, marzo 14, 1692.

mantuvo reunidas durante ocho años una multitud de debiles y engañadoras potencias, indiferentes al común interés y celosas las unas de las otras, se encuentra en su correspondencia con Heinsius. En esta correspondencia aparece Guillermo tal como es. En el curso de su agitada existencia tuvo que desempeñar algunos papeles de importancia para los cuales no tenía grandes aptitudes, y en estos papeles alcanzó éxito mediano. Como soberano de Inglaterra dió muestra de talentos y virtudes que le hacen acreedor á mención honorífica en la Historia; pero sus defectos fueron también grandes. Fué hasta su muerte un extranjero entre nosotros, frío, reservado, siempre de mal humor, siempre á disgusto. Su reino era para él lugar de destierro; prisiones, sus más hermosos palacios. Estaba siempre contando los días que le faltaban para volver á ver la tierra natal, los recortados árboles, las aspas de los innumerables molinos de viento, los nidos de cigüeñas en los altos gabletes y las largas líneas de pintadas quintas reflejándose en los dormidos canales. No trataba de ocultar la preferencia que sentía por su suelo natal y por sus amigos de la niñez; y así fué que, si bien prestó grandes servicios á nuestro país, nunca reinó en nuestros corazones. Como general, en el campo, mostró también esta vez raro valor y pericia; pero, sea cualquiera la causa, fué, como táctico, inferior á algunos de sus contemporáneos que en facultades generales del entendimiento le eran muy inferiores. Para lo que tenía aptitud más preeminente era para la diplomacia, en el más alto significado de la palabra. Es dudoso que jamás haya tenido superior en el arte de conducir aquellas grandes negociaciones de las cuales depende la prosperidad de la confederación de las naciones. Su habilidad en esta parte de la política no se

vió nunca sujeta á prueba más dura ni más señalada que durante la última parte de 1691 y los principios de 1692.

II.

Las potencias del Norte.

Una de sus principales dificultades fué producida por la actitud reservada y amenazadora de las potencias del Norte. Dinamarca y Suecia habían parecido un tiempo dispuestas á unirse á la coalición; pero habían empezado por mostrarse frías y ya se mostraban hostiles. Lisonjeábanse de que poco tenían que temer de Francia. No parecía muy probable que sus ejércitos cruzaran el Elba, ni que sus escuadras forzaran el paso del Sund. Pero las fuerzas navales de Inglaterra y Holanda unidas podían muy bien causar inquietud en Stockholmo y Copenhague. Pronto surgieron enojosas cuestiones de derecho marítimo, cuestiones de esas que en casi todas las grandes guerras de los tiempos modernos han surgido entre beligerantes y neutrales. Quejábanse los Príncipes escandinavos de que el legítimo comercio entre el Báltico y Francia estuviera tiránicamente interrumpido. Aun cuando en general no estuvieran una con otra en amistosas relaciones, comenzaron á estrecharlas, intrigaron en las cortes de todos los principillos de Alemania y trataron de formar lo que Guillermo llamaba el tercer partido de Europa. El Rey de Suecia, que como duque de Pomerania tenía obligación de enviar tres mil hombres para la defensa del Imperio, envió á los aliados, en vez de esta fuerza, el

consejo de que hicieran la paz en las mejores condiciones que pudieran conseguir (1). El Rey de Dinamarca apresó gran número de buques mercantes holandeses, y reunió en Holstein un ejército que no causó poca inquietud á sus vecinos. «Temo—escribía Guillermo á Heinsius en una hora de profunda desesperación,—temo que el objeto de este tercer partido sea una paz que traiga consigo el esclavizamiento de Europa. Día vendrá en que Suecia y sus confederados sabrán demasiado tarde el gran error que han cometido. No hay duda que están más distantes que nosotros del peligro, y esto es lo que les hace trabajar por conseguir nuestra ruina y la propia. No es de esperar que Francia consienta ahora en condiciones razonables; y mejor sería morir con las armas en la mano, que someterse á las que quiera dictar» (2).

III.

El Pontífice.

Mientras el Rey se inquietaba de este modo por la conducta de las potencias del Norte, comenzaban á vislumbrarse señales nada halagüeñas en lugar muy diferente. No había sido cosa fácil, desde los primeros momentos, hacer que soberanos que odiaban la religión protestante y que en sus dominios la perseguían, tolerasen la revolución que había salvado aquella religión de un gran peligro. Mas, felizmente, el ejemplo

(1) Es cierto que vinieron los suecos, pero después de terminada la campaña. *London Gazette*, set. 10, 1691.

(2) Guillermo á Heinsius, marzo 14 (24), 1692.

y autoridad del Vaticano habían vencido sus escrúpulos. Inocencio XI y Alejandro VIII habían mirado á Guillermo con mal encubierta parcialidad. No era en verdad su amigo, pero era el enemigo de su enemigo; mientras Jacobo había sido, y caso de una restauración debía volver á ser, el vasallo de su enemigo. Al herético sobrino prestaron, pues, eficaz ayuda: al verdadero tío, sólo cumplimientos y bendiciones. Pero Alejandro VIII había ocupado el trono pontificio poco más de quince meses. Su sucesor, Antonio Pignatelli, que tomó el nombre de Inocencio XII, estaba impaciente por reconciliarse con Luis XIV. Éste comprendía ahora que había cometido un gran error al concitar á un tiempo en contra suya el espíritu del protestantismo y el espíritu del catolicismo. Permitió á los Obispos franceses que se sometieran á la Santa Sede. La disputa que en otro tiempo había amenazado terminar en un gran cisma galicano fué arreglada; y con razón se creía que el Jefe de la Iglesia emplearía su influencia en cortar los vínculos que unían á tantos príncipes católicos con el calvinista que había usurpado el trono británico.

IV.

Conducta de los aliados.

En tanto, la coalición que el tercer partido por un lado y el Pontífice por otro intentaban disolver, estuvo en gran peligro de caer hecha pedazos de mera podredumbre. Dos de las potencias aliadas, y nada más que dos, trabajaban sinceramente por la causa común:

Inglaterra, que arrastraba consigo los otros reinos británicos, y Holanda, que llevaba tras de sí las otras repúblicas bátavas. Cierto que Inglaterra y Holanda estaban despedazadas por facciones intestinas, y separadas una de otra por mutuas envidias y antipatías; pero ambas estaban firmemente decididas á no someterse á la dominación francesa, y ambas estaban dispuestas á contribuir con su parte, y con más todavía que su parte, al sostenimiento de la contienda. La mayoría de los miembros de la confederación no eran naciones, sino individuos: un emperador, un rey, electores, duques; y de estos individuos apenas había uno que pusiera todo su espíritu en la lucha; apenas había uno que no se hiciera atrás, que no buscase alguna excusa para omitir el cumplimiento de sus compromisos, que no esperase alguna retribución por defender sus propios derechos é intereses contra el común enemigo. Pero esta guerra era la guerra del pueblo de Inglaterra y del pueblo de Holanda. Á no haber sido así, ninguna de las dos naciones hubiera soportado ni durante un año las cargas que hacía necesarias. Cuando dijo Guillermo que antes moriría con la espada en la mano que humillarse ante Francia, manifestó lo que sentían, no sólo él, sino dos grandes naciones de que era primer magistrado. Por desgracia, había otros Estados que simpatizaban poco con aquellas dos naciones. Cierto que los otros Estados las miraban como el necesitado estafador suele mirar al rico franco y generoso á quien engaña. Inglaterra y Holanda eran ricas, y eran celosas la una de la otra. Su riqueza excitaba la codicia de todos los aliados, y sus mutuos celos eran la llave que conducía á aquella riqueza. Veíanse perseguidas con sórdida importunidad por todos sus confederados, desde el César, que en el orgullo de su solitaria dignidad no quería

honrar al rey Guillermo con el título de majestad, hasta el más insignificante margrave que podía ver todos sus dominios desde las desvencijadas ventanas de la mísera y ruinosa casa á que llamaba su palacio. No bastaba que Inglaterra y Holanda dieran más de sus contingentes para la guerra terrestre, y soportaran por sí solas toda la carga de la guerra marítima. Veíanse asediadas por una multitud de ilustres mendigos, bruscos los unos, obsequiosos los otros, pero insaciables é infatigables todos. Un príncipe venía á quejarse todos los años con una historia lamentable acerca de sus apuros. Otro mendigo más rudo amenazaba con unirse al tercer partido y hacer separadamente la paz con Francia, si no le otorgaban lo que pedía. Cada soberano, además, tenía sus ministros y favoritos, y estos ministros y favoritos estaban indicando continuamente que Francia quería darles dinero porque apartaran á sus amos de la coalición, y que sería prudente por parte de Inglaterra y Holanda sobrepujar los ofrecimientos de Francia. Sin embargo, el embarazo causado por la rapacidad de las cortes aliadas no era mayor tal vez que el que producían su ambición y su orgullo. Este príncipe cifraba todo su empeño en alguna distinción pueril, un título ó una cruz, y no haría nada por la causa común hasta ver realizados sus deseos. Aquél había imaginado que se había cometido con él alguna falta, y no daría un paso hasta obtener reparación. El Duque de Brunswick Lunenburg no quería dar un batallón para la defensa de Alemania si no le nombraban elector (1). El Elector de Brandemburgo declaró que era tan enemigo de Francia como siempre, pero que el Gobierno español le había tratado mal, y que por lo tanto no consentiría que sus solda-

(1) Guillermo á Heinsius, febrero 2 (12), 1692.

dos fueran empleados en la defensa de los Países Bajos españoles. Quería tomar parte en la guerra, pero había de ser de la manera que él diría: le darían el mando de un ejército independiente, y se situaría entre el Rhin y el Mosa (1). El Elector de Sajonia se quejaba de que sus tropas hubieran tenido malos cuarteles de invierno: hízolas, pues, retirar, precisamente cuando debían prepararse á salir á campaña, pero ofreció muy fríamente que las volvería á enviar si Inglaterra y Holanda le daban cuatrocientos mil rixdollars (2).

V.

El Emperador.

Parecía natural que al menos los dos jefes de la Casa de Austria hubieran desplegado en esta ocasión todas sus fuerzas contra su rival la Casa de Borbón. Desgraciadamente no se las pudo inducir á trabajar con vigor ni aun por la propia conservación. Tenían profundo interés en que Francia se mantuviera apartada de Italia, y sin embargo, con dificultad se consiguió que prestaran la más pequeña ayuda al Duque de Saboya. Diríase que consideraban que á Inglaterra y Holanda interesaba defender los pasos de los Alpes é impedir que los ejércitos de Luis XIV invadiesen la Lombardía. Para el Emperador, en efecto, la guerra contra Francia era cuestión secundaria. Su objeto principal era la guerra contra el turco. Era torpe y fanático. Esto le hacía creer que la guerra contra Fran-

(1) Guillermo á Heinsius, enero 12 (22), 1692.
(2) Guillermo á Heinsius, enero 19 (29), 1692.

cia era, en cierto modo, una guerra contra la religión católica, mientras la guerra con Turquía era una cruzada. Había salido victorioso en su reciente campaña del Danubio. Hubiera podido fácilmente hacer una paz honrosa con la Puerta, y volver sus armas contra Occidente; pero tenía la esperanza de poder extender sus dominios hereditarios á expensas de los infieles. Habíanse levantado en su cerebro visiones de una entrada triunfal en Constantinopla y de un *Te Deum* cantado en Santa Sofía. No sólo empleó en Oriente fuerza superior á la que hubiera sido necesaria para defender el Piamonte y reconquistar la Lorena, sino que, al parecer, creía que Inglaterra y Holanda estaban obligadas á recompensarle largamente por haber descuidado los intereses de ellas y perseguido el suyo (1).

VI.

España.

España era ya lo que ha continuado siendo hasta nuestro tiempo. De la España que había dominado la tierra y el Océano, el antiguo y el nuevo mundo; de la España que en el breve espacio de doce años había tenido cautivos un papa y un rey de Francia, un soberano de Méjico y un soberano del Perú; de la España que había enviado un ejercito ante los muros de París, y había equipado una poderosa armada para invadir Inglaterra, sólo quedaba aquella

(1) Burnet, II, 82 y 83; Correspondencia de Guillermo y Heinsius, *passim*.

arrogancia que un tiempo había excitado terror y odio, pero que ahora sólo podía excitar irrisión. Cierto que en extensión excedían los dominios del Rey Católico á los de Roma, en la época en que Roma se hallaba en el zenit del poder. Pero la formidable masa yacía aletargada é indefensa, y se la podía insultar ó despojar impunemente. Toda la administración, militar y naval, colonial y financiera, estaba completamente desorganizada. Carlos era propia representación de su reino, impotente física, intelectual y moralmente, sumido en la ignorancia, en la pereza y en la superstición, pero hinchado con la idea de su dignidad, y pronto á imaginar y sentir los insultos. Tan abandonada había sido su educación, que cuando le notificaron la toma de Mons, la fortaleza más importante de su vasto Imperio, preguntó si Mons estaba en Inglaterra (1). Entre los ministros que elevó y derribó su enfermizo capricho, no había ninguno capaz de poner remedio á los males que aquejaban al Estado. En realidad, el comunicar nueva vida á los nervios de aquel cuerpo paralítico hubiera sido empresa difícil, aun para Cisneros. Ningún servidor de la Corona de España ocupaba puesto más importante que el Marqués de Gastañaga, y ninguno era tampoco más inepto para ningún puesto importante. Era gobernador de los Países Bajos, y parecía probable que en los Países Bajos hubiera de decidirse la suerte de la Cristiandad. Había desempeñado su cargo como se desempeñaban entonces los cargos públicos en todas las partes de aquella vasta monarquía, de la cual se decía orgullosamente que en sus dominios nunca se ponía el sol. No obstante la fertilidad y riqueza del país que gobernaba, arrojó sobre Ingla-

(1) *Mémoires de Torcy.*

terra y Holanda toda la carga de defenderlo. Esperaba que los herejes le proporcionasen armas, municiones, carros, víveres, todo, en una palabra. No se le ocurrió que á él tocaba, y no á los aliados, el poner á Mons en condiciones de resistir un sitio. La voz pública le acusaba sin rebozo de haber vendido á Francia aquella célebre fortaleza. Pero es probable que su único delito fuese la altanera apatía y pereza que caracterizaban á su nación.

VII.

Consigue Guillermo impedir la disolución de la liga.

Tal era el estado de la coalición cuya cabeza era Guillermo. Había momentos en que se sentía abrumado, en que su espíritu desfallecía, en que su paciencia se agotaba y en que aparecía la irritabilidad de su carácter. «No puedo hacer ninguna indicación—escribía—sin encontrarme con la petición de algún subsidio» (1). «Me he cerrado á la banda—escribía en otra ocasión en que había sido importunado por dinero:—es imposible que los Estados Generales é Inglaterra sean capaces de sostener el ejército del Rhin, el ejército del Piamonte y pagar todos los gastos de la defensa de Flandes, sin hablar del inmenso coste de la guerra marítima. Si nuestros aliados no pueden hacer nada por sí mismos, cuanto más pronto se deshaga la alianza, mejor» (2). Pero después de estos breves accesos de desesperación y mal humor,

(1) Guillermo á Heinsius, octubre 28 (nov. 8), 1691.
(2) Guillermo á Heinsius, enero 19 (29), 1692.

invocaba toda su fuerza de voluntad y lograba doblegar su carácter. A pesar de la debilidad, de la bajeza, de la falsedad, del egoísmo de muchos de los confederados, sólo con su ayuda podría realizar lo que desde la adolescencia miraba como su misión. Si ellas le abandonaban, Francia dominaría sin rival en Europa. Bien merecido tenían este castigo; mas no quería, por castigarlas, consentir en la sumisión de todo el mundo civilizado. Trató, pues, de vencer algunas dificultades y de eludir otras. Se concilió las potencias escandinavas cediendo, con repugnancia en verdad y no sin una empeñada lucha interior, algunos de sus derechos marítimos (1). En Roma, su influencia, aunque ejercida indirectamente, igualaba á la del mismo Papa. Luis XIV y Jacobo se encontraron con que no tenían un amigo en el Vaticano, excepto Inocencio, y éste, que era de carácter blando é irresoluto, no quería adoptar una línea de conducta en directa oposición con los sentimientos de cuantos le rodeaban. En conversaciones particulares con los agentes jacobitas declarábase devoto partidario de los intereses de la casa de Estuardo; pero en sus actos públicos se mantenía estrictamente neutral. Envió veinte mil coronas á Saint-Germain; pero se excusó con los enemigos de Francia protestando que éste no era un subsidio destinado á ningún objeto político, sino tan solo un limosna que debía ser distribuída entre los católicos ingleses pobres. Permitió que se leyeran plegarias por la buena causa en el Colegio inglés de Roma; pero insistía en que aquellas plegarias fueran redactadas en términos generales, y que no se mencionase ningún nombre propio. En vano los ministros de las casas de Estuardo y de Borbón le conjuraban

(1) En sus cartas á Heinsius no habla de otra cosa.

á adoptar conducta más decidida. «Dios sabe—exclamó el Papa en una ocasión—que de buena gana hubiera derramado mi sangre por restaurar al Rey de Inglaterra. Pero ¿qué puedo hacer? Si me muevo, me dicen que favorezco á los franceses y que les ayudo á establecer la monarquía universal. Yo no soy como los antiguos Papas. Los reyes no me escucharán á mí como escuchaban á mis predecesores. No hay ahora religión; no hay más que política infame y mundana. El Príncipe de Orange es el amo. Él nos gobierna á todos. De tal modo se ha apoderado del Emperador y del Rey de España, que ninguno de ellos se atreve á desagradarle. ¡Dios nos ayude! Sólo Él puede ayudarnos.» Y al decir esto, el anciano golpeaba la mesa con la mano, en un acceso de impotente dolor é indignación (1).

No era fácil empresa mantener unidos á los príncipes alemanes; sin embargo, se realizó. Distribuyóse dinero entre ellos, mucho menos sin duda del que pedían, pero mucho más del que tenían decoroso pretexto para pedir. Con el Elector de Sajonia se hizo un arreglo. Tenía, al mismo tiempo que fuerte apetito de subsidios, gran deseo de ser miembro de la más selecta é ilustre Orden de Caballería. Parece que en vez de los cuatrocientos mil rixdollars que había pedido, consintió en aceptar sólo cien mil y la Jarretiera (2). Su primer ministro Schœning, el hombre más

(1) Véanse las Cartas de Roma en los *Nairne Papers*. Las de 1692 son de Lytcott; las de 1693, del Cardenal Howard; las de 1694, del Obispo Ellis; las de 1695 de Lord Perth. Todas están contestes en este punto.

(2) Correspondencia de Guillermo con Heinsius; *London Gazette*, feb. 4, 1691. En un pasquín que se publicó en 1693, titula lo «La Foire d'Ausbourg, Ballet Allégorique,» el elector de Sajonia entra diciendo:

«Moy, je diray naivement,

[library stamp]

codicioso y pérfido de la humanidad, quedó asegurado con una pensión (1). En cuanto al Duque de Brunswick Lunenburg, pudo Guillermo, no sin dificultad, conseguirle el tan deseado título de elector de Hannover. Por medio de expedientes semejantes, las brechas que habían dividido la coalición fueron tan hábilmente reparadas, que todavía presentó al enemigo un frente unido y compacto.

VIII.

Nuevos arreglos para el gobierno de los Países Bajos españoles.

Guillermo se había quejado amargamente al Gobierno español de la incapacidad é indolencia de Gastañaga. El Gobierno español, inerte y aletargado como estaba, no podía ser completamente insensible á los peligros que amenazaban á Flandes y Brabante. Gastañaga fué llamado á Madrid, y Guillermo fué invitado á encargarse del gobierno de los Países Bajos, con poderes no inferiores á los del Rey. Felipe II no hubiera podido creer que antes de un siglo después de su muerte, su biznieto suplicaría al biznieto de Guillermo el Taciturno que ejerciera autoridad de soberano en Bruselas (2).

Qu'une jartiére d'Angleterre
Feroit tout mon empressement;
Et je ne vois rien sur la terre
Où je trouve plus d'agrément.»

(1) Correspondencia de Guillermo con Heinsius. Hay una curiosa descripción de Schœning en las *Memorias del Conde Dohna*.
(2) Burnet, II, 84.

La oferta era en cierto modo tentadora; pero era Guillermo demasiado discreto para aceptarla. Sabía que la pablación de los Países Bajos españoles estaba firmemente unida á la Iglesia de Roma. Era seguro que todos los actos de un gobernador protestante serían mirados con suspicacia por el clero y el pueblo de aquellos países. Ya Gastañaga, mortificado al verse en desgracia, había escrito informando á la Corte de Roma que se trataba de hacer algunos cambios que darían por resultado que Gante y Amberes fueran tan heréticas como Amsterdam y Londres (1). También indudablemente se le ocurrió á Guillermo que si gobernando con blandura y justicia y mostrando digno respeto á las ceremonias y ministros de la religión católica, conseguiría obtener la confianza de los belgas, inevitablemente suscitaría en contra suya una tormenta de censuras en nuestra isla. Sabía por experiencia lo que era gobernar dos naciones firmemente adheridas á dos Iglesias diferentes. Un numeroso partido, entre los episcopales de Inglaterra, no podía perdonarle el haber consentido en el establecimiento de la organización presbiteriana en Escocia. Un partido numeroso entre los presbiterianos de Escocia le censuraba por mantener la política episcopal en Inglaterra. Si ahora tomaba bajo su protección las misas y procesiones, las imágenes, frailes, monjas, y sobre todo, los púlpitos de los jesuitas, los confesonarios y colegios de los jesuitas, ¿qué podía esperar sino que Inglaterra y Escocia unieran sus voces en un grito de reprobación? Así, pues, se negó á aceptar el gobierno de los Países Bajos, y propuso que fuera confiado al Elector de Baviera. Éste, después del Emperador, era el príncipe católico más poderoso

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

de Alemania. Era joven, valiente y ambicioso de gloria militar. La Corte de España quería nombrarle, y él tenía deseo de ser nombrado; pero hubo una larga dilación causada por una absurda dificultad. El elector consideraba impropio de su dignidad pedir lo que deseaba. Los formalistas del Gabinete de Madrid consideraban impropio de la dignidad del Rey católico dar lo que no le habían pedido. Fué necesaria la mediación que al cabo coronó el éxito. Pero se había perdido mucho tiempo, y estaba la primavera muy avanzada cuando el nuevo gobernador de los Países Bajos entró en el ejercicio de sus funciones (1).

IX.

Sale Luis XIV á campaña.

Guillermo había salvado la liga del peligro de perecer por falta de unión. Pero ni súplicas, ni instancias, ni donativos pudieron hacer que sus aliados salieran pronto á campaña. Debían haber aprovechado la severa lección que recibieran el año precedente. Pero una vez máz se retrasaron todos, admirándose de que se retrasaran los demás; y otra vez, el que por sí solo regía todo el poder de Francia, fué, como desde largo tiempo anunciaba su altanero lema, capaz de resistir á una multitud de adversarios (2). Sus enemigos,

(1) *Monthly Mercury* de enero y abril de 1693; Burnet, II, 84. En el Burnet MS. Harl. 6584 hay un caluroso elogio del Elector de Baviera. Cuando se escribió el MS estaba aliado con Inglaterra contra Francia. En la Historia, que fué preparada para el público cuando estaba aliado con Francia contra Inglaterra, se hace omisión del elogio.

(2) «Nec pluribus impar.»

cuando aun estaban desprevenidos, supieron con terror que había salido á campaña en persona, á la cabeza de sus nobles. En ninguna ocasión se había presentado más espléndidamente en su séquito aquella valiente aristocracia. Una sola circunstancia bastará á dar idea de la pompa y el lujo de su campo. Entre los mosqueteros de la Casa Real cabalgaba por vez primera un mancebo de diez y siete años, que poco después heredó el título de duque de Saint-Simon, y á quien debemos aquellas inestimables Memorias que han conservado, para instrucción y deleite de muchos pueblos y de muchas generaciones, la viva pintura de una Francia que ha desaparecido hace mucho tiempo. Aunque la familia del adolescente estaba en aquel tiempo muy escasa de dinero, él viajaba con treinta y cinco caballos y acémilas. Las Princesas de la sangre, cada una de ellas rodeada de un grupo de bellas é ilustres damas, acompañaban al Rey; y las sonrisas de tantas mujeres encantadoras inspiraban á la multitud de vanos y voluptuosos, pero esforzados caballeros, valor inusitado. En el brillante círculo que rodeaba al Augusto de Francia se veía al Virgilio francés, el tierno, el agraciado, el melodioso Racine. Siguiendo la moda entonces general, se había hecho devoto, había renunciado á escribir para el teatro, y, resuelto á dedicarse con toda aplicación al cumplimiento de sus deberes como historiógrafo de Francia, acudía á presenciar los grandes acontecimientos que tenía obligación de referir (1). En las cercanías de Mons obsequió Luis XIV á las damas con la más magnífica revista que jamás había presen-

(1) *Mémoires de Saint-Simon;* Dangeau; Cartas de Racine y la narración titulada *Relation de ce qui s'est passée au Siége de Namur; Monthly Mercury*, mayo, 1692.

ciado la moderna Europa. Ciento veinte mil soldados de las mejores tropas del mundo se extendían en una línea de ocho millas de longitud. Es dudoso que jamás se haya reunido ejército semejante bajo las águilas romanas. La muestra comenzó muy de mañana y duraba todavía mucho después de terminado un largo día de verano. Racine se retiró asombrado, ensordecido, deslumbrado y muerto de fatiga. En una carta particular se atrevió á expresar un amable deseo, que probablemente cuidaría mucho de no murmurar siquiera en el círculo de la Corte: «¡Pluguiera al cielo que todos estos infelices pudieran volverse á sus cabañas con sus mujeres y sus pequeñuelos!» (1).

X.

Sitio de Namur.

Después de esta soberbia ceremonia, anunció Luis XIV su intención de atacar á Namur. En cinco días se encontró bajo los muros de aquella ciudad á la cabeza de más de treinta mil hombres. Veinte mil campesinos, cogidos en la parte de los Países Bajos ocupada por los franceses, fueron obligados á trabajar en calidad de peones. El Mariscal de Luxemburgo ocupó con ochenta mil hombres una fuerte posición en el camino que va de Namur á Bruselas, y se preparó á presentar batalla á cualquier ejército que intentara hacer levantar el sitio (2). Esta división de debe-

(1) *Mémoires de Saint-Simon*; Racine á Boileau, mayo 21, 1692.
(2) *Monthly Mercury* de junio; Guillermo á Heinsius, mayo 26 (junio 5), 1692.

res no excitó sorpresa alguna. Sabíase desde hacía largo tiempo que el gran Monarca era aficionado á los cercos, y no gustaba de las batallas. En su opinión, la verdadera prueba de pericia militar era un sitio. El resultado de un encuentro entre dos ejércitos en campo abierto era, según él, muchas veces determinado por la suerte; pero sólo la ciencia podía prevalecer contra los rebellines y bastiones que la ciencia había construído. Sus detractores decían burlonamente que era una fortuna que el ramo de arte militar que S. M. consideraba como el más noble, era el que rara vez le obligaba á exponer á grave riesgo una vida de valor inapreciable para su pueblo.

Namur, situada en la confluencia del Sambre y el Mosa, era una de las grandes fortalezas de Europa. La ciudad estaba en el llano, y no tenía otra defensa que la que debía al arte. Pero el arte y la naturaleza se habían combinado para fortificar aquella renombrada ciudadela que desde lo alto de una elevada roca domina en extensión ilimitada campos de trigo, bosques y praderas regadas por dos hermosos ríos. Los habitantes de la ciudad y de la región vecina estaban orgullosos de su inexpugnable castillo. Cifraban su vanagloria en que en todas las guerras que habían devastado los Países Bajos nunca habían podido la pericia ni el valor penetrar dentro de aquellos muros. Las plazas vecinas, famosas en todo el mundo por sus fortificaciones, Amberes y Ostende, Ypres, Lisle y Tournay, Mons y Valenciennes, Cambray y Charleroi, Limburgo y Luxemburgo, habían abierto sus puertas á los vencedores; pero ni una sola vez habían arriado bandera las murallas de Namur. Para que todo concurriese á dar interés á este sitio, se encontraron frente á frente los dos grandes maestros del arte de la fortificación. Vauban era mirado desde hacía

muchos años como el primer ingeniero de su tiempo; pero últimamente se le había presentado un formidable rival, Menno, Barón de Cohorn, el oficial más entendido de cuantos servían á los Estados Generales. Las obras de defensa de Namur habían sido fortificadas y reparadas recientemente bajo la dirección de Cohorn; y él estaba entonces dentro de los muros. Vauban estaba en el campo de Luis XIV. Era, pues, de esperar que el ataque y la defensa serían conducidos con habilidad consumada.

Por este tiempo se habían reunido los ejércitos aliados; pero era demasiado tarde (1). Guillermo marchó apresuradamente hacia Namur. Amenazó las obras francesas, primero por la parte de Occidente, después por el Norte, después por el Este. Pero entre él y las líneas de circunvalación estaba el ejército de Luxemburgo, siguiéndole en todos sus movimientos y ocupando siempre tan fuertes posiciones, que atacarle hubiera sido el colmo de la imprudencia. En tanto, los sitiadores, hábilmente dirigidos por Vauban, y animados por la presencia de Luis XIV, hacían rápidos progresos. Cierto que hubo que vencer muchas dificultades y sufrir muchas fatigas. El tiempo era tempestuoso; y el 8 de junio, día que se celebraba la fiesta de San Medard, que en el calendario francés tiene tan infausta significación como en el nuestro San Swithin, la lluvia caía á torrentes. Creció el Sambre y cubrió muchas millas cuadradas de terreno en el cual la cosecha estaba verde. El Mehaigne precipitó sus puentes contra el Mosa. Todos los caminos se convirtieron en pantanos. Las trincheras estaban tan enterradas en agua y fango, que costaba tres días trasladar un cañón de una batería á otra. Los

(1) Guillermo á Heinsius, mayo 26 (junio 5), 1692.

seis mil carros que llevaba el ejército francés eran inútiles. Fué necesario trasladar la pólvora, balas, trigo y heno en los lomos de los caballos de batalla. Sólo la autoridad de Luis XIV podría, en tales circunstancias, haber mantenido el orden é inspirado buen humor Sus soldados, en efecto, mostraban mucha más reverencia á su rey que á lo que su religión tenía por sagrado. Maldecían á San Medard con toda su alma, y rompían ó quemaban cuantas imágenes del santo podían haber á las manos. Mas por su rey no había nada que no estuvieran prontos á hacer y soportar. A pesar de todos los obstáculos, ganaban terreno constantemente. Cohorn fué herido de gravedad defendiendo con desesperada resolución un fuerte construído por él mismo y del cual estaba orgulloso. No había nadie capaz de reemplazarle. El gobernador era un pobre hombre nombrado por Gastañaga, y cuya traslación había aconsejado recientemente Guillermo al Elector de Baviera. La guarnición se desalentó. Rindióse la ciudad al octavo día de haber comenzado el sitio. La ciudadela, unas tres semanas después (1).

La historia de la toma de Namur en 1692, presenta notable semejanza con la historia de la toma de Mons en 1691. Tanto en 1691 como en 1692, Luis XIV, único y absoluto dueño de los recursos de su reino, pudo inaugurar la campaña antes que Guillermo, jefe de la coalición, hubiera reunido sus dispersas fuerzas. En ambas ocasiones la ventaja de ser el primero ha-

(1) *Monthly Mercury* de junio y julio, 1692; *London Gazette* de junio; *Gazette de Paris*; *Mémoires de Saint-Simon*; *Journal de Dangeau*; Guillermo á Hensius, mayo 30 (junio 9), junio 2 (12) y 11 (21); Carta de Vernon á Colt, publicada por Tindal en su *Historia*; Racine, *Relation* y las Cartas á Boileau de 15 y 24 de junio.

bía decidido el resultado de la contienda. En Namur, como en Mons, Luis XIV, asistido de Vauban, dirigió el sitio; Luxemburgo lo protegió; Guillermo trató en vano de hacerlo levantar, y con profunda mortificación asistió como espectador á la victoria de su enemigo.

En un respecto, sin embargo, la rendición de las dos fortalezas fué muy diferente. Mons fué entregado por sus habitantes. Namur hubiera podido tal vez salvarse si la guarnición se hubiera mostrado tan celosa y resuelta como la población. Cosa extraña: en esta plaza, de tan antiguo sujeta á dominación extranjera, había patriotismo semejante al de las pequeñas repúblicas griegas. No hay razón para creer que se cuidasen los ciudadanos para nada del equilibrio europeo, ni que tuviesen preferencia alguna por Jacobo ó por Guillermo, por el Rey Cristianísimo ó por el Rey Católico. Pero todos consideraban como su propio honor el honor de la virgen fortaleza. Es cierto que los franceses no abusaron de la victoria. No se cometió atropello alguno: los privilegios de la Municipalidad fueron respetados: los magistrados continuaron en sus puestos. Sin embargo, el pueblo no pudo ver que entrase un vencedor en su hasta entonces invencible castillo sin derramar lágrimas de rabia y de vergüenza. Hasta los carmelitas descalzos, que habían renunciado á todos los placeres, á la posesión de bienes, á todo trato social, á todas las afecciones domésticas; para los cuales todos los días eran de ayuno, y que pasaban meses y meses sin pronunciar una palabra, mostraron inusitado interés. En vano trató Luis XIV de calmarlos con muestras de respeto y espléndida bondad. Siempre que encontraban un uniforme francés volvían la cabeza con un gesto, que mostraba que una vida de oraciones, de abstinencia y de silencio no había sido

bastante á borrar de su espíritu todos los sentimientos terrenales (1).

Este fué tal vez el momento en que la arrogancia de Luis XIV llegó al más alto punto. Había realizado la última y más espléndida hazaña militar de su vida. Sus enemigos confederados, ingleses, holandeses y alemanes, habían contribuído mal de su grado al mayor brillo de su triunfo, y habían sido testigos de la gloria que tanto les mortificaba. Su orgullo no conoció límites. Las inscripciones de las medallas que hizo acuñar en conmemoración de su triunfo, las cartas en que ordenaba á los prelados de su reino que entonaran el *Te Deum*, eran jactanciosas é insultantes. Su pueblo, entre cuyas muchas buenas cualidades no ha de contarse la moderación en la prosperidad, pareció por algún tiempo ebrio de orgullo. Hasta Boileau, dejándose arrastrar del entusiasmo dominante, olvidó el buen sentido y el buen gusto á que debía su fama. Llegó á creerse poeta lírico, y lanzó al viento sus sentimientos en ciento sesenta versos de helado rimbombe, donde salían Alcides, Marte, Baco, Ceres, la lira de Orfeo, los robles de Tracia y las ninfas del Permeso. Se admiraba de que Namur, á semejanza de Troya, hubiera sido edificada por Apolo y Neptuno. Preguntaba qué poder era bastante á someter una ciudad más fuerte que aquella ante la cual habían estado diez años los griegos; y se respondía á sí mismo que milagro semejante sólo podían hacerlo Júpiter ó Luis. La pluma del sombrero de Luis era el norte de la victoria. Ante Luis todo debía ceder, príncipes y naciones, vientos y aguas. Al concluir, el poeta se dirigía á los confederados enemigos de Francia, y en tono insultante les ordenaba

(1) *Mémoires de Saint-Simon.*

volver á sus hogares con la nueva de que Namur había sido tomada á su vista. No trascurrieron muchos meses sin que el jactancioso rey y el jactancioso poeta aprendiesen que es tan prudente como magnánimo el ser modesto en la hora de la victoria.

Una mortificación había sufrido Luis XIV aun en medio de su prosperidad. Cuando estaba delante de Namur oyó sones de regocijo en el distante campo de los aliados. Tres disparos atronadores de ciento cuarenta piezas de artillería fueron contestados por tres descargas de sesenta mil mosquetes. Pronto se supo que la causa de estas salvas era la batalla de la Hogue. El Rey de Francia trató de conservar su serenidad. «Mucho ruido hacen—dijo—por el incendio de unos cuantos buques.» En realidad, estaba muy alterado, y tanto más, cuanto se había dicho en los Países Bajos que había habido una batalla naval, y que su escuadra había salido victoriosa. Pronto volvió, sin embargo, á renacer su buen humor con el brillante resultado de las operaciones que se hacían bajo su inmediata dirección. Cuando terminó el sitio dejó á Luxemburgo el mando del ejército y regresó á Versalles. No tardó en presentarse allí el infortunado Tourville, quien encontró grata acogida. Tan pronto se presentó en el círculo de la corte, el Rey le saludó en alta voz. «Estoy perfectamente satisfecho de vos y de mis marinos. Hemos sido derrotados, es cierto; pero vuestro honor y el de la nación están sin mancha» (1).

Aunque Luis XIV había abandonado los Países Bajos, los ojos de toda Europa continuaban fijos en aquella región. Los ejércitos allí estacionados habían

(1) *London Gazette*, mayo 30, 1692; *Mémoires de Saint-Simon*; *Journal de Dangeau*; Boyer, *Historia de Guillermo III*.

recibido refuerzos de muchas partes. Fuera de allí, las operaciones militares del año habían sido lánguidas y sin interés. El Gran Visir y Luis de Baden casi no habían hecho más que vigilarse mútuamente en el Danubio. El mariscal de Noailles y el Duque de Medinasidonia casi no habían hecho más que observarse al pie de los Pirineos. En el alto Rhin, y á lo largo de la frontera que separa Francia del Piamonte, se hizo una indecisa guerra de despojo, que hizo sufrir poco á los soldados y mucho á los cultivadores del suelo. Pero todos miraban, en ansiosa expectación de algún gran acontecimiento, á la frontera de Brabante, donde estaban frente á frente Guillermo y el mariscal de Luxemburgo.

XI.

El mariscal de Luxemburgo.

El mariscal de Luxemburgo, que tenía en este tiempo sesenta y seis años, había subido lentamente y por muerte de algunos grandes hombres á ocupar el primer lugar entre los generales de su tiempo. Pertenecía á aquella noble casa de Montmorency que unía muchos títulos fabulosos y muchos títulos históricos á la gloria, de que se jactaba, de descender del primer franco que fué bautizado en el nombre de Cristo en el siglo v, y que desde el siglo XI había dado á Francia una larga y espléndida sucesión de condestables y mariscales. En valor y talento no era Luxemburgo inferior á ninguno de los de su ilustre raza. Pero á pesar de su elevada alcurnia y de sus preeminentes dotes, difícilmente había vencido los obstácu-

los que le obstruyeron el camino de la fama. Si es cierto que debió mucho á la esplendidez de la naturaleza y la fortuna, más aún tuvo que sufrir por su enojo. Sus facciones tenían terrible aspecto de dureza, su estatura era diminuta; en su espalda se levantaba una formidable y puntiaguda joroba. Su constitución era débil y enfermiza. Crueles acusaciones pesaban sobre su moralidad. Fuera acusado de andar en tratos con hechiceros y envenenadores; había estado largo tiempo en un calabozo y al cabo había recobrado la libertad sin recobrar enteramente el honor (1). Nunca había tenido las simpatías de Louvois y de Luis XIV. Sin embargo, á poco de comenzar la guerra contra la coalición europea, tanto el Ministro como el Rey comprendieron que el general cuya persona les era odiosa era necesario al Estado. Condé y Turena habían muerto; y Luxemburgo era, sin disputa, el primer militar que quedaba á Francia. Faltábanle vigilancia, diligencia y perseverancia. Parecía reservar sus grandes cualidades para las grandes circunstancias. En el campo de batalla era donde desplegaba todas sus facultades. Su golpe de vista era rápido y jamás erraba. Su entendimiento era más claro y más seguro cuando era mayor la responsabilidad que pesaba sobre él y cuando crecían las dificultades en torno suyo. A su pericia, energía y presencia de

(1) *Mémoires de Saint-Simon;* Voltaire, *Siècle de Louis XIV.* Voltaire habla con desprecio, tal vez merecido, de la relación que traen de este asunto las *Causes célèbres*. Véanse también las Cartas de Mme. de Sévigné durante los meses de enero y febrero de 1680. En varias sátiras inglesas Luxemburgo es designado con el sobrenombre de Esopo, a causa de su deformidad, y apellidado hechicero, aludiendo á sus tratos con Le Vaisin. En una alegoría jacobita, Luxemburgo es el nigromante Grandorsio. En el *Diario de Narciso Luttrell* de junio de 1692, se le llama encantador. He visto dos ó tres caricaturas inglesas de Luxemburgo.

ánimo debe su país algunos días de gloria. Pero aunque eminentemente afortunado en las batallas, no era eminentemente afortunado en las campañas. Ganó inmenso renombre á expensas de Guillermo; y, sin embargo, respecto al objetivo de la guerra, poca era la diferencia entre los dos caudillos. Luxemburgo vencía una y otra vez; pero no tenía el arte de aprovechar la victoria. Guillermo era una y otra vez derrotado; pero de todos los generales ninguno sabía como él reparar una derrota.

En el mes de julio, el cuartel general de Guillermo estaba en Lambeque. A unas seis millas de distancia, en Steinkirk, había acampado Luxemburgo con el cuerpo principal de su ejército; y á unas seis millas más lejos había una fuerza considerable, mandada por el Marqués de Boufflers, uno de los mejores oficiales al servicio de Luis XIV.

El país entre Lambeque y Steinkirk estaba cortado por innumerables cercas y fosos; y ninguno de los dos ejércitos podía acercarse al otro sin atravesar varios desfiladeros largos y angostos. Luxemburgo no tenía, pues, motivo para temer ser atacado en sus trincheras; y, por otra parte, estaba seguro de tener amplias noticias antes de que se hiciera ataque alguno, porque había logrado corromper á un aventurero llamado Millevoix, que era músico mayor y secretario particular del Elector de Baviera. Este, pues, enviaba con toda regularidad al cuartel general francés informes auténticos respecto á los designios de los aliados.

El Mariscal, confiado en la fortaleza de su posición y en la exactitud de sus noticias, vivía en su tienda como estaba acostumbrado á vivir en su hotel en París. Era al mismo tiempo enfermizo y voluptuoso, y por ambas cosas, amante de la comodidad. Rara vez

montaba á caballo. La conversación ligera y los naipes ocupaban la mayor parte de su tiempo. Su mesa era opípara, y una vez sentado á cenar, era exponerse á un verdadero peligro el molestarle. Algunos burlones observaban que en las operaciones de la guerra no se guiaba exclusivamente por razones militares, sino que generalmente trataba de atrincherarse en algún sitio donde la caza mayor y las aves fueran muy buenas, y que siempre se mostraba solícito de tener abiertas las comunicaciones con el mar, para estar seguro de que, desde setiembre á abril, no le faltaría su regular provisión de ostras de Sandwich. Si había mujeres agradables cerca de su campo, generalmente se las encontraba en sus banquetes. Fácilmente puede suponerse que con semejante caudillo los jóvenes Príncipes y nobles de Francia emulasen en esplendor y valentía (1).

XII.

Batalla de Steinkirk.

Mientras el Mariscal se entretenía, según su costumbre, los Príncipes confederados descubrieron que les hacían tración. Un aldeano recogió una carta extraviada y se la llevó al Elector de Baviera. Contenía prueba plena del delito de Millevoix. Guillermo concibió la esperanza de hacer caer á sus enemigos en la misma trampa que habían armado para él. El pérfido Secretario fué llamado á presencia del Rey,

(1) *Mémoires de Saint-Simon; Mémoires de Villars;* Racine á Boileau, mayo 21, 1692.

donde se le echó en cara su crimen. Diéronle una pluma; pusiéronle una pistola al pecho, y se le ordenó escribir, so pena de ser muerto en el acto. Su carta, dictada por Guillermo, fué llevada al campo francés. Informaba á Luxemburgo de que los aliados pensaban enviar al otro día un fuerte destacamento á forrajear. A fin de proteger estas tropas contra toda agresión, algunos batallones de infantería, acompañados de artillería, debían marchar, durante la noche, á ocupar los desfiladeros que había entre los dos ejércitos. El Mariscal leyó la carta, la creyó y se fué á dormir, mientras Guillermo se daba prisa á disponer los preparativos para un ataque general contra las líneas francesas.

Antes del amanecer todo el ejército aliado estaba sobre las armas. A la pálida luz del alba fué despertado Luxemburgo por escuchas que traían noticia de que el enemigo avanzaba con grandes fuerzas. Al principio dió poca importancia á las nuevas. Su corresponsal, á lo que parecía, había andado tan diligente y exacto como de ordinario. El Príncipe de Orange había hecho salir un destacamento para proteger sus forrajeadores, y el temor había dado á este destacamento las proporciones de una gran hueste. Pero los rumores alarmantes se sucedían con rapidez. Todos los desfiladeros, se decía, estaban obstruídos por multitud de infantería, caballería y artillería, bajo las banderas de Inglaterra y de España, de las Provincias Unidas y del Imperio; y todas las columnas marchaban hacia Steinkirk. Al fin el Mariscal se levantó, montó á caballo y fué á ver lo que pasaba.

Por este tiempo la vanguardia de los aliados estaba ya muy cerca de sus avanzadas. A una media milla de distancia del ejército estaba acampada una brigada que tomaba su nombre de la provincia del Borbonés.

Estas tropas tuvieron que sufrir el primer empuje de la acometida. Sorprendidas y llenas de pánico, fueron barridas en un momento, emprendiendo la fuga para salvar la vida, dejando en poder del enemigo sus tiendas y siete cañones.

Hasta aquí los planes de Guillermo habían tenido éxito completo; pero entonces empezó la fortuna á volverse contra él. Había sido mal informado respecto á la naturaleza del terreno que mediaba entre la estación de la brigada del Borbonés y el cuerpo principal del enemigo. Creía poder avanzar sin tener que detenerse un momento, que de este modo encontraría el ejército francés en el mayor desorden, y que su victoria sería fácil y completa. Pero su marcha se encontró obstruída por algunas cercas y fosos; hubo una breve dilación, y una breve dilación era lo suficiente para frustrar su designio. Luxemburgo era el hombre más á propósito para semejante coyuntura. Había cometido grandes faltas, había descuidado la vigilancia; había confiado implícitamente en noticias que habían resultado falsas; no había hecho caso de noticias que habían resultado ciertas; una de sus divisiones huía en confusión; las otras divisiones no estaban preparadas para la batalla. Aquella crisis que hubiera paralizado las facultades de un general cualquiera, sólo contribuyó á dar más fuerza y estímulo á las de Luxemburgo. Su mente, hasta su cuerpo enfermo y deforme, parecía encontrar salud y fuerza en el desastre y el desaliento. En muy poco tiempo todo estuvo dispuesto. El ejército francés estaba en orden de batalla. Notables en aquella gran fuerza eran las tropas de la casa de Luis XIV, el más afamado cuerpo de combatientes de Europa, y á su cabeza se veían, resplandecientes de encajes y bordados puestos apresuradamente y á medio atar, una multitud de jóvenes

Príncipes y señores á quienes la trompeta acababa de hacer levantar de sus lechos ó de sus festines, y que habían corrido á mirar la muerte cara á cara con la alegre y festiva intrepidez característica en los caballeros franceses. El de más alto rango entre todos estos guerreros de alta alcurnia era un mancebo de diez y seis años, Felipe, Duque de Chartres, hijo del Duque de Orleans y nieto del Rey de Francia. Con dificultad, y gracias á importunas solicitudes, había conseguido el valeroso joven que Luxemburgo le permitiera colocarse en lo más vivo del fuego. Otros dos adolescentes de regia estirpe, Luis, Duque de Borbón, y Armando, Príncipe de Conti, mostraron un valor digno de su raza. Con ellos estaba un descendiente de uno de los bastardos de Enrique IV, Luis, Duque de Vendome, hombre sumido en la indolencia y en el vicio más repugnante, pero capaz de desplegar en una gran ocasión las cualidades de un gan soldado. Berwick, que comenzaba á ganarse un nombre honroso en las armas, estaba allí, y á su lado cabalgaba Sarsfield, cuyo valor y talento le valieron en aquel día la estimación de todo el ejército francés. En tanto, Luxemburgo había enviado un mensaje urgente llamando á Boufflers. Pero el llamamiento era innecesario. Boufflers había oído el fuego, y como caudillo valeroso é inteligente marchaba ya apresuradamente hacia el punto de donde venía el ruido.

Aunque los asaltantes habían perdido toda la ventaja que da la sorpresa, adelantaron valientemente. En el frente de la batalla estaban los ingleses mandados por el Conde de Solmes. La división que debía marchar á la cabeza era la de Mackay. Debía ser apoyado, según el plan de Guillermo, por un fuerte cuerpo de infantería y caballería. Aunque la mayor parte de los soldados de Mackay no habían entrado nunca en fue-

go, su conducta prometía las jornadas de Blenheim y Ramilliers. Se encontraron primero con los suizos, que ocupaban lugar distinguido en el ejército francés. La lucha fué tan desesperada y á tan corta distancia, que se cruzaron las bocas de los mosquetes. Los suizos tuvieron que retirarse con horrible matanza. Mas de mil ochocientos, según resulta de los cálculos de los franceses, habían sido muertos ó heridos. Luxemburgo dijo posteriormente que en su vida había visto combate más encarnizado. Consultó apresuradamente la opinión de los generales que le rodeaban. Todos declararon que las circunstancias eran tan críticas que no sería posible vencer por los medios ordinarios. Las tropas de la Casa Real recibieron orden de cargar contra los ingleses. El Mariscal dió la voz de mando; y la Guardia real, capitaneada por los Príncipes de la sangre, avanzó arrojando los mosquetes á la espalda. «Espada en mano», fué el grito entre todas las filas de aquella terrible brigada. «Espada en mano. Nada de fuego. Con el frío acero.» Después de una larga y desesperada resistencia, los ingleses hubieron de retroceder. Nunca cesaron de repetir que si Solmes hubiera cumplido su deber, hubieran batido hasta las tropas de la Casa Real. Pero Solmes no les prestó auxilio eficaz. Hizo adelantar alguna caballería que por la naturaleza del terreno podía hacer poco ó nada. La infantería no quiso moverla. De nada serviría, dijo, y no quería enviarla á la muerte. Ormond estaba deseoso de correr en auxilio de sus compatriotas, pero no le fué permitido. Mackay envió un mensaje urgente manifestando que él y sus soldados eran entregados á una muerte cierta; pero todo fué en vano. «Hágase la voluntad de Dios,» dijo el bravo veterano. Murió como había vivido, como buen cristiano y buen soldado. Con él murieron Douglas y Lamier, dos ge-

nerales que se habían distinguido entre los vencedores de Irlanda. También fué muerto Mountjoy. Después de languidecer tres años en la Bastilla, acababa de ser canjeado por Ricardo Hamilton, y habiéndose convertido al partido whig por sinrazones más poderosas que todos los argumentos de Locke y Sidney, se había apresurado á unirse inmediatamente al campo de Guillermo como voluntario (1). Cinco hermosos regimientos fueron hechos pedazos. No se hubiera salvado parte alguna de esta fuerza á no haber sido por el valor é inteligencia de Auverquerque, que acudió en su socorro con dos batallones de refresco en el momento de mayor peligro. El valor con que reunió los restos de la división de Mackay fué recordado largo tiempo con agradecida admiración en los vivács de las tropas inglesas. El lugar donde había sido la pelea estaba cubierto de cadáveres; y los que sepultaban los muertos observaron que casi todas las heridas habían sido dadas en lucha cuerpo á cuerpo con la espada ó la bayoneta.

Díjose que Guillermo olvidó esta vez su ordinario estoicismo, hasta el punto de prorrumpir en una exclamación apasionada sobre la manera como se habían sacrificado los regimientos ingleses. Pronto, sin embargo, recobró su ecuanimidad, y determinó retirar. Ya era tiempo; porque el ejército francés era á cada momento más fuerte, pues los regimientos mandados por Boufflers iban llegando en rápida sucesión. El ejército de los aliados regresó á Lambeque sin ser perseguido y en perfecto orden (2).

---

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, abril 28, 1692.

(2) *London Gazette*, agosto 4, 8 y 11, 1692; *Gazeta de París*, agosto 9 y 16; Voltaire, *Siécle de Louis XIV*; Burnet, II, 97; *Mémoires de Berwick;* Carta de Dykvelt á los Estados Generales de 4 de agosto de 1692. Véase también el interesantísimo debate

Los franceses confesaban que habían tenido unas siete mil bajas entre muertos y heridos. La pérdida de los aliados había sido igual ó poco mayor. La fuerza relativa de los dos ejércitos seguía siendo la misma que el día precedente, y ambos continuaban ocupando sus antiguas posiciones. Pero el efecto moral de la batalla fué muy grande. Palideció el esplendor de la fama de Guillermo. Hasta sus admiradores hubieron de confesar que en el campo era inferior á Luxemburgo. En Francia se recibió la noticia con trasportes de alegría y orgullo. La corte, la capital, hasta el paisanaje de las más remotas provincias, se envanecían con el impetuoso valor desplegado por tantos mancebos herederos de ilustres nombres. Repetíase

promovido en la Cámara de los Comunes en 21 de noviembre de 1692. Se hallará en el *Monthly Mercury* de setiembre de 1692 una traducción inglesa del elaborado y artificioso despacho de Luxemburgo. El original se ha publicado recientemente en la nueva edición de Dangeau. Luis XIV declaró que era el mejor despacho que había visto. El editor del *Monthly Mercury* sostiene que fué escrito en París «Pensar otra cosa, dice, seria una locura; como si Luxemburgo pudiera tener tiempo para escribir una carta tan larga, más propia de un pedante que de un general, ó del monitor de una escuela refiriendo al maestro cómo se han portado los otros muchachos.» En el *Monthly Mercury* se hallará también la lista oficial francesa de los muertos y heridos. De todas las descripciones de la batalla, la que me parece mejor se encuentra en las *Memorias de Feuquiéres*. Va acompañada de un mapa. Feuquiéres divide muy equitativamente el elogio y la censura entre los generales. Sterne, que se crió entre veteranos de Guillermo, nos ha conservado las tradiciones de los soldados ingleses. «Allí quedaron—continuó el cabo contando por los dedos—el regimiento de Cutts, el de Mackay, el de Angus, el de Graham y el de Leven, sin que se salvara uno; y también hubieran perecido los guardias de Corps ingleses, á no haber sido por algunos regimientos de la derecha que marcharon atrevidamente en su socorro, recibiendo de frente el fuego del enemigo antes que ninguno de sus pelotones descargara un mosquete.»—«Así habrán ganado el cielo,» añadió Trim.

con entusiasmo y ternura en todo el reino que no había habido fuerza humana capaz de apartar del peligro al joven Duque de Chartres, que una bala le había atravesado la casaca, que había sido herido en un hombro. El pueblo acudía á los caminos á ver pasar á los príncipes y nobles que volvían de Steinkirk. Los joyeros inventaban hebillas de Steinkirk; los perfumistas vendían polvos de Steinkirk. Pero el nombre del campo de batalla se dió muy especialmente á una nueva clase de corbatas. Las corbatas de encaje estaban entonces en uso entre los elegantes, y era costumbre anudarlas con gran esmero. Pero en el terrible momento en que la brigada del Borbonés huía ante la acometida de los aliados, no hubo tiempo de pararse en refinamientos de tocador; y los más elegantes caballeros de la corte llegaron á toda brida al frente de la línea de batalla con sus ricas corbatas en desorden. Vino, pues, á ser moda, entre las beldades de París, ponerse al cuello pañuelos del más fino encaje con estudiado desarreglo, y estos pañuelos se llamaban Steinkirks (1).

En el campo de los aliados todo era desunión y descontento. Las envidias y odios nacionales se manifestaban sin freno ni disfraz. Los ingleses manifestaban sin rebozo su resentimiento. Aun cuando algunos que conocían bien á Solmes decían que poseía algunas cualidades de valía, no era hombre para conciliar soldados que le tuvieran prevención por ser extranjero. Era de condición arrogante y no podía dominarse. Aun antes de la desgraciada jornada de Steinkirk, los oficiales ingleses no gustaban de comunicar con él, y los soldados se quejaban de su dureza. Pero después de la batalla el clamor general

---

(1) Voltaire, *Siècle de Louis XIV.*

contra él fué terrible. Se le acusaba, tal vez injustamente, de haber dicho con cruel ligereza, mientras los regimientos ingleses luchaban desesperadamente contra fuerzas mayores, que tenía gana de ver cómo se las arreglarían los perros de presa. ¿Y aun habría quien pretendiera, se preguntaba, que por su superior pericia y experiencia había sido antepuesto á tan gran número de oficiales ingleses? Era costumbre decir que aquellos oficiales no habían visto nunca la guerra en gran escala. Pero seguramente el primer novicio era capaz de hacer lo que Solmes había hecho: entender mal las órdenes, enviar caballería donde sólo la infantería podía servir, y permanecer en lugar seguro viendo cómo caía la gente de valor. Era demasiado verse al mismo tiempo insultados y sacrificados, excluídos de los honores de la guerra y sin embargo enviados al mayor peligro, burlados como reclutas y abandonados luego á sostener el empuje del mejor cuerpo de veteranos del mundo. Tales eran las quejas del ejército inglés, quejas que encontraban eco en la nación inglesa.

Afortunadamente, hízose por este tiempo, un descubrimiento, que dió tema de conversación al campo de Lambeque y á los cafés de Londres, tema mucho menos agradable para los jacobitas que el desastre de Steinkirk.

XIII.

Conspiración de Grandval.

Desde hacía algunos meses se preparaba en el Depósito de la guerra, en Francia, un complot contra la vida de Guillermo. Parece que Louvois había bosque-

jado el primer plan, legándolo todavía sin terminar á su hijo y sucesor Barbezieux. Este lo perfeccionó, y su ejecución fué confiada á un oficial llamado Grandval. Grandval era, indudablemente, hombre de valor y lleno de celo por su patria y su religión. Cierto que era muy ligero y desprovisto casi de talento, mas no por eso menos peligroso. En efecto, un hombre así, ligero y sin inteligencia, es el instrumento generalmente preferido por los astutos políticos cuando se trata de una empresa muy arriesgada. Ningún calculador sagaz se hubiera expuesto por recompensa alguna, por enorme que fuera, á sufrir la suerte de Chatel, de Ravaillac ó de Gerarts (1).

Grandval creyó contar con el concurso de dos aventureros, Dumont, que era walón, y Leefdale, holandés. En abril, poco después de llegar Guillermo á los Países Bajos, los asesinos recibieron orden de marchar á su puesto. Dumont estaba entonces en Westphalia. Grandval y Leefdale estaban en París. Uden, en el Brabante Septentrional, fué el punto fijado para la reunión de los tres, desde donde deberían marchar juntos al cuartel general de los aliados. Antes de salir de París hizo Grandval una visita á Saint-Germain, y fué presentado á Jacobo y á María de Módena. «He sido informado—dijo Jacobo—de lo que se trata. Si vos y vuestros compañeros me hacéis este servicio, nunca os faltará nada.»

Después de esta audiencia, Grandval se puso en camino. No tenía la más leve sospecha de que había sido vendido por el cómplice que le acompañaba y por el otro con quien iba á reunirse. Dumont y Leefdale

(1) Langhorne, el principal agente lego de los jesuitas en Inglaterra, elegía siempre sus instrumentos, según declaró á Tillotson, con arreglo á este principio. Burnet, I, 230.

no eran fanáticos. Nada les importaba la restauración de Jacobo, la grandeza de Luis XIV, ó el ascendiente de la Iglesia de Roma. No ofrecía duda á nadie que tuviera sentido común, que tanto saliendo bien como fracasando el proyecto, la recompensa de los asesinos sería probablemente que las Cortes de Versalles y Saint-Germain negaran con fingido aborrecimiento toda relación con ellos, y ser luego destrozados con pinzas candentes, salpicados con plomo derretido y descuartizados por cuatro caballos. Para los caracteres vulgares la perspectiva de semejante martirio no tenía nada de agradable. Estos dos, pues, casi al mismo tiempo, aunque, según parece, sin obrar de concierto, advirtieron á Guillermo por diferentes conductos que su vida peligraba. Dumont había confesado todo al Duque de Zell, uno de los príncipes confederados. Leefdale había dado noticias detalladas por medio de los parientes que tenía en Holanda. En tanto, Morel, protestante suizo de gran saber, que estaba entonces en Francia, escribió informando á Burnet que se había oído hablar jactanciosamente al débil y exaltado Grandval de un acontencimiento que muy pronto asombraría al mundo, y que había anunciado en confianza que el Príncipe de Orange no llegaría al fin de aquel mes.

Estas advertencias no fueron desatendidas. Desde el momento en que Grandval entró en los Países Bajos, caminó de una en otra asechanza. Sus movimientos eran vigilados, sus palabras anotadas; fué arrestado, interrogado, careado con sus cómplices y enviado al campo de los aliados. Una semana próximamente después de la batalla de Steinkirk compareció ante un tribunal marcial. Ginkell, que había sido recompensado por sus grandes servicios en Irlanda con el título de conde de Athlone, presidía; y Talmash era

uno de los jueces. Mackay y Lanier habían sido nombrados miembros del tribunal, pero habían muerto, y sus puestos fueron ocupados por oficiales más jóvenes.

La tarea del tribunal marcial fué muy sencilla, porque el prisionero no intentó defenderse. Diríase que su conciencia había despertado súbitamente. Admitió con frases llenas de remordimiento la verdad de todas las acusaciones, hizo una declaración minuciosa y al parecer sincera, y confesó que merecía la muerte. Fué sentenciado á ser ahorcado, arrastrado y descuartizado, y sufrió el castigo con gran fortaleza y con muestras de piedad. Dejó escritos algunos renglones declarando que perdía la vida por haber obedecido demasiado fielmente las prescripciones de Barbezieux.

Su confesión fué inmediatamente publicada en varias lenguas, excitando su lectura muy distintas y muy fuertes emociones. No podía dudarse de su autenticidad, porque estaba autorizada con las firmas de algunos de los más distinguidos militares de la época. Tampoco era posible suponer que hubiera sido dictada por la esperanza de perdón, porque Guillermo había tratado de disipar semejante esperanza. Menos todavía podía suponerse que el preso hubiera mentido con objeto de evitar la tortura, porque si bien era práctica universal en los Países Bajos sujetar á los asesinos convictos al tormento con objeto de arrancarles los nombres de sus motores y asociados, Guillermo había dado orden de que, en esta ocasión, no se hiciera uso del tormento, ni siquiera se mencionase. Debe añadirse que el tribunal no hizo al preso un minucioso interrogatorio, sino que le dejó referir el suceso como él quiso. Lo razonable es, pues, creer, que su narración, en lo esencial, es verdadera y que ninguna parte de ella tiene más aire de verdad

que su relato de la audiencia con que le honró Jacobo en Saint-Germain.

Grande fué la sensación que en nuestra isla produjo la noticia del suceso. Los whigs no se recataban para calificar de asesinos á Jacobo y á Luis XIV. ¿Cómo era posible, se preguntaba, sin ultrajar al sentido común, atribuir significación inocente á las palabras que Grandval declaró haber oído de labios del desterrado Rey de Inglaterra? ¿Y quién, conociendo la Corte de Versalles podría creer que Barbezieux, un mancebo, un novicio en política y más bien un escribiente que un ministro, se hubiera atrevido á hacer lo que había hecho sin consultar la voluntad de su amo? Personas muy caritativas é ignorantes podrían, tal vez, creer, que Luis XIV no hubiera sabido nada antes del suceso. Pero que después del suceso lo había sabido, no había persona humana que pudiera dudarlo. Debía haber visto el proceso del tribunal marcial, las declaraciones, la confesión. Si realmente aborrecía el asesinato, como todo hombre honrado lo aborrece, ¿no habría sido Barbezieux arrojado ignominiosamente de la real presencia y encerrado en la Bastilla? Sin embargo, Barbezieux continuaba en el Ministerio de la Guerra, y no se indicaba que hubiera sido castigado ni aun con una palabra ó un gesto de desagrado. Era, pues, indudable, que ambos Reyes eran partícipes del crimen de Grandval. Y si se preguntaba cómo dos príncipes que hacían tanto alarde de religión podían haber incurrido en maldad semejante, la respuesta era que habían aprendido su religión con los jesuitas. En contestación á estos reproches, los jacobitas ingleses dijeron muy poco; y el Gobierno francés no dijo nada en absoluto (1).

(1) He tomado principalmente la historia del complot de Grand-

XIV.

Regreso de Guillermo á Inglaterra.—Mal estado de la administración marítima.

La campaña de los Países Bajos terminó sin ningún otro acontecimiento digno de ser mencionado. El 18 de octubre llegó Guillermo á Inglaterra. A hora avanzada de la noche del 20 entraba en Kensington, después de atravesar toda la capital. Fué recibido afectuosamente. La multitud era muy numerosa; las aclamaciones entusiastas, y en todo el trayecto, desde Aldegate hasta Piccadilly, las ventanas estaban iluminadas (1).

Pero con todos estos síntomas favorables, la nación estaba desengañada y descontenta. La guerra terrestre había sido desgraciada. Por mar se había conseguido una gran victoria, pero no se había sabido aprovechar. Esperábase generalmente que la victoria de mayo fuera seguida de un desembarco en la costa de Francia, que Saint-Malo sería bombardeado, que

---

val de la confesión del mismo. No he mencionado á Mme. de Maintenon, porque Grandval en su confesión tampoco la menciona. La acusación lanzada contra ella sólo se funda en la autoridad de Dumont. Véase también *Relación verdadera de la horrenda conspiración contra la vida de S. M. Sacratísima Guillermo III*, 1692, *Reflexiones sobre la horrenda conspiración tramada por algunos de la Corte de Francia para asesinar á S. M. en Flandes*, 1692; Burnet, II, 92; Cartas de Vernon desde el campo á Colt, publicadas por Tindal; *Gaceta de Londres*, agosto 11. La *Gaceta de París* no dice una palabra acerca del asunto, silencio que es muy significativo.

(1) *London Gazette*, octubre 20 y 24, 1692.

serían destruídos los últimos restos de la escuadra de Tourville y que los arsenales de Brest y Rochefort quedaran en ruinas. Semejante esperanza no era seguramente razonable. Porque Rooke y sus marinos hubieran apagado los fuegos de las baterías que Bellefonds había levantado apresuradamente, no se deducía que hubiera sido seguro exponer los buques al fuego de verdaderas fortalezas. El Gobierno, sin embargo, no se mostró menos vehemente que la nacion. Hiciéronse grandes preparativos. La escuadra aliada, después de una apresurada reparación en Portsmouth, se hizo de nuevo á la mar. Rooke fué enviado á examinar los fondos y corrientes de las costas de Bretaña (1). Se reunieron trasportes en Santa Elena. Catorce mil hombres fueron congregados en Portsdown, al mando de Meinhart Schomberg, que había sido recompensado por los servicios de su padre y los suyos con el título más alto del nobiliario irlandés, siendo actualmente Duque de Leinster. A sus órdenes iban Ruvigny, que por su buena conducta en Aghrim había sido hecho Conde de Galway; La Melloniere y Cambon, con sus valientes bandas de emigrados, y Argyle, con el regimiento que llevaba su nombre, y que, según empezaba á murmurarse, había hecho el invierno anterior algo extraño y horrible en un país salvaje de rocas y de nieve, nunca explorado todavía por ningún inglés.

El 26 de julio todas las tropas estaban á bordo. Los trasportes se hicieron á la vela, y á las pocas horas se unieron á la armada, que estaba cerca de Portland. El 28 se celebró un consejo de guerra general. Todos los jefes de la armada, con Russell á la cabeza, declararon que sería locura exponer los barcos al fuego de

(1) Véase su relación en Burchett.

los cañones de Saint-Malo, y que la ciudad debía ser reducida por tierra antes que los navíos del puerto pudieran, con alguna probabilidad de éxito, ser atacados desde el mar. Con igual unanimidad declararon los militares que las fuerzas de tierra no podían hacer nada contra la ciudad sin la cooperación de la armada. Tratóse, pues, de la conveniencia de hacer una tentativa contra Brest ó Rochefort. Russell y los otros oficiales generales, entre los cuales se contaban Rooke, Shovel, Almonde y Evertsen, declararon que el verano iba ya muy de vencida para cualquiera de las dos empresas (1). Es de suponer que una opinión en que tantos almirantes distinguidos, así ingleses como holandeses, estaban conformes, por extraña que pudiera parecernos, se ajustaba á lo que era entonces los principios fundamentales del arte de la guerra marítima. Pero lo que con razón puede extrañarnos es, por qué no se habrían de discutir largamente todas estas cuestiones una semana antes; por qué se había de hacer embarcar y hacerse á la vela catorce mil soldados, sin saber lo que iban á hacer, ni siquiera si les sería posible hacer algo. Regresó la armada á Santa Elena, con asombro y disgusto de toda la nación (2). Los ministros acusaban á los jefes; los jefes acusaban á los ministros. Acres y violentas fueron las recriminaciones que se cruzaron entre Nottingham y Russell. Nottingham, honrado, diligente, versado en los asuntos civiles, y elocuente en el debate parlamentario, carecía de las cualidades indispensables á un

(1) *London Gazette*, julio 28, 1692. Véanse las resoluciones del consejo de guerra en Burchett. En una Carta á Nottingham, fechada el 10 de julio, dice Russell: «Dentro de seis semanas próximamente terminará lo que llamamos verano.» *Lords' Journals*, diciembre 19, 1692.

(2) *Monthly Mercury*, agosto y setiembre, 1692.

ministro de la Guerra, y en modo alguno reconocía su deficiencia. Entre él y todo el cuerpo de la armada existía una antigua causa de discordia. Poco tiempo antes de la revolución había sido Lord del Almirantazgo, y en su opinión, había adquirido entonces profundo conocimiento de las cuestiones marítimas. Esta opinión, sin embargo, tenía más de suya que de nadie. Hombres que habían pasado la mitad de su vida en la mar, y que habían estado en batallas, tormentas y naufragios, se impacientaban de sus pomposas lecciones y reprimendas, declarando que no era más que un pedante que, con haber leído tanto, ignoraba lo que sabe cualquier grumete. Russell había sido siempre impertinente, arrogante y díscolo, y ahora la prosperidad y la gloria hicieron que sus vicios se manifestaran con toda fuerza. Con el Gobierno que había salvado se tomaba todas las libertades de un criado insolente que se cree necesario; trataba las órdenes de sus jefes con despreciativa ligereza; sentía cualquier reconvención, por suave que fuera, como un ultraje; no indicaba ningún plan, y mostraba hostil determinación de no ejecutar ningún plan sugerido por cualquier otro. Nottingham le inspiraba una fuerte y muy natural antipatía. Eran ciertamente el reverso de la medalla. Nottingham era tory; Russell era whig. Nottingham era marino especulativo, confiado en sus teorías; Russell era marino práctico, orgulloso de sus hazañas. La principal fuerza de Nottingham era la palabra; la fuerza de Russell era la acción. Nottingham era correcto en su porte, hasta llegar al formalismo; Russell era apasionado y rudo. Finalmente, Nottingham era un hombre honrado, y Russell era un miserable. Actualmente se hicieron mortales enemigos. El Almirante se burlaba de la ignorancia del Secretario en las cuestiones marí-

timas; el Secretario acusaba al Almirante de sacrificar los públicos intereses á los caprichos de su carácter, y ambos tenían razón (1).

Mientras ellos luchaban, los comerciantes de todos los puertos del reino levantaban un gran clamor contra la administración naval. La victoria de que la nación estaba tan orgullosa era en la City considerada como un verdadero desastre. Desde algunos meses antes de la batalla, todas las fuerzas navales del enemigo habían estado reunidas en dos grandes masas, una en el Mediterraneo y otra en el Atlántico. Había habido, por consecuencia, pocos piratas, y el viaje á Nueva Inglaterra ó á Jamaica había sido casi tan seguro como en tiempo de paz. Después de la batalla, los restos de la fuerza que había estado reunida al mando de Tourville se habían dispersado por el Océano. Ni aun de Inglaterra á Irlanda se podía ir con seguridad. Todas las semanas se anunciaba que veinte, treinta, cincuenta bajeles de Londres ó de Bristol habían sido cogidos por los franceses. Sólo en Saint-Malo entraron aquel otoño más de cien presas. Mucho mejor sería, en opinión de los armadores y consignatarios, que el *Sol Real* estuviese aún á flote con sus mil combatientes á bordo, que no que estuviera reducido á un montón de cenizas en la punta de Cherbourg, mientras su tripulación, distribuída entre veinte bergantines, ansiosa de botín recorría los mares, desde el cabo de Finisterre hasta el cabo Clear (2).

---

(1) Evelyn, *Diario*, julio 25, 1692; Burnet, II, 94 y 95, con la nota de Lord Dartmouth. La historia de la enemistad entre Russell y Nottingham donde mejor puede verse es en los *Parliamentary Journals and Debates of the Session of* 1692-93.

(2) *Commons' Journals*, nov. 19, 1692; Burnet, II, 95; Grey. *Debates*, nov 21, 1692; *Gacetas de París* de agosto y setiembre; *Diario de Narciso Luttrell*, setiembre.

Eran de antiguo famosos los piratas de Dunkerke, y entre ellos, Juan Bart, de humilde nacimiento y que apenas sabía escribir su nombre, pero de extraordinario valor y actividad, había alcanzado indisputable preeminencia. En el país de Anson y Hawke, de Howe y Rodney, de Duncan, de Saint-Vincent y de Nelson, no es fácil que se recuerde el nombre del más atrevido y hábil corsario. Pero Francia, entre cuyos muchos indisputables títulos de gloria muy pocos se derivan de la guerra marítima, todavía cuenta á Bart entre sus grandes hombres. En el otoño de 1692 este emprendedor pirata era el terror de todos los barcos ingleses y holandeses que comerciaban con el Báltico. Apresaba y destruía bajeles cerca de la costa oriental de nuestra isla. Hasta se aventuró á desembarcar en Northumberland, y quemó muchas casas antes que pudieran reunirse las milicias para combatirle. Las presas que llevó á su puerto natal eran estimadas en unas cien mil libras esterlinas (1). Por el mismo tiempo, un aventurero más joven, destinado á igualar ó aventajar á Bart, Du Guay Trouin, recibió el mando de un pequeño buque armado en corso. El intrépido muchacho—pues aun no tenía veinte años—entró en la embocadura del Shannon, saqueó un palacio en el condado de Clare, y no reembarcó hasta que un destacamento de la guarnición de Limerick marchó contra él (2).

---

(1) Vease Bart, *Letters of Nobility*, y las *Gacetas de París* de 1692.

(2) *Mémoires de Du Guay Trouin.*

XV.

embler de tierra en Port Royal.—Miseria en Inglaterra.

Mientras nuestro comercio era interrumpido y ame-zadas nuestras costas por estos piratas, algunas amidades que la humana prudencia no hubiera lido evitar, contribuían á hacer mayor el público gusto. Un terremoto de terrible violencia devastó menos de tres minutos la floreciente colonia de Ja-ica. Todas las plantaciones cambiaron de sitio. leas enteras desaparecieron. Port Royal, la ciudad s rica y más hermosa que hasta entonces habían ficado los ingleses en el Nuevo Mundo, renombrada sus muelles, por sus almacenes y por sus sober-s calles, que según se decía rivalizaban con las de eapside, fué convertida en un montón de ruinas. quinientas personas quedaron sepultadas bajo sus pias casas. Este desastre produjo grandes pérdidas nuchas de las principales casas mercantiles de ndres y de Bristol (1).

'alamidad todavía mayor fué la pérdida de la co-ha. El verano había sido lluvioso en toda la Euro-Occidental. Aquellas copiosas lluvias que habían edido los movimientos de los zapadores franceses las trincheras de Namur, habían sido fatales para mieses. Los ancianos no recordaban año seme-te desde 1648. Ningún fruto maduró. El precio del

London Gazette, agosto 11, 1692; *Diario de Evelyn*, agosto *Monthly Mercury* de setiembre; *Relación minuciosa* del to-le terremoto ocurrido en Port Royal de Jamaica, con licencia de setiembre de 1692.

cuartal de trigo llegó á duplicarse. Agravaba este mal el estado de la moneda de plata, que había sido mermada en términos de que las palabras libra y chelín habían perdido su antiguo significado. Comparada con Francia, podría decirse que la situación de Inglaterra era próspera. Aquí las cargas públicas eran pesadas; allí eran abrumadoras. Aquí el labrador se veía obligado á alimentarse de un grosero pan de cebada; pero allí no era raro encontrar muerto al infeliz campesino con la boca llena de hierba á medio masticar. De algún consuelo sirvió á nuestros antepasados el pensar que gradualmente iban agotando la fuerza de su formidable enemigo, y que parecía probable que sus recursos se acabaran antes que los de Inglaterra. Sin embargo, mucho hubo que sufrir y que lamentar. En algunos condados la multitud atacó los graneros. Las familias de todos rangos sentían la necesidad de atrincherarse. Un ingenioso hombre de mundo que nunca creyó que sus chistes serían citados para ilustrar la historia de su tiempo, se quejaba de que en este año no hubiera vino en muchas mesas hospitalarias donde solía haberlo, ocupando su lugar el ponche (1).

XVI.

Aumento de la criminalidad.

Un síntoma de la miseria pública mucho más alarmante que la sustitución del aguardiente y el limón

(1) *Diario de Evelyn*, junio 25, octubre 1.°, 1690; *Diario de Narciso Luttrell*, junio 1692, mayo 1693; *Monthly Mercury*, abril, mayo y junio 1693; Tom Brown, *Descripción de la Vida del Campo*, 1692.

en vez del vino, fué el aumento de la criminalidad. Durante el otoño de 1692 y el invierno siguiente los ladrones tuvieron en constante terror á la capital. Una gavilla compuesta de trece hombres entró en el palacio del Duque de Ormond en Saint James's Square llevándose su magnífica vajilla y sus joyas. Otra gavilla hizo una tentativa contra el palacio de Lambeth (1). Cuando palacios señoriales guardados por numerosos servidores corrían tales peligros, fácilmente puede suponerse que ningún comerciante tenía seguras las mercancías ni la caja. Desde Bow hasta Hyde Park, desde Thames Street hasta Bloomsbury, no había parroquia donde alguna morada pacífica no hubiera sido saqueada por los ladrones (2) En tanto, los caminos reales estaban casi intransitables, por los salteadores que se reunían en bandas tan numerosas como nunca se habían conocido. Había una hermandad juramentada de veinte bandidos que se reunían en una cervecería en Southwark (3). Pero la banda más formidable estaba compuesta de veintidós jinetes (4). Podía decirse que en este tiempo un viaje de cincuenta millas por los más ricos y populosos condados de Inglaterra era tan peligroso como una peregrinación á través de los desiertos de Arabia. La diligencia de Oxford fué saqueada en pleno día, después de un combate sangriento (5). Un carro cargado con quince mil libras de dinero, perteneciente al Erario público, fué detenido y saqueado. Como esta operación duró algún tiempo, todos los viajeros que

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, nov. 1692.
(2) Véase, por ejemplo, la *London Gazette* de 12 de enero de 1693.
(3) *Diario de Narciso Luttrell*, dic. 1692.
(4 Ibidem, enero 1693.
(5) Ibidem, julio 1692.

acertaron á pasar por este sitio mientras los ladrones estaban ocupados en su faena, fueron detenidos y custodiados. Cuando hubieron asegurado el botín, se dejó continuar á los presos su camino á pie; pero los caballos, en número de diez y seis ó diez y ocho, fueron muertos ó desjarretados para evitar la persecución (1). La mala de Portsmouth fué robada dos veces en una semana por hombres bien armados y montados (2). Algunos alegres *squires* de Essex, persiguiendo á caballo una liebre, fueron cazados á su vez y corridos por nueve cazadores de diferente clase, y se dieron por muy contentos con poder volver á sus casas, aunque con la bolsa vacía (3).

Los amigos del Gobierno aseguraban que todos los bandidos eran jacobitas; y en realidad, no faltaban apariencias que dieran color de verdad á esta aserción. Por ejemplo, quince carniceros que iban un día de mercado á comprar reses á Thame fueron detenidos por una numerosa gavilla y obligados primero á entregar las talegas y después á echar un trago de aguardiente á la salud del rey Jacobo (4). Debemos, sin embargo, hacer á los ladrones la justicia de reconocer que en el ejercicio de su profesión no mostraron preferencia decidida por ningún partido político Unos cuantos tropezaron con Marlborough cerca de Saint-Albans, y á pesar de su conocida hostilidad á la Corte y de la prisión que recientemente había sufrido, le obligaron á entregar quinientas guineas, pérdida que con seguridad no cesó de lamentar hasta

(1) *Diario de Evelyn*, nov. 20, 1692; *Diario de Narciso Luttrell*; *London Gazette*, nov. 24; Hop al Greffier de los Estados Generales, nov. 18 (28).

(2) *London Gazette*, dic. 19, 1692.

(3) *Diario de Narciso Luttrell*, dic. 1692.

(4) *Diario de Narciso Luttrell*, noviembre de 1692.

último momento de su larga carrera de prosperiad y gloria (1).

Cuando Guillermo, á su regreso del Continente, ıpo las proporciones que habían alcanzado estos ropellos, se mostró muy indignado, y anunció su solución de reprimir con mano fuerte á los malhe- ıores Un ladrón veterano fué inducido á hacerse detor y á presentar al Rey una lista de los principales ındidos, y una relación detallada de sus hábitos y los sitios por ellos frecuentados. Díjose que esta lista contenía menos de ochenta nombres (2). Se enaron fuertes secciones de caballería á proteger los minos; y esta precaución, que en circunstancias dinarias hubiera sido muy criticada, tuvo en su oyo la aprobación general. Un hermoso regimiento, .mado hoy el segundo de dragones de la guardia, e se había distinguido en Irlanda por la actividad y en éxito en la guerra irregular contra los *rapparees*, é destinado á guardar algunas de las grandes avedas de la capital. Blackheath, Barnet, Hounslow convirtieron en plazas de armas (3). Á las pocas manas reinaba en los caminos la ordinaria seguri- d. Las ejecuciones fueron numerosas, porque hasta e desapareció el mal, el Rey se negó resueltamente dar oídos á ninguna solicitud de clemencia (4). En- los castigados se contaba Jacobo Whitney, el más lebre capitán de bandidos del reino. Durante algu-

) Ibidem, agosto 1692.

) Hop al Greffier de los Estados Generales, dic. 23 (enero 2), 2-93. Los despachos holandeses de este año están llenos de historias de robos.

) Hop al Greffier de los Estados Generales, dic. 23 (enero 2), 2-93; *Historical Records of the Queen's Bays, published by autho-*; *Diario de Narciso Luttrell*, nov. 15.

) *Diario de Narciso Luttrell*, dic. 22.

nos meses había sido el terror de cuantos salían de Londres hacia el Norte ó hacia Poniente, siendo por último cogido con gran trabajo después de una lucha desesperada en la cual hubo un soldado muerto y varios heridos (1). La *Gaceta de Londres* anunció la captura del famoso salteador, invitando á todas las personas que hubieran sido robadas por él á que se presentaran en Newgate con objeto de identificar su persona. Esto hubiera sido fácil porque tenía una herida en la cara, y en una mano le faltaba el dedo pulgar (2). Él, sin embargo, en la esperanza de desconcertar á los testigos de la Corona, gastó cien libras en procurarse un lujoso traje bordado para el día que debía ser llevado ante el tribunal. Esta ingeniosa estratagema fué frustrada por sus crueles carceleros. Se le hizo presentar en la barra con sus vestidos ordinarios, y fué convicto y sentenciado á muerte (3). Había tratado antes de librarse, ofreciendo organizar un hermoso escuadrón de caballería, todo de bandidos, para la guerra de Flandes, pero su oferta había sido rechazada (4). Un recurso le quedaba todavía. Declaró ser sabedor de una conspiración de traidores. Algunos Lores jacobitas le habían prometido inmensas recompensas si á la cabeza de su banda caía sobre el Rey en una cacería de ciervos en la selva de Windsor. Nada había de inverosímil en la relación de Witney. En efecto, un plan muy semejante al que él atribuía á los descontentos, había sido formado por algunos de ellos sólo tres años antes, y poco faltó para que lo pusieran por obra. Pero mucho mejor fué que algunos

(1) Ibidem, 1692; Hop, enero 3 (13). Hop llama á Whitney, «den befaamsten roover in Engelandt.»

(2) *London Gazette*, enero 2, 1692-93.

(3) *Diario de Narciso Luttrell*, enero 1692-93.

(4) Ibidem, dic. 1692.

.lvados quedaran impunes, que no que todos los
mbres honrados vivieran con el temor de ser vícti-
ıs de una falsa acusación presentada por crimina-
sentenciados á la horca. El Chief Justice Holt
onsejó al Rey que dejara á la ley seguir su curso.
illermo, que nunca fué muy propenso á dar cré-
.o á historias de conspiraciones, asintió. El capitán,
gún le llamaban, fué ahorcado en Smithfield, y su-
ó la muerte con edificante piedad (1).

XVII.

Reunión del Parlamento.—Estado de los partidos.

En tanto, en medio del descontento, de la carestía
el desorden, había comenzado una legislatura del
ırlamento de singular importancia, legislatura que
arca una nueva era en la historia de la Hacienda
glesa, legislatura en la que fueron debatidas por
imera vez algunas graves cuestiones constitucio-
ıles aun no definitivamente resueltas.

Muy de lamentar es que cualquier relato que de
ta legislatura haya de hacerse con los escasos y
spersos materiales que nos quedan, deje necesaria-
ente muchas cosas en la oscuridad. Las relaciones
los distintos partidos que dividían el Parlamento
hallaron durante este año en situación singular-
ente complicada. Cada una de las dos Cámaras es-
.ba dividida y subdividida por varias líneas. Pa-

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, enero y febrero; Hop., enero 21
ebrero 10) y feb. 8 (13), 1693; Carta al secretario Trenchard, 1694;
uevas asechanzas de la Corte, ó todavía más complots angi-
os, 1693.

sando por alto distinciones de menos cuenta, había la gran línea que separaba el partido whig del partido tory; y había la gran línea que separaba los personajes oficiales y sus amigos y dependientes, á que algunas veces se daba el nombre de partido de la Corte, de los que unas veces eran designados con el sobrenombre de *Regañones* (Grumbletonians), y otras honrados con la denominación de partido nacional. Y estas dos grandes líneas estaban á su vez divididas por otras. Porque entre los servidores de la Corona y sus parciales, una mitad próximamente eran whigs y la otra tories. Debe también recordarse que independientemente de la diferencia entre whigs y tories, y también entre los que estaban dentro de la situación y los que estaban fuera, había otra diferencia entre los Lores y Comunes en razón á pertenecer á una ú otra categoría. La Cámara hereditaria y la Cámara electiva se habían enemistado una con otra en la legislatura precedente con motivo de la disputa acerca del tribunal del Gran Senescal, y al reunirse las Cámaras traían vivo su resentimiento.

XVIII.

Discurso del Rey.—La cuestión de privilegio suscitada por los Lores.

El discurso que hizo el Rey para la apertura del Parlamento estaba hábilmente redactado para conciliarse las dos Cámaras. Venía, así decía el discurso, á pedirles consejo y asistencia. Las felicitaba por la victoria de La Hogue. Reconocía con gran pesar que las operaciones de los aliados no habían sido tan

-tunadas por tierra como por mar; pero declaraba entusiasmo que tanto por mar como por tierra el r de sus súbditos ingleses había sido altamente ble. La misma escasez que aquejaba á su pueblo, sentida por él; su interés era inseparable del de ; érale doloroso pedirles que hicieran nuevos sacios; pero ningún buen inglés ni ningún buen estante podían rehusar aquellos sacrificios que a necesarios la seguridad de la nación inglesa y religión protestante (1).

s Comunes agradecieron al Rey en términos tuosos su magnánimo discurso (2). Pero los Loestaban de mal temple. Dos individuos de su po, Marlborough y Huntingdon, durante las vanes, cuando de un momento á otro se temía una sión y un alzamiento, habían sido enviados á la y aun estaban sujetos á las obligaciones de a conducta que habían suscrito. Si un caballero ampo ó un comerciante hubieran sido detenidos igados á dar fianza con mucho menos motivo en tan alarmante, los Lores no hubieran segurae intervenido. Pero fácilmente se dejaban llevar ira en todo aquello que tenía aspecto de deshecho á su orden. No sólo sometieron á doble ogatorio con gran severidad á Aarón Smith, el or del Tesoro, cuyo carácter, á decir verdad, le acreedor á escasa indulgencia, sino que apro-, por treinta y cinco votos contra veintiocho, esolución que envolvía una censura contra los del Tribunal del Banco del Rey, quienes seente no eran inferiores en probidad y eran superiores en conocimientos jurídicos á cual-

---

ords and Commons' Journals, nov. 4, enero, 1692.
nmons' Journals, nov. 10, 1692.

quier Par del reino. Guillermo creyó prudente aplacar el lastimado orgullo de la nobleza mandando cancelar las obligaciones suscritas por los Lores que habían sido detenidos, y con esta concesión la Cámara se dió por satisfecha, con gran disgusto de los jacobitas, que esperaban que la disputa tuviera término fatal y que al verse burlados desahogaron su mal humor desatándose contra la mansedumbre de los degenerados barones de Inglaterra (1).

XIX.

Debate sobre el estado de la nación.

Ambas Cámaras deliberaron larga y acaloradamente acerca del estado de la nación. Cuando el Rey solicitó su consejo no había previsto, tal vez, que se interpretaran sus palabras como una invitación á examinar todos los ramos de la administración, y á indicar lo que hubiera de hacerse en materias que los Parlamentos habían creído, en general, oportuno, dejar enteramente á la Corona. Algunos de los Pares descontentos propusieron que se nombrase una comisión, elegida en parte por los Lores y en parte por los Comunes, autorizándola á examinar la marcha de todos los negocios públicos. Pero se temía generalmente que semejante comisión se convirtiera en un segundo Consejo privado más poderoso que el que ya había, independiente de la Corona y que no se cono-

(1) Véanse los *Lords' Journals* desde el 7 al 18 de nov. de 1692; Burnet, II, 102. La relación que trae Tindal de estos sucesos fué tomada de las cartas dirigidas por Warre, subsecretario de Estado, á Colt, ministro de Inglaterra en Hannover. Carta al señor Secretario Trenchard, 1694.

a en nuestra Constitución. La moción fué, pues, chazada por cuarenta y ocho votos contra treinta y is. En esta ocasión los Ministros, casi sin excepón, votaron con la mayoría. Diez y ocho miembros la minoría, entre los cuales figuraban los más acémos whigs y los tories más acérrimos de toda la bleza, firmaron una protesta (1).

Las Cámaras examinaron, cada una por sí, las caus de las calamidades públicas. Los Comunes se nstituyeron en gran comité para tratar del consejo e debían dar al Rey. De los concisos extractos y agmentos que han llegado hasta nosotros resulta e en este comité, cuyos trabajos duraron muchos as, los debates giraron en muy vasto espacio. Un putado habló de la importancia que habían alcando los salteadores de caminos; otro deploró la eneistad entre la Reina y la Princesa, y propuso que se mbraran dos ó tres diputados que fueran á ver á la eina á fin de arreglar aquella cuestión. Un tercero scribió las maquinaciones de los jacobitas en la imavera precedente. Era notorio, decía, que se haan hecho preparativos para una sublevación, y que n este objeto se habían reunido armas y caballos; y, n embargo, ni un solo traidor había sido llevado nte los tribunales (2).

Los acontecimientos de la guerra terrestre y maríma dieron materia para algunos debates acalorados. uchos miembros se quejaban de la preferencia dada los extranjeros en perjuicio de los ingleses. Volvió darse nuevamente toda la batalla de Steinkirk, y formularon severos cargos contra Solmes. «Que

---

(1) *Lords' Journals*, dic. 7; Colt Papers, en Tindal; Burnet, II, 5.

(2) Grey, *Debates*, nov. 21 y 23, 1692.

los soldados ingleses no sean mandados sino por generales ingleses», tal era la voz casi universal. Seymour, que en otro tiempo se había distinguido por su odio á los extranjeros, pero que desde que estaba en la dirección del Tesoro había reformado sus opiniones, preguntó dónde estaban esos generales ingleses. «A mí no me gustan los extranjeros sólo por ser extranjeros; pero no podemos hacer otra cosa. Nadie nace siendo general; y, lo que aun es más, se podrá ser muy buen capitán ó muy buen mayor y no servir para la dirección de un ejercito Sólo la experiencia forma los grandes caudillos. Entre nuestros compatriotas hay muy pocos que tengan esa experiencia; y, por tanto, debemos por ahora valernos de extranjeros.» Lowther adoptó la misma opinión. «Tenemos paz desde hace mucho tiempo, y la consecuencia es que no haya numero suficiente de oficiales para los mandos superiores. Los parques y el campamento de Hounslow eran escuelas militares muy deficientes, comparadas con los campos de batalla y las líneas de contravalación en que los grandes generales de las naciones del Continente han aprendido su arte.» En contestación á estos argumentos, un orador de la parte contraria llevó su desatino hasta declarar que podía señalar diez ingleses que si estuvieran al servicio de Francia serían mariscales. Cuatro ó cinco coroneles que habían estado en Steinkirk tomaron parte en el debate, De ellos se dijo que habían mostrado tanta modestia hablando, como valor habían desplegado en la batalla; y á juzgar por el muy imperfecto relato que ha llegado hasta nosotros, el elogio no parece haber sido inmerecido. No se unieron á la voz general contra los holandeses. Hablaron bien en general de los oficiales extranjeros, é hicieron plena justicia al valor y habilidad con que Auverquerque

había salvado los destrozados restos de la división de Mackay de una muerte al parecer segura. Pero en defensa de Solmes nadie dijo una palabra. Su severidad, sus altivas maneras, y, sobre todo, la indiferencia con que había visto á los ingleses, vencidos por fuerzas muy superiores, peleando cuerpo á cuerpo con los soldados franceses de la Casa Real, le habían hecho tan odioso que muchos diputados estaban dispuestos á votar una instancia pidiendo que fuera removido y que su lugar fuera ocupado por Talmash, el cual desde la desgracia de Marlborough era tenido universalmente por el mejor oficial del ejército. Pero los amigos de Talmash intervinieron prudentemente. Uno de ellos dijo: «Tengo verdadero interés por Talmash, y os suplico que no le hagáis una injuria creyendo prestarle un servicio. Considerad que estáis usurpando lo que es propiamente de la prerrogativa real. Esto equivale á separar y nombrar oficiales.» Terminó el debate sin ningún voto de censura contra Solmes, pero se indicó la esperanza, en lenguaje no muy parlamentario, de que lo que se había dicho en el comité sería referido al Rey, y que Su Majestad no desatendería el general deseo de los representantes de su pueblo (1).

Los Comunes pasaron en seguida á examinar la administración marítima, y muy pronto llegaron á una contienda con los Lores en este punto. Que alguien había errado, era evidente á todas luces. Casi no era posible absolver juntamente á Russell y á Nottingham; y cada Cámara salió á la defensa de su respectivo miembro. Los Comunes al abrirse la legislatura habían aprobado por unanimidad un voto de gracias á Russell por su conducta en La Hogue. Actualmente,

(1) Grey, *Debates*, nov. 21, 1692; Colt Papers, en Tindal.

en el gran comité de consejo, tomaron en consideración los errores cometidos después de la batalla. Hízose una moción concebida en términos tan vagos que apenas era posible determinar su significado. Entendíase, sin embargo, que envolvía implícitamente una censura contra Nottingham, y encontró, por tanto, fuerte oposición en sus amigos. Al votar, ciento sesenta y cinco dijeron que *sí*, y dijeron que *no* ciento sesenta y cuatro (1).

Sin aguardar más que al otro día, Nottingham apeló á los Lores. Refirió el suceso con toda la habilidad de un orador experimentado y con toda la autoridad que corresponde á la honradez sin tacha. Puso luego sobre la mesa un gran montón de papeles suplicando á la Cámara los leyera y examinara. Los Pares examinaron los papeles seriamente y con diligencia. El resultado del examen no fué en modo alguno favorable á Russell. Pareció injusto, sin embargo, condenarle sin oirle; y era difícil encontrar la manera de que los Lores pudieran oir á Russell. Por último, se resolvió enviar los papeles á la Cámara de los Comunes con un mensaje que significaba que, en opinión de la alta Cámara, resultaba una acusación contra el Almirante á la que él debía responder. Juntamente con los documentos se enviaba un extracto de su contenido (2).

No fué recibido el mensaje muy respetuosamente. Russell tenía en aquel momento una popularidad que no merecía, pero que no debe sorprendernos al recordar que el público no tenía conocimiento de sus traiciones, y sólo sabía que él era el único inglés que había ganado una gran batalla. El extracto de los

---

(1) Tindal, Colt Papers, *Commons' Journals*, enero, 11, 1692-93.

(2) Colt Papers en Tindal; *Lords' Journals*, desde el 6 al 19 de diciembre inclusive de 1692.

documentos fué leído por el Secretario. Russell entonces habló con gran aplauso, y sus amigos pidieron una decisión inmediata. Sir Cristóbal Musgrave observó muy oportunamente que era imposible emitir juicio sobre semejante montón de despachos sin haberlos leído; pero esta objeción fué rechazada. Los whigs onsideraban al acusado como uno de su partido; nuchos toríes estaban deslumbrados por el esplendor e su reciente victoria; y ni whigs ni toríes estaban ispuestos á mostrar deferencia alguna á la autoridad e los Pares. La Cámara, sin leer los papeles, aprobó or unanimidad una resolución en que manifestaba a aprobación entusiasta de toda la conducta de Ruell. Tal era el estado de ánimo de la asamblea, que gunos whigs exaltados creyeron que era ésta oporunidad de presentar un voto de censura donde se ciera mención expresa del nombre de Nottingham. ro esta tentativa fracasó. «Estoy dispuesto—decía wther, y no hay duda que expresaba lo que muchos ntian,—estoy dispuesto á apoyar cualquier moción stinada á honrar al Almirante; pero no puedo unire á los que traten de atacar al Secretario de Estado. es, que yo sepa, no tienen SS. MM. servidor más ceo, laborioso y fiel que milord Nottingham.» Finch pleó toda su melíflua elocuencia en defender á su rmano, y trató, sin oponerse directamente al seniento dominante, de insinuar que la conducta de ssell no había sido irreprochable. El voto de cena contra Nottingham no fué presentado. La resoión que declaraba la conducta de Russell merecea de todo elogio fué comunicada á los Lores; y los eles que habían enviado les fueron devueltos sin emonia (1). Los Lores, muy ofendidos, pidieron

Para los acuerdos de este día en la Cámara de los Comu-

una conferencia libre. Fué concedida; y los procuradores de Lores y Comunes se reunieron en la Cámara Pintada. Rochester, en nombre de sus colegas, pidió que se le informara de los fundamentos que habían servido para declarar irreprochable la conducta del Almirante. Á esta interpelación contestaron únicamente los diputados que estaban al otro lado de la mesa, que no se les había autorizado á dar ninguna explicación, pero que informarían á los que les habían enviado, de lo que acababan de oir (1).

Por este tiempo los Comunes estaban completamente cansados del examen de la dirección de la guerra. Los diputados habían desahogado gran parte del mal humor que trajeran de sus distritos, con sólo hablar de las causas que lo producían. Burnet indica que aquellas artes en que Caermarthen y Trevor eran grandes maestros habían servido para evitar la adopción de resoluciones que hubieran embarazado seriamente la marcha del Gobierno. Pero aun cuando no deja de ser probable que algunos pretendidos patriotas de los más alborotadores hayan sido calmados con sacos de guineas, sería absurdo suponer que la Cámara generalmente fuera dominada de este modo. Todo el que tenga algún conocimiento de tales asambleas debe saber que el entusiasmo con que suelen entrar en largas informaciones pronto cede, y que su enojo, si no lo mantiene vivo oposición indiscreta, se enfría rápidamente. Al poco tiempo todos estaban aburridos del gran Comité de consejo. Los debates habían sido enojosos é inconexos. Las resoluciones que se habían adoptado en su mayor parte habían sido pueriles.

nes, véanse los *Journals*, dic. 20, y la Carta de Roberto Wilmot, miembro del Parlamento por Derby, á su colega Anchitel Grey, en los *Debates* de Grey.

(1) *Commons' Journals*, enero 4, 1692-93.

Debía aconsejarse humildemente al Rey que empleara hombres de integridad y talento. Debía aconsejársele humildemente que empleara hombres que le defendieran contra Jacobo. La paciencia de la Cámara se agotó en largas discusiones que terminaban en la pomposa promulgación de axiomas como éstos. Finalmente vino la explosión Uno de los *Regañones* llamó la atención del gran Comité sobre el hecho alarmante de que hubiera dos holandeses empleados en el departamento de artillería, y propuso que se aconsejara humildemente al Rey su separación. Esta moción fué recibida con desdeñosa burla. Se observó que los militares especialmente eran los que más á las claras mostraban su desprecio. «¿Pensamos seriamente ir á decir al Rey que, una vez que se ha dignado pedirnos consejo en esta importante crisis, le aconsejamos humildemente que despida de la Torre un holandés encargado de la guarda de las provisiones? Realmente, si no tenemos ideas más importantes que comunicar al Trono, lo mejor que podemos hacer es irnos á comer.» Los diputados se mostraron en general de la misma opinión. Se votó que el Presidente del Comité abandonara la mesa, no se le dijo que pidiera licencia para presidir nuevamente. El gran Comité cesó de existir (1). Las resoluciones que había aprobado fueron repetidas oficialmente á la Cámara. Una de ellas fué rechazada: las demás no pudieron prosperar; y los Comunes, después de tratar durante algunas semanas de lo que debían aconsejar al Rey, acabaron por no aconsejarle nada (2).

(1) Véase en el Apéndice al tomo II de mi traducción de la *Historia de la Revolución de Inglaterra* la aclaración relativa á los Comités de la Cámara de los Comunes, página 331.—N. del T.

(2) Colt Papers, en Tindal; *Commons' Journals*, dic. 16, 1692, enero 11, 1692-93; Burnet, II, 104.

Muy diferente era la actitud de los Lores. Dedúcese de muchas circunstancias, que en parte alguna eran los holandeses tan aborrecidos por este tiempo como en la alta Cámara. El disgusto con que un inglés de la clase media miraba á los amigos extranjeros del Rey era puramente nacional. Pero el disgusto con que los miraba la aristocracia inglesa era personal. Ellos se interponían entre la nobleza y el trono. Ellos le interceptaban los rayos del favor real. La preferencia otorgada á los holandeses lastimaba sus intereses y su orgullo. Sus probabilidades de alcanzar la Jarretiera disminuían desde el momento en que los extranjeros eran sus competidores. El noble inglés hubiera podido ser caballerizo si no lo fuera Auverquerque, jefe del guardarropa si no lo fuera Zulestein, gentilhombre de Cámara si no lo fuera Bentinck (1). Contribuyó á encender más la animosidad de la aristocracia la conducta de Marlborough, el cual por este tiempo hacía el papel del patriota perseguido por levantarse contra los holandeses en defensa de los intereses de su tierra natal, y que distaba mucho de prever que llegaría un día en que sería acusado de sacrificar los intereses de su tierra natal por complacer á los holandeses. Los Pares resolvieron presentar una instancia pidiendo á Guillermo que no pusiera sus tropas inglesas al mando de un general extranjero. Tomaron muy en serio aquella cuestión que había movido á risa á la Cámara de los Comunes, y aconsejaron solemnemente á su Soberano que no empleara extranjeros en sus almacenes. Á sugestión de Marlborough instaban al Rey á que insistiera en que el general inglés más

(1) En una nota interesantísima, escrita por Renaudot en 1698, y conservada en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, se hace mención de la peculiar antipatía que sentían los nobles ingleses por los favoritos holandeses.

jóven tuviera precedencia sobre el más viejo al servicio de los Estados Generales. Era, decían, atentatorio á la dignidad de la Corona que un oficial que tenía su nombramiento del Rey pudiera ser mandado por un oficial nombrado por una república. Á este consejo, dictado evidentemente por una innoble malevolencia contra Holanda, Guillermo, que se cuidaba muy poco de las resoluciones de la alta Cámara que no venían sostenidas por la baja, dió, como era de esperar, muy breve y seca respuesta (1).

XX.

Bill reglamentando los procesos en casos de traición.

Mientras estaba pendiente la información relativa á a última guerra, los Comunes volvieron á ocuparse le un asunto importante que había fijado mucho su atención el año anterior. El bill reglamentando los procesos en casos de traición fué presentado nuevamente, siendo combatido con energía por los personajes oficiales de ambos partidos, whigs y toríes. omers, que era fiscal general, recomendó encarecidamente la dilación. Nadie negaba que la ley, en su stado actual, se prestaba á graves objeciones; pero á sto se replicaba que la reforma propuesta produciría n aquel momento mayores males que bienes. Nadie e atrevería á afirmar que, con el Gobierno existente, eligraban las vidas de los súbditos inocentes. Nadie egaría tampoco que el Gobierno mismo estaba en

(1) Colt Papers en Tindal; *Lords' Journals*, nov. 28 y 29, 1692, brero 18 y 24, 1692-93.

gran peligro. ¿Era propio de hombres discretos aumentar los peligros de quien ya lo corría muy grave, por dar nueva seguridad á los que estaban perfectamente seguros? Los que se expresaban en este lenguaje eran acusados de inconsecuencia, y se les preguntaba por qué no habían combatido el bill en la legislatura precedente. Á esto muy plausiblemente respondían que los acontecimientos ocurridos durante las vacaciones habían dado una lección importante á cuantos eran capaces de aprovecharla. El país se había visto amenazado juntamente por una invasión y una insurrección. Ninguna persona racional ponía en duda que muchos traidores habían hecho preparativos para unirse á los franceses, y que habían reunido armas, municiones y caballos con tal objeto. Y sin embargo, aunque abundaban las pruebas morales contra estos enemigos de la patria, no había sido posible encontrar prueba legal contra uno solo. La ley de traición podría ser cruel en teoría, y no había duda que en tiempos pasados se había abusado grandemente de ella. Pero el estadista que diera más importancia á la práctica que á la teoría, y al tiempo presente que al pasado, no declararía aquella ley demasiado severa, sino al contrario, y mientras la república continuara en situación peligrosa se negaría á consentir en cualquier reforma que tendiera á dulcificarla. Á pesar de esta oposición, el principio fundamental del bill fué aprobado por ciento setenta y un votos contra ciento cincuenta y dos. Pero en el comité se propuso y aprobó que las nuevas reglas de procedimiento no empezaran á regir hasta después de terminada la guerra con Francia. Cuando se dió cuenta de esta enmienda se procedió á votación, siendo ratificada por ciento cuarenta y cinco votos contra ciento veinticinco. El bill, por consecuencia,

no pasó de aquí (1). Si hubiera llegado á la alta Cámara, es lo más probable que fuera rechazado, perdiéndose después de causar una nueva disputa entre las dos Cámaras. Porque los Pares estaban firmemente decididos á no aprobar ningún bill semejante, á menos que contuviera una cláusula alterando la constitución del tribunal del Gran Senescal; y una cláusula que alterase la constitución de aquel tribunal tenía entonces menos probabilidades que nunca de encontrar favor entre los Comunes, porque en el curso de esta legislatura ocurrió un suceso que demostró que los grandes estaban más que sobradamente protegidos por la ley existente, siendo este suceso digno de mencionarse como notable muestra del estado de las costumbres y de la moralidad en aquella época.

XXI.

Proceso de Lord Mohun.

Entre los actores que ilustraban entonces la escena inglesa, era el más agraciado Guillermo Mountford. Tenía cuantas condiciones físicas requiere su profesión: arrogante figura, hermoso rostro y voz armoniosa. No era fácil decir en que género sobresalía más, en el trágico ó en el cómico. Todos convenían en que era el mejor Alejandro y el mejor Sir Courtley Nice que jamás había pisado las tablas. La reina María, cuyos conocimientos eran muy superficiales, pero á quien la naturaleza había dotado de pronta

(1) Grey, *Debates*, nov. 18, 1692; *Commons' Journals*, nov. 18, diciembre 1, 1692.

percepción de cuanto era excelente en arte, era gran admiradora suya. Era autor dramático al mismo tiempo que actor, y nos ha dejado una comedia que no es del todo despreciable (1).

La actriz más popular del tiempo era Ana Bracegirdle. Había en la escena muchas mujeres de más irreprochable belleza, pero ninguna cuyas facciones y cuyo porte tuvieran tan gran poder para fascinar los sentidos y los corazones de los hombres. La vista de sus brillantes ojos negros y de sus mejillas de un hermoso color moreno, bastaba á aplacar las iras del público más turbulento. De ella se decía que cuando el teatro estaba lleno tenía tantos amadores como hombres concurrían al espectáculo. Ninguno, sin embargo, ni por rico ni por noble había conseguido hacerla su querida. Los que conozcan los papeles que ella solía representar, y los epílogos que como de su especial incumbencia recitaba, no la creerán fácilmente dotada de extraordinaria virtud ó delicadeza. Ella fué, al parecer, una fría, vana é interesada coqueta, que sabía muy bien cuánto acrecía la influencia de sus encantos aquella fama de severidad que no le costaba ningún esfuerzo, y que podía aventurarse á coquetear con una serie de admiradores en la plena seguridad de que el fuego que ella pudiera encender en ellos no sería capaz de derretir el hielo de su pecho (2). Entre los que la perseguían con insano deseo había un libertino capitán del ejército llamado Hill. Unido con Hill en estrecho vínculo de disipación y violencias, estaba Carlos, Lord Mohun, joven aristócrata, cuya vida fué una serie no interrumpida de

(1) Cibber, *Apology*, y Mountford; *Greenwich Park*.
(2) Cibber, *Apology*; Tom Brown. *Obras*, y en fin, las obras de todos los hombres de ingenio y de sociedad de la capital.

francachelas y de riñas. Viendo Hill que la bella morena era invencible, se le metió en la cabeza que era rechazado por un rival más favorecido, y que este rival era el brillante Mountford. El celoso amante, excitado por los vapores del vino, juró en una taberna que daría muerte al miserable. «Y yo, dijo Mohun, sabré defender á mi amigo.» Desde la taberna se fueron los dos amigos, con algunos soldados cuyos servicios había comprado Hill, á Drury Lane, donde residía la dama. Estuvieron algún tiempo aguardándola, y conforme apareció en la calle, la cogieron y la metieron en un coche. Ella gritaba pidiendo socorro; su madre se abrazó á ella sin que la pudieran separar; toda la vecindad se alborotó, y al fin la actriz se vió libre. Hill y Mohun se fueron jurando venganza. Durante dos horas permanecieron espada en mano soltando bravatas en las calles inmediatas á la casa de Mountford. La ronda les requirió que depusieran las armas; pero cuando el joven Lord dijo que era Par, desafiando á los constables á que le tocaran si se atrevían, éstos le dejaron pasar. Tal fuerza tenía entonces el privilegio, y tan débil era la ley. Enviáronse mensajeros á advertir á Mountford del peligro que corría; mas desgraciadamente no le encontraron. Vino al fin; un vivo altercado ocurrió entre él y Mohun; y mientras ellos disputaban, Hill atravesó con la espada al infortunado actor y se dió á la fuga.

El gran jurado de Middlesex, formado de caballeros de nota, lanzó un bill de asesinato contra Hill y Mohun. Hill huyó. Mohun fué preso. Su madre se arrojó á los pies de Guillermo, pero en vano. «Fué una acción cruel, dijo el Rey; yo dejaré que la ley siga su curso.» La causa vino al tribunal del Lord Senescal; y como acontecía que el Parlamento estaba abierto, el reo tuvo la ventaja de ser juzgado por

todo el cuerpo de la nobleza. No había entonces ningún abogado en la alta Cámara. Fué, pues, necesario, por primera vez desde que Buckhurst había pronunciado sentencia contra Essex y Southampton, que un Par que nunca había hecho de la jurisprudencia especial estudio presidiera aquel grave tribunal. Caermarthen, que en su calidad de Lord Presidente tenía precedençia sobre toda la nobleza, fué nombrado Lord Gran Senescal. Una relación minuciosa del proceso ha llegado hasta nosotros. Nadie que examine cuidadosamente esta relación y tenga en cuenta la opinión unánimemente emitida por los jueces contestando á una pregunta hecha por Nottingham, y en la cual los hechos aducidos por los testigos se establecen con perfecta lealtad, puede dudar que estaba plenamente probado que el prisionero era reo del crimen de asesinato. Tal era la opinión del Rey, que estuvo presente durante el juicio; y tal era la opinión casi unánime del público. Si la cuestión hubiera sido juzgada por Holt y doce honrados ciudadanos en Old Bailey, no hay duda que el resultado hubiera sido un veredicto de culpabilidad. Los Pares, sin embargo, por sesenta y nueve votos contra catorce, absolvieron á su acusado colega. Un gran señor llevó su brutalidad y estupidez hasta decir: «Después de todo, se trata de un cómico; y los cómicos son todos unos tunantes.» Todas las cartas noticieras, todos los oradores de café se quejaban de que la sangre de los pobres era impunemente derramada por los grandes. Los ingenios observaron que la única cosa agradable que había habido en el proceso había sido el gran número de damas que ocupaban las galerías. Todavía se conservan cartas y diarios en que hombres de opiniones de todos los matices, whigs, toríes, *nonjurors*, condenan la parcialidad del tribunal. No era de esperar

ue mientras se conservara en el espíritu público eciente la memoria de este escándalo, consintieran os Comunes en conceder ninguna nueva ventaja á os Pares acusados (1).

XXII.

Debates acerca del comercio con la India.

En tanto, los Comunes habían vuelto á tratar otra iestión altamente importante: el estado del comerio con la India. A fines de la legislatura precedente abían pedido al Rey que disolviera la Antigua Comañía y constituyera una nueva en las condiciones ie le parecieran convenientes, y él había prometido mar lo que le pedían en seria consideración. Envió iora un mensaje anunciando que no estaba en su oder hacer lo que le pedían. Había enviado la carta la Antigua Compañía á los jueces, quienes habían eclarado que, según las disposiciones de aquella rta, no se podía disolver la Antigua Compañía sino el término de tres años después de la notificación, nservando, durante este tiempo, el privilegio exclu- o de comerciar con las Indias Orientales. Añadía e, deseando sinceramente complacer á los Comus, y no pudiéndolo hacer en la forma que le habían

1) La principal fuente de que me he servido es el relato del pro- o que se hallará en la *Colección* de Howell. Véase el *Diario de e'yn*, feb. 4, 1692-93. He tomado algunos detalles del *Diario de rciso Luttrell*, de una carta á Sancroft, que se encuentra en los S. Tanner en la biblioteca Bodleiana, y de dos cartas dirigidas Brewer á Wharton, que también se hallan en la misma bi- oteca.

indicado, había intentado hacer un arreglo con la Antigua Compañía, pero que aquella corporación sostenía obstinadamente sus derechos, y que sus esfuerzos habían sido inútiles (1).

Este mensaje hizo que se volviera á tratar toda la cuestión. Las dos facciones que dividían la City inmediatamente se pusieron alerta. Los debates de la Cámara fueron largos y acalorados. Se depositaron sobre la mesa peticiones contra la antigua Compañía. En el pasillo se repartían escritos satíricos contra la nueva. Finalmente, después de mucho discutir, se resolvió presentar una solicitud al Rey para que diera el aviso que los jueces habían declarado necesario. Él prometió no descuidar el asunto y hacer lo posible por promover la prosperidad del reino. Con esta respuesta la Cámara quedó satisfecha y no se volvió á mencionar la cuestión hasta la legislatura siguiente (2).

XXIII.

Comités de Subsidios y de Arbitrios.—Impuesto territorial.

Los debates de los Comunes sobre la dirección de la guerra, sobre la ley de traición y el comercio de la India ocuparon mucho tiempo, sin producir ningún resultado importante. Pero entretanto se trabajaba de veras en el comité de Subsidios y en el comité de Arbitrios. En el primero las cifras pasaron rápidamente. Algunos miembros declararon ser de opinión que In-

(1) *Commons' Journals*, nov. 14, 1692.

(2) *Commons' Journals of the Session*, en especial los de 17 de noviembre, 10 de dic., 25 de feb. y 8 de marzo; Colt Papers, en Tindal.

ıterra debía retirar sus tropas del Continente, con-
uar vigorosamente la guerra por mar, sosteniendo
ı sólo el ejército que pareciera suficiente para recha-
r cualquier invasor que pudiera eludir la vigilan-
ı de sus escuadras. Pero esta doctrina, que fué muy
onto y siguió siendo largo tiempo, distintivo de uno
los grandes partidos de la nación, sólo era profe-
da todavía por un pequeño grupo que no se atrevió
pedir votación (1).

En el comité de Arbitrios se determinó que una
an parte de las cargas de aquel año fueran sufra-
das por medio de un impuesto que, si bien era anti-
ıo en su esencia, era nuevo en la forma. Desde
oca muy remota hasta mediados del siglo XVII, ha-
an atendido nuestros Parlamentos á las necesidades
traordinarias del Gobierno principalmente por me-
o de la concesión de servicios. El servicio se pro-
ía por un impuesto sobre la población del reino con
lación á la hacienda declarada de cada uno. La
opiedad territorial era objeto principal del impuesto,
ıe se calculaba nominalmente á razón de cuatro
ıelines por libra esterlina. Pero el reparto se hacía
manera que no sólo no aumentaba en proporción
aumento de valor de la tierra ó la depreciación de
s metales preciosos, sino que iba constantemente
ıjando, hasta que, por último, la cuota no fué en rea-
lad ni de dos peniques por libra. En tiempo de Car-
s I un impuesto positivo de cuatro chelines por cada
ora esterlina de tierra hubiera dado probablemente
illón y medio; sin embargo, uno de estos subsidios
cendió á poco más de cincuenta mil libras (2).

(1) *Commons' Journals*, dic. 10; Tindal, Colt Papers.

(2) Véase Coke, *Institutas*, parte IV, cap. I. En 1566 el servicio
a de 120.000 libras; en 1593, 78.000; cuando Coke escribió sus
stitutas, á fines del reinado de Jacobo I, valía 70.000 libras. Cla-

Los hacendistas del Parlamento Largo idearon una manera más eficaz de aplicar este impuesto. Fijóse la suma que se había de recaudar, distribuyéndola después entre los condados en proporción á la riqueza que á cada uno se suponía, y recaudándola dentro de cada condado por medio de una tasa. La renta que se obtuvo por medio de estos repartos en tiempo de la República varió desde treinta y cinco mil hasta ciento veinte mil libras mensuales.

Después de la Restauración la legislatura se mostró por algún tiempo inclinada á volver, en hacienda como en las demás cosas, á la antigua práctica. Se concedieron subsidios una ó dos veces á Carlos II; mas pronto hubo de verse que el antiguo sistema era mucho menos conveniente que el nuevo. Consintieron los Caballeros en recibir de los *Cabezas redondas* una lección en el arte de distribuir los impuestos; y durante el intervalo entre la Restauración y la Revolución, pudo atenderse á algunos servicios extraordinarios por medio de repartos semejantes á los que había hecho la República. Después de la Revolución, la guerra con Francia obligó á acudir anualmente á este abundante manantial de dinero. En 1689, en 1690 y en 1691 se habían levantado grandes sumas por medio de impuestos sobre las tierras. Por último, en 1692 se determinó sacar recursos de la propiedad territorial en mayor abundancia que nunca. Los Comunes resolvieron que se hiciera en todo el reino un nuevo y más exacto estado de la propiedad, y que se pagara al Gobierno una cantidad determinada en razón de cada libra esterlina de renta que de tal estado resultase.

---

rendon nos dice que en 1640 doce servicios eran estimados en unas 600.000 libras.

Tal fué el origen de la contribución territorial exis-
tte. La valuación hecha en 1692 ha continuado
alterable hasta nuestro tiempo. Según esta valua-
n, un chelín por libra, en la renta de todo el reino,
cendía, en números redondos, á medio millón. Du-
nte ciento seis años, un bill de contribución territo-
l fué presentado y aprobado anualmente en el
rlamento, si bien no pasó siempre sin murmullos
los caballeros del campo. La tasa era en tiempo de
erra cuatro chelines por libra. En tiempo de paz,
tes del reinado de Jorge III, sólo dos ó tres chelines
a lo que se concedía de ordinario; y durante un
eve período de la prudente y templada administra-
ón de Walpole, el Gobierno pedía solamente un
elín. Pero después del año desastroso en que Ingla-
rra sacó la espada contra sus colonias de América,
tasa no fué nunca menor de cuatro chelines. Por
timo, en 1798, el Parlamento se eximió de la moles-
a de aprobar una nueva ley cada primavera. El im-
iesto territorial, á razón de cuatro chelines por
ra, fué declarado permanente, permitiéndose redi-
irlo á los que estaban sujetos á él. Hase redimido una
an parte, y al presente se recauda poco más de
n cincuentavo del presupuesto general de ingresos
n tiempo de paz, por medio de aquel impuesto, que
é un tiempo considerado como el más productivo de
dos los recursos del Estado (1).

El impuesto territorial se fijó para el año 1693 en
atro chelines por libra, haciendo ingresar, por con-
cuencia, unos dos millones en el Tesoro. Esta suma,
bien puede parecer pequeña á la generación que ha
astado en un año ciento veinte millones, era mayor

(1) Véanse las antiguas *Actas del impuesto territorial* y la dis-
isión del *Bill de redención del impuesto territorial* en 1798.

que cuantas se habían recaudado entre nosotros en igual tiempo por contribución directa. Pareció inmensa, tanto á los ingleses como á los extranjeros. Luis XIV, á quien era casi imposible arrancar por medio de exacciones crueles del empobrecido paisanaje de Francia los medios de sostener el mayor ejército y la más espléndida corte que había existido en Europa desde la caída del Imperio romano, prorrumpió, según se dice, en una exclamación de irritada sorpresa al saber que los Comunes de Inglaterra, por miedo y aborrecimiento á su poder, habían determinado unánimemente, en un año de escasez y de embarazos comerciales, imponerse á sí mismos una carga mayor que ninguna de cuantas habían soportado sus padres. «Mi primito el de Orange—había dicho el Rey de Francia—parece estar firme en la silla.» Después añadió: «No importa, la última pieza de oro será la que gane.» Esta consideración, sin embargo, á haber estado bien informado acerca de los recursos de Inglaterra, no le hubiera servido de gran consuelo. Kensington era ciertamente una choza en comparación de su soberbio Versalles. La ostentación de joyas, plumas y encajes, caballos de mano y dorados coches que diariamente le rodeaban, eclipsaban con mucho el esplendor que aun en las grandes solemnidades públicas solían desplegar nuestros príncipes. Pero la condición de la mayoría del pueblo de Inglaterra era, fuera de duda, muy de envidiar para la mayoría del pueblo de Francia. En realidad, la que aquí se llamaba gran miseria, hubiera sido allí calificada de prosperidad sin ejemplo.

La contribución territorial no se llegó á imponer sin una disputa entre las Cámaras. Los Comunes nombraron comisarios para hacer el reparto. Los comisarios eran los principales caballeros de cada

dado, y sus nombres aparecían en el bill. Los
s consideraron este arreglo incompatible con la
idad de la nobleza. Así, pues, insertaron una
sula para que sus haciendas fueran evaluadas
veinte individuos de su orden. La Cámara baja
azó llena de indignación esta enmienda, pi-
do inmediatamente una conferencia. Después de
na dilación que aumentó el mal humor de los
unes, se celebró la conferencia. Fué devuelto el
á los Pares con una intimación muy concisa y
nera de que no intentaran alterar las leyes rela-
s á cuestiones de hacienda. Un fuerte partido
e los Lores se mostró obstinado. Mulgrave habló
amente contra las pretensiones de los plebeyos.
á sus colegas que el ceder valdría tanto como
car aquella autoridad que había correspondido á
barones de Inglaterra desde la fundación de la
iarquía, y que nada les quedaría de su antigua
ndeza sino sus coronas y mantos de armiño.
net dice que este discurso fué el más hermoso que
ás oyó en el Parlamento; y Burnet era indudable-
nte un buen juez en materias de lenguaje, y no era
idario de Mulgrave ni celoso de los privilegios de
ristocracia. El orador, sin embargo, aun cuando
antó á sus oyentes, no logró convencerlos. La
yor parte rehuían un conflicto en el que hu-
an tenido enfrente á los Comunes, unidos como
solo hombre, y al Rey, que en caso de necesi-
hubiera indudablemente creado cincuenta pares
es que dejar que se perdiera el impuesto terri-
al. Firmáronse, no obstante, dos enérgicas protes-
la primera por veintisiete disidentes, la segunda
veintiuno, que muestran con cuánta obstinación
aban dispuestos muchos nobles á luchar á todo
nto por la dignidad de su casta. Celebróse otra

conferencia; y Rochester anunció que los Lores, en atención al interés público, cedían en aquello que, sin embargo. debían reivindicar como uno de sus derechos, y no insistirían en aquella enmienda (1). Pasó el bill, y fué seguido de algunos otros imponiendo derechos adicionales sobre las importaciones y sobre los dividendos de las compañías por acciones.

A pesar de todo esto, aun no igualaban los ingresos, así calculados, á los gastos. El año de 1692 había legado un gran déficit al año de 1693, y parecía probable que la carga para 1693 excediera en unas quinientas mil libras á la de 1692. Se habían votado más de dos millones para el ejército y la artillería, y cerca de dos millones para la armada (2). Sólo ocho años antes, un millón cuatrocientas mil libras habían bastado para sufragar todos los gastos anuales del gobierno. Actualmente se necesitaba más del cuádruplo de aquella suma. La contribución directa é indirecta había sido llevada á un punto sin precedente; y sin embargo, la renta del Estado resultaba todavía menor que los gastos en cerca de un millón. Fué necesario inventar algo, y, en efecto, algo se inventó, a go cuyos efectos aun hoy se sienten en todas las partes del globo.

No había ciertamente nada de extraño ni de mis-

(1) *Lords' Journals*. enero 16, 17, 18, 19 y 20; *Commons' Journals*, enero 17, 18 y 20, 1692; Colt Papers en Tindal; Burnet, II, 104 y 105. Burnet no se ha expresado con exactitud, y Tindal, Ralph y otros han copiado su error. Dice que la cuestión era sobre si los Lores habían de señalar ellos mismos el importe del impuesto que debían pagar. Los Lores no hicieron reclamación alguna para alterar el importe de la tasación en lo que á ellos se refería, tal como venía en el bill. Sólo pidieron que la valuación de sus tierras se hiciera, no por los comisarios ordinarios, sino por comisarios especiales de más alto rango.

(2) *Commons' Journals*, dic. 2 (12), 1692.

)so en el expediente á que acudió el Gobierno: era
expediente familiar desde hacía dos siglos á los
endistas del Continente, y no podía menos de
rrirse á cualquier estadista inglés que comparase
vacías que estaban las arcas del Tesoro con la
undancia de dinero que había en el mercado.

XXIV.

Origen de la deuda nacional.

urante el intervalo que medió entre la Restaura-
y la Revolución las riquezas del país habían au-
tado rápidamente. Millares de hombres activos
ontraban, al llegar la Pascua, que después de
er satisfecho los gastos necesarios al sostenimiento
a casa durante el año, les quedaba un sobrante;
empleo que había de darse á aquel sobrante no
cuestión fácil de resolver. En nuestro tiempo, el
ertir ese sobrante, con un interés algo mayor que
es por ciento, con la mejor garantía que jamás
ha conocido en el mundo, es obra de algunos
utos. Pero en el siglo XVII, un abogado, un mé-
, un comerciante retirado que hubiera ahorrado
unos millares y que deseara colocarlos con se-
idad y provecho, se veía á menudo en grandes
cultades. Tres generaciones antes, el hombre que
ía acumulado riquezas en una profesión, com-
ba generalmente bienes raíces ó prestaba sus
rros sobre hipotecas. Pero el número de acres de
ra del reino seguía siendo el mismo, y el valor de
ellos acres, si bien había aumentado grande-

mente, en modo alguno había aumentado tan pronto como la cantidad de capital que buscaba colocación. Muchos también deseaban poner su dinero donde pudieran encontrarlo á la hora de hacerles falta, y buscaban alguna especie de propiedad que fuera más fácil de trasferir que una casa ó un campo. El capitalista podía prestar sobre hipotecas de barcos ó sobre una garantía personal; pero de este modo corría gran riesgo de perder capital é interés. Había algunas compañías por acciones, entre las cuales ocupaba el primer lugar la Compañía de la India Oriental; pero la demanda de papel de estas compañías era mucho mayor que la oferta. En realidad, los que principalmente pedían el establecimiento de una nueva Compañía de la India eran personas á quienes había sido difícil colocar sus ahorros para que les produjeran un interés con buena garantía. La dificultad era tanto mayor por cuanto el hábito de ahorrar estaba muy generalizado. Se refiere que el padre del poeta Pope, que se retiró de los negocios en la City hacia el tiempo de la Revolución, llevó á su retiro del campo una caja de hierro que contenía unas veinte mil libras, de donde iba sacando de tiempo en tiempo el dinero necesario para los gastos de la casa; y es altamente probable que este caso no fuera el único. Actualmente, la cantidad de dinero que guardan los particulares es tan pequeña, que puesta en movimiento, no traería ningún aumento perceptible á la circulación. Pero á principios del reinado de Guillermo III, todos los más grandes escritores acerca de la moneda opinaban que una cantidad muy considerable de oro y plata se ocultaba en secretos cajones y detrás de los artesonados.

El efecto natural de semejante estado de cosas fué que una multitud de arbitristas, ingeniosos y desati-

dos, honrados y de mala fe, se ocupasen en trazar evos proyectos para la colocación del capital soante. Hacia el año 1688 fué cuando por primera vez oyó en Londres la palabra agiotista. En el breve pacio de cuatro años salió á luz una multitud de mpañías, cada una de las cuales aseguraba confiamente á los accionistas la esperanza de inmensas nancias: había la Compañía de seguros, la Compaa para la fabricación de papel, de cuerdas de laúd, Compañía para la pesca de perlas, la Compañía de otellas de cristal, la Compañía de alumbre, la Compaa de hulla de Blythe, la Compañía de espaderos. Haa también la Compañía de tapetes, que muy pronto abía de proporcionar lindas colgaduras para todas las las de la clase media y para todos los dormitorios de s grandes. También había una Compañía de exploación del cobre, que se proponía explotar las minas e Inglaterra, anunciando que habían de ser tan ricas omo las del Potosí. Había también una Compañía de uzos, destinada á sacar á flote efectos preciosos de uques naufragados, y que anunció poseer gran canidad de maravillosas máquinas que se asemejaban á rmaduras completas. En la visera del yelmo había n gran ojo de cristal semejante al de un cíclope, y le la cimera salía un tubo por donde entraba el aire. Hízose ver la aplicación de estos aparatos en el Támeis. Caballeros de distinción y elegantes damas fueron nvitados al espectáculo, y agasajados hospitalariamente y recreados con la vista de los buzos, que cubiertos con su armadura se sumergían en el río y volvían cargados de hierro viejo y jarcias de buques. Había una Compañía de pesca de Groenlandia que prometía sacar las ballenas holandesas y la cría de sardinas del mar del Norte. Había una Compañía de curtidores que prometía dar cuero superior al mejor

que se traía de Turquía ó de Rusia. Había también una sociedad que se encargó de dar á los *gentlemen* educación liberal por poco dinero, y que tomó el rimbombante título de Compañía de las Reales Academias. En una pomposa advertencia se anunciaba que los directores de la Compañía de las Reales Academias habían contratado á los mejores maestros en todos los ramos del saber, y que iban á emitir veinte mil billetes á veinte chelines cada uno. Se jugaría una lotería en la que habría dos mil premios, y los afortunados poseedores de los premios aprenderían, á expensas de la Compañía, latín, griego, hebreo, francés, español, secciones cónicas, trigonometría, heráldica, el arte de charolar, fortificación, teneduría de libros y el arte de tocar la tiorba. Algunas de estas compañías tomaron grandes casas é imprimieron sus anuncios en letras doradas. Otras, menos ostentosas, se contentaban con la tinta y se reunían en los cafés inmediatos á la Bolsa Real. El café de Jonathán y el de Garraway estaban constantemente llenos de agentes, compradores, vendedores, reuniones de directores, reuniones de accionistas. Pronto se pusieron en moda los contratos á plazos. Se formaban extensas combinaciones, y se hacían circular monstruosas fábulas con el propósito de elevar ó disminuir el precio de las acciones. Por primera vez presenció nuestro país aquellos fenómenos con que nos ha familiarizado una larga experiencia. Se apoderó del espíritu público una manía cuyos síntomas eran esencialmente los mismos que los de la manía de 1720, de la manía de 1825, de la manía de 1845. Se notó en toda la sociedad impaciencia de hacerse ricos y desprecio de las ganancias lentas pero seguras, que son la propia recompensa de la industria, la paciencia y la economía. Apoderóse de los graves se-

lores de la City, de los síndicos de los gremios, de delegados, de los aldermen, el espíritu de los em-ıcadores de Whitefriars. Era mucho más fácil y .cho más lucrativo publicar un mentiroso pros-:to anunciando una nueva Compañía, persuadir á gente ignorante que los dividendos no bajarían de veinte por ciento, y trocar cinco mil libras de esta aginaria riqueza por diez mil sólidas guineas, que rgar un barco con mercancías bien elegidas para rginia ó para Levante. No pasaba día sin que al-na de estas burbujas de jabón saliera á luz, se os-ıtara con gran alarde, resplandeciera brillante, re-ntase por último y fuera dada al olvido (1).

La nueva forma que había tomado la codicia pro-rcionó á los poetas cómicos y á los satíricos exce-ıte materia; y no la acogieron con menos avidez· rque algunos de los menos escrupulosos y más ortunados de la nueva raza de jugadores fueran nte que se vestía de colores oscuros y llevaba el pei-ıdo liso, hombres que llamaban á los naipes el libro l diablo, hombres que creían un pecado y un es-.ndalo el ganar ó perder dos peniques en una mesa

(1) Para esta historia del origen del agiotaje en la City de ondres me he servido principalmente de una curiosísima publi-.ción periódica titulada: *Collection for the Improvement of Hus-ndry and Trade, by J. Houghton, F. R. S.* Es, en efecto, una storia semanal de las especulaciones comerciales de aquel tiem-. He examinado las colecciones de varios años. En el número 33, rrespondiente al 17 de marzo de 1692-93, Houghton dice: «La mpra y venta de acciones es uno de los grandes tráficos actual-ente en boga. He visto que hay mucha gente que no entiende ste negocio.» En los números de 13 y 22 junio de 1691, traza toda historia del agiotaje. En 13 de julio del mismo año hace men ión por primera vez de los contratos á plazos. El que desee cono-er más detalles acerca de las Compañías mencionadas en el texto uede consultar la *Collection* de Houghton y un libelo titulado *.nglíae Tutamen,* publicado en 1695.

de *chaquete*. En el último drama de Shadwell fué por primera vez puesta públicamente en ridículo la hipocresía y la malicia de estos especuladores. Murió el autor en noviembre de 1692, precisamente cuando sus *Agiotistas* salieron á escena, y el epílogo fué recitado por un actor vestido de luto riguroso. La mejor escena es aquella en que cuatro ó cinco graves disidentes, vestidos con toda la severidad puritana, después de discutir las probabilidades de éxito de la *Compañía de las ratoneras*, y de la *Matadora de pulgas*, tratan la cuestión de si los hombres de Dios pueden sin pecar, tomar papel en una Compañía que tiene por objeto dar espectáculos de saltimbanquis chinos. «Personas de consideración han tomado papel—dice un austero personaje de pelo corto y alzacuello;—pero yo insisto por eso mismo en si será legal ó no» Hace desaparecer estas dudas un veterano coronel, *cabeza redonda* acérrimo, que ha peleado en Marston Moor, y que recuerda á su tímido hermano que *los santos* no necesitan ver bailar en la cuerda. y que, según todas las probabilidades, no se llevará á efecto el espectáculo. «La cosa—dice él—se reduce á tomar papel: las acciones se venderán bien, y por lo demás no debemos preocuparnos de si los chinos vienen ó no.» Importa observar que esta escena se representó y aplaudió antes que se hubiera contraído ni un céntimo de deuda nacional. Tan mal informados estaban los numerosos escritores que en época posterior atribuyeron á la deuda nacional la existencia del *agiotaje* y de todas las inmoralidades que con él se relacionan. Lo cierto es que la sociedad, en el curso natural de su desarrollo, había llegado á un punto en que el *agiotaje* era inevitable, hubiera ó no deuda nacional, y en que también era inevitable que si había una guerra larga y costosa, hubiera también deuda nacional.

¿Cómo, en efecto, era posible que no se hubiera conaído deuda, cuando una parte se veía impelida por s más fuertes motivos á pedir, y la otra era impul.da por motivos igualmente poderosos á dar? Había egado un momento en que no podía el Gobierno, n excitar el más formidable descontento, obtener or medio de impuestos las sumas necesarias para efender la libertad é independencia de la nación; y n aquel mismo momento, gran número de capitalisas buscaban en vano en torno suyo alguna manera til de invertir sus ahorros, y por no encontrarla, teían que guardar su riqueza ó emplearla en absurdos royectos. Caudales suficientes para equipar una arnada que hubiera limpiado de corsarios franceses el nar del Norte y el Atlántico, caudales suficientes para mantener un ejército que pudiera recobrar á Naaur y vengar el desastre de Steinkirk, estaban ociosos ó pasaban de manos de sus dueños á manos de esafadores. Muy bien podía ocurrirse á un hombre de Estado que alguna parte de la riqueza que diariamente era enterrada ó despilfarrada, podría, con ventaja para su dueño, para el contribuyente y para el Estado, entrar en el Tesoro. ¿Por qué atender á los gastos extraordinarios de un año de guerra embargando las sillas, las mesas, los techos de familias trabajadoras, obligando al caballero del campo á talar sus bosques antes de tiempo, á otros á dejar que las cabañas de sus tierras se arruinasen, á un tercero á sacar de la Universidad á un hijo de esperanzas, cuando en Change Alley sobraba gente que no sabía qué hacer de su dinero y que andaban rogando con él á todo el mundo para que se lo tomasen?

En época posterior, los whigs, que odiaban la deuda nacional más que todas las cosas, y á Burnet más que á nadie, aseguraban que éste era el que pri-

mero había aconsejado al Gobierno que contrajera una deuda nacional. Pero este aserto no se funda en ningún testimonio digno de crédito, y parece poco probable por el silencio del Obispo. De todos los hombres, él era el menos á propósito para ocultar el hecho de que una importante revolución fiscal fuera obra suya. Ni tampoco la Dirección del Tesoro en aquel tiempo estaba muy necesitada, ni se cuidaba mucho de los consejos de un teólogo. Formaba parte de aquella Dirección Godolphin, el más prudente y experimentado de los hacendistas, y Montague, el más emprendedor y de más fecunda inventiva. Ninguno de estos hombres eminentes podía ignorar que, desde hacía largo tiempo, era práctica en los vecinos Estados, distribuir entre muchos años de paz la excesiva contribución que hacía necesaria un año de guerra. En Italia, esta práctica existía desde hacia muchas generaciones. Francia, durante la guerra que comenzó en 1672 y terminó en 1679, tomó prestados nada menos que treinta millones de dinero inglés. Sir Guillermo Temple, en su interesante obra acerca de la federación bátava, había referido á sus compatriotas que cuando él era embajador en el Haya, la sola provicia de Holanda, gobernada entonces por el frugal y prudente De Witt, debía próximamente cinco millones de libras esterlinas, por las cuales se pagaba con toda puntualidad un interés de cuatro por ciento, y que cuando se amortizaba alguna parte de la deuda, el acreedor público recibía su dinero con lágrimas en los ojos, pues sabía muy bien que en ninguna parte encontraría colocación tan segura. Lo notable no es que Inglaterra haya al fin imitado el ejemplo de sus enemigos y de sus aliados, sino que estuviera próximo á terminar el año cuarto de su empeñada y costosa lucha contra Luis XIV, sin haber acudido á un expediente tan sencillo.

l 15 de diciembre de 1692 se constituyó la Cámara
os Comunes en Comité de Arbitrios. Somers ocupó
residencia. Montague propuso que se hiciera un
préstito de un millón: la proposición fué aprobada,
ordeno redactar un bill á este efecto. Fueron muy
utidos y modificados los detalles del proyecto;
la idea principal parece haber sido popular entre
s los partidos. Los hombres de dinero se alegraban
ener tan buena oportunidad de invertir sus ahorros.
propietarios, muy gravados por el aumento de la
tribución, estaban prontos á consentir en todo
nto condujera á una situación desahogada. Nin-
miembro se aventuró á pedir que se procediera á
ción. El 20 de enero el bill fué leído por tercera
llevado á la Cámara de los Lores por Somers, y
bado allí sin ninguna enmienda (1).
or virtud de esta memorable ley se imponían nue-
derechos á las cervezas y otras bebidas. Estos de-
os debían guardarse en el Tesoro separados de
s los demás ingresos, para constituir un fondo
cuyo crédito se hacía el empréstito del millón en
alidades vitalicias. A medida que fueran desapa-
endo los tenedores de esta deuda, sus anualidades
an distribuídas entre los que sobrevivieran, hasta
el número de éstos quedara reducido á siete. Des-
s de este tiempo, todas las extinciones serían en
recho del público. Era, pues, indudable, que ya
ría muy avanzado el siglo XVIII cuando la deuda
dara finalmente extinguida. La cuota del interés
a ser de diez por ciento hasta el año de 1700, y de
e por ciento á partir de aquel año. Podrán parecer
esivas las ventajas que ofrecía al acreedor público
proyecto; pero no eran más que las suficientes para

Commons' Journals; Stat. 4 W. etc. M. C. 3.

compensarle del riesgo que corría. No era imposible que hubiera una contrarrevolución; y en este caso, no había duda que los que hubieran prestado dinero á Guillermo, perderían el interés y el capital.

Tal fué el origen de aquella deuda, que desde entonces ha venido siendo el mayor prodigio que jamás haya desconcertado la sagacidad y confundido el orgullo de estadistas y filósofos. Cada una de las diferentes veces que ha sido aumentada esta deuda, la nación ha lanzado el mismo grito de desesperación y de angustia. Cada una de las diferentes veces que se aumentó la deuda aseguraban formalmente personas discretas que la bancarrota y la ruina eran inminentes. Y sin embargo, la deuda siguió siempre creciendo, y la bancarrota y la ruina alejándose más cada vez. Cuando se puso término á la gran lucha con Luis XIV por medio de la paz de Utrecht, la nación debía próximamente cincuenta millones; y aquella deuda era considerada, no sólo por la multitud ignorante y por los rústicos *squires* y los oradores de café, sino por pensadores perspicaces y profundos, como un obstáculo que entorpecería constantemente la marcha del cuerpo político. Y, sin embargo, el comercio florecía, aumentaba la prosperidad, y la nación era cada vez más rica. Vino después la guerra de la sucesión de España, y la deuda llegó hasta ochenta millones. Libelistas, historiadores y oradores declararon que entonces irremisiblemente nuestra situación era desesperada. Y, sin embargo, las señales de creciente prosperidad, señales que no es posible disfrazar ni ocultar, debían haber convencido á los hombres observadores y reflexivos que una deuda de ochenta millones, para la Inglaterra que gobernaba Pelham, representaba menos que una deuda de cincuenta millones para la Inglaterra que había gobernado Oxford.

nto volvió á estallar la guerra, y bajo la enérgica
ródiga administración del primer Guillermo Pitt,
leuda aumentó rápidamente hasta ciento cuarenta
lones. Tan luego como pasó la primer embriaguez
la victoria, tanto los hombres teóricos como los
nbres de negocios declararon, casi por unanimi-
, que el día fatal era llegado realmente. En efecto,
inico estadista activo ó especulativo que no par-
pó del general error fué Edmundo Burke. David
me, que fué indudablemente uno de los más pro-
dos economistas de su tiempo, declaró que nuestra
ıra había excedido á la locura de los cruzados.
ardo Corazón de León y San Luis no habían des-
ciado á sabiendas las enseñanzas de la aritmética.
imposible demostrar con números que el camino
paraíso no pasaba por Tierra Santa; pero sí era
ible demostrar con números que el camino de la
na de la nación pasaba por la deuda nacional. Era
oso, sin embargo, hablar entonces del camino: el
nino ya lo habíamos pasado; ya habíamos llegado
bismo; todo había terminado; todas las rentas de
sla, al Norte de Trent y al Oeste de Reading, esta-
hipotecadas. Más nos hubiera valido ser vencidos
Prusia ó por Austria que vernos agobiados bajo el
erés de ciento cuarenta millones (1). Y, sin em-
go, este gran filósofo —pues indudablemente lo era
o tenía más que abrir los ojos para ver la prosperi-
en torno suyo: las ciudades acrecentándose;
endiéndose el cultivo; los mercados demasiado
ueños para la multitud de compradores y vende-
es; insuficientes los puertos para contener los bar-
que á ellos acudían; ríos artificiales destinados á

(1) Véase una nota muy interesante en Hume, *Historia de In-
erra*, Apéndice III.

unir los principales centros de industria del interior con los puertos más importantes; las calles mejor alumbradas; mejor amuebladas las casas; más ricas mercancías expuestas á la venta en tiendas más lujosas; carruajes más ligeros rodando por caminos más llanos. No tenía, en verdad, sino comparar la Edimburgo de su infancia con la Edimburgo de su vejez. Su predicción queda á la posteridad cómo ejemplo memorable de la debilidad de que aun las inteligencias más poderosas no están exentas. Adán Smith vió un poco más allá, pero nada más que un poco. Admitía que, si bien la carga era inmensa, la nación la soportaba, y al soportarla prosperaba de un modo que nadie hubiera podido prever. Pero aconsejaba á sus compatriotas que no repitieran experimento tan arriesgado. Habían llegado al límite, y el más pequeño aumento podía ser fatal (1). No era más lisonjera la idea que Jorge Grenville, ministro eminentemente diligente y práctico, tenía de nuestra situación financiera. Segun él, la nación debía hundirse bajo una deuda de ciento cuarenta millones, si no se hacía soportar parte de la carga á las colonias de América. La tentativa para que las colonias de América ayudaran á llevar la carga produjo otra guerra. Esta guerra nos dejó un aumento de cien millones en la deuda, y además nos hizo perder las colonias, cuya ayuda se nos había hecho creer que era indispensable. Otra vez fue desahuciada Inglaterra; y otra vez el extraño paciente se empeñó en ponerse más fuerte y más sonrosado, á pesar de todos los diagnósticos y pronósticos de los médicos políticos. Así como visiblemente había estado más próspera con una deuda de ciento cuarenta millones que con

(1) *Riqueza de las Naciones*, lib. v, cap. III.

ı deuda de cincuenta, así también parecía más
spera á la vista con una deuda de doscientos
.renta millones que con una de ciento cuarenta.
nto, sin embargo, las guerras producidas por la
olución francesa, y cuyo coste excedió en mucho
uantas había visto el mundo hasta entonces, pu-
:on á la más dura prueba el poder del crédito pú-
:o. Cuando el mundo volvió á quedar en paz, la
ıda consolidada de Inglaterra ascendía á ochocien-
millones. Si el hombre más ilustrado hubiera dicho
1792 que en 1815 se pagarían religiosamente en el
ıco los intereses de ochocientos millones, se le hu-
ra dado el mismo crédito que si hubiera dicho que
Gobierno estaría en posesión de la lámpara de Ala-
ıo, ó de la bolsa de Fortunato. Era ciertamente una
uda gigantesca, fabulosa; y no debe extrañarnos
e la desesperación fuera mayor que nunca. Pero
a vez se vió que la desesperación era tan infundada
mo antes. Después de algunos años de agotamiento,
glaterra se repuso. Y, sin embargo, semejante al
fermo de Addison, que no cesó de quejarse de que
moría de consunción hasta que se puso tan gordo
e la vergüenza le obligó á callar, Inglaterra siguió
ejándose de que estaba sumida en la pobreza, hasta
e su prosperidad se mostró de tal modo que hizo
líiculas sus quejas. La sociedad empobrecida, la so-
edad arruinada, no sólo pudo satisfacer todas sus
ligaciones, sino que al mismo tiempo que las satis-
cía, crecía su prosperidad con tal rapidez que casi
a discernible á simple vista. En todos los condados
mos visto soledades recientemente convertidas en
rdines; en todas las ciudades veíamos nuevas calles
plazas y mercados, alumbrado más brillante, más
oundante surtido de aguas; en los arrabales de todos
s grandes centros manufactureros veíamos multi-

plicarse rápidamente las quintas, enterradas en sus alegres y pequeños paraísos de lilas y rosas. En tanto que políticos sin seso repetían que las energías del pueblo se agotaban en el sostenimiento de las cargas públicas, se construía el primer ferrocarril. Pronto estuvo cortada nuestra isla por vías férreas. En pocos años, gastó voluntariamente este pueblo arruinado, una suma mayor que todo el importe de la deuda nacional al terminarse la guerra de América, en viaductos, terraplenes, túneles, puentes, estaciones, máquinas. En tanto la tributación disminuía casi constantemente, y, sin embargo, el Tesoro estaba repleto. Puede hoy afirmarse, sin temor de que se nos contradiga, que nos es tan fácil pagar ahora el interés de ochocientos millones como á nuestros antepasados, hace un siglo, pagar el interés de ochenta.

No es posible dudar que debía haber un gran error en las ideas de los que pronunciaron y de los que dieron crédito á aquella larga serie de confiadas predicciones, tan señaladamente desmentidas por una larga serie de hechos indisputables. Más propio es de la competencia del economista que del historiador el señalar la causa de semejante alucinación. Aquí basta decir que los profetas del mal eran víctimas de una doble ilusión. Imaginaban erróneamente que hay exacta analogía entre la situación de un individuo que debe á otro y la situación de una sociedad que debe á una parte de sí misma; y esta analogía les hizo incurrir en interminables equivocaciones respecto al efecto del sistema de crédito público. Error no menos grave padecían respecto á los recursos del país. No tenían en cuenta el efecto producido por el incesante progreso de todas las ciencias experimentales, y por los incesantes esfuerzos de todos los hombres para mejorar de condición. Veían crecer la deuda, y olvi-

ban que las demás cosas crecían al mismo tiempo la deuda.

na larga experiencia nos autoriza á creer que en el o xx podrá Inglaterra soportar mejor una deuda de seiscientos millones que la que tiene ahora. Pero de esto lo que quiera, aquellos que tan confiadamte anunciaban que debía hundirse, primero bajo deuda de cincuenta millones, luego bajo una la de ochenta millones, bajo una deuda de ciento enta después, luego bajo una deuda de doscien-cuarenta, y por último bajo una deuda de ocho-tos millones, incurrían indudablemente en un e error. Exageraban en gran manera el peso de rga, y suponían mucho menor, de lo que era ealidad, la fuerza que la soportaba.

será inoportuno añadir algunas palabras respecto nfluencia que el sistema de los fondos públicos ercido en los intereses de la gran comunidad de aciones. Si es cierto que cuanto contribuye á dar nteligencia ventaja sobre la fuerza bruta y á la adez ventaja sobre la mala fe, tiende á promover cidad y la virtud de la raza humana, no es posible r que, desde el punto de vista más amplio, el de este sistema ha sido provechoso. Porque es nte que todo el crédito se funda en dos cosas: capacidad del deudor para pagar sus deudas, y deseo de pagarlas. La capacidad de una socie-para pagar sus deudas es proporcionada á los esos realizados por esa sociedad en la industria, comercio y en todas las artes y las ciencias que en bajo la benigna influencia de la libertad y igualdad ante la ley. La inclinación de una ad á pagar sus deudas es proporcionada al grado peto que la misma sociedad profesa á las obli-nes contraídas bajo la garantía de la fe pública.

De la fuerza que consiste en la extensión de territorio y en el número de combatientes, podrá tocar más en suerte al grosero déspota que no conoce más ley que sus infantiles caprichos y obstinadas pasiones, ó á una convención de socialistas que proclama que toda propiedad es un robo, que al Gobierno mejor y más prudente. Pero la fuerza que se deriva de la confianza de los capitalistas, ese déspota y esa convención no la podrán poseer jamás. Esa fuerza—y ella ha decidido el éxito de más de una gran lucha—huye, por ley de su naturaleza, de la barbarie y del fraude, de la tiranía y de la anarquía, para ir en pos de la civilización y de la virtud, de la libertad y del orden.

XXV.

Reforma parlamentaria.

Mientras el bill que creó por primera vez la deuda consolidada de Inglaterra pasaba con general aprobación por todos los trámites regulares, las dos Cámaras discutían por primera vez la gran cuestión de la reforma parlamentaria.

Es de observar que el objeto de los reformadores de aquella generación, era únicamente hacer que el cuerpo representativo fuera más fiel intérprete de los deseos del cuerpo electoral. Difícilmente se le habrá ocurrido á ninguno de ellos que el cuerpo electoral podría no ser fiel intérprete de los deseos de la nación. Cierto que, en el siglo XVII, eran mucho menos numerosas y perjudiciales que en el XIX, aquellas deformidades en la estructura del cuerpo electoral, que por último, en nuestro tiempo, han producido una irre-

ible tormenta de indignación pública. La mayor te de los distritos suprimidos en 1832 eran, si no itivamente, por lo menos de un modo relativo, ares mucho más importantes en el reinado de Guimo III que en el reinado de Guillermo IV. De las ulosas y ricas ciudades manufactureras, puertos mar y lugares de veraneo erigidos en distritos en einado de Guillermo IV, algunos eran, en tiempo Guillermo III, pequeñas aldeas donde algunos lalores ó pescadores vivían en chozas de paja; otros n campos cubiertos de frutos, y otros pantanos ndonados á las gallinas silvestres. Á escepcion de ds y Manchester, no había, en tiempo de la revoón, una sola ciudad de cinco mil habitantes que enviara dos representantes á la Cámara de los unes. Aun entonces, sin embargo, no faltaban poco notables anomalías. Looe, Este y Oeste, que ontenía la mitad de la población ni la mitad de queza de la más pequeña de las cien parroquias Londres, elegía tantos diputados como Lon- (1). Old Sarum, abandonada ruina donde el ero temía entrar de noche por miedo de enconallí bandidos emboscados, tenía tanto peso en la latura como Devonshire ó Yorkshire (2). Alguersonas eminentes de ambos partidos, como, por plo, Clarendon entre los toríes y Pollexfen entre vhigs, condenaban este sistema. Ambos partidos, mbargo, por razones muy diferentes, no querían arlo. Estaba protegido por las preocupaciones de facción y por los intereses de la otra. Nada más rario al espíritu de la doctrina tory que la idea

Llamó la atención á Wesley esta anomalía en 1745. Véase rio.
Pepys, junio 10, 1668.

de destruir de un golpe instituciones que contaban siglos de existencia, con el propósito de edificar algo más simétrico sobre sus ruinas. Por otra parte, los whigs no podían ignorar que tenían muchas más probabilidades de perder que de ganar con semejante cambio en esta parte de nuestro sistema político. Sería, en verdad, un gran error, imaginar que una ley que trasmitiese el poder político de un pequeño á un gran número de electores hubiera producido en 1692 el mismo efecto que produjo en 1832. En 1832, el efecto de esta trasmisión fué aumentar el poder de la población de las ciudades. En 1692 el efecto hubiera sido hacer irresistible el poder de la población rural. De los ciento cuarenta y dos diputados de pequeños distritos suprimidos en 1832, más de la mitad fueron dados á ciudades grandes y florecientes. Pero en 1692 apenas había una ciudad grande y floreciente que no tuviera ya tantos diputados como podía razonablemente reclamar. Así, pues, casi todos los representantes que se quitaran á los pequeños distritos debían ser otorgados á los condados; y no es dudoso que todo lo que tendiera á elevar los condados y á deprimir las ciudades debía, en conjunto, contribuir á elevar á los toríes y á deprimir á los whigs. Desde el comienzo de nuestras discordias civiles habíanse puesto las ciudades del lado de la libertad y el progreso, mientras los caballeros del campo y el clero rural se habían puesto de parte de la autoridad y de la prescripción. De modo que si á raíz de la revolución hubiera llegado á ser ley un bill de reforma privando de la franquicia electoral á pequeños distritos y aumentando el número de representantes en los grandes, no puede haber duda que la gran mayoría de la Cámara de los Comunes hubiera consistido en rústicos *baronets y esquires,* partidarios de la alta Iglesia, toríes acérri-

os y medio jacobitas. Con semejante Cámara de los
omunes es casi seguro que habría habido una perse-
ución de disidentes; no es concebible que se hubiera
dido hacer la unión con Escocia, y no deja de ser
obable que se llevase á cabo la restauración de los
tuardos. Así, pues, aquellas partes de nuestra Cons-
ución que en tiempos recientes han considerado
neralmente como defectuosas los políticos de la
cuela liberal, eran, hace cinco generaciones, mira-
s con aplauso por los más celosos defensores de la
ertad civil y religiosa.

Pero al paso que whigs y tories convenían en desear
sostenimiento de los derechos electorales existen-
, unos y otros se veían forzados á admitir que la
ación entre el elector y el representante no era lo
e debía ser. Antes de las guerras civiles, la Cámara
los Comunes había poseído la más entera confianza
la nación. Una Cámara de los Comunes que inspi-
e desconfianza, despreciada, odiada por el pue-
, era cosa desconocida. Las mismas palabras hu-
ran sonado como términos contradictorios en los
os de sir Pedro Wentworth ó de sir Eduardo Coke.
o gradualmente se fué operando un cambio. El
lamento elegido en 1661, durante aquel acceso de
gría y cariño que siguió al regreso de la familia
l, representaba, no la opinión deliberada, sino
momentáneo capricho de la nación. Muchos de
diputados eran hombres que algunos meses antes
lgunos meses después no hubieran tenido proba-
dad de ser elegidos, hombres de fortuna quebran-
a y costumbres disolutas, hombres cuyo único
lo á la pública confianza era el feroz aborreci-
nto que profesaban á todo linaje de rebeldes y
itanos. El pueblo, tan luego como se serenó, vió
espanto á qué asamblea había confiado el cui-

dado de su hacienda, de su libertad y de su religión en un momento de embriaguez. Y la elección hecha en un momento de frenético entusiasmo podía durar toda la vida. Tal como estaba entonces la ley, dependía enteramente de la voluntad del Soberano el que durante su reinado tuvieran los electores ocasión de reparar su error. Pasaron diez y ocho años. Creció una nueva generación. Á la férvida lealtad con que fuera recibido Carlos en Dover á su regreso, sucedió el descontento y el desafecto. La voz general era que el reino estaba mal gobernado, degradado, entregado como una presa á hombres indignos y aun á más indignas mujeres; que nuestra armada había sido incapaz de sostener una lucha con Holanda; que nuestra independencia había sido vendida al oro francés; que nuestras conciencias estaban en peligro de verse nuevamente sujetas al yugo de Roma. El pueblo se había hecho *cabeza redonda;* pero el único cuerpo autorizado á hablar en nombre del pueblo seguía siendo realista. Cierto que el Rey encontró algunas veces que aun aquella Cámara de los Comunes le era refractaria. Desde el principio había contenido muchos buenos ingleses: otros habían entrado á ocupar las vacantes ocasionadas por la muerte; y hasta la mayoría, no obstante ser cortesana, no podía menos de simpatizar con la nación. Se formó un partido nacional y llegó á hacerse formidable. Pero aquel partido encontraba constantemente frustrados sus esfuerzos por corrupción sistemática. Había razón fundada para sospechar que algunos miembros de la legislatura recibían dinero directamente, si bien no se les podía probar. Era público y notorio que la Corona ejercía su patronato en gran escala para influir en las votaciones. Una gran parte de los que otorgaban en subsidios el dinero público, recibían en

eldos parte de aquel dinero; y de este modo se
rmó un bando mercenario, en el cual podía la Corte,
si en todas las circunstancias difíciles, depositar
tera confianza.

El servilismo de este Parlamento había dejado honda
presión en el espíritu público. Era opinión general
e Inglaterra debía precaverse contra el peligro de
rse otra vez representada, durante el trascurso de
ıchos años, por hombres que hubieran perdido su
nfianza los cuales se dejaran corromper para votar
contra de sus deseos é intereses. Hablóse de esto
la Convención, y algunos miembros quisieron
jar resuelto este punto en el interregno. Desde
tonces, el clamor pidiendo la reforma había sido
da vez más importuno. El pueblo, duramente opri-
ido por los impuestos, se inclinaba naturalmente á
irar con malos ojos á los que de los impuestos vi-
an. Reconocíase generalmente que la guerra era
sta y necesaria, y no era posible llevar adelante
guerra sin grandes gastos. Pero cuanto mayor
era el dispendio requerido para la defensa de la na-
ón, mayor era la importancia de que nada se mal-
ıstase. Las inmensas ganancias de los personajes
iciales movían á envidia é indignación. Aquí se pa-
aba un empleado por no hacer nada. Allí había mu-
ıos empleados ocupados en lo que mejor hubiera
echo uno solo. El coche, las libreas, la corbata de en-
ıje y las hebillas de diamantes de los empleados eran
aturalmente vistas con malos ojos por los que ma-
ugaban y se acostaban tarde para proporcionarle
s medios de vivir con lujo y esplendor. Á la Cámara
e los Comunes tocaba especialmente la corrección
e tales abusos. ¿Y qué había hecho la Cámara de los
omunes existente para corregirlos? Nada en absoluto.
ierto que en 1690, cuando se discutía la lista civil, se

pronunciaron algunos discursos violentos. En 1691, cuando se examinaban los arbitrios se había aprobado una resolución concebida en términos tan absurdos que no había producido efecto alguno. El mal había continuado y continuaría existiendo mientras fuera manantial de provecho para aquellos cuyo deber era extinguirlo. ¿Quién podía esperar administración fiel y vigilante por parte de administradores que tenían interés directo en fomentar el despilfarro que estaban destinados á combatir? La Cámara estaba llena de empleados de todas clases, Lores del Tesoro, Lores del Almirantazgo, Comisarios de Aduanas, Comisarios de Consumos, Comisarios de Presas, Relatores, Auditores, Recaudadores, Pagadores, Oficiales de la Casa de la Moneda, Oficiales de la Casa Real, Coroneles de regimiento, Capitanes de navíos de guerra, Gobernadores de fortalezas. Enviamos á Westminster, se decía, uno de nuestros vecinos, caballero independiente, en la plena confianza de que sus intereses están en perfecta consonancia con los nuestros. Acudimos á él para que nos libre de toda carga, á excepción de aquellas que el servicio público hace necesarias, y que, por lo tanto, por onerosas que sean llevamos con paciencia y resolución. Pero antes de llevar una legislatura en el Parlamento sabemos que lo han nombrado Secretario del tribunal de la Real Casa, ó *yeoman* del guardarropa con un buen sueldo. Y, lo que aun es peor, sabemos que algunas veces ha obtenido uno de aquellos empleos de la Tesorería cuyos emolumentos suben y bajan según los impuestos que pagamos. Sería ciertamente extraño que nuestros intereses estuvieran seguros bajo la custodia de un hombre cuyas ganancias consisten en un tanto sobre nuestras pérdidas. El mal disminuiría grandemente si tuviéramos frecuentes opor-

unidades de examinar si los poderes de nuestro
gente debían ser renovados ó revocados. Pero en el
stado actual de la ley puede tener esos poderes
einte ó treinta años. Mientras él viva, y mientras
ivan el Rey ó la Reina, no es probable que volvamos
ejercer nuestra franquicia electoral, á menos que
ubiera una disputa entre la Corte y el Parlamento.
uanto más pródigo y obsequioso es un Parlamento,
enor es la probabilidad de que se indisponga con la
orte. De modo que cuanto peores sean nuestros re-
resentantes, más tiempo tendremos que aguantarlos.
El clamor era muy fuerte: aplicábanse odiosos apo-
os al Parlamento. Unas veces se le llamaba el Parla-
ento de los empleados; otras el Parlamento perma-
ente, y se decía que era mucho más perjudicial que
ejército del mismo nombre.

Dos eran los específicos que encarecidamente se
comendaban para las enfermedades del Estado y en-
e los cuales se dividía el favor público. Consistía el
imero en una ley excluyendo á los empleados de la
mara de los Comunes. Era el otro una ley limitando
res años la duración de los Parlamentos. En gene-
l, los reformistas toríes preferían el bill de exclu-
ón de los empleados, y los reformistas whigs el bill
enal; pero no pocos miembros de ambos partidos
taban por la aplicación de ambos remedios.

XXVI.

Bill de exclusión de los empleados.

Antes de Navidad fué puesto sobre la mesa de la
mara de los Comunes un bill excluyendo á los em-
ados de la Cámara baja. Este bill ha sido elogiado

con vehemencia por escritores que jamás lo vieron y que se contentaron con suponer su contenido. Pero todo el que se haya tomado la molestia de estudiar el pergamino original, que cubierto con el polvo de ciento sesenta años reposa en los archivos de la Cámara de los Lores, encontrará en él poco que elogiar.

Acerca de la manera como debería estar redactado un bill de esta índole, habría, en nuestro tiempo, poca diferencia de opinión entre los ingleses ilustrados. Estos convendrían en que sería muy pernicioso abrir la Cámara de los Comunes á todos los empleados, y no menos pernicioso cerrarla igualmente á todos. El trazar con precisión la línea entre los que deben ser admitidos y los que deben ser excluídos, sería tarea que exigiría mucho tiempo, reflexión y conocimiento de detalles. Pero los principios generales que deben guiarnos son bien claros. La multitud de funcionarios subordinados deben ser excluídos. Algunos funcionarios que están á la cabeza ó cerca de la cabeza de los grandes departamentos de la administración, deben ser admitidos.

Los funcionarios subordinados deben ser excluídos porque su admisión, al mismo tiempo que rebajaría la categoría del Parlamento, destruiría la eficacia de todas las oficinas públicas. Actualmente están excluídos, y la consecuencia es que el Estado posee un valioso cuerpo de servidores que no se cambian nunca, mientras uno tras otro se forman y disuelven los gabinetes, que instruyen á cada ministro sucesivo en sus deberes, y entre los cuales es cuestión del más sagrado pundonor informar con exactitud, dar sincero consejo y firme ayuda á su superior mientras lo es. Á la experiencia, al talento y la fidelidad de esta clase de hombres ha de atribuirse la facilidad y seguridad con que, en nuestro tiempo, ha pasado muchas

s la dirección de los negocios, de manos de los to- á manos de los whigs y de los whigs á los toríes. no hubiera existido esta clase de empleados si ersonas que reciben sueldos de la Corona pudie- sin restricción, entrar á formar parte de la Cá- de los Comunes. Las comisarías, subsecretarías, uras de negociado que ahora son desempeñadas iciamente por personas alejadas de la lucha de los dos, estarían desempeñadas por miembros del mento que servirían al Gobierno como oradores es ó como votantes seguros. Todas las veces el ministerio cambiase, toda esta multitud de eados serían arrojados de sus puestos, sucedién- otra partida de miembros del Parlamento que blemente serían expulsados á su vez antes de rse enterado de la mitad de lo que tenían que ha- El servilismo y la corrupción en la legislatura, ancia é incapacidad en todos los departamentos administración ejecutiva, hubieran sido los tables efectos de tal sistema.

perniciosos todavía, si cabe, hubieran sido los os de un sistema con el cual los servidores de la a, sin excepción, fueran excluídos de la Cámara Comunes. Aristóteles nos ha dejado en el tra- le gobierno, que es tal vez el más discreto é ins- vo de todos sus escritos, una advertencia contra 'ase de leyes artificiosamente redactadas para ar al vulgo, democráticas en la apariencia, oligárquicas en sus efectos (1). Si hubiera po- estudiar la historia de la Constitución inglesa, ente hubiera podido ampliar la lista de tales Que los que están al servicio y sueldo de la a no deban formar parte de una asamblea es-

---

'éase la *Política*, IV, 13.

pecialmente encargada de la misión de guardar los derechos é intereses del común contra toda agresión por parte de la Corona, es doctrina plausible y popular. Sin embargo, es lo cierto que si los que hace cinco generaciones sostenían tal doctrina, hubieran podido modelar la Constitución según sus deseos, el resultado hubiera sido la depresión de aquella rama de la legislatura que emana del pueblo y ante el pueblo es responsable, y el ascendiente de los elementos monárquicos y aristocráticos de nuestro sistema político. El gobierno hubiera estado por entero en manos de los patricios. La Cámara de los Lores, atrayendo constantemente á su seno los primeros talentos del reino, hubiera llegado á ser el más augusto de los senados, mientras la Cámara de los Comunes hubiera descendido casi al rango de una junta parroquial. De tiempo en tiempo, sin duda, hombres de imponente genio y de carácter ambicioso hubieran aparecido entre los representantes de los condados y distritos. Pero estos hombres de genio hubieran considerado la Cámara electiva sólo como el pasillo que debía conducirles á la Cámara hereditaria. El primer objeto de su ambición hubiera sido aquella aristocrática corona sin la cual no podría tener poder en el Estado. Tan pronto hubiera demostrado que podía ser enemigo formidable y amigo valioso del Gobierno, se hubiera apresurado á abandonar á la que hubiera sido entonces, en todos sentidos, la Cámara baja, por la que en todos sentidos hubiera sido la alta. La lucha entre Walpole y Pulteney, la lucha entre Pitt y Fox se habrían trasladado de la parte popular á la parte aristocrática de la legislatura. En todas las grandes cuestiones, extranjeras, interiores ó coloniales, los debates de los nobles serían esperados con impaciencia y devorados con avidez. El relato de las sesiones de una

samblea que no contuviera ninguna persona que
ıdiera hablar en nombre del Gobierno, ninguna
ersona que hubiera estado jamás en altos puestos
ılíticos, hubiera sido arrojado con desdén. Hasta la
tervención del dinero nacional hubiera pasado, no
ı la forma tal vez, pero sí en la esencia, á aquel
ıerpo en el cual se hubieran encontrado todas las
ersonas capaces de presentar un presupuesto ó ex-
icar un cálculo. El país hubiera estado gobernado
ır Pares; y las principales ocupaciones de los Co-
unes se hubieran reducido á discutir bills acerca
la desecación de pantanos y del alumbrado de las
ıdades.

Todas estas consideraciones fueron pasadas por alto
ı 1692. Nadie pensó en trazar una línea entre los
ocos funcionarios que debían ser admitidos en la Cá-
ara de los Comunes, y la multitud de funcionarios
ıe debían ser excluídos. Los legisladores de enton-
s no pensaron más que en trazar la línea divisoria
ıtre ellos y sus sucesores. Cuidaron del propio inte-
s con un esmero que es de extrañar no les haya
ergonzado. Permitióse á cada uno conservar los
npleos que tenía y cuantos pudiera conseguir hasta
primera disolución del Parlamento, suceso para el
ıal podían aún faltar muchos años. Pero á todos los
putados elegidos después de 1.° de febrero de 1693
se les permitía aceptar empleo alguno (1).

En la Cámara de los Comunes el bill pasó rápida-
ente por todos los trámites sin una sola votación.
ero en la de los Lores la lucha fué viva y obstinada.
propusieron varias enmiendas en comité, pero to-
ıs fueron rechazadas. La moción para que el bill

(1) Se hallará el bill en los archivos de la Cámara de los
res.

pasara fué apoyada por Mulgrave en un discurso ingenioso y punzante que se ha conservado, y que demuestra que no era inmerecida su reputación de orador elocuente. Los Lores que tomaron la parte contraria parece que no se aventuraron á negar que hubiera un mal que exigía remedio; pero mantenían que el remedio propuesto sólo contribuiría á agravar el mal. Los patrióticos representantes del pueblo habían ideado una reforma que tal vez podría ser beneficiosa á la siguiente generación; pero se habían reservado cuidadosamente el privilegio de despojar á la generación presente. Si este bill pasaba, era claro que mientras existiese el actual Parlamento, el número de empleados de la Cámara de los Comunes, si acaso disminuía, sería muy poco; y si este bill pasaba, era altamente probable que el Parlamento actual durase hasta la muerte de Guillermo y de María. Porque, como según este bill, podrían SS. MM. ejercer influencia mucho mayor sobre el Parlamento existente que sobre ninguno de los futuros, aplazarían, como era natural, su disolución lo más posible. Los electores de Inglaterra se quejaban de que ahora, en 1692, estaban mal representados. No era reparación sino burla decirles que 1710 ó en 1720 estarían bien representados sus hijos. El remedio debía ser inmediato; y la manera de poner inmediato remedio era limitar la duración de los Parlamentos, empezando por aquel que, en opinión del país, había tenido ya el poder demasiado tiempo.

Estaban las fuerzas tan equilibradas, que el más leve accidente hubiera bastado á inclinar la balanza. Cuando se preguntó si pasaba el bill, había presentes ochenta y dos Pares. De éstos, cuarenta y dos votaron en pro y cuarenta en contra. Se llamaron entonces los votos por procuración, y sólo hubo dos en pro y

te en contra; pero de los siete, tres fueron discuti-s y admitidos con dificultad. El resultado fué que bill se perdió por tres votos.

Resulta que la mayoría estuvo compuesta de whigs oderados y de moderados toríes. De la minoría inte protestaron, y entre ellos se contaban los iembros más violentos é intolerantes de ambos par-los, tales como Warrington, que milagrosamente bía escapado del cadalso por conspirar contra Ja-bo, y Aylesbury, que después libró del cadalso mi-grosamente por conspirar contra Guillermo. Marl-rough, que desde que había estado preso había tado siempre en contra del Gobierno, no sólo puso nombre en la protesta, sino que hizo firmar al prín-pe de Dinamarca una cosa que estaba por completo era del alcance de las facultades de su Alteza Real comprender (1).

Es circunstancia notable que ni Caermarthen, el imero en poder así como en talento de los minis-os toríes, ni Shrewsbury, el más distinguido de los higs que estaban en malas relaciones con la corte, hallaran presentes en ocasión tan importante. Su usencia fué, según todas las probabilidades, preme-tada, pues ambos estuvieron en la Cámara poco ntes y poco después de la votación.

XXVII.

El bill trienal.

A los pocos días puso Shrewsbury sobre la mesa de os Lores un bill limitando la duración de los Parla-

(1) *Lords' Journals*, enero 3, 1692-93.

mentos. Por este bill se estatuía que el Parlamento entonces reunido cesaría de existir en 1.° de enero de 1694, y que ninguno de los Parlamentos futuros pudiera durar más de tres años.

Entre los Lores hubo casi perfecta unanimidad en este punto. En vano intentó Guillermo inducir aquellos Pares en quien tenía mayor confianza á sostener su prerrogativa. Unos encontraban provechoso el cambio propuesto, otros esperaban calmar la opinión pública por medio de una concesión liberal, y otros se habían expresado de tal modo al combatir el bill de los empleados, que no podían, sin incurrir en grave inconsecuencia, combatir el bill trienal. Además, toda la Cámara tenía un motivo de resentimiento con los Comunes, y se complacía en ponerlos en el más desagradable dilema. Burnet, Pembroke, y hasta Caermarthen, que no solía ponerse de parte del pueblo contra el trono, apoyaron á Shrewsbury. «Milord—dijo el Rey á Caermarthen con gran disgusto—tendréis que arrepentiros de vuestra conducta en esta cuestión» (1). La advertencia fué desatendida, y el bill, aprobado sin oposición y rápidamente en los Lores, fué llevado con gran solemnidad por dos jueces á la Cámara de los Comunes.

De lo que ocurrió en los Comunes tenemos muy escasas noticias; pero de ellas se desprende con toda claridad, que los whigs hicieron cuestión de partido apoyar el bill, y que la oposición vino principalmente de los toríes. El anciano Tito, hombre político del tiempo de la República, entretuvo á la Cámara con un discurso en el estilo que había estado en moda en

(1) *Introducción á las copias y extractos de algunas cartas escritas por el Conde de Danby, hoy Duque de Leeds, ó dirigidas á él, publicadas de su orden*, 1710.

quella época. Los parlamentos, dijo, se parecen al nanà que Dios envió al pueblo escogido. Son excelen-es mientras están frescos, pero si se guardan dema iado tiempo llegan á repugnar; y la corrupción de lo ue había sido más dulce que la miel engendra as-uerosos gusanos. Littleton y otros principales whigs ablaron en igual sentido. Seymour, Finch y Tre-enham, todos acérrimos toríes, se pronunciaron con ehemencia contra el bill, y hasta sir Juan Lowther isintió en este punto de su amigo y protector Caer-narthen. Algunos oradores toríes apelaron á un senti-niento que estaba muy arraigado en la Cámara y que esde el tiempo de la Revolución había impedido la probación de muchas leyes. Todo lo que venga, de-ían, de la Cámara de los Lores debe ser recibido con esconfianza; y el presente bill es de tal naturaleza, ue aun cuando en sí mismo fuera bueno, debería ser echazado sin examen, sólo por venir de donde viene. i los Lores nos enviaran el más juicioso de todos los ills financieros, ¿no lo arrojaríamos ignominiosa-nente de nuestra Cámara? Pues enviarnos un bill fi-nanciero no hubiera sido mayor afrenta que enviarnos ste bill. Han tomado una iniciativa que por todas las eglas de cortesía parlamentaria debían habernos de-ado á nosotros. Se han constituído en nuestros jueces, os han declarado convictos y nos han condenado á la isolución de nuestra Cámara, fijando el 1.º de enero ara la ejecución de la sentencia. ¿Hemos de someter-os pacientemente á sentencia tan degradante, sen-encia además dictada por hombres cuya conducta no es da ningún derecho á censurar á los demás? ¿Han echo nunca el menor sacrificio de su propio interés, le su categoría por el bien general? ¿No se han per-lido excelentes bills por habernos negado á insertar n ellos disposiciones concediendo nuevos privile-

gios á la nobleza? Y ahora que sus señorías quieren adquirir popularidad, ¿por ventura quieren comprarla renunciando siquiera el más pequeño de sus opresores privilegios? No. ellos ofrecen al país lo que á ellos nada les cuesta, pero lo que á nosotros y á la Corona ha de costar caro. En tales circunstancias es deber nuestro rechazar el insulto que se nos ha inferido, y al hacerlo así, vindicar la legítima prerrogativa del Soberano.

Frases á éstas semejantes eran, sin duda, muy á propósito para inflamar las pasiones de la Cámara de los Comunes. La próxima perspectiva de la disolución del Parlamento no podía ser muy agradable para ningún diputado cuya elección pudiera ser reñida. Tenía que pasar por todas las humillaciones á que obliga el granjearse los votos, estrechar la mano á multitud de electores, preguntarles por las esposas y los niños, pagar el viaje á los electores de fuera, abrir cervecerías, disponer montañas de carne y ríos de cerveza, y tal vez después de todas estas fatigas y de todos estos gastos, después de ser ridiculizado en las sátiras, expuesto en el tablado, de ser apedreado, encontrarse al fin de la lista, ver á sus antagonistas paseados en triunfo y caer medio arruinado en la oscuridad. Todos estos males le invitaban ahora á traer sobre su cabeza, y á esto le invitaban hombres cuyos puestos en la legislatura eran permanentes, que no perdían su categoría y su tranquilidad, ni el poder ni el dinero, sino que ganaban la calificación de patriotas obligándole á él á renunciar á un alto puesto, á sufrir enojosos trabajos é inquietudes, á hipotecar sus campos y á talar sus bosques. Había, como era natural, mucha irritación entre los diputados, más, probablemente, de lo que indican las votaciones. Porque los electores en general, estaban entusiasmados con el

ill, y muchos diputados á quienes no gustaba tenían
iedo de combatirlo. La Cámara cedió á la presión de
opinión pública, pero no sin dolor y sin resisten-
a. Las discusiones en el Comité deben haber sido
uy acaloradas. Entre Seymour y uno de los dipu-
dos whigs se cruzaron palabras tan violentas, que
é necesario que el Speaker ocupara la presidencia,
hubo que poner la maza sobre la mesa para resta-
ecer el orden. Se presentó una enmienda. El plazo
ncedido por los Lores al Parlamento existente com-
endía desde 1.° de Enero hasta el día de la Anun-
ción, á fin de que hubiera tiempo bastante para
a legislatura. Aprobóse la tercera lectura por dos-
ntos votos contra ciento sesenta y uno. Los Lores
ptaron la enmienda, y nada faltaba más que la
ia sanción. Si ésta se daría ó no, fué una cuestión
quedó en suspenso hasta el último día de la le-
atura (1).

s digna de mención una extraña inconsecuencia
que incurrieron los reformadores de aquella gene-
ón. No se ocurrió á ninguno de los celosos partida-
del bill trienal que cuantos argumentos podían
entarse en favor de aquel bill eran argumentos
ontra de las reglas establecidas de antiguo para
dar en estrecho secreto las deliberaciones y vota-
es del Parlamento. Es muy natural que el Go-
no que priva al pueblo de privilegios políticos
ién le prive de noticias de igual índole. Pero
puede haber más irracional que dar poder y no
l conocimiento sin el cual se corre el riesgo más
nente de que se abuse de aquel poder. ¿Puede
r nada más absurdo que llamar con frecuencia al

---

(1) *Commons' Journals*; Grey, *Debates*. Se hallará el bill en
hivos de la Cámara de los Lores.

cuerpo electoral para que decida si sus representantes han cumplido con su deber, y sin embargo, prohibirle severamente de enterarse por conducto fidedigno de lo que sus representantes han dicho ó de lo que han votado? Este absurdo, sin embargo, parece haber pasado completamente inadvertido. Es muy probable que entre los doscientos miembros de la Cámara de los Comunes que votaron la tercera lectura del bill trienal, no se encontrara uno solo que hubiera vacilado en enviar á Newgate á todo el que se atreviese á publicar una relación de la discusión de aquel bill ó una lista de los que habían votado en pro y en contra. Lo cierto es que el secreto de los debates parlamentarios, secreto que ahora parecería abuso más intolerable que el impuesto marítimo ó la Cámara estrellada, iba entonces inseparablemente asociado, aun en los espíritus más honrados é inteligentes, con la libertad constitucional. Aún había algunos ancianos que recordaban los tiempos en que el diputado de quien se supiera en Whitehall que había dejado escapar alguna palabra dura contra un favorito de la Corte era llamado ante el Consejo privado y enviado á la Torre. Aquellos tiempos habían pasado para no volver. No había ya peligro alguno de que el Rey quisiera oprimir á los miembros de la legislatura, mientras que sí lo había, y grande, de que los miembros de la legislatura oprimieran al pueblo. Esto no obstante, las palabras *privilegio del Parlamento*, aquellas palabras que los graves senadores de la generación precedente habían murmurado cuando un tirano invadió la Cámara con sus guardias, aquellas palabras que cien mil londonenses habían hecho sonar en sus oídos cuando por última vez se aventuró dentro de las murallas de su ciudad, ejercían todavía mágica influencia sobre todos los amantes de la libertad. Fué necesario

l trascurso de mucho tiempo para que los hombres náis ilustrados comprendieran que las precauciones maginadas en un principio para proteger á los patrios contra el desagrado de la Corte, servían ahora nicamente para proteger á los vividores contra el esagrado de la nación.

XXVIII.

Primeras discusiones parlamentarias sobre la libertad de imprenta.

Es también de observar que pocos de los que por e tiempo mostraban el mayor deseo de acrecentar poder político del pueblo estaban dispuestos á ancipar la prensa de la inspección del Gobierno. ley de censura literaria que había sido aprobada ninguna dificultad en 1685, espiró en 1693 y fué ovada, no sin alguna oposición, que aunque débil, atiende á la magnitud del tema que se discutía, ostró que la opinión pública comenzaba á vislbrar cuán estrechamente unidas están la liber- civil y la libertad de conciencia con la libertad iscusión.

asta ahora ningún escritor ha creído deber hacer studio serio de la historia de la ley relativa á la ura. Y, sin embargo, los acontecimientos que ujeron el establecimiento de la libertad de im- a en Inglaterra y en todos los países poblados aza inglesa, parecerán seguramente tan dignos terés á la generación actual, como cualquiera s batallas y cercos cuya relación, hasta en los es más minuciosos, ha llegado hasta nosotros.

Durante los tres primeros años del reinado de Guillermo apenas se había levantado una voz contra las restricciones que la ley imponía á la literatura. Aquellas restricciones estaban en perfecta armonía con la teoría de gobierno sostenida por los toríes, y no se oponían, en la práctica, á las doctrinas de los whigs. Roger Lestrange, que había sido censor en tiempo de los dos últimos reyes de la casa de Estuardo, y que había mostrado tan poco afecto á los exclusionistas y presbiterianos en aquel puesto como en los columnas del *Observador*, fué destituído en tiempo de la Revolución, sucediéndole un caballero escocés que por su afición á los libros raros y su costumbre de asistir á todas las ventas de bibliotecas, era conocido en las tiendas y cafés inmediatos á San Pablo con el nombre de Catálogo Fraser. Fraser era celoso whig. Los autores y editores whigs le elogiaban como el hombre más imparcial y bondadoso. Pero la conducta que le valía estos aplausos le hacía incurrir en la censura de los toríes, y hacía que en modo alguno fuera su persona agradable á Nottingham, que era su superior jerárquico (1). No parece, sin embargo, que hubiera surgido entre ellos seria diferencia hasta el año 1692. En este año un viejo y honrado eclesiástico llamado Walker, que en tiempo de la República había sido cura de Gauden, escribió un libro en que trataba de convencer á todos los lectores discretos y desapasionados de que el autor del *Icon Basilike* era Gauden y no Carlos I. Fraser permitió la impresión de este libro. Si hubiera autorizado la publicación de una obra en que se dijera que el Evan-

(1) Dunton, *Vida y Errores; Autobiografía de Edmundo Bohun*, impresa particularmente en 1853. Esta autobiografía es, en el más alto grado, curiosa é interesante.

gelio de San Juan ó la Epístola á los Romanos eran apócrifos, no hubiera sido mayor la indignación del partido de la alta Iglesia. No se trataba de una cuestión literaria, sino religiosa. La duda era impía, pues en efecto, para muchos fervorosos realistas, el *Icon* era una revelación suplementaria. En efecto, uno de ellos había llegado á proponer que se leyeran en las iglesias algunas lecciones sacadas de aquel inestimable opúsculo (1). Fraser se vió obligado á renunciar su empleo, y Nottingham nombró un caballero de buena estirpe y escasa fortuna llamado Edmundo Bohun. Este cambio de personas produjo inmediatamente un cambio total de sistema; porque Bohun era tory tan acérrimo y concienzudo como podía serlo el que más de cuantos hubieran prestado los juramentos. Habíase distinguido como perseguidor de disidentes y campeón de la doctrina de la obediencia pasiva. Había editado el absurdo tratado de Filmer sobre el origen del gobierno, y había escrito una respuesta al papel que Algernon Sidney había entregado á los Sheriffs en el cadalso. Tampoco admitía Bohun que al jurar obediencia á Guillermo y María hubiera hecho nada inconsistente con su antigua doctrina Porque él estaba convencido de que Guillermo y María reinaban por derecho de conquista, y que era deber de todo inglés servirles tan fielmente como Daniel había servido á Darío ó como Nehemías había servido á Artajerjes. Esta doctrina, por muy tranquilizadora que fuera para su conciencia, encontraba muy poco favor en todos los partidos. Los whigs la impugnaban como servil; los jacobitas por revolucionaria. Gran número de toríes se habían sometido á Guillermo, sin duda, porque legítima ó ilegítimamente era rey de hecho, pero muy pocos esta·

(1) *Vox Cleri*, 1689.

ban dispuestos á conceder que su posesión tuviera por origen la conquista. Cierto que el argumento que satisfacía al débil y estrecho entendimiento de Bohun era una simple ficción, y que de haber sido verdad, hubiera sido una verdad que ningún inglés debía declarar sin morir de vergüenza y despecho (1). El, sin embargo, se agarraba á su tema favorito con una tenacidad que la general desaprobación sólo contribuía á aumentar. Sus antiguos amigos, los firmes defensores del derecho hereditario, se mostraban con él fríos y reservados. Le pidió á Sancroft su bendición y sólo obtuvo una palabra dura y una mirada de ira. Se la pidió entonces á Ken, el cual, aunque no solía faltar á las reglas de caridad y cortesía cristiana, medio le trató de escritorzuelo. Arrojado así de un partido, Bohun no fué recibido por ningún otro. Formaba, en efecto, una clase aparte, porque era al mismo tiempo celoso partidario de Filmer y de Guillermo. Sostenía que la monarquía pura, no limitada por ninguna ley ó contrato, era la forma de gobierno que había sido ordenada por la divinidad. Pero sostenía que Guillermo era monarca absoluto, que podía anular la Magna Carta, abolir el jurado ó establecer impuestos por medio de reales órdenes, sin perder el derecho de ser implícitamente obedecido por todos los cristianos. Por lo demás,

(1) Bohun era autor de una *Historia de la Deserción*, publicada á raíz de la Revolución. En esta obra presentaba su teoría favorita. «Por mi parte—dice—me sorprende ver que tantos tengan escrúpulo en someterse al Rey actual; pues si jamás ha tenido hombre alguno justa causa para hacer la guerra, ha sido él; y eso constituye un derecho para la cosa ganada con la guerra. El Rey al retirarse y desbandar su ejército le cedió el trono; y si él lo hubiera ocupado sin ninguna otra ceremonia, hubiera obrado ni más ni menos que todos los demás príncipes en ocasiones semejantes.»

Bohun era hombre de alguna ilustración, corto entendimiento y maneras impopulares. No bien había entrado en el ejercicio de sus funciones, cuando todo Paternoster Row y Little Britain (1) estaban en fermentación. Bajo la administración de Fraser los whigs habían disfrutado de libertad casi tan completa como si no hubiera censura. Pero actualmente se veían tratados con tanta severidad como en tiempo de Lestrange. Estaba para publicarse una *Historia del Tribunal de Sangre* y se esperaba que tuviera tan gran salida como el *Viaje del Peregrino.* Pero el nuevo censor se negó á dar su *Imprimatur.* El libro, decía, presentaba á rebeldes y cismáticos como héroes y mártires; y él no le daría su aprobación aunque se lo pesaran en oro. Una acusación pronunciada por Lord Warrington en el gran jurado de Cheshire no se pudo publicar porque su señoría había hablado en términos despreciativos del derecho divino y de la obediencia pasiva. Julián Johnson encontró que si quisiera publicar sus ideas acerca del gobierno tendría que acudir, como en los peores tiempos del rey Jacobo, á una imprenta clandestina (2). Restricción semejante, despues de algunos años de libertad ilimitada produjo naturalmente violenta irritación. Algunos whigs comenzaron á creer que la censura, como tal, era un abuso; todos los whigs estaban de acuerdo en declarar que el nuevo censor no servía para su puesto, y se dispusieron á unir sus esfuerzos para librarse de él.

De las negociaciones que terminaron en la separación de Bohun, y que produjeron la primer lucha parlamentaria por la libertad de imprenta, tenemos

---

(1) Nombres de los barrios donde están principalmente las librerías.—N. del T.

(2) *Character of Edmund Bohun,* 1692.

relaciones escritas por el mismo Bohun y por otros; pero hay razones poderosas para creer que en ninguno de estos relatos se encuentra toda la verdad. Tal vez sea posible, aun á distancia de tanto tiempo, reunir los dispersos fragmentos que conocemos, de manera tal, que produzcan una narración auténtica que hubiera asombrado al mismo infortunado censor.

Había por aquel tiempo en la ciudad un sujeto de buena familia, de alguna lectura y de algún talento literario, llamado Carlos Blount (1). En política pertenecía á la sección extrema del partido whig. En tiempo del bill de exclusión había sido uno de los *alegres muchachos* de Shaftesbury, y con el nombre de Junio Bruto había elogiado las virtudes y servicios públicos de Tito Oates, exhortando á los protestantes á tomar señalada venganza de los católicos por el incendio de Londres y por el asesinato de Godfrey (2) En cuanto á las cuestiones teológicas que dividían á católicos y protestantes, Blount era completamente imparcial. El era descreído, y jefe de una pequeña escuela de descreídos, llenos de insano deseo de hacer conversos. Tradujo de la versión latina parte de la *Vida de Apolonio de Tiana,* agregándole notas cuyo sentido escandalosamente profano excitó la severa censura de un descreído de orden muy diferente, el ilustre Bayle (3). Blount atacó también el cristia-

(1) Dryden, en su *Vida de Luciano,* habla con demasiado elogio del talento de Blount. Pero el juicio de Dryden era apasionado, porque la primera obra de Blount fué un libelo en defensa de la *Conquista de Granada.*

(2) Véase su *Llamamiento del campo á la City para la conservación de la persona de S. M., de la libertad, de la hacienda y de la religión protestante.*

(3) Véase el artículo sobre Apolonio en el *Diccionario* de Bayle Digo que Blount hizo su traducción del latín, porque sus

nismo en varios tratados originales, ó por mejor decir, que pretendían serlo, porque él fué el más audaz de todos los ladrones literarios, y trascribía sin citar páginas enteras de autores que le habían precedido. Hacía sus delicias el desesperar á los eclesiáticos preguntándoles cómo existía la luz antes de haber sido creado el sol, cómo podía estar limitado el paraíso por los ríos Pisón, Gihón, Hiddekel y Eufrates, cómo se movían las serpientes antes de haber sido condenadas á arrastrarse, y donde encontró Eva el hilo para coser las hojas de higuera. A sus reflexiones sobre estos puntos daba el encumbrado título de Oráculos de la razón; y, en efecto, cuanto él decía ó describía era considerado por sus discípulos como si viniera de un oráculo. De estos discípulos, el más conocido era un mal escritor llamado Gildon, que vivió para infestar á otra generación con sus detestables versos y sus mentiras, y cuya memoria todavía subsiste, no por sus voluminosas obras, sino por dos ó tres versos en que su venalidad y estupidez son despreciativamente mencionadas por Pope (1).

Por poco merecedoras de respeto que parezcan la inteligencia ó la conducta moral de Blount, á él se debe atribuir en gran medida la emancipación de la imprenta en Inglaterra. Entre él y los censores había una disputa de antigua fecha. Antes de la Revolución, Lestrange había mutilado terriblemente uno de sus tratados heterodoxos, siendo, finalmente, prohibido por orden del Obispo de Londres, superior de Lestrange (2). Bohun era un crítico tan severo casi como

---

obras contienen abundantes pruebas de que no era competente para traducirla del griego.

(1) Véase la edición de Gildon de las *Obras de Blount*, 1695.

(2) Wood, Athenæ Oxonienses, en el nombre Enrique Blount (padre de Carlos Blount); Lestrange, *Observator*, núm. 29).

Lestrange. Blount, pues, comenzó á hacer la guerra á la censura y al censor. Rompió las hostilidades en un opúsculo publicado sin licencia, titulado *Justa vindicación del saber y de la libertad de imprenta*, por Filopatris (1). Cuantos lean esta obrilla y no sepan que Blount fué uno de los plagiarios más desvergonzados que han existido, se sorprenderá al encontrar, mezclados con los despreciables pensamientos y vulgares palabras de un libelista de tercer orden, pasajes tan elevados por el sentimiento y el estilo que parecerían dignos de la más ilustre reputación literaria. La verdad es que la *Justa vindicación* consiste principalmente en extractos entresacados de la *Areopagítica*, de Milton. Aquel hermoso discurso desdeñado por la generación para quien se había escrito, había caído en el olvido, y estaba á merced de cualquier plagiario. El trabajo literario de Blount semejaba los trabajos arquitectónicos de aquellos bárbaros á quienes el coliseo y el teatro de Pompeyo servían de canteras, y los cuales hacían cabañas con frisos jónicos y sostenían los establos con columnas de lápis-lázuli. Blount concluía, á imitación de Milton, recomendando que se dejaran imprimir todos los libros sin licencia, con tal de registrar el nombre del autor ó editor (2). La *Justa vindicación* fué bien recibida. El golpe fué repetido inmediatamente. Aun quedaban en la *Areopagítica* muchos hermosos pasajes que Blount no

(1) Fué reimpreso por Gildon en 1695 entre las *Obras de Blount*.

(2) No es de extrañar que los plagios de Blount fueran conocidos de pocos de sus contemporáneos. Pero sí es de extrañar que en la *Biographia Britannica*, su *Justa vindicación* sea calurosamente elogiada sin la más leve indicación de que todo lo que hay bueno es robado. La *Areopagítica* no es la única obra que saqueó en esta ocasión. Tomó un hermoso pasaje de Bacon sin citar el nombre del autor.

había aprovechado en su primer libelo. Con estos pasajes publicó un segundo, titulado *Razones en favor de la libertad de imprenta* (1). Á estas *Razones* añadió una postdata con el título de *Retrato fiel y verdadero de Edmundo Bohun*. Este *Retrato* estaba escrito con extremado encarnizamiento. Se citaban pasajes de los escritos del censor demostrando que sostenía las doctrinas de la obediencia pasiva y de la condenación de la resistencia. Se le acusaba de emplear sistemáticamente su poder favoreciendo á los enemigos y haciendo callar á los amigos de los soberanos cuyo pan comía; y se aseguraba que era amigo y discípulo de su predecesor sir Roger.

El *Retrato de Bohun*, por Blount, no se podía vender públicamente, á pesar de lo cual tuvo gran circulación. Mientras corría de mano en mano, y en todas partes los whigs hablaban contra el nuevo censor calificándole de segundo Lestrange, fueron á pedirle autorización para publicar una obra anónima, titulada *El Rey Guillermo y la Reina María conquistadores* (2). Accedió sin dificultad y hasta con placer, pues realmente entre las doctrinas que de antiguo profesaba y las que se proponían en este tratado, era tan exacto el parecido, que muchos sospecharon si sería él el autor, contribuyendo á confirmar esta sospecha un pasaje en que se elogiaban sus escritos políticos. Pero el verdadero autor era aquel mismo Blount, que

(1) Atribuyo este libelo á Blount sin la menor vacilación, aun cuando no ha sido reimpreso por Gildon entre sus obras. Si Blount no lo escribió, en efecto, debe haberse escrito seguramente bajo su dirección. No es creíble que dos hombres de letras, sin estar de acuerdo, publiquen en muy corto espacio de tiempo dos tratados, hechos el uno con una mitad de la *Areopagitica* y el otro con la otra mitad. La razón por que Gildon no quiso reimprimir el segundo libelo se verá más adelante.

(2) Bohun, *Autobiografía*

precisamente entonces trataba de excitar al público contra la ley de censura y contra el censor. Los motivos que inspiraban esta conducta de Blount son fáciles de adivinar. Sus propias opiniones eran diametralmente opuestas á las que manifestó en esta ocasión en los términos más ofensivos. Es, pues, indudable, que su objeto era tender un lazo á Bohun y causar su ruina. El proyecto era vil é infame, pero no puede negarse que la trampa había sido urdida y colocada con mucha habilidad. El republicano hizo á maravilla de acérrimo tory. El ateo consiguió pasar por amigo de la alta Iglesia. Terminaba el libelo con una devota oración para que la luz y el amor de Dios iluminasen el entendimiento y encaminase la voluntad de los ingleses, á fin de que pudieran ver aquellas cosas que importaban á la paz de su espíritu. El censor no cabía en sí de gozo. En cada página encontraba sus propios pensamientos expresados con más claridad de la que él solía emplear. Nunca, en su opinión, se había establecido con tanta claridad el verdadero derecho de SS. MM. á la obediencia de sus súbditos. Cuantos jacobitas leyeran este admirable opúsculo debían inevitablemente quedar convertidos. Los *nonjurors* acudirían en masa á prestar los juramentos. La nación tanto tiempo dividida vería al fin el término de sus divisiones. Vino á arrancar á Bohun de tan agradables ensueños, á las pocas horas de publicarse el discurso que tanto le encantaba, la noticia de que el título había encendido en ira á todo Londres, y que las odiosas palabras *El Rey Guillermo y la Reina María conquistadores* habían movido la indignación de multitudes que no habían leído más que este título. A los cuatro días nada más después de la publicación oyó que la Cámara de los Comunes se ocupaba del asunto, que algunos miembros habían calificado

el libro de indigno, y que como el autor era desconocido, el sargento de armas andaba en busca del censor (1). Bohun nunca había sido hombre de espíritu fuerte, y estaba enteramente acobardado y extraviado por la furia de la tormenta que súbitamente había descargado sobre él. Fué á la Cámara, donde la mayor parte de los diputados que le encontraban en los pasillos y en los corredores le miraban con ceño. Cuando fué puesto en la barra, y después de tres profundas reverencias se aventuró á levantar la cabeza y mirar en torno suyo, pudo leer su sentencia en las iracundas y desdeñosas miradas que le dirigían de todas partes. Vaciló, tropezó, se contradijo, llamó Milord al Speaker, y por su manera confusa de hablar levantó un alboroto de ruidosas carcajadas que le confundieron todavía más. Tan luego como se retiró, se resolvió por unanimidad que el aborrecido opúsculo fuera quemado en Palace Yard por mano del verdugo. También se resolvió sin votación pedir al Rey que Bohun fuera separado del empleo de censor. El pobre hombre, medio desmayado de pena y de miedo, fué conducido por los agentes de la Cámara á un lugar de arresto (2).

Pero apenas había sido encerrado en su prisión, cuando un gran número de diputados pidieron á gritos una víctima más importante. Al poco tiempo de ser hecho obispo de Salisbury, había dirigido Burnet una carta pastoral al clero de su diócesis exhortándole á prestar los juramentos. En un párrafo de esta carta se expresaba en lenguaje algo semejante al del libelo que acababa de ser sentenciado á las llamas. Cierto que había distinciones que un tri-

(1) Bohun, *Autobiografía; Commons' Journals*, enero 20, 1692 y 1693.

(2) Bohun, *Autobiografía; Commons' Journals*, enero 20 y 21, 1692-93.

bunal juicioso é imparcial no hubiera podido menos de advertir. Pero el tribunal ante el que fué llevado Burnet no era imparcial ni juicioso. Sus faltas le habían creado muchos enemigos, y sus virtudes muchos más. Los whigs descontentos se quejaban de su afición á la Corte; los partidarios de la alta Iglesia de su afición á los disidentes; ni puede suponerse que hombre tan atrevido y de tan poco tacto, tan indiscreto en su franqueza y de actividad tan incesante, hubiera pasado su vida sin desconcertar los planes y lastimar los sentimientos de algunos que profesaban sus mismas opiniones. Era mirado con peculiar malevolencia por Howe. Éste nunca solía, ni aun en el tiempo que estuvo en el poder, contener su viperina y petulante lengua, y recientemente había sido arrojado del poder de una manera que le tenía fuera de sí de cólera. La historia de su separación no es conocida con exactitud, pero fué acompañada de algunas circunstancias que agriaron cruelmente su carácter. Si hemos de dar crédito á los rumores que corrían, había imaginado que la reina María estaba enamorada de él, y aprovechando una ocasión que se le ofreció, estando de servicio como vicechambelán, hizo algunas indicaciones que justamente excitaron la indignación de la Reina. Poco después fué despedido de su empleo y perseguido porque en un acceso de cólera había maltratado brutalmente á uno de sus criados dentro del recinto de palacio. Se había declarado culpable y había sido perdonado; pero á partir de esta época mostró en todas ocasiones el más rencoroso odio personal contra su real señora, contra su marido y contra todos los que tenían el favor de cualquiera de los dos. Sabíase que la Reina consultaba á Burnet con frecuencia, y Howe abrigaba el convencimiento de que la severidad de María era debida á la

influencia de Burnet (1). Pero ahora se le presentaba ocasión de vengarse. En un largo y elaborado discurso, el despechado whig—pues tal fué el carácter que asumió—presentó á Burnet como un tory de la peor especie. «Debiera haber una ley penal—dijo—castigando á los clérigos que en sus discursos hablaran de política. Trataron primero de esclavizarnos invocando el derecho divino é incontrastable del príncipe hereditario. Ahora tratan de conseguir el mismo fin diciéndonos que somos un pueblo conquistado.» Se propuso que el Obispo fuera acusado ante la alta Cámara. Á esta moción había una objeción incontestable, que indicó el Speaker. La Pastoral había sido escrita en 1689, y por tanto, estaba comprendida en el acta de gracia aprobada en 1690. Sin embargo, un miembro no se avergonzó de decir: «No importa; acusadle y obligadle á que se defienda con el acta.» Pocos, sin embargo, estaban dispuestos á adoptar una medida tan impropia de la Cámara de los Comunes. Como un gracioso hubiera gritado, haciendo un juego de palabras con el nombre del Obispo: «Quemadla, quemadla» (2), este grosero equívoco recorrió todos los bancos y fué recibido con general algazara. Propúsose que la pastoral fuera quemada por mano del verdugo. Siguióse un largo y vehemente debate, porque Burnet tenía amigos tan devotos como implacables enemigos. La gran mayoría de los whigs le defendió con firmeza, y su buen natural y su generosidad le habían hecho amigos aun entre los toríes. La lucha duró dos días. Montague y Finch, hombres de opiniones muy diferentes, son los que aparecen en pri-

(1) Oldmixon; *Diario de Narciso Luttrell*, nov. y dic. de 1692; Burnet, II, 334; Bohun, *Autobiografía*.

(2) *Burn it, burn it*, que suena lo mismo que Burnet.—(N. del T.)

mera línea entre los campeones del Obispo. Se intentó salir del paso haciendo ver que la cuestión previa había fracasado. Por último, se propuso la cuestión principal, y la pastoral fué condenada á las llamas por una pequeña mayoría, estando llena la Cámara. Votaron en pro ciento sesenta y dos, y en contra ciento cincuenta y cinco (1). La opinión general, en la capital al menos, fué que Burnet había sido tratado cruelmente (2).

No era por naturaleza muy susceptible, y la vida que había llevado no contribuyera á aumentar su susceptibilidad. Durante muchos años había sido blanco de animosidades teológicas y políticas. Graves doctores le habían anatematizado; poetas picarescos le habían puesto en ridículo; príncipes y ministros le habían tendido asechanzas para perderle. Durante largo tiempo había vivido errante en el destierro, constantemente en peligro de ser sorprendido, sometido al tormento, ahorcado y puesto en cuartos. Sin embargo, ninguna de estas cosas había sido capaz de conmoverle. Su presunción le había puesto al abrigo del ridículo, y su indomable carácter no se había intimidado por el peligro. Pero en esta ocasión su fortaleza parece haberle abandonado. Que le estigmatizase la rama popular de la legislatura como maestro de doctrinas tan serviles que disgustaban hasta á los tories; ser condenado en la misma sentencia con el editor de Filmer, era demasiado. Cuando se vió la profunda herida que había recibido Burnet en esta ocasión fué muchos años más adelante, cuando des-

(1) Grey, *Debates; Commons' Journals*, enero, 21, 23, 1692-93; Bohun, *Autobiografía;* Kennet, *Vida y reinado del rey Guillermo y la reina María*.

(2) «La mayor parte de la gente compadecióse del Obispo.» Bohun, *Autobiografía*.

pués de su muerte salió al público su *Historia de su vida y de sus tiempos*. En esta obra se muestra de ordinario gárrulo hasta la prolijidad en todo lo que á él se refiere, y á veces relata con agradable ingenuidad sus propios errores y las censuras que le valieron. Pero acerca de la ignominiosa sentencia dictada por la Cámara de los Comunes contra su pastoral, ha guardado el silencio más significativo (1)

El complot que había arruinado á Bohun, si bien no hizo honor á sus autores, produjo efectos importantes y saludables. Antes que la conducta del infortunado censor fuera sometida al examen del Parlamento, habían resuelto los Comunes sin votación, y á lo que parece sin discusión alguna, que el acta que sometía las letras á la censura fuera prorrogada. Pero la cuestión había tomado ahora nuevo aspecto, y la continuación del acta de censura no pareció ya cosa tan natural. Empezó á mostrarse una disposición en favor de la libertad de imprenta, disposición que aun no era ciertamente de gran extensión ni formidable intensidad. Decíase que el sistema existente era perjudicial al comercio y á las letras. ¿Cómo esperar que ningún capitalista adelantara los fondos necesarios para una gran empresa literaria, ó que ningún sabio

(1) El acuerdo de los Comunes es mencionado con mucho sentimiento en las memorias que Burnet escribía por el mismo tiempo. «Pareció—dice algo extraordinario que yo, que de todos los escritores del siglo, fuí tal vez el mayor defensor de la libertad pública, desde que por primera vez me di á conocer, haya sido tratado con tanta severidad, como si en vez de amigo hubiera sido enemigo de ella. Pero la verdad es que los tories nunca me han querido, y los whigs me aborrecen porque nunca participé de sus ideas y de sus odios. Espero, sin embargo, que ni esta ni cosas peores que me sucedan podrán hacerme apartar de los principios moderados y de la justa defensa de las libertades de la humanidad.»—Burnet, MS. Harl. 6584.

pasara años enteros de trabajo é investigación, mientras fuera posible que en el último momento el capricho, la malicia, la necedad de un hombre pudieran frustrar sus designios? ¿Y por ventura era cierto que la ley que de manera tan abusiva limitaba la libertad de comercio y la libertad de pensamiento había contribuído realmente á aumentar la seguridad del Estado? ¿No había demostrado experiencia reciente que el censor mismo podía ser enemigo de SS. MM., ó lo que todavía era peor, amigo extraviado y desatinado; que podía prohibir la publicación de un libro que fuera interés de los Soberanos que se difundiera por todas las casas del reino, y que podía dar prontamente su asentimiento á un libelo que sólo tendía á hacerlos odiosos á su pueblo y que merecía ser despedazado y quemado por mano del verdugo? ¿Había ganado mucho el Gobierno estableciendo una policía literaria que prohibía á los ingleses la lectura de la *Historia del Tribunal de Sangre*, dejándoles, por vía de compensación, leer tratados que representaban al rey Guillermo y á la reina María como conquistadores?

En aquel tiempo las personas que no tuvieran especial interés por un bill de carácter público, rara vez dirigían al Parlamento peticiones en sentido favorable ó adverso. Así, pues, las únicas peticiones presentadas en esta ocasión á las dos Cámaras contra la censura procedían de libreros, encuadernadores é impresores (1). Pero la opinión expresada por estas clases no era ciertamente profesada sólo por ellos.

La ley que estaba á punto de espirar había durado

---

(1) *Commons' Journals*, febrero 27, 1692-93; *Lords' Journals*, marzo 4.

ocho años. Fué renovada nada más por otros dos. Resulta de una acta del *Diario de la Cámara de los Comunes,* que desgraciadamente está incompleta, que hubo una votación acerca de una enmienda de cuya naturaleza estamos completamente á oscuras. El resultado de la votación fué noventa y nueve contra ochenta. En la Cámara de los Lores se propuso, según indicación hecha cincuenta años antes por Milton y que le fuera robada por Blount, eximir de la autoridad del censor todo libro que llevara nombre de autor ó editor. La enmienda fué rechazada y el bill pasó, mas no sin una protesta firmada por once pares, declarando que no podían creer que el interés público exigiera sujetar todos los conocimientos y noticias á la arbitraria voluntad y capricho de un censor mercenario y tal vez ignorante. Entre los que protestaron se contaban Halifax, Shrewsbury y Mulgrave, los cuales pertenecían á diferentes partidos políticos, pero todos distinguidos por sus talentos literarios. Es de lamentar que Tillotson y Burnet, que estaban presentes, no hubieran concurrido con sus firmas. Dorset estaba ausente (1).

Blount, cuyos trabajos y maquinaciones habían suscitado la oposición á la censura, no llegó á ver el triunfo de aquella oposición. Aunque no era muy joven, se sintió poseído de una insana pasión por la hermana de su difunta esposa. Después de tratar en vano de convencer al objeto de su amor de que podía legalmente casarse con él, últimamente, ya por cansancio de la vida, ó en la esperanza de conmover su corazón, se infirió una herida, de la cual murió después de una larga enfermedad. Muchas veces se le ha mencionado como blasfemo y suicida. Pero el impor-

(1) *Lords' Journals*, marzo 8, 1692 93.

tante servicio que, ciertamente por los medios más inmorales y deshonrosos, prestó á su país, ha pasado casi inadvertido (1).

XXIX.

Estado de Irlanda.

Muy avanzada esta laboriosa é importante legislatura, atrajo la atención de las Cámaras el estado de Irlanda. El gobierno de aquel reino, en los seis meses que siguieron á la rendición de Limerick, había permanecido en estado de desorganización. Hasta que las tropas irlandesas que siguieron á Sarsfield se hicieron á la vela para Francia, y hasta que las que prefirieron quedar en Irlanda fueron licenciadas, no

(1) En el artículo sobre Blount, en la *Biographia Britannica* es elogiado como uno de los que tuvieron parte principal en la emancipación de la imprenta. Pero el autor estaba muy mal informado acerca de los hechos.

Es extraño que las circunstancias de la muerte de Blount no se hayan podido determinar con certeza. Que murió de una herida causada por él mismo, y que estuvo enfermo largo tiempo, son hechos indisputables. La versión más común era que se había pegado un tiro; y Narciso Luttrell, contemporáneo, así lo apuntó en su *Diario*. Por otra parte, Pope, que tuvo las mejores oportunidades para obtener noticias exactas, dice que «estando en amores con una próxima parienta suya, viéndose rechazado se dió una puñalada en un brazo, fingiendo que se mataba, muriendo en efecto á consecuencia de la herida.» —Nota al Epílogo de las Sátiras, Diálogo I. Warburton, que había vivido primero con los héroes de la *Dunciada* y después con los más eminentes hombres de letras de su tiempo, debe haber sabido la verdad; y Warburton, con su silencio, confirma la aserción de Pope. La rapsodia de Gildon acerca de la muerte de su amigo, lo mismo se aviene con una que con otra versión.

publicó Guillermo una proclama anunciando solemnemente la terminación de la guerra civil. De la hostilidad de los naturales, destituídos de jefes como ahora quedaban, sin armas y sin organización, nada había que temer como no fueran algunos robos y asesinatos. Pero apenas se había perdido en el espacio el grito de guerra de los irlandeses, cuando empezaron á oirse los primeros débiles murmullos de la colonia inglesa. Por espacio de algunos meses estuvo Coningsby al frente de la administración. Pronto se hizo odioso en el más alto grado á la casta dominante. Era hombre destituído de principios; era insaciable de riquezas, y se hallaba en situación en que un hombre sin principios podía fácilmente adquirirlas. Inmensas sumas de dinero, inmensas cantidades de provisiones militares habían sido enviadas de Inglaterra. Inmensas confiscaciones se estaban llevando á cabo en Irlanda. El rapaz gobernador tenía ocasiones diarias de robar y hacer extorsiones, y aprovechaba todas estas oportunidades sin escrúpulo ni vergüenza. Y aun no era ésta, sin embargo, á los ojos de los colonos, su mayor falta. Tal vez hubieran perdonado su codicia; pero no podían perdonar la clemencia que mostraba á sus enemigos vencidos y esclavizados. Cierto que su clemencia se reducía á que el amor al dinero podía más en él que el odio á los católicos, y que no se negaba á vender á alto precio una escasa medida de justicia á algunos individuos de la clase oprimida. Por desgracia, la subyugada mayoría era, para la minoría dominante, aun no repuesta de la reciente lucha y embriagada con la reciente victoria, como un hato de ganado, ó por mejor decir, como una manada de lobos. El hombre no reconoce en los animales inferiores ningún derecho inconsistente con su conveniencia; y en la misma

relación que el hombre se cree con los animales inferiores se creía el cromwelliano en libertad de obrar con el católico. Coningsby se atrajo, pues, una tormenta mucho mayor de censuras por sus pocas acciones buenas que por sus muchas malas acciones. El clamor contra él llegó á ser tan violento, que fué separado, marchando Sidney á Dublín, con plenos poderes y categoría de Lord Lugarteniente, á abrir el Parlamento (1).

---

(1) Los cargos formulados contra Coningsby se hallarán en los *Diarios* de las dos Cámaras del Parlamento inglés. Después del trascurso de veinticinco años fueron puestos en verso por Prior, á quien Coningsby había tratado con gran insolencia y dureza. Citaré algunas estrofas. Se verá que el poeta no desdeñó de imitar el estilo de los romances populares.

«Of Nero, tyrant, petty king,
Who heretofore did reign
In famed Hibernia, I will sing,
And in a ditty plain.
....
»The articles recorded stand
Against this peerless peer;
Search but the archives of the land,
You'll find them written there.»

(Del tirano Nerón, del reyezuelo que reinó un tiempo en la afamada Hibernia, quiero cantar en el estilo llano del poeta del pueblo...

Contra este Par sin par aún se conservan los cargos formulados; registrad los archivos nacionales, do escritos se hallarán.)

Sigue después la historia de Gaffney. He aquí cómo describe las especulaciones de Coningsby: «Se apropió vastas cantidades de provisiones: tenía la llave de las provisiones del Rey y sabía convertirlas en dinero.»

«Los bienes confiscados, tanto muebles como inmuebles, allá fueron también con las provisiones. Feroz Cerbero se lo tragó todo.»

La última acusación es el favor mostrado á los católicos: «Sin el

Pero el carácter afable y graciosas maneras de Sidney no produjeron conciliadores efectos. No parece que se mostrara ávido de ilícita ganancia. Pero no contuvo con mano bastante firme la multitud de funcionarios subordinados á quienes el ejemplo y protección de Coningsby había animado á despojar al público y á vender á los litigantes sus buenos oficios. Ni era tampoco el nuevo Virey de carácter adecuado para ensañarse en los débiles restos de la aristocracia indígena. Así, pues, no tardó en ser objeto de suspicacia y aversión para los colonos anglo-sajones. Su primer acto fué publicar los edictos llamando á elecciones generales. Los católicos habían sido excluídos de todas las corporaciones municipales; pero ninguna ley les había privado todavía de la franquicia del condado. Es probable, sin embargo, que ni un solo elector católico se atreviera á acercarse á los tablados. Los diputados elegidos eran, con pocas excepciones, hombres animados del espíritu de Enniskillen y Londonderry, espíritu eminentemente heroico en tiempos de angustia y de peligro, pero con excesiva frecuencia imperioso y cruel en la época de prosperidad y poderío. Detestaban el tratado civil de Limerick, y se indignaron al saber que el Lord Lugarteniente esperaba lleno de confianza que ratificaran en el Parlamento aquel odioso contrato, contrato que autorizaba la idolatría de la misa y que impedía á los buenos protestantes arruinar á sus vecinos

---

menor disfraz, Neron, en todo tiempo, ayudó á los papistas, cuyos robos miraba él como triviales faltas.»

«Los protestantes á quien mientras durara su gobierno robó, viéronse forzados, á semejanza de Job, á sufrir con paciencia.»

«Pues con vil subterfugio les negaba el remedio de la ley; protegia en tanto á los católicos sirviendo de pantalla á sus maldades.»

papistas, sometiéndolos á procesos civiles por los perjuicios causados durante la guerra (1).

El 5 de octubre de 1692 se reunió el Parlamento en Dublín en el palacio de Chichester. Componíase muy diferentemente de la Asamblea que había llevado el mismo título en 1689. Apenas se veía un Par ni un miembro de la Cámara de los Comunes que hubiera figurado en aquel Parlamento. A la multitud de O's y Macs, descendientes de los antiguos príncipes de la isla, habían sucedido otros cuyos nombres indicaban origen sajón. Un solo O que había apostatado de la fe de sus padres, y tres Macs que debían haber emigrado de Escocia y eran probablemente presbiterianos, tenían asiento en la Asamblea.

El Parlamento así compuesto, tenía entonces menos poderes que la Asamblea de Jamaica ó de Virginia. No sólo estaba sujeta la legislatura de Dublín á la absoluta intervención de la legislatura de Westminster, sino que una ley aprobada en el siglo xv, durante la administración del lord Delegado Poynings, y que lleva su nombre, había establecido que no se pudiera presentar en ninguna de las Cámaras de Irlanda ningún bill que no viniera precedido del examen y aprobación del Consejo privado de Inglaterra, y que una vez adornado de estas circunstancias tuviera que ser el bill aprobado ó rechazado en su totalidad (2).

Abrióse la legislatura con un solemne reconocimiento de la suprema autoridad de la madre patria. Los Comunes hicieron que su Secretario leyera la ley inglesa que les obligaba á prestar el juramento de supremacía y á suscribir la declaración contra la

(1) *An Account of the Sessions of Parliament in Ireland*, 1692, Londres, 1693.

(2) La Poynings Act es la 10 H. 7, c. 4. Fué explicada por otra acta, 3 y 4 P. y M. c. 4.

transustanciación. Después de la lectura de la ley procedieron inmediatamente á obedecerla. Se votaron mensajes expresando la mayor gratitud y adhesión al monarca. Dos diputados que habían sido infieles á los intereses de Inglaterra y del protestantismo durante los disturbios, fueron expulsados. Se votaron con entusiasmo subsidios bastante espléndidos, si se atiende á los recursos de un país devastado por largos años de guerra de pillaje. Pero el bill confirmando el acta de colonización (*Act of Settlement*) pareció demasiado favorable á la *gentry* del país, y como no podía ser enmendado, fué rechazado sin ceremonia. Constituída la Cámara en comité, declaró que la injustificable indulgencia con que habían sido tratados los irlandeses, desde la batalla del Boyne, era una de las principales causas de la miseria del reino. Se nombró una Comisión de Abusos, que estaba reunida diariamente hasta las once de la noche, y los actos de esta comisión produjeron gran alarma en el Castillo. Salieron á luz numerosos ejemplos de venalidad y groseros fraudes por parte de altos empleados, y muchos ejemplos también de la que entonces parecía criminal lenidad con la nación sometida. Ya era un católico á quien se le había permitido alistarse en el ejército, ó bien se trataba de otro á quien le fuera permitido conservar un fusil, ó de un tercero que tenía un caballo demasiado bueno, ó de un cuarto que fuera protegido contra los protestantes que deseaban llevarlo ante los tribunales por delitos cometidos en los años de confusión. El Lord Lugarteniente, después de obtener casi todo el dinero que podía esperar, determinó poner fin á tan desagradables informaciones. Sabía, sin embargo, que si se indisponía con el Parlamento porque éste tratase con severidad á los concusionarios ó á los católicos, tendría poco apoyo en Inglaterra.

Así, pues, trató de buscar un pretexto, y tuvo la fortuna de encontrarlo. Los Comunes habían aprobado una resolución que con plausible motivo podía presentarse como inconsistente con el estatuto de Poynings. Todo lo que pareciese violación de aquella gran ley fundamental era casi seguro que excitaría la más fuerte censura al otro lado del canal de San Jorge. El Virey advirtió su ventaja y se aprovechó de ella. Se presentó en la Cámara de los Lores en el palàcio de Chichester, hizo venir á los Comunes, los reprendió en enérgico lenguaje acusándoles de usurpar indebidamente y con ingratitud los derechos de la madre patria, y puso fin á la legislatura (1).

Los que así habían sido reprendidos por él se retiraron llenos de enojo. La acusación que había lanzado contra ellos era injusta. Tenían un fuerte sentimiento de amor y reverencia por la tierra de donde procedían, y acudieron llenos de confianza en demanda de reparación al Parlamento supremo. Algunos de ellos fueron á Londres con objeto de vindicarse y de acusar al Lord Lugarteniente. Se les concedió una larga audiencia, siendo oídos con atención tanto por los Lores como por los Comunes, mandándoles

(1) He tomado la historia de esta legislatura de los *Diarios* de los Lores y Comunes de Irlanda, de las relaciones presentadas ante los Lores y Comunes de Inglaterra por miembros del Parlamento de Irlanda, y de un folleto titulado *Breve noticia de las sesiones del Parlamento de Irlanda*, 1692, Londres, 1693. Burnet ha expuesto, á mi ver, con exactitud, los motivos de la disputa, II. 118. «Los ingleses de Irlanda creían que el Gobierno favorecía demasiado á los irlandeses: unos decían que esto era efecto del soborno, mientras á otros parecía medida necesaria para proteger á los naturales contra las persecuciones de los ingleses, que los aborrecían y estaban muy irritados contra ellos..... Había también grandes quejas del mal estado de la administración, especialmente de la Hacienda, de las pagas del ejército y del mal empleo de las provisiones.

poner por escrito la sustancia de lo que habían dicho. El humilde lenguaje de los peticionarios y sus protestas de que nunca había sido su intención violar el estatuto de Poynings, ni disputar la suprema autoridad de Inglaterra, borraron la impresión que las acusaciones de Sidney habían producido. Ambas Cámaras dirigieron al Rey un mensaje acerca del estado de Irlanda. No censuraban á ningún delincuente determinado; pero expresaban su opinión de que la administración había incurrido en graves faltas, que el público había sido despojado, y que los católicos fueran tratados con injustificable indulgencia. Guillermo contestó prometiendo que se pondría remedio al mal. Su amigo Sidney fué llamado en seguida, consolándole de la pérdida de la dignidad de virey con el lucrativo empleo de maestre de la artillería. El gobierno de Irlanda quedó por algún tiempo confiado á lores justicias, entre los cuales ocupaba lugar principal sir Enrique Capel, celoso whig muy poco dispuesto á mostrar indulgencia á los católicos.

XXX.

Niega el Rey su sanción al bill trienal.

Acercábase la época de la prorrogación del Parlamento y aun no se sabía con certeza la suerte reservada al bill trienal. Algunos de los ministros más entendidos encontraban conveniente el bill; y aun cuando hubieran pensando de otro modo, probablemente hubieran tratado de disuadir á su amo de rechazarlo. Era imposible, sin embargo, quitarle de la cabeza la idea de que una concesión en este punto

hubiera sido un grave atentado á su autoridad. Receloso de la opinión de sus ordinarios consejeros, envió á Portland á consultar la opinión de sir Guillermo Temple. Temple se había hecho un retiro en un lugar llamado Moor Park, en las inmediaciones de Farnham. El país que rodeaba su casa era casi una soledad. Su diversión, durante algunos años, había consistido en crear, en aquel lugar devastado, lo que á los ojos de los burgomaestres holandeses, entre los cuales había pasado algunos de los mejores años de su vida, hubiera parecido un paraíso. Su ermita había sido honrada en algunas ocasiones con la presencia del Rey, que desde niño conocía y estimaba al autor de la Triple Alianza, y á quien complacía mucho encontrar entre los brezales y tojos de las selvas de Surrey un sitio que parecía formar parte de Holanda, un canal recto, una terraza, hileras de recortados árboles, y plantíos rectangulares de flores y hortalizas.

Portland se dirigió, pues, á este apartado recinto á consultar el oráculo. Temple opinó decididamente que el bill debía ser aprobado. Temía que las razones que le habían inducido á formar esta opinión no pudieran ser referidas menudamente y con exactitud al Rey por Portland, que era ciertamente soldado valeroso y fiel amigo si los hay, que no carecía de natural despejo y que en algunas ramas de los negocios tenía gran experiencia, pero que conocía de manera muy imperfecta la historia y la constitución de Inglaterra. Como el estado de salud de sir Guillermo le imposibilitaba de ir él mismo á Kensington, determinó enviar á su Secretario. Era éste un pobre humanista de veinticuatro ó veinticinco años, bajo cuyo humilde traje y tosca apariencia se ocultaban algunos de los dones más preciosos que jamás han sido concedidos á los hijos de los hombres: raras facultades de observación,

ingenio brillante, inventiva grotesca, *humour* del gusto más severo, y sin embargo de exquisita delicadeza, elocución singularmente pura, límpida y varonil. Llamábase este joven Jonatán Swift. Era natural de Irlanda, pero hubiera tomado como un insulto que le llamaran irlandés. Era de pura sangre inglesa, y durante toda su vida consideró á la población indígena de la isla donde había respirado por primera vez, como casta extranjera y servil. En el último reinado había seguido los cursos en la Universidad de Dublín, pero sólo se había distinguido por sus travesuras, logrando con dificultad graduarse. En tiempo de la Revolución se había refugiado en la madre patria con muchos millares de colonos, huyendo de la violencia de Tyrconnel, creyéndose muy afortunado con haber podido hallar refugio en Moor Park (1). Aquel refugio, sin embargo, le costaba muy caro. Se consideraba suficientemente remunerado por sus servicios con veinte libras anuales, amén de la manutención y asistencia. Comía en la segunda mesa. Algunas veces, cuando no había mejor sociedad, le honraba su amo invitándole á jugar á los naipes, y en tales ocasiones llevaba sir Guillermo su generosidad hasta dar á su antagonista algunas monedas de plata para empezar el juego (2). El humilde estudiante no se hubiera atrevido á levantar los ojos hasta una dama de la familia; pero cuando se hizo eclesiástico comenzó, según era uso general entre los clérigos de aquel tiempo, á hacer el amor á una linda doncella que era el principal ornamento de la antecámara, y cuyo nombre va inseparablemente asociado al suyo en una triste y misteriosa historia.

(1) Respecto á la familia y primeros años de Swift, véanse las *Anécdotas* escritas por él mismo.

(2) *Journal to Stella*, Carta LIII.

Muchos años después declaró Swift algo de lo que ntió al encontrarse camino de la corte. Las desgra-as y humillaciones habían doblegado su carácter y irecían haberlo quebrantado. El lenguaje en que lía dirigirse á su amo, á juzgar por las muestras ie aun nos quedan, era propio de un lacayo, ó más en de un mendigo (1). Una palabra dura ó una irada de desagrado del amo bastaban á hacer des-aciado al servidor durante algunos días (2). Pero ta mansedumbre era tan sólo la mansedumbre con ie el tigre cogido, enjaulado y muerto de hambre somete al guarda que le trae el alimento. El humilde iado era en el fondo el más altanero, el más ambi-oso, el más vengativo y el más despótico de los ombres. Y ahora por fin se abría ante sus ojos un orizonte grande, sin límites. No era completamente esconocido á Guillermo. Algunas veces en Moor ark, cuando la gota tenía confinado al amo en su si-ón, el Secretario había sido el acompañante del Rey i la huerta. S. M. se había dignado enseñarle á cortar aderezar los espárragos á la holandesa, y había lle-ido su amabilidad hasta preguntar si le gustaría á ister Swift recibir el despacho de capitán de un regi-iento de caballería. Pero ahora, por vez primera, iba comparecer el joven en la real presencia en calidad consejero. Fué introducido en el gabinete del Rey, itregó una carta de Temple y explicó y apoyó los gumentos que aquella carta contenía, concisa-ente, pero á no dudar con claridad y talento. Dijo ie no había razón para creer que los parlamentos eves estuvieran más dispuestos que los de larga iración á usurpar las justas prerrogativas de la

1) Véase la carta de Swift á Temple de 6 de octubre 1694.

2) *Journal to Stella*, Carta XIX.

ona. En efecto, el Parlamento que en la genera-
ı anterior había hecho la guerra á un rey, le había
ido prisionero, le había enviado á prisión, á la
ra, al cadalso, era especialmente conocido en
stros anales con el nombre de Parlamento Largo.
ıca hubieran acontecido tales desastres á la monar-
a á no haber sido por la ley fatal que impedía la
lución de aquella asamblea (1). Es preciso reco-
er que este razonamiento tenía un lado flaco que
se hubiera ocultado á hombres menos sagaces que
llermo. El que una restricción de la regia prerro-
iva hubiera sido perjudicial, no demostraba que
ı restricción hubiera de ser provechosa. Porque un
erano se hubiera perdido por ser incapaz de librarse
ın parlamento hostil, en modo alguno se deducía
no pudiera perderse otro soberano viéndose obli-
o á separarse de un parlamento amigo. Con gran
tificación del embajador, no lograron sus argu-
ıtos quebrantar la resolución del Monarca. El 14
marzo fueron llamados los Comunes á la alta
ıara. Se leyó el título del bill trienal, y se anun-
según la antigua fórmula, que el Rey y la Reina
arían en consideración el asunto. Después, se
retó la clausura del Parlamento.

XXXI.

Arreglos ministeriales.

oco después de este suceso partió Guillermo para
'ontinente. Fuéle necesario antes de marchar ha-

Swift, *Anécdotas.*

r algunos cambios importantes. Estaba resuelto á separar de su servicio á Nottingham, en cuya integridad, virtud rara entre los hombres de Estado ingleses, ponía bien fundada confianza. Pero si Nottingham continuaba de secretario de Estado era posible que Russell siguiera al frente de la armada. te, pues, si bien con gran mortificación, hubo de eptar un empleo lucrativo en la Casa Real; y dos arinos muy afamados, Killegrew y Delaval, fueron stinados á la dirección del Almirantazgo, confiánles el mando de la escuadra de la Mancha (1) Es- s arreglos dieron mucho que murmurar á los whigs; rque Killegrew y Delaval eran conocidamente to- es, y aun muchos sospechaban que fueran jacobitas. ero otras promociones decretadas al mismo tiempo mostraron que el Rey deseaba mostrarse equitativo n las dos hostiles facciones. Desde hacía un año ottingham era el único secretario de Estado. Nom- áronle ahora un colega cuya compañía debe haberle do muy desagradable, Juan Trenchard. Pertene- a éste á la sección extrema del partido whig. Era de aunton y estaba animado de aquel espíritu que du- nte dos generaciones distinguió peculiarmente á quella ciudad. Había pertenecido al famoso club de Cinta Verde en los días de la quema de papas en gie y de los mayales protestantes; había sido activo iembro de varios Parlamentos borrascosos; había esentado el primer bill de exclusión; había tenido arte importante en los complóts formados por los fes de la oposición; había huído al Continente; du- nte largos años permaneciera en el destierro, y ha- a sido exceptuado nominalmente del perdón gene- l de 1685. Aunque su vida había sido un continuo

(1) *London Gazette*, marzo 27, 1693.

rbellino, era de natural pacífico; pero estaba íntima-
ente ligado con un grupo cuyas pasiones eran
ucho más exaltadas que las suyas. Había casado
n la hermana de Hugo Speke, uno de los libelistas
ás calumniadores y malvados que deshonraron la
usa de la libertad constitucional. Aaron Smith, el
licitor del Tesoro, hombre en quien se unían extra-
amente el fanático y el picapleitos, ejercía excesiva
fluencia sobre el nuevo Secretario con quien diez
ños antes había discutido planes de rebelión en la
stería de la Rosa. La causa por qué fué elegido Tren-
ard, con preferencia á muchas personas de más alto
ngo y mayor aptitud, para un puesto de la primera
gnidad de importancia, es cosa difícil de averiguar.
arece, sin embargo, que aunque tenía el título y
bbraba el sueldo de secretario de Estado, no se le
nfió ninguno de los más graves secretos del Estado,
endo poco más que un superintendente de policía
ncargado de perseguir á los impresores de libros no
ensurados, á los pastores de congregaciones de *non-*
rors, y á los parroquianos de las tabernas frecuen-
das por los traidores (1).

Otro whig, de carácter muy superior, fué llamado
mismo tiempo á desempeñar un puesto mucho
ás elevado en la administración. El gran sello es-
ba, desde hacía cuatro años, en comisión. Desde que
había retirado Maynard, la constitución del tribu-
al de la Chancillería había inspirado poco respeto.
revor, que era el primer comisario, no carecía de
lento ni de saber; pero con razón se desconfiaba de
u integridad, y sus ocupaciones como Speaker de la

(1) Burnet, II, 108, y la nota del Speaker Onslow; Sprat, *Rela-*
ión verdadera de la horrenda conspiración; Carta á Trenchard,
691.

ámara de los Comunes le imposibilitaban, durante uatro ó cinco meses en la temporada de más ocupaón de cada año, de cumplir sus deberes como juez el tribunal de equidad. Todos los litigantes se quejain de que las sentencias no llegaban nunca, y que uando al fin se dictaba sentencia, casi siempre era vocada en la apelación. Mientras tanto no había ngún buen ministro de justicia ni gran funcionario, iya misión especial fuera aconsejar al Rey en lo retivo al nombramiento de jueces, de abogados de la orona, y de justicias de paz (1). Sabíase que Guiermo conocía todos los inconvenientes de semejante tado de cosas; y desde hacía algunos meses corrían mores de que pronto se nombraría un lord Guarda ellos ó un lord Canciller (2). El nombre mencionado on más frecuencia era el de Nottingham. Pero las ismas razones que le habían impedido aceptar el ran sello en 1689, después de aquel año, habían coado más fuerza en vez de perderla. Al fin, Guillermo ó su elección en Somers.

Somers no tenía más que cuarenta y dos años, y in no habían trascurrido cinco desde que, en el ran día del proceso de los Obispos, había dado á cocer al mundo, por vez primera, sus grandes dotes. esde aquella fecha su fama había seguido creciendo pidamente. No tenía superior en elocuencia parlaentaria ni en elocuencia forense. Su consecuencia olítica le había granjeado la entera confianza de los higs; y su urbanidad y cortesía le habían conciliado de los toríes. No sin repugnancia consintió en separse de una asamblea sobre la cual ejercía inmensa

1) Burnet, II, 107.

2) Estos rumores son mencionados varias veces en el *Diario* *Narciso Luttrell*.

influencia por otra donde necesariamente habría de permanecer en silencio. Llevaba poco tiempo de trabajar en gran escala; sus ahorros eran escasos, y no teniendo los medios de sostener un título hereditario, si aceptaba la alta dignidad que se le ofrecía, tendría que presidir durante algunos años la Cámara de los Lores sin tomar parte en los debates. Otros, sin embargo, eran de opinión, que hubiera sido mucho más útil puesto al frente de la administración de justicia que á la cabeza del partido whig en la Cámara de los Comunes. Fué llamado á Kensington é introducido en la Cámara del Consejo, donde Caermarthen, en nombre del Rey, le dijo: «Sir Juan, es necesario para el servicio público que ocupéis este puesto; y tengo orden de S. M. de deciros que no puede admitir ninguna excusa.» Somers accedió. Le fue entregado el sello con un despacho que le daba derecho á una pensión de dos mil libras anuales desde el día en que abandonara su bufete; é inmediatamente juró el cargo de consejero privado y Lord Guardasellos (1).

XXXII.

Marcha el Rey á Holanda.—Parlamento de Escocia.

La *Gaceta* que anunciaba estos cambios en la administración, anunciaba también la partida del Rey. Salió para Holanda el 24 de marzo.

Dejó ordenes para que los Estados de Escocia, cerrados desde hacia más de dos años y medio, se reunieran nuevamente. Hamilton, que desde hacía mu-

(1) *London Gazette*, marzo 27, 1693; *Diario de Narciso Luttrell*.

os meses vivía retirado, desde la caída de Melville
habìa reconciliado con la Corte, consintiendo
tualmente en abandonar su retiro y ocupar el pala-
› de Holyrood como Lord Gran Comisario. Uno de
secretarios de Estado de Escocia tenía siempre
e estar al inmediato servicio del Rey, por lo cual el
ıster de Stair había marchado al Continente. Su
lega, Johnstone, era el principal agente de la Coro-
en Edimburgo, y estaba encargado de sostener
rrespondencia regular con Carstairs, que nunca se
paraba de Guillermo (1).

Esperábase, naturalmente, que la legislatura fuera
rrascosa. El Parlamento era el mismo que en 1689
bía aprobado por inmensa mayoría las resoluciones
ás violentas que Montgomery y su Club habían
dido imaginar; el mismo Parlamento que había
gado los subsidios, que había proscrito los minis-
os de la Corona, que había cerrado los tribunales
justicia y que parecía intentar convertir Escocia
una república oligárquica. En 1690 los Estados ha-
an mostrado mejores disposiciones. Aun entonces,
n embargo, cuando se trató de establecer la orga-
zación eclesiástica del reino, habían mostrado poca
ferencia á la que sabían muy bien que era la volun-
d del Rey. Habían abolido el patronato; habían san-
onado las persecuciones del clero episcopal; se ha-
an negado á aprobar un acta de tolerancia. Parecía
obable que siguieran mostrándose refractarios siem-
e que se trataran cuestiones referentes á la religión;
desgraciadamente, era necesario tratar de tales
iestiones. Durante la clausura de los Estados había
tentado Guillermo persuadir á la Asamblea general
la Iglesia de que recibiera en su comunión á los

1) Burnet II, 123; *Carstairs Papers*.

antiguos curas que suscribieran la Confesión de Fe y se sometieran al gobierno de los Sínodos. Pero esta tentativa había fracasado, siendo, en consecuencia, disuelta la Asamblea por el Lord Comisario. Desgraciadamente, la ley que establecía la organización presbiteriana no había definido la extensión del poder que debía ejercer el Soberano sobre los tribunales espirituales. Así, pues, tan luego como se anunció la disolución, el Moderador pidió licencia para hablar. Díjosele que no era entonces más que un particular; pidió como particular que se le oyera, y protestó, en nombres de sus hermanos, contra el mandamiento real. Dijo que el derecho de los funcionarios de la Iglesia para reunirse y deliberar acerca de sus intereses, se derivaba de su Divina Cabeza, y no dependía de la voluntad del magistrado temporal. Sus hermanos se levantaron, y con un murmullo de aprobación significaron estar conformes con lo que su presidente había dicho. Antes de retirarse fijaron el día de su próxima reunión (1). Cierto que aquel día estaba muy distante; y cuando llegó, no asistió ningún ministro ni ningún anciano, porque aun los más atrevidos temían una completa ruptura con el poder civil. Pero aunque no había guerra declarada entre la Iglesia y el Gobierno, se mantenían apartados, envidiosos de su respectiva autoridad y llenos de mutuos recelos. No se había dado ningún paso para llegar á una reconciliación cuando se reunieran los Estados, y era difícil averiguar el partido que éstos seguirían.

Pero la conducta de este extraño Parlamento, en

---

(1) *Registro de las Actas ó Acuerdos de la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, reunida en Edimburgo en* 15 *de enero de* 1692, *coleccionados y extractados de las Actas, por el secretario de la misma.* Esta obra interesante fué impresa por primera vez en 1852.

casi todas sus legislaturas, desmintió las predicciones de los políticos. Había sido antes la más rebelde de todas las asambleas. Ahora fué la más obsequiosa. Sin embargo, los mismos de antes habían vuelto á reunirse en su antiguo salón. Allí estaban todos los más turbulentos agitadores del Club, á excepción de Montgomery, que se moría de hambre y de disgusto en una guardilla, lejos de su tierra natal. Allí estaban el hipócrita Ross y el pérfido Annandale. Allí estaba sir Patricio Hume, últimamente creado Par y llamado desde entonces Lord Polwarth, pero todavía tan elocuente como cuando sus interminables declamaciones y disertaciones habían causado la ruina de la expedición de Argyle. Pero se había operado un cambio en el espíritu general de la Asamblea. Todos escucharon con profundo respeto la lectura de la carta real, contestándola en lenguaje afectuoso y reverente. Concedióse á la Corona una ayuda extraordinaria de ciento catorce mil libras esterlinas. Se dictaron algunas leyes contra los jacobitas. La legislación, en materias eclesiásticas, fué tan cristiana como el mismo Guillermo hubiera podido desear. Aprobóse una ley obligando á todos los ministros de la Iglesia establecida á jurar fidelidad á SS. MM., y ordenando á la Asamblea general que recibiera en su comunión á los ministros episcopales, no separados todavía, que declarasen aceptar la doctrina y disciplina presbiterianas (1). Y todavía llevaron los Estados su adulación hasta pedir humildemente al Rey que se dignara conferir el título de Par de Escocia á su favorito Portland. Y ésta fué en realidad su petición principal. No pidieron la reparación de un solo abuso. Contentáronse con indicar, en términos ge-

(1) Act. Parl. Scot, junio 12, 1693.

nerales, que había abusos que demandaban corrección, remitiendo al Rey, para más detalles, á sus ministros, el Lord Gran Comisario y el Secretario de Estado (1).

Hay un punto sobre el cual parecerá extraño que aun el más servil de los parlamentos escoceses haya podido guardar silencio. Más de un año había trascurrido desde la matanza de Glencoe, y era de esperar que toda la Asamblea, Pares, comisarios de los condados, comisarios de los burgos hubieran pedido á una voz que se abriera estrecha información acerca de aquel gran crimen. Sin embargo, es lo cierto que no se hizo moción alguna en este sentido. Tratóse, en efecto, de los clanes gaélicos. Se aprobó una ley para acabar más eficazmente con los robos y atropellos al otro lado de la frontera de las tierras altas; y esta ley contenía una cláusula especial reservando á Mac Callum More su jurisdicción hereditaria. Mas no resulta ni de las actas públicas de los acuerdos de los Estados, ni de las cartas particulares en que Johnstone daba cuenta regularmente á Carstairs de lo que ocurría, que ningún orador hiciera alusión alguna al triste suceso de Mac Ian y de sus deudos (2). La

(1) Act. Parl. Scot., junio 15, 1693

(2) El editor de los *Carstairs Papers* tenía evidentemente gran deseo, por cualquier motivo, de disfrazar esta verdad ciertísima y evidente. Para esto puso al frente de algunas de las cartas de Johnstone títulos que tal vez puedan engañar á lectores poco atentos. Por ejemplo, Johnstone, en 18 de abril, antes que se supiera que la legislatura trascurriría en calma, escribía á Carstairs: «Se han empleado y se emplearán todos los medios para que haya tormenta.» El editor expresa el contenido de esta carta como sigue: «Medios empleados para embrollar lo referente á la matanza de Glencoe.» Más adelante Johnstone, en una carta escrita algunas semanas después, se quejaba de que la liberalidad y mansedumbre de los Estados no se hubieran apreciado debidamente. «Nada se hace — dice — por complacer al Parlamento;

única explicación de tan extraordinario silencio parece ser que los hombres públicos que estaban reunidos en la capital de Escocia, apenas tenían conocimiento ni se cuidaban de la suerte de una tribu de bandidos celtas. El perseguido clan, vencido por el temor de los omnipotentes Campbells y poco acostumbrado á acudir á las autoridades constituídas del reino en demanda de protección ó de justicia, no presentó petición alguna á los Estados. La historia de la matanza había sido referida en los cafés, pero se había referido de muchas maneras. Muy recientemente habían salido de las prensas secretas de Londres uno ó dos libros donde se relataban los hechos con gran verdad. Pero aquellos libros no se vendían públicamente. No llevaban el nombre de ningún autor responsable. Los escritores jacobitas eran, en general, de una maldad extremada y completamente indiferentes á la verdad. Ya que los Macdonalds no se quejaban, todo hombre prudente, como era natural, no hubiera querido incurrir en el desagrado del Rey ó de los Ministros y de la familia más poderosa de Escocia, lanzando una acusación, sin otro fundamento que los rumores que corrían de boca en boca, ó libelos que ningún censor había aprobado, que ningún autor había suscrito con su nombre y que ningún librero se atrevía á poner en su aparador. Pero sea ésta ó no la verdadera explicación, es lo cierto que los Estados se separaron tranquilamente, después de una legislatura de dos meses durante la cual, al menos que sepamos, el nombre de Glencoe no fué pronunciado una sola vez en el palacio del Parlamento.

---

quiero decir que ellos aguardaban una satisfacción.» El editor refiere el contenido de esta carta, diciendo: «Quéjase de que no se dé gusto al Parlamento, permitiéndole abrir información acerca de la matanza de Glencoe.»

CAPÍTULO DÉCIMO.

1693-1694.

I.

La corte de Saint-Germain.

Tiempo es ahora de relatar los acontecimientos que, desde la batalla de La Hogue, habían ocurrido en Saint-Germain.

Después de haber visto quemar completamente la escuadra que debía haberle trasportado á su reino, había regresado Jacobo de muy mal talante á su residencia en las inmediaciones de París. Generalmente la desgracia le hacía devoto á su manera; y así ahora se entregó á tales ayunos y flagelaciones que sus mismos guías espirituales se vieron precisados á moderar su celo (1).

No es fácil concebir lugar más triste que Saint-Germain mientras Jacobo tuvo allí su corte; y, sin embargo, apenas se encontraría en toda Europa residencia más envidiablemente situada que la que el generoso Luis XIV había asignado á sus suplicantes huéspe-

(1) *Vida de Jacobo*, II, 491.

des. Los bosques eran magníficos, el aire puro y saludable, las vistas dilatadas y alegres. No faltaba ninguna de aquellas cosas que hacen el encanto de la vida del campo, y en lontananza se descubrían las torres de la más soberbia ciudad del Continente. Adornaban las regias cámaras ricos tapices y muebles, vasos de plata y espejos de dorado marco. El Tesoro francés pagaba anualmente á Jacobo una pensión de más de cuarenta mil libras esterlinas. Tenía una guardia de honor compuesta de algunos de los mejores soldados de Europa Si quería entretenerse en la caza, á su disposición había un establecimiento mucho más suntuoso que el que le había pertenecido cuando había estado á la cabeza de un gran reino; un ejército de monteros y cazadores; un vasto arsenal de escopetas, venablos, tiendas y trompas de caza; millas enteras de red, perros para la caza del ciervo, perros para el zorro, lebreles, jaurías para el jabalí y jaurías para el lobo, gerifaltes para la garza y halcones para el pato silvestre. Su cámara de audiencia y su antecámara presentaban la misma muestra exterior de esplendidez que cuando se hallaba en Whitehall. Veíase como antes rodeado de cintas azules y varas blancas. Pero sobre el palacio y las posesiones se cernía constantemente una nube de tristeza, producida en parte por amargos pesares y defraudadas esperanzas, mas principalmente efecto de la abyecta superstición que se había apoderado por completo del espíritu de Jacobo, y que afectaban casi todos los que aspiraban á su favor. Su palacio tenía el aspecto de un monasterio. Dentro del espacioso edificio había tres lugares destinados al culto. Treinta ó cuarenta eclesiásticos estaban alojados en el palacio, y sus habitaciones eran contempladas con envidia por nobles y caballeros que habían seguido la fortuna de su So-

berano y á los cuales no parecía bien, habiendo tanto lugar en su palacio, verse precisados á dormir en las guardillas de la ciudad vecina. Entre los que murmuraban estaba el brillante Antonio Hamilton. Nos ha dejado un bosquejo de la vida de Saint-Germain, bosquejo ligero en verdad, pero que no por eso desmerece del artista á quien debemos la más viva y acabada pintura de la corte de Inglaterra en los días más alegres de aquella corte. Quéjase de que la existencia esté reducida á una sucesión de ejercicios religiosos; que para vivir en paz haya de pasar la mitad del día en devoción ó en la muestra exterior de devoción; que si trata de disipar su melancolía respirando el aire puro de aquella hermosa terraza que domina el valle del Sena se vea arrojado de allí por las voces de un jesuita que ha hecho presa en algunos infortunados protestantes emigrados de Inglaterra, y trata de probarles que los herejes no pueden entrar en el cielo. En general, dice Hamilton, entre los que sufren víctimas de una común desgracia existe un fuerte sentimiento de simpatía, y están dispuestos á prestarse mutuos servicios. Pero no era así en Saint-Germain. Allí todo era envidia, discordia y mala voluntad. Ocultábase la malicia bajo la capa de la amistad y de la religión. Todos los santos de la casa Real se pasaban el día, desde la mañana á la noche, rezando unos por otros y murmurando unos de otros. Entre la multitud de hipócritas, no faltaba alguno que otro demasiado altivo para disimular. Pero quien tal hiciera, por muy brillantes que hubieran sido los servicios prestados por él fuera de allí, no debía esperar más que desdén por parte de los huéspedes de aquella triste morada (1).

Tal era la corte de Jacobo, según la descripción de

(1) Hamilton, *Zeneyde*.

un católico. Mas por muy desagradable que para un católico pueda haber sido aquella corte, éralo infinitamente más para un protestante. Porque el protestante tenía que sufrir, además de todas las molestias de que se quejaba el católico, una multitud de vejaciones de que el católico estaba exento. En todas las competencias entre un protestante y un católico, el católico era el preferido. En todas las disputas entre un protestante y un católico, se suponía que el católico tenía razón. Si el protestante ambicioso esperaba en vano los honores, y si el protestante aficionado á los placeres buscaba en vano diversión, el protestante grave buscaba en vano instrucción y consuelos espirituales. Jacobo podía, sin duda, fácilmente, haber obtenido licencia para que aquellos hijos de la Iglesia anglicana que habían sacrificado todo por él, pudieran reunirse privadamente en algún modesto oratorio, y recibir el pan y el vino eucarísticos de manos de uno de sus eclesiásticos; pero él no quiso que su residencia fuera manchada por tan impíos ritos. El doctor Dionisio Granville, que había abandonado el más rico deanato, el más rico arcedianato, uno de los más ricos beneficios de Inglaterra, por no prestar los juramentos, se hizo reo de mortal ofensa pidiendo permiso para leer las oraciones á los desterrados que fueran de su comunión. Fuéle negada su solicitud, siendo tan groseramente insultado por los capellanes y cortesanos de su amo, que se vió en la precisión de salir de Saint-Germain. Para que ningún otro doctor anglicano volviera á importunarle con igual solicitud, escribió Jacobo á sus agentes de Inglaterra que no quería que ningún teólogo protestante viniera á visitarle (1). Cierto que el

(1) *Ojeada sobre la corte de Saint-Germain desde* 1690 *hasta*

clero no juramentado era, por lo menos, tan ridiculizado y tan burlado en su palacio como en el de su yerno. Si alguien tenía derecho á ser mencionado con respeto en Saint-Germain, era seguramente Sancroft. Y, sin embargo, se decía que los fanáticos que se reunían allí, nunca hablaban de él sino con aversión y disgusto. El sacrificio del primer puesto de la Iglesia, del primer puesto de la nobleza, del palacio de Lambeth y del palacio de Croydon, de inmenso patronato y de una renta de más de cinco mil libras anuales parecía pobre compensación por el gran crimen de haber representado modestamente contra la anticonstitucional *Declaración de Indulgencia*. Sancroft fué declarado traidor y penitente como Judas Iscariote. Decíase que el viejo hipócrita, al mismo tiempo que fingía reverencia y amor por su amo, había dado la señal fatal á sus enemigos. Cuando el daño estaba hecho y no había medio de repararlo, la conciencia del pecador había comenzado á torturarle. Él, á semejanza de su prototipo, se había acusado á sí mismo y se había lamentado. Él, como su prototipo, había arrojado sus riquezas á los pies de aquellos á quienes había servido de instrumento. Lo mejor que podía hacer ahora era completar el paralelo, ahorcándose como el otro (1).

Jacobo debe haber creído que la mayor prueba de bondad que podía dar á los herejes que por su causa

---

1695-96; *Ratio Ultima*, 1697. En los *Nairne Papers* hay una carta en la cual se ordena á los obispos no juramentados que envíen un teólogo protestante á Saint Germain. Esta carta fué inmediatamente seguida de otra en que se revocaba la orden. Una y otra se hallarán en la *Colección* de Macpherson. Ambas llevan la fecha del 16 de octubre de 1693. Supongo que la primera carta fué fechada según el nuevo estilo, y la carta de revocación según el antiguo.

(1) *Ratio Ultima*, 1697; *Historia del último Parlamento*, 1699.

habían renunciado á la riqueza, á la patria, á la familia, era dejar que en sus lechos de muerte fueran asediados por sus sacerdotes. Si algún enfermo, sin fuerzas físicas ni intelectuales, y ensordecido por los argumentos de una mala lógica y mala retórica, dejaba que le introdujesen una hostia en la boca, se anunciaba triunfalmente en la corte una gran obra de gracia, y el neófito era sepultado con toda la pompa de la religión. Pero si un realista del más alto rango y del más intachable carácter moría profesando firme adhesión á la Iglesia anglicana, se cavaba una fosa en medio del campo, y á favor de las sombras de la noche era arrojado en ella y cubierto como un montón de podredumbre. Tales fueron las exequias del Conde de Dunfermline, que había servido á la casa de Estuardo con riesgo de su vida y total ruina de su fortuna, que había peleado en Killiecrankie, y que después de la victoria había levantado del suelo los restos aun animados de Dundee. Mientras vivió había sido tratado con menosprecio. Los oficiales escoceses que habían servido largo tiempo á sus órdenes habían suplicado inútilmente, al ser reunidos en un cuerpo, que fuera designado para mandarlos. Su religión había pesado siempre sobre él como una inhabilitación fatal. Un insignificante aventurero, cuya única recomendación era ser papista, fué preferido al Conde. Dunfermline continuó durante breve tiempo presentándose en el círculo que rodeaba al Príncipe á quien tan lealmente había servido, pero de nada le valió. Los fanáticos que dominaban en la corte rehusaron al protestante Lord, arruinado y expatriado, los medios de subsistencia: murió de disgusto, y hasta la sepultura le negaron (1).

(1) *Ojeada sobre la corte de Saint-Germain desde* 1690 *hasta*

II.

Actitud de los jacobitas.—Los "Componedores,,.

Los insultos hechos diariamente en Saint-Germain á la religión protestante causaron honda impresión en Inglaterra. Los whigs preguntaban triunfalmente si no se veía con toda evidencia que el viejo tirano era de todo punto incorregible; y muchos, aun entre los *nonjurors*, observaban sus actos con rubor, disgusto é inquietud (1). El partido jacobita se había dividido desde el principio en dos secciones que, tres ó cuatro años después de la Revolución, comenzaron á ser conocidas con los nombres de *componedores* y *no componedores*. Los *componedores* eran los que querían la restauración, pero acompañada de una amnistía general y de garantías para la seguridad de la constitución civil y eclesiástica del reino. Los *no componedores* consideraban como whigs declarados y en abierta rebelión á los que pretendían sacar partido de la situación desgraciada de S. M. para imponerle condiciones. El deber evidente de sus súbditos era restablecerlo en el trono. El determinar á qué traidores castigaría y á cuáles debía perdonar, qué leyes estaba dispuesto á observar y de qué leyes se le había de eximir, eran cuestiones cuya decisión á él solo competía. Si las decidía erróneamente, de su falta debía responder al cielo y no á su pueblo.

1695. Que Dunfermline fué groseramente afrentado, aparece con claridad hasta en las *Memorias de Dundee*, 1714.

(1) Ya en el año de 1690 aquel cónclave de jefes jacobitas que

III.

Los "No componedores".

La gran mayoría de los jacobitas ingleses eran más ó menos *componedores*. Los *no componedores* puros se encontraban principalmente entre los católicos, que, como era natural, no mostraban gran empeño en obtener seguridad alguna para una religión que consideraban herética, ó para una política de cuyos beneficios estaban excluídos Había también algunos protestantes *nonjurors*, como Kettlewell é Hickes, que resueltamente seguían la teoría de Filmer hasta todas las consecuencias extremas á que conducía. Pero aunque Kettlewell trataba de convencer á sus compatriotas de que el gobierno monárquico había sido ordenado por Dios, no para hacer su felicidad aquí en la tierra, sino como una cruz que debían levantar y soportar en la esperanza de ser recompensados por sus sufrimientos en la otra vida; y aunque Hickes les aseguraba que no había un solo *componedor* en toda la legión tebana, muy pocos anglicanos se inclinaban á correr el riesgo de ser ahorcados, por el solo pro-

daba instrucciones á Preston había hecho una enérgica representación á Jacobo sobre este punto. «Debe desterrar el fanatismo de Saint-Germain, y disponer a los que le rodean á pensar en aquellos métodos que son más á propósito para ganar la voluntad de la nación Porque no pasa día sin que se haga allí alguna tontería que llega aquí á nuestra noticia, lo cual dilata la realización de lo que tan apasionadamente desean.» Véase también la *Relación verdadera de las intrigas hechas dentro y fuera del reino para restaurar al ex rey Jacobo*, 1691.

pósito de restablecer la Comisión Eclesiástica y la prerrogativa de dispensa.

Los *componedores* formaban la fuerza principal del partido jacobita en Inglaterra; pero los *no componedores* habían tenido hasta aquí entero dominio en Saint-Germain. Ningún protestante, ningún católico moderado, nadie que se atreviese á indicar que la regia prerrogativa debía estar limitada por alguna ley, podía esperar la más pequeña muestra de favor por parte del Rey desterrado. Los sacerdotes y el apóstata Melfort, el enemigo declarado de la religión protestante y de la libertad civil, de los Parlamentos, del jurado y de la ley de *Habeas Corpus*, estaban en posesión exclusiva de la atención del Rey. Herbert era llamado Canciller, tenía precedencia sobre los demás funcionarios del Estado, vestía negra túnica bordada de oro, y llevaba uno de los sellos; pero era miembro de la Iglesia anglicana, y, por tanto, no se le permitía formar parte del Consejo (1).

Lo cierto es que los defectos intelectuales y morales de Jacobo eran incorregibles. A sus ojos, no podía haber entre él y sus súbditos reciprocidad de deberes. Estaban ellos obligados á arriesgar la hacienda, la libertad, la vida para restablecerle en el trono, y una vez hecho esto, á sufrir pacientemente todo lo que él quisiera imponerles. No podían alegar más meritos

(1) *Ojeada sobre la corte de Saint-Germain*. La relación contenida en esta reseña está confirmada por un notable documento, que se encuentra entre los manuscritos de Nairne. Algunos de los jefes del partido jacobita en Inglaterra hicieron á Jacobo una representación, uno de cuyos artículos es como sigue: «Suplican á V. M. que se sirva admitir en su Consejo al Canciller de Inglaterra. Los enemigos de V. M. se aprovechan de que no forme parte de él.» Jacobo responde con una evasiva. «El Rey está dispuesto á manifestar en todas ocasiones el justo aprecio y estimacion en que tiene á su Lord Canciller.»

ante él que ante Dios. Cuando habían hecho todo lo que era posible hacer, eran todavía malos servidores. El mayor elogio á que podía aspirar el realista que derramaba su sangre en el campo de batalla ó en el cadalso por la monarquía hereditaria, era sencillamente á que dijeran que no era traidor. Después de toda la severa disciplina que había sufrido el Rey depuesto, mostraba todavía la misma inclinación á despojar y rebajar la Iglesia de Inglaterra que el día que arrojó á los arrodillados profesores de Magdalene College de su presencia, ó el día que envió los obispos á la Torre. Solía declarar que antes moriría sin volver á ver Inglaterra que rebajarse á capitular con los que debían obedecer sus ordenes (1). En la Declaración de abril de 1692 aparece el hombre todo entero sin disfraz, lleno de sus imaginarios derechos, incapaz de comprender que los demás pudieran tener derecho alguno; torpe, obstinado y cruel. Otro documento que redactó por aquel mismo tiempo, demuestra con más claridad, si es posible, cuán poco había aprovechado las lecciones de una dura experiencia. En este documento desarrolla el plan que pensaba seguir en el gobierno una vez restablecido en el trono. Establece como regla que un comisario del Tesoro, uno de los dos secretarios de Estado, el secretario de Guerra, la mayoría de los altos empleados de la casa Real, la mayoría de los gentileshombres de Cámara, la mayoría de los oficiales del ejército sean siempre católicos (2).

De nada servía que los más eminentes *componedores* enviasen de Londres carta sobre carta llenas

(1) *Relación breve y verdadera de las intri as,* 1694.

(2) Veaše el papel encabezado: «Para mi hijo el Principe de Gales, 1692.» Está impreso al final de la *Vida de Jacobo.*

de juiciosos consejos y vehementes súplicas. De nada servía que demostrasen de la manera más concluyente la imposibilidad de establecer el ascendiente católico en un país donde, por lo menos, las cuarenta y nueve quincuagésimos partes de la población y mucho más de las cuarenta y nueve quincuagésimas partes de la riqueza y de la inteligencia eran protestantes. De nada servía que informaran á su amo de que la Declaración de abril de 1692 había sido leída con gran regocijo por sus enemigos y con profunda aflicción por sus amigos; que los usurpadores la habían hecho imprimir y circular; que había contribuído, más que todos los libelos de los whigs, á inflamar la nación en contra suya, y que había proporcionado á los oficiales de la armada que le habían prometido su apoyo, un pretexto plausible para faltar á sus promesas y destruir la escuadra que debía haberle devuelto á su reino. Jacobo permaneció sordo á las representaciones de sus mejores amigos de Inglaterra, hasta que aquellas representaciones comenzaron á encontrar eco en Versalles. Todas las noticias que Luis XIV y sus ministros pudieron obtener respecto al estado de nuestra isla, les convencieron de que Jacobo no volvería á sentarse nunca en el trono como no se resolviese á hacer grandes concesiones á sus súbditos. Se le intimó, pues, de una manera benigna y cortés, pero formal y seria, la conveniencia de que mudara de opinión y de consejeros. Francia no podía continuar la guerra para imponer por la fuerza un soberano á una nación refractaria. Francia estaba abrumada bajo el peso de las cargas públicas. Su comercio y su industria languidecían. Habíase perdido la cosecha y no se había podido coger el vino. Los campesinos se morían de hambre Comenzaban á oirse los débiles murmullos de los Estados provinciales. El

número de sacrificios que el Príncipe más absoluto podía exigir de aquellos á quienes gobernaba tenía su límite. Por muy grande que fuera el deseo del Rey Cristianísimo de sostener la causa de la monarquía hereditaria y de la religión pura en todo el mundo, su primer deber era atender á su propio reino; y á menos que se hiciera prontamente una contrarrevolución en Inglaterra, su deber, para con su reino, podría imponerle la penosa necesidad de tratar con el Príncipe de Orange. Sería, pues, conveniente, que hiciera Jacobo, sin dilación, cuanto decorosamente y sin faltar á su conciencia pudiera hacer para ganar de nuevo los corazones de sus súbditos.

IV.

Cambio de ministerio en Saint-Germain.—Middleton.

Así hostigado Jacobo, aunque contra su voluntad, hubo de ceder. Consintió en dar participación en el manejo de sus negocios á uno de los más distinguidos *componedores*, Carlos, Conde de Middleton.

Middleton era de familia escocesa, y de Escocia era también su título. Pero estaba íntimamente relacionado con algunas de las más nobles casas de Inglaterra, donde había residido largo tiempo. Carlos II le había nombrado uno de los secretarios de Estado ingleses, y Jacobo le había confiado el manejo de la Cámara inglesa de los Comunes. Su talento y saber eran considerables; su condición amable y generosa; sus maneras le habían hecho popular, y su conducta había sido, en general, consecuente y honrada. En la época del ascendiente católico se había negado resueltamente á comprar el favor real con la

apostasía. Habían enviado sacerdotes católicos á convertirle, y había sido diversión de toda la ciudad la hábil manera que tuvo el lego de burlar á los teólogos. Un sacerdote se propuso demostrar la doctrina de la transustanciación, é hizo los preparativos de ataque en la forma usual. «Vuestra Señoría cree en la Trinidad.—¿Quién os dijo tal cosa? repuso Middleton.—¡No creéis en la Trinidad! exclamó el sacerdote con sorpresa.—No es eso, dijo Middleton; demostrad que vuestra religión es verdadera si podéis; pero no vengáis á catequizarme en la mía.» Como el Secretario no era disputante á quien fácilmente se pudiera coger desprevenido, la controversia terminaba apenas comenzada (1). Cuando cambió la fortuna, Middleton abrazó la causa de la monarquía hereditaria con una firmeza que era tanto más respetable, en atención á que no le hubiera sido difícil pactar con el nuevo gobierno. Sus opiniones eran tan conocidas, que cuando agitaban al reino los temores de una invasión y un levantamiento, fué arrestado y enviado á la Torre; pero no pudo encontrarse testimonio suficiente para declararle convicto de traición, y una vez pasada la peligrosa crisis, fué puesto en libertad. Bien es verdad que durante los tres años que siguieron á la Revolución no figuró entre los conspiradores activos. Vió que la restauración sólo podría hacerse con el asentimiento general de la nación, y que la nación no daría nunca su asentimiento si no tenía seguridades contra el papismo y el poder arbitrario. Era, pues, de opinión, que mientras su desterrado amo se negase obstinadamente á dar tales seguridades, lo peor que podría hacer sería conspirar contra el gobierno existente.

(1) *Burnet*, I, 683.

Tal era el hombre á quien Jacobo, á consecuencia de enérgicas representaciones de Versalles, invitó ahora á que se reuniera con él en Francia. El gran cuerpo de los *componedores* supo con entusiasmo que al fin iban á estar representados en el Consejo de Saint-Germain por uno de sus caudillos favoritos. Algunos nobles y caballeros que, si bien no habían aprobado la destitución de Jacobo, habían visto con tanto disgusto su perversa y absurda conducta que durante largo tiempo habían evitado todo trato con él, comenzaron ahora á alimentar la esperanza de que al fin hubiera advertido su error. Habíanse negado á tener relación alguna con Melfort; pero con Middleton se comunicaban libremente. El nuevo Ministro conferenció también con los cuatro traidores cuya infamia se ha hecho preeminentemente notoria por su rango, su talento y sus grandes servicios públicos: con Godolphin, cuya vida tenía por principal objeto estar en favor á un tiempo con los dos Reyes rivales, y conservar, á través de todas las revoluciones y contrarrevoluciones, su cabeza, su hacienda y un puesto en la Dirección del Tesoro; con Shrewsbury, que habiéndose dejado arrastrar una vez, en un momento fatal, á criminales y deshonrosos compromisos, no había tenido resolución bastante para romper con ellos; con Marlborough, que continuaba profesando el más profundo arrepentimiento por el pasado y las mejores intenciones para lo futuro; y con Russell, que declaró que continuaba siendo lo mismo que antes del combate de La Hogue, y renovó su promesa de imitar la conducta de Monk, á condición de que se concediera perdón general por todos los delitos políticos, y que el poder real se sujetara á ciertas trabas constitucionales.

Antes de salir Middleton de Inglaterra había oído la

opinión de los más importantes *componedores*. Creían éstos que había un medio de reconciliar las facciones contendientes en el interior y de obtener la pronta pacificación de Europa. Consistía este expediente en que Jacobo renunciase la corona en favor del Príncipe de Gales, y que el Príncipe de Gales fuera educado en la religión protestante. Si, como era muy probable, se negaba S. M. á prestar oídos á esta sugestión, debía al menos consentir en publicar una declaración con el objeto de destruir el desfavorable efecto producido por su declaración de la primavera precedente. Redactóse con gran cuidado un documento por el estilo del que se creía conveniente que publicase Jacobo, siendo aprobado después de larga discusión.

A principios de 1693, Middleton, bien impuesto en las ideas de los principales jacobitas ingleses, pudo cruzar el Canal de la Mancha, presentándose en la corte de Jacobo. No faltaban en aquella corte calumniadores y socarrones cuya malicia era más peligrosa por el aire suave y santurrón de que se revestía Middleton encontró á su llegada que ya circulaban numerosas mentiras fabricadas por los sacerdotes, de quienes era temido y aborrecido. También algunos *no componedores* habían escrito desde Londres diciendo que Middleton era, en el fondo, presbiteriano y republicano. Encontró, sin embargo, muy grata acogida, y fué nombrado secretario de Estado juntamente con Melfort (1).

(1) Para este cambio de ministerio en Saint-Germain, véase la curiosísima, aunque muy confusa, narración que hace la *Vida de Jacobo*, II, 498 y 515; *Burnet*, II, 219; *Mémoires de Saint-Simon*; *La conquista francesa no es deseable ni practicable*, 1693, y las cartas de los manuscritos Nairne, publicadas por Macpherson.

V.

Nueva Declaración publicada por Jacobo.

Pronto se vió que Jacobo estaba plenamente decidido á no renunciar nunca la corona, ni á permitir que el Príncipe de Gales fuera educado en la herejía, y por largo tiempo pareció dudoso que hubiera argumentos ó súplicas capaces de inducirle á firmar la declaración que sus amigos de Inglaterra habían preparado. Era, en verdad, un documento muy diferente de todos los que hasta entonces habían aparecido con su gran sello. Haciásele prometer que concedería libre perdón á todos sus súbditos que no le hicieran resistencia después que desembarcara en la isla; que tan pronto volviera á ocupar el trono convocaría el Parlamento; que confirmaría todas aquellas leyes aprobadas en tiempo del usurpador, y cuya confirmación le pidieran las Cámaras; que renunciaría al impuesto del hogar; que protegería y defendería la Iglesia establecida en el goce de todas sus posesiones y privilegios; que no volvería á violar la ley del Test; que dejaría á las Cámaras el cuidado de definir la extensión de su prerrogativa de dispensa, y que mantendría el acta de colonización en Irlanda.

La lucha fué larga y obstinada. Alegaba Jacobo sus deberes religiosos. ¿Podía un hijo de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana obligarse á proteger y defender la herejía, y hacer cumplir una ley que excluía de los empleos á los verdaderos creyentes? Algunos de los eclesiásticos que tanto abundaban en su servidumbre dijéronle que, sin incurrir en pecado,

no podía comprometerse á lo que sus irreverentes súbditos pedían. En este punto la opinión de Middleton, que era protestante, carecía de todo valor. Pero Middleton encontró un aliado donde creía encontrar un enemigo y un rival. Melfort, intimidado por el odio universal de que sabía que era objeto, y temeroso de que le hicieran responsable, tanto en Inglaterra como en Francia, de la torpe obstinación de su amo, sometió el caso á algunos eminentes doctores de la Sorbona. Estos sabios casuistas declararon que, desde el punto de vista religioso, nada se podía objetar contra la Declaración. El gran Bossuet, obispo de Meaux, que era mirado por la Iglesia galicana como padre de autoridad apenas inferior á la de San Cipriano ó San Agustín, demostró con poderosos argumentos teológicos y políticos que el escrúpulo que atormentaba á Jacobo era, precisamente, de aquellos contra los cuales había tratado de prevenir un rey mucho más prudente con las palabras: «No pretendas ser justo en demasía» (1). La autoridad de los teólogos franceses estaba sostenida por la autoridad del Gobierno francés. El lenguaje empleado por la corte de Versalles era tan enérgico, que Jacobo empezó á alarmarse. ¿Qué hacer, si Luis XIV se llegaba á ofender seriamente, si imaginaba que su hospitalidad era pagada con ingratitud, y hacía paces con los usurpadores y

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 509. La opinión de Bossuet se hallará en el Apéndice á la *Historia* de M. Mazure. He aquí cómo resume el Obispo sus argumentos: «Je dirai donc volontiers aux catholiques, s'il y en a qui n'approuvent point la declaration dont il s'agit: Noli esse justus multum; neque plus sapias quam necesse est, ne obstupescas.» En la *Vida de Jacobo* se asegura que los doctores franceses mudaron de opinión, y que Bossuet, aunque resistió más tiempo que los demás, vió al fin que había incurrido en error, pero no se retractó formalmente. Tengo yo muy alta idea del entendimiento de Bossuet para creer esto.

requería á sus infortunados huéspedes que buscasen otro asilo? Fué necesario someterse. El 17 de abril de 1693 la Declaración fué firmada y sellada. La cláusula final era una plegaria. «Venimos á vindicar nuestro derecho y á establecer las libertades de nuestro pueblo; y así Dios nos conceda el triunfo en la realización de lo primero, como sinceramente intentamos la confirmación de lo segundo» (1). La oración fué escuchada. El éxito de Jacobo fué estrictamente proporcionado á su sinceridad. Cuál fuera ésta, lo sabemos por los mejores testimonios. Apenas había acabado de invocar al cielo para que fuera testigo de la verdad de sus protestas, mandó á Melfort que enviase á Roma una copia de la Declaración con explicaciones que pudieran satisfacer al Papa. La carta de Melfort termina así: «Después de todo, el objeto de esta Declaración es únicamente volver á entrar en Inglaterra. Con mucha más ventaja podremos presentar batalla á los católicos en Whitehall que en Saint-Germain» (2).

Por este tiempo el documento de que tanto se esperaba había sido despachado para Londres. Allí fué impreso en una imprenta secreta en casa de un cuákero; pues había entre los cuákeros un partido, poco numeroso, pero celoso y activo, que recibía las inspiraciones políticas de Guillermo Penn (3). El hacer circular semejante impreso era un servicio que pre-

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 505.

(2) «En fin celle cy—j'entends la déclaration—n'est que pour rentrer; et l'on peut beaucoup mieux disputer des affaires des catholiques á Whythall qu'a Saint-Germain.»—Mazure, Apéndice.

(3) Baden á los Estados Generales, junio 2 (12), 1693. En esta casa se encontraron cuatro mil ejemplares todavía húmedos de la imprenta.

sentaba algún peligro, pero tampoco faltaron agentes. Algunos fueron reducidos á prisión en el momento de estar distribuyendo ejemplares en las calles de la City. Un centenar de paquetes fueron detenidos el mismo día en el correo, de donde iban á salir para la escuadra. Pero después de breve tiempo, el Gobierno discretamente renunció á tratar de suprimir lo que no podía suprimirse, y publicó la Declaración íntegra acompañada de un severo comentario (1).

VI.

Efecto de la nueva Declaración.

El comentario, sin embargo, no era casi necesario. La Declaración fué un fracaso completo en cuanto á producir el efecto que Middleton había indicado. Lo cierto es que no le pidieron consejo sino cuando de nada podía servir el consejo que diera. Si Jacobo hubiera publicado semejante manifiesto en enero de 1689, el trono probablemente no hubiera sido declarado vacante. Si hubiera publicado semejante manifiesto cuando estaba en la costa de Normandía á la cabeza de un ejército, habría conciliado una gran parte de la nación, y tal vez se le habría unido una gran parte de la escuadra. Pero tanto en 1689 como en 1692 había empleado el lenguaje de un tirano implacable; y era ya demasiado tarde para fingir blandura de corazón y reverencia por la Constitución del

(1) Cartas de Baden á los Estados Generales, de mayo y Junio de 1693; *Respuesta á la Declaración del ex rey Jacobo, publicada en Saint-Germain*, 1693.

reino. El contraste entre la nueva Declaración y la Declaracion precedente excitó, no sin motivo, general sospecha y desprecio. ¿Qué confianza se había de poner en la palabra de un Príncipe tan mudable, de un Príncipe que iba de uno á otro extremo? En 1692 nada le satisfacía como no fuesen las cabezas y los descuartizados cadáveres de centenares de pobres labriegos y marineros que algunos años antes se habían tomado con él algunas rudas libertades que á su abuelo Enrique IV hubieran arrancado una sonora carcajada. En 1693, las traiciones más viles y repugnantes debían quedar sepultadas en el olvido. Caermarthen expresó el sentimiento general cuando dijo: «No entiendo esto. En abril del año pasado me condenaban á la horca. En abril de este año me dan completo perdón. No sé que puedo haber hecho durante el año que merezca tal bondad.» La opinión general era que bajo esta inusitada clemencia y este inusitado respeto á la ley se ocultaba una asechanza. La Declaración, se decía, era excelente; como también lo era el juramento de la coronación. Todos sabían cómo había cumplido el rey Jacobo el juramento de su coronación, y todos podían adivinar cómo cumpliría su Declaración. Mientras así razonaban los hombres graves, los satíricos del partido whig no hacían aguardar sus pasquines. Algunos de los *no componedores*, al mismo tiempo, manifestaban por lo bajo su indignación. El Rey estaba en malas manos, en manos de hombres que aborrecían la monarquía. Su clemencia era el peor género de crueldad. El perdón general que había concedido á sus enemigos era, en rigor, una proscripción general de sus amigos. Hasta aquí los jueces nombrados por el usurpador habían estado sujetos á una restricción, restricción imperfecta, es cierto, pero no del todo inútil. Sabían que

podía venir un día en que fueran llamados á rendir cuentas, y gracias á esta reflexión, se habían mostrado, en general, benignos con los perseguidos partidarios del legítimo Rey. S. M. había quitado ahora aquella restricción. Había dicho á Holt y á Treby que hasta que desembarcase en Inglaterra podían ahorcar realistas sin el menor temor de que se les pidiera cuenta de su conducta (1).

Pero en ninguna clase del pueblo produjo la lectura de la Declaración indignación tan grande y tanto disgusto como en la aristocracia indígena de Irlanda. Esta era, pues, la recompensa de su lealtad. Esta la fe de los reyes. Cuando Inglaterra había expulsado á Jacobo, cuando Escocia le había rechazado, los irlandeses permanecieron fieles á su causa, y él, en cambio, había sancionado solemnemente una ley que les restituía aquella inmensa propiedad de que habían sido despojados. Nada de cuanto había sucedido, á partir de aquella fecha, había amenguado el derecho de los irlandeses á su favor. Habían defendido su causa hasta el último extremo; habían seguido combatiendo por él mucho tiempo después que los había abandonado, y muchos de ellos, cuando ya no pudieron prolongar la lucha contra fuerzas superiores, le habían seguido al destierro; y ahora resultaba que quería hacer la paz con sus más mortales enemigos á expensas de sus amigos más fieles. Cundió el descontento entre los regimientos irlandeses diseminados en los Países Bajos y en las fronteras de Alemania é Italia. Hasta los whigs convinieron en que, esta vez siquiera, los O's y los Macs tenían razón, y pregunta-

(1) *Vida de Jacobo*, II, 514. Me resisto á creer que figurase Kent entre los que combatían por demasiado indulgente la Declaración de 1693.

ban triunfalmente si era de esperar que un Príncipe que había faltado á la palabra empeñada á sus más devotos servidores se la cumpliría á sus enemigos (1).

---

(1) Hay entre los *Nairne Papers* una carta enviada en esta ocasión por Middleton á Macarthy, que se hallaba entonces sirviendo en Alemania. Middleton trató de calmar á Macarthy y de inducirle á que, á su vez, calmase á los demás. Jamás ministro alguno escribió falsedad mayor. «El Rey—dice el Secretario—promete en la antedicha Declaración restablecer la ley de colonización; pero al mismo tiempo declara que indemnizará á todos aquellos á quienes pueda perjudicar, por medio de compensaciones equivalentes á lo que hayan perdido.» Ahora bien; Jacobo no declaró que indemnizaría á nadie, sino únicamente que se aconsejaría con su Parlamento acerca del particular. No declara siquiera que se aconsejaría con el Parlamento para indemnizar á todos los que fueran perjudicados, sino únicamente que indemnizaría á los que le hubieran seguido hasta el último instante. Finalmente, él no dijo nada de compensaciones equivalentes. En realidad, el dar á todos los que habían sido perjudicados por la ley de colonización el equivalente de lo que habían perdido, ó en otros términos, el equivalente de la propiedad de la mitad del territorio de Irlanda, era evidentemente absurdo. Se hallará la carta de Middleton en la Colección de Macpherson. Daré una muestra del lenguaje empleado por los whigs en esta ocasión. «Los católicos de Irlanda—dice un escritor—aunque en punto á intereses y creencias difieren de nosotros, sin embargo, si hemos de hacerles justicia, han merecido bien del ex-rey aun cuando hayan merecido mal de nosotros; y por lo que respecta al ex-rey, el abandonarlos y excluirlos es tan rara muestra de ingratitud, que los protestantes no tienen razón alguna para defender á un Príncipe que abandona su propio partido y el pueblo que le ha sido fiel hasta el último instante.»—*Relación breve y verdadera de las intrigas*, etc., 1694.

VII.

Preparativos de Francia para la campaña.—Institución de la orden de San Luis.

Mientras la Declaración era objeto de todas las conversaciones en Inglaterra, habían comenzado en el Continente los operaciones militares. Tales habían sido los preparativos de Francia, que habían llenado de asombro aun á los que daban más importancia á sus recursos y á los talentos de sus gobernantes. Tanto su agricultura como su comercio estaban en triste situación. Los viñedos de Borgoña, los interminables campos de trigo de la Beauce, no habían rendido sus productos; los telares de Lyón estaban en silencio, y los buques mercantes se pudrían en el puerto de Marsella. La monarquía, sin embargo, presentó á sus numerosos enemigos un frente más altanero y amenazador que nunca. Luis XIV había determinado no anticiparse á indicar nada que tendiera á una reconciliación con el nuevo gobierno de Inglaterra hasta haber desplegado todos los recursos de su reino en un nuevo esfuerzo. Poderoso fué éste, en verdad, pero agotador en demasía para ser repetido. Hizo un inmenso alarde de fuerza al mismo tiempo en los Pirineos y en los Alpes, en el Rhin y en el Mosa, en el Atlántico y en el Mediterráneo. Para que nada faltase de cuanto pudiera excitar el marcial ardor de una nación eminentemente valerosa, instituyó, pocos días antes de salir á campaña, una nueva orden militar de caballería, poniéndola bajo la protección de su santo antecesor y patrono. La nueva cruz

de San Luis brilló en los pechos de los caballeros que se habían distinguido en las trincheras delante de Mons y de Namur, y en los campos de Fleurus y Steinkirke; y esta vista despertó generosa emulación entre los que aun no habían adquirido honrosa fama en la carrera de las armas (1).

VIII.

Descripción de Versalles por Middleton.

La misma semana que comenzó la existencia de esta célebre orden, estuvo Middleton en Versalles. Ha llegado hasta nosotros una carta en la cual hace á sus amigos de Inglaterra una descripción de su visita (2). Fué presentado á Luis XIV, que lo recibió con mucho afecto, y se muestra abrumado de gratitud y admiración. De todas las maravillas de la corte —así escribía Middleton—la mayor era el Soberano. El esplendor del mérito personal del gran Rey eclipsaba hasta el esplendor de su fortuna. El lenguaje empleado por S. M. Cristianísima acerca de la política inglesa fué, en general, altamente satisfactorio. En una cosa, sin embargo, este ilustre Príncipe y sus hábiles y experimentados ministros padecían extraño error. Todos tenían la absurda idea de que el Príncipe de Orange era un grande hombre. Había hecho todo lo posible por desengañarlos, pero su alucinación era incurable. Veíanlo á través de un cristal de

(1) El edicto de creación fué registrado por el Parlamento de París el 10 de abril de 1693.

(2) La carta es del 19 de abril de 1693. Hállase entre lo MSS. Nairne, y fué publicada por Macpherson.

aumento de tal fuerza que la sanguijuela tomaba á sus ojos las proporciones de un leviatan. Debía habérsele ocurrido á Middleton que tal vez fuera él quien estuviera alucinado y no los demás. Luis XIV y los consejeros que le rodeaban distaban mucho de amar á Guillermo. Pero no le odiaban con aquel insano aborrecimiento que ardía en los pechos de sus enemigos de Inglaterra. Middleton era uno de los jacobitas más prudentes y moderados. Y, sin embargo, aun el juicio de Middleton, de tal modo estaba perturbado por la mala voluntad, que en este asunto decía desatinos indignos de su talento. Á semejanza de los de su partido, no veía en el usurpador más que lo que era odioso y despreciable, el corazón de un malvado, el entendimiento y las maneras de un estúpido, brutal y rudo holandés que, por lo general, guardaba hosco silencio, y que una vez forzado á hablar se contentaba con formular en mal inglés breves y desabridas respuestas. De otro lado, los hombres de Estado franceses juzgaban de las facultades de Guillermo por el íntimo conocimiento de la manera como durante veinte años había conducido asuntos de la mayor importancia y de la mayor dificultad. Desde 1673 había jugado constantemente contra ellos, arriesgando cosa de inmenso valor á un juego complicadísimo, mezcla de azar y destreza: ellos estaban orgullosos, y con razón, de su propia habilidad en aquel juego, á pesar de lo cual tenían conciencia de la superioridad de su enemigo. Al comenzar la larga lucha, todas las ventajas estaban de parte de los ministros franceses. Disponían con absoluto dominio de todos los recursos del mayor reino de Europa, mientras Guillermo no era más que el servidor de una república cuyo territorio no era tan extenso como el de Normandía ó Guiena. Le habían opuesto una sucesión de generales y diplomáticos

eminentes. Una facción poderosa había combatido obstinadamente sus designios en su tierra natal. Había sufrido derrotas en el campo y derrotas en el Senado; pero su prudencia y su firmeza habían sabido tornar las derrotas en victorias. Á pesar de cuanto se había hecho por humillarle, su influencia y su fama habían crecido y se habían difundido casi constantemente. Él solo había trazado y conducido á feliz remate la empresa más importante y ardua de la historia moderna de Europa. Él había formado la más extensa coalición que el mundo había visto desde hacía siglos, y que instantáneamente se hubiera disuelto si él le hubiera retirado su dirección. Había ganado dos reinos con su habilidad política y un tercero por conquista; y continuaba en posesión de los tres á despecho de sus enemigos de dentro y fuera. Que quien había realizado estas cosas fuera un pobre hombre, una persona del más vulgar talento, era una aserción que fácilmente podría hallar crédito entre los párrocos no juramentados que se reunían en el café de Sam, pero que no podía menos de mover á risa á los veteranos políticos de Versalles.

IX.

Preparativos de Guillermo para la campaña.

Mientras Middleton trataba en vano de convencer á los franceses de que exageraban grandemente las cualidades de Guillermo, éste, que hacía entera justicia al mérito de Middleton, se llenó de alarma al saber que la corte de Saint-Germain había solicitado

la ayuda de tan hábil consejero (1). Pero esta no era más que una de las mil causas de inquietud que durante aquella primavera asediaron el espíritu del Rey. Se preparaba á abrir la campaña, implorando de sus aliados que estuvieran prontos en el campo, excitando á los perezosos, regateando con los insaciables, apaciguando contiendas, ajustando puntos de precedencia. Tuvo que conseguir del Gabinete de Viena que enviara oportunamente socorros al Piamonte. Tenía que observar con vigilantes ojos aquellas potencias del Norte que trataban de formar un tercer partido en Europa. Tenía que obrar como ayo del Elector de Baviera en los Países Bajos. Hubo de proveer á las defensa de Lieja, que las autoridades de aquella ciudad habían declarado fríamente no ser asunto de su incumbencia, sino de la incumbencia de Inglaterra y Holanda. Tuvo que impedir que la casa de Brunswick Wolfenbuttel viniera á las manos con la casa de Brunswick Lanenburg: tuvo que arreglar una disputa que había entre el Príncipe de Baden y el Elector de Sajonia, cada uno de los cuales deseaba hallarse á la cabeza de un ejército en el Rhin; y tuvo que habérselas con el Landgrave de Hesse, que presentó su contingente, y, sin embargo, quería mandar los contingentes suministrados por otros príncipes (2).

(1) Il ne me plait nullement que M. Middleton est allé en France. Ce n'est pas un homme qui voudroit faire un tel pas sans quelque chose d'importance, et de bien concerté, sur quoy j'ay fait beaucoup de reflections que je reserve á vous dire á vostre heureuse arrivée.»—Guillermo á Portland, de Loo, abril 18 (28), 1693.

(2) La mejor relación de los trabajos é inquietudes de Guillermo por este tiempo, se encuentra en sus cartas á Heinsius, particularmente las cartas del 1, 9 y 30 de mayo de 1693.

X.

Sale Luis XIV á campaña.—Regresa á Versalles.

Ya era llegado el momento de obrar. El 18 de mayo salió Luis XIV de Versalles; á principios de junio estaba dentro de los muros de Namur. Las Princesas que le habían acompañado, tenían su corte dentro de la fortaleza. El Rey tomó el mando del ejército de Boufflers que estaba acampado en Gembloux. Distante poco mas de una milla se hallaba el ejército del Mariscal de Luxemburgo. La fuerza reunida en aquel corto espacio, bajo las flores de lis de Francia, no ascendía á menos de ciento veinte mil hombres. Luis XIV se lisonjeaba de poder repetir en 1693 la estratagema que le había valido la conquista de Mons en 1691, y de Namur en 1692; y había determinado que Lieja ó Bruselas fuera la presa. Pero Guillermo había podido este año reunir en buen tiempo un ejército inferior, sin duda, al del Rey de Francia, pero todavía formidable. Con esta fuerza tomó posiciones cerca de Lovaina, en el camino que unía las dos ciudades amenazadas, y vigiló todos los movimientos del enemigo.

Luis XIV sufrió un desengaño. Vió que no le sería posible halagar su vanidad á tan poca costa y con tanta facilidad como en los dos años precedentes, permanecer delante de una gran ciudad, entrar en ella triunfalmente, y recibir las llaves sin exponerse á mayor riesgo que el que pudiera correr en una cacería en Fontainebleau. Antes de poner sitio á Lieja ó á Bruselas érale preciso dar y ganar una batalla. Las probabilidades estaban decididamente en favor suyo,

porque su ejército era más numeroso, tenía mejores oficiales y estaba mejor disciplinado que el de los aliados. Luxemburgo le aconsejaba con empeño que marchara contra Guillermo. La aristocracia de Francia anunciaba con intrépida alegría una jornada sangrienta, pero gloriosa, seguida de un gran reparto de cruces de la nueva orden. El mismo Guillermo conocía perfectamente su peligro, y estaba pronto á correrlo con tranquila pero triste fortaleza (1). Precisamente en esta coyuntura, anunció Luis XIV su intención de regresar en el acto á Versalles, y de enviar al Delfín y á Boufflers, con parte del ejército que estaba reunido cerca de Namur, á incorporarse al mariscal Lorges que mandaba en el Palatinado. Luxemburgo quedó como herido de un rayo. Objetó contra esta resolución con atrevimiento y con vehemencia. Nunca, dijo, se había desperdiciado ocasión semejante. Si Su Majestad quería marchar contra el Príncipe de Orange, la victoria era casi segura. ¿Qué ventaja podría obtenerse en el Rhin comparable á la ventaja de una victoria ganada en el corazón de Brabante al principal ejército y al principal caudillo de la coalición? El Mariscal razonó, imploró, se puso de rodillas; pero en vano; y abandonó la real presencia sumido en la más profunda desesperación. Luis XIV dejó el campo una semana después de haber llegado, y no volvió nunca á hacer la guerra en persona.

Grande fué el asombro en todo el ejército. El profundo respeto que inspiraba el monarca no fué bastante á impedir las murmuraciones y el enojo de sus viejos

(1) En la carta á Heinsius de 30 de mayo se muestra muy desesperado. Saint-Simon dice: «On a su depuis que le Prince d'Orange écrivit plusieurs fois au prince de Vaudemont, son ami intime, qu'il était perdu et qu'il n'y avait que par un miracle qu'il put échapper.»

generales, ni que sus jóvenes nobles desahogaran su mal humor, ya con maldiciones, ya con burlas, y que hasta los simples soldados emplearan lenguaje irreverente en las conversaciones del vivac. Sus enemigos se regocijaron con vengativa é insultante alegría. ¿No era extraño, preguntaban, que este gran Príncipe hubiera ido con toda pompa al teatro de la guerra, y que al cabo de una semana, con la misma pompa, diera la vuelta? ¿Era posible que todo aquel vasto séquito, princesas, damas de honor y modistas, caballerizos y gentileshombres de cámara, cocineros, pasteleros y músicos, largas filas de carros, gran número de caballos de silla y de bestias de carga, montones de vajilla, fardos de tapicería, hubieran recorrido cuatrocientas millas con el solo objeto de que el Rey Cristianísimo pudiera ver á sus soldados para volverse en seguida? La ignominiosa verdad era demasiado evidente para ocultarla. El Rey había ido á los Países Bajos en la esperanza de poder obtener otra vez alguna gloria militar sin exponer á ningún riesgo su persona, y se había apresurado á volverse antes que correr los peligros de una batalla campal (1). No era esta la primera vez que S. M. Cristianísima había dado muestras de la misma especie de prudencia. Diez y siete años antes se había encontrado frente al mismo antagonista bajo los muros de Bouchain. Guillermo, imprudentemente, con el ardor de un caudillo muy joven, había presentado la batalla. La opinión de los más entendidos generales era que si Luis XIV hubiera aprovechado la oportunidad, la guerra podía haberse terminado en un día. El ejército francés había solicitado con empeño ser conducido al combate. El Rey había llamado á sus lugartenientes, y les ha-

(1) Saint-Simon; *Monthly Mercury*, junio, 1693; Burnet, II, 111.

bía pedido consejo. Algunos oficiales cortesanos, á quienes diestramente se indicó sus deseos, encendido el rostro y trémulos de vergüenza, votaron porque no se pelease. De nada sirvió que hombres atrevidos y honrados, para quienes el honor era más que la vida, le hubieran demostrado que, según todos los principios del arte militar, debía aceptar el reto tan irreflexivamente lanzado por el enemigo. S. M. manifestó gravemente su pesar de que no le fuera posible, si había de cumplir sus deberes públicos, seguir el impetuoso movimiento de la sangre; volvió riendas y galopó hacia sus cuarteles (1). ¿No era terrible pensar que hubieran corrido y todavía hubieran de correr ríos de la mejor sangre de Francia, de España, de Alemania y de Inglaterra, por dar gusto á un hombre que carecía del valor vulgar que se encontraba en el más humilde de los cientos de millares á quienes había sacrificado su vanidosa ambición?

XI.

Maniobras de Luxemburgo.

Aunque el ejército francés de los Países Bajos había sido debilitado con la partida de las fuerzas mandadas por el Delfín y por Boufflers, y aunque el ejército aliado aumentaba cada día con la llegada de nuevas tropas, todavía Luxemburgo era superior en fuerzas, superioridad que hizo valer más por medio de una hábil estratagema. Marchó hacia Lieja é hizo como si tratara de poner sitio á la ciudad. Guillermo estaba

(1) *Mémoires de Saint-Simon;* Burnet, I, 404.

nquilo, y estábalo tanto más por saber que entre
abitantes había un partido francés. Abandonó su
ión cerca de Lovaina, avanzó hasta Nether Hes-
y acampó allí teniendo el río Gette á retaguar-
Durante la marcha supo que Huy había abierto
puertas á los franceses. La noticia aumentó su
ietud acerca de Lieja, y le determinó á enviar
na fuerza suficiente para tener á raya á los des-
entos de dentro de la ciudad y rechazar cualquier
ue de fuera (1). Esto era exactamente lo que Lu-
burgo esperaba y deseaba. Su amago había dado
sultado apetecido. Volvió la espalda á la fortaleza
hasta aquí había parecido ser su objetivo, y se
suró á marchar hacia Gette. Guillermo, que había
acado más de veinte mil hombres y que no tenía
n campo más que cincuenta mil, se llenó de in-
tud al saber por sus espías, el 18 de julio, que el
eral francés, con ochenta mil hombres próxima-
te, estaba muy cerca.

XII.

Batalla de Landen.

un podía el Rey con una pronta retirada poner la
echa, pero profunda corriente del Gette, que á
to de las recientes lluvias iba crecido, entre su
cito y el enemigo. Pero la posición que ocupaba
fuerte y no era difícil hacerla más fuerte todavía.
pleó todas sus tropas en esta faena. Cavaron fosos,
ntaron trincheras, fijaron en tierra empalizadas.

Guillermo á Heinsius, julio 7 (17), 1693.

En pocas horas el terreno presentaba nuevo aspecto, y el Rey confiaba en poder rechazar el ataque de un ejército aun cuando fuera muy superior al suyo. Ni le faltaban poderosas razones para abrigar esta confianza. Cuando al despuntar la mañana del 19 de julio contemplaron los soldados del ejército de Luis XIV la fortaleza que repentinamente había surgido para detener sus progresos, no pudieron menos de sentir sería inquietud. Los aliados estaban protegidos por un parapeto. Aquí y allá, á lo largo de las trincheras, habían formado pequeños reductos y medias lunas. Cien piezas de artillería estaban dispuestas á lo largo de las murallas. En el flanco izquierdo se levantaba la aldea de Romsdorff, próxima al pequeño arroyo de Landen, de donde los ingleses dieron nombre á esta desastrosa jornada. A la derecha estaba la aldea de Neerwinden. Ambas aldeas estaban, según la usanza de los Países Bajos, rodeadas de fosos y vallas; y dentro de estos cercados, las pequeñas porciones de terreno ocupadas por las diferentes familias estaban separadas por muros de tierra de cinco pies de altura y un pie de espesor. Guillermo había hecho reparar y fortificar todas estas barricadas. Saint-Simon, que después de la batalla examinó el terreno, dice que apenas podía creer que defensas tan formidables y de tan gran extensión hubieran podido hacerse con tal rapidez.

Luxemburgo, sin embargo, determinó probar aun si esta posición podía resistir contra el superior número y el impetuoso valor de sus soldados. Poco después de la salida del sol comenzó á oirse el estampido del cañón. Las baterías de Guillermo hicieron mucho daño antes que la artillería francesa estuviera situada de manera de responder al fuego. Antes de las ocho comenzó la pelea. La aldea de Neerwinden era mirada

r ambos caudillos como el punto del cual todo de-
ndía. Hacia aquella parte atacó el ala izquierda de
s franceses, mandada por Montchevreuil, oficial ve-
rano de gran reputación, y por Berwick, quien aun-
ıe joven ascendía rápidamente á ocupar un alto
ıesto entre los capitanes de su tiempo. Berwick di-
gió el ataque y se abrió paso hasta la aldea, mas
onto fué rechazado con terrible carnicería. Sus sol-
dos huían ó perecían, y mientras trataba de reunir-
s cubriéndolos de injurias por no cumplir mejor, se
ıcontró rodeado de enemigos. Ocultó su blanca es-
rapela, y esperaba, con ayuda de su lengua natal,
oder pasar como oficial del ejército inglés, cuando fué
conocido por uno de los hermanos de su madre, Jor-
e Churchill, que tenía aquel día el mando de una
igada. Ambos parientes se dieron un estrecho abra-
, y el tío condujo al sobrino á donde estaba Guiller-
o, que mientras todo parecía ir bien, permanecía á
taguardia. El encuentro del Rey y el prisionero, á
ıienes unían tan estrechos lazos de parentesco, y á
ıienes separaban injurias inexpiables, fué un raro es-
ctáculo. Ambos se portaron como debían. Guillermo
descubrió y dirigió á su prisionero algunas palabras
cortés saludo. Berwick, por toda respuesta, hizo
ıa profunda reverencia. El Rey se puso el sombrero;
Duque también se cubrió, y los dos primos se se-
ıraron para siempre. En tanto los franceses, que
bían sido rechazados en desorden fuera de Neer-
inden, reforzados por una división mandada por el
ıque de Borbón, volvieron bizarramente al ataque.
ıillermo, que conocía bien la importancia de este
ıesto, dió orden de que acudieran aquí tropas de
ras partes de la línea. Esta segunda lucha fué larga
sangrienta. Los asaltantes lograron entrar otra vez
ı la aldea. Fueron otra vez rechazados con inmensa

matanza, y parecían poco dispuestos á volver á la carga.

En tanto, la batalla había continuado á lo largo de las trincheras del ejército aliado. Una y otra vez llevó Luxemburgo sus tropas hasta un tiro de pistola del parapeto; pero de allí no pudo hacerlas pasar. Una y otra vez retrocedieron ante el horrible fuego que recibían por el frente y los flancos. Todo parecía terminado. Luxemburgo se retiró á un sitio que estaba fuera del alcance del cañón, y llamó á consejo á algunos de sus principales oficiales. Deliberaron durante algún tiempo, y cuantos alcanzaban á verlos observaron con profundo interés sus animados gestos.

Por fin, Luxemburgo se decidió. Haríase una última tentativa para apoderarse de Neerwinden; y las invencibles tropas de la Real Casa, lòs vencedores de Steinkirk, romperían la marcha.

Las tropas de la Casa Real se portaron de una manera digna de su antigua y terrible fama. Neerwinden fué tomada por tercera vez, y por tercera vez trató Guillermo de recobrarla. Á la cabeza de algunos regimientos ingleses, cargó á los guardias de Luis XIV con tal furia que por primera vez, en la memoria del más viejo guerrero, aquella famosísima hueste hubo de ceder (1). Sólo por los vigorosos esfuerzos de Luxemburgo, del Duque de Chartres y del Duque de Borbón pudieron rehacerse las rotas filas. Mas por este tiempo el centro y la izquierda del ejército aliado habían quedado tan disminuídos por los refuerzos enviados á sostener la lucha en Neerwinden,

(1) Son notables las palabras de Saint-Simon. «Leur cavalerie—dice—y fit d'abord plier des troupes d'élite jusqu'alors invincibles.» Y luego añade: «Les gardes du Prince d'Orange, ceux de M. de Vaudemont, et deux régimens Anglais en eurent l'honneur.»

ue no fué posible continuar defendiendo las trinche-
as en los demás puntos. Poco después de las cuatro
e la tarde toda la línea retiró. No había más que ma-
nza y confusión. Solmes había recibido una herida
ortal, y cayó, vivo todavía, en poder del enemigo.
os soldados ingleses, que detestaban su nombre, le
cusaban de haber mostrado en sus sufrimientos pu-
laminidad indigna de un soldado. El Duque de Or-
ond fué derribado en el fragor de la pelea, y en un
omento hubiera fenecido á no haber sido por un
co diamante que llevaba en el dedo, que llamó la
tención á uno de los guardias franceses, quien jus-
mente pensó que el dueño de semejante joya debía
er un prisionero de valor. El Duque salvó la vida y
ué inmediatamente canjeado por Berwick. Ruvigny,
nimado por el profundo odio del emigrado al país que
arrojó de su seno, fué cogido peleando en lo más
ecio de la batalla. Los que le cogieron le conocían
ien y sabían que, si lo llevaban al campamento, pa-
aría con la cabeza la traición á que la persecución
había inducido. Con admirable generosidad hicie-
on como que no le conocían, y en medio del tu-
ulto le dejaron escapar.

Sólo en ocasiones como ésta aparecía toda la gran-
eza del carácter de Guillermo. En medio de la de-
ota y la confusión, cuando en el terror de la fuga
rojaban los soldados armas y estandartes, cuando
ultitud de fugitivos obstruían los puentes y vados
el Gette ó perecían en sus aguas, el Rey, que había
denado á Talmash que dirigiese la retirada, se puso
la cabeza de algunos bravos regimientos, y con des-
sperados esfuerzos, detuvo el progreso del enemigo.
ra su riesgo mayor que el de los demás. Porque no
podía recabar de él que embarazase su débil
uerpo con el peso de una coraza, ni que ocultase las

insignias de la Jarretiera. Parecíale que la estrella que brillaba en su pecho era un buen punto de reunion para sus tropas, y se limitó á sonreir cuando le dijeron que también era un buen blanco para el enemigo. Muchos cayeron á su derecha y á su izquierda. Dos caballos de mano, que en el campo lo seguían siempre, fueron muertos por el fuego del cañón. Una bala de mosquete le pasó por entre los rizos de la peluca, otra le atravesó la casaca, una tercera le rozó el costado, haciendo trizas su cinta azul. Muchos años después, ancianos pensionados, de cabello cano, que se arrastraban por las arcadas y galerías del hospital de Chelsea, solían relatar la carga que dió á la cabeza de la caballería de Galway, cómo desmontó cuatro veces para dar ánimo á la infantería, cómo reunió un cuerpo que parecía ceder. «Esa no es manera de pelear, señores. Hay que acercarse más al enemigo. Así, caballeros, así.» — «Hubiéraisle visto — escribía un testigo ocular sólo cuatro días después de la batalla—arrojándose sobre el enemigo espada en mano. Y es cierto que una vez, entre otras, se le vió á la cabeza de los regimientos ingleses y que peleó contra siete, con solos estos dos, á vista de todo el ejército, llevándolos por delante por más de un cuarto de hora. Loado sea Dios que conservó su vida.» El enemigo le seguía tan de cerca que difícilmente pudo al fin abrirse paso hasta el Gette. Un puñado de valientes que compartió el peligro con él hasta lo último, pudo con trabajo contener á los perseguidores mientras el Rey pasaba el puente (1).

(1) Berwick; Saint Simon; Burnet, I, 112 y 113; Feuquiéres; *London Gazette*, julio 27 y 31, agosto 3, 1693; *Relacion oficial francesa; Relación enviada por el Rey de la Gran Bretaña á los Altos y Poderosos Señores* agosto 2, 1693; *Extracto de una carta del ayudante de dragones de la guardia del Rey de Inglaterra,*

Nunca, tal vez, se vió de manera tan notable como n aquel día el cambio que el progreso de la civiliación ha producido en el arte de la guerra. Ayax erribando al caudillo troyano con una roca que apenas podrían levantar dos hombres; Horacio Cocles efendiendo el puente contra un ejército; Ricardo Corazón de Leon recorriendo toda la línea sarracena in encontrar un enemigo capaz de resistir su acometida; Roberto Bruce hendiendo de un golpe el yelmo y la cabeza á sir Enrique Bohun á la vista de todo el ejército de Inglaterra y Escocia, tales son los héroes de un siglo de barbarie. En estas épocas, el vigor corporal es la primera condición del guerrero. En Landen, dos pobres enfermos que en una sociedad primitiva hubieran parecido demasiado débiles para tomar parte en los combates, fueron las almas de dos grandes ejércitos. En algunos países paganos hubieran sido expuestos en la niñez. En la Cristiandad, seiscientos años antes, hubieran sido enviados á algún tranquilo claustro. Pero su suerte les había hecho nacer en una época en que los hombres habían descubierto que la fuerza muscular es muy inferior á la fuerza de la inteligencia. Es probable que entre los ciento veinte mil soldados reunidos en torno de Neerwinden bajo todos los estandartes de la Europa Oc-

---

agosto 1; *Carta de Dykvelt á los Estados Generales*, fechada en 30 de julio á mediodía. Los cuatro últimos documentos se hallarán el *Monthly Mercury* de julio y agosto de 1693. Véase también la *Historia de la última campaña en los Paises Bajos españoles* por Eduardo D'Auvergne, dedicada al Duque de Ormond, 1693. Los franceses hicieron justicia á Guillermo. «Le Prince d'Orange—escribía Racine á Boileau—pensa étre pris, aprés avoir fait des merveilles.» Véase también la brillante descripción de Sterne, el cual, á no dudar, oyó muchas veces la relación de la batalla de labios de viejos soldados. En esta ocasión fué cuando el cabo Trim quedó herido en el campo y fué asistido por la beguina.

lental, los dos más débiles, físicamente, fueran el
obado enano que dirigió la terrible acometida de
ancia, y el asmático esqueleto que cubrió la lenta
irada de Inglaterra.
Los franceses quedaron victoriosos; pero cara ha-
in pagado la victoria. Más de diez mil soldados de
s mejores tropas de Luis XIV quedaron en el cam-
. Neerwinden ofrecía un espectáculo que á los más
ejos soldados hacía apartar la vista con horror. En
lo lo ancho de las calles estaban amontonados los
dáveres. Entre los muertos se contaban grandes
ñores y afamados guerreros. Allí estaba Montche-
euil, y el mutilado tronco del Duque de Uzés, el
imero en orden de precedencia de toda la aristocra-
a francesa. De allí también fué llevado Sarsfield he-
lo gravemente á una camilla de la que no se le-
ntó más. La Corte de Saint-Germain le había
nferido el vano título de Conde de Lucan; pero la
storia le conoce por el nombre que todavía es caro
la más infortunada de las naciones. La región re-
mbrada en la historia por haber sido durante mu-
ios siglos el campo de batalla de las más belicosas
aciones de Europa, sólo ha visto dos jornadas más
rribles: la jornada de Malplaquet y la jornada de
'aterloo. Durante muchos meses estuvo sembrado el
rreno de cráneos y huesos de hombres y caballos,
de fragmentos de sombreros y zapatos, de sillas y
stoleras. El verano siguiente, el suelo fertilizado por
einte mil cadáveres apareció cubierto de millones
e adormideras. El viajero que yendo de Saint-Tron
Tirlemont viese aquella vasta sabana de espléndida
scarlata que se extendía desde Landen hasta Neer-
'inden, no podría menos de pensar que la predic-
ión que en sentido figurado hizo el profeta hebreo
e había cumplido literalmente, y que la tierra des-

bría su sangre y se negaba á cubrir los muertos (1).
No hubo persecución, aun cuando el sol estaba todavía distante del ocaso cuando Guillermo cruzó el ette. De tal modo habían rendido á los vencedores marcha y la pelea, que apenas podían moverse; y s caballos se hallaban todavía en peor condición e los soldados. El General creyó necesario conceder algún tiempo para tomar descanso y alimento. s nobles franceses descargaron sus acémilas, cenan alegremente y brindaron con champagne en edio de los cadáveres amontonados, y cuando cerró la noche, brigadas enteras se acostaron alegremente á dormir en sus filas en el campo de batalla. inacción de Luxemburgo no escapó sin censura. die podía negar que en la acción había desplegado an pericia y energía. Pero algunos se quejaban de e careciera de paciencia y perseverancia. Murmuban otros que no tenía deseo de poner término á a guerra que le hacía necesario á la Corte, donde nca, en tiempo de paz, había encontrado favor, ni quiera justicia (2). Luis XIV, que en esta ocasión no taba tal vez completamente exento de algún sentiiento de envidia, trató, según se dijo, de mezclar n el elogio la censura, que, aunque expresada con licadeza, fué perfectamente inteligible. «En la batlla—dijo—el Duque de Luxemburgo se portó como ndé; y después de la batalla el Príncipe de Orange ha portado como Turena.»

Cierto que el talento y vigor con que reparó Gui-

1) Carta de Lord Perth . su hermana, 17 junio, 1694.

2) Saint-Simon menciona los ataques de que fué objeto el riscal. Feuquières, juez muy inteligente, nos dice que Luxemrgo fué injustamente censurado, y que, en realidad, el ejér- francés había quedado muy quebrantado por sus pérdidas ra sacar partido de la victoria.

rmo su terrible derrota podía muy bien excitar adiración. «En un respecto—decía el almirante Cogny—puedo decir que soy superior á Alejandro, á ipión, á César. Es verdad que ellos ganaron grans batallas. Yo he perdido cuatro grandes batallas, sin embargo, presento al enemigo un frente más rmidable que nunca.» La sangre de Coligny corría r las venas de Guillermo; y con la sangre había redado el indomable esfuerzo que sabía sacar de la rrota tanta gloria como otros caudillos más felices bieron á la victoria. La derrota de Landen era, en rdad, un golpe terrible. El Rey tuvo algunos días cruel ansiedad. Si Luxemburgo seguía avanzando, do estaba perdido. Lovaina tendría que rendirse, y echlin, y Newport, y Ostende. La frontera bátava rrería peligro. Podría ser tal el clamor en Holanda idiendo la paz, que ni los Estados Generales ni el statuder pudieran dominarlo (1). Pero hubo dilaión; y la dilación, aunque fuera muy breve, era basnte para Guillermo. Desde el campo de batalla se irigió por entre la multitud de fugitivos á las inmeiaciones de Lovaina, y allí comenzó á reunir sus disersas fuerzas. En nada rebaja su carácter la inquieid que en aquel momento, el más desastroso de su ida, sintió por las dos personas que le eran más cas. Tan pronto se vió en salvo, escribió á su esposa nunciándoselo así (2). En la confusión de la fuga abía perdido de vista á Portland, que estaba entones muy mal de salud y había corrido, por tanto, más

(1) Esta relación de lo que hubiera sucedido si Luxemburgo udiera y quisiera sacar partido de la victoria, está tomada de n discurso muy enérgico y sensato, á lo que parece, pronunciado or Talmash en la Cámara de los Comunes el 11 de diciembre iguiente. Véase Grey, *Debates*.

(2) Guillermo á Heinsius, julio 20 (30), 1693.

s ordinarios riesgos de la guerra. Todavía existe breve nota que el Rey envió á su amigo pocas s después de la batalla (1). «Aunque espero vesta noche, no puedo menos de escribiros para deuánto me alegro de que hayais librado tan bien. a Dios que recobréis pronto completamente la l. Grandes son las pruebas que le plugo enviarn rápida sucesión. Debo someterme á su voluntin murmurar, y no merecer tanto su ira.»

s fuerzas se reunieron con rapidez. Grandes pos de tropas, que tal vez imprudentemente había acado de su ejército cuando suponía que Lieja el objetivo del enemigo, se le incorporaron á chas forzadas. Tres semanas después de la derrota revista á pocas millas de Bruselas. El número ombatientes era mayor que en la mañana de la rienta jornada de Landen; su aspecto era mar- y su espíritu parecía no haberse quebrantado. lermo escribió entonces á Heinsius que lo peor ba vencido. «La crisis—decía—ha sido terrible. os gracias á Dios de que haya terminado así.» reyó prudente, sin embargo, probar otra vez la te de las armas en una batalla campal. Dejó, , á los franceses que sitiaran y tomaran á leroi; y esta fué la única ventaja que sacaron a más sangrienta batalla que se dió en Europa nte el siglo XVII.

Guillermo á Portland, julio 21 (31), 1693.

XIII.

Dispersión de la escuadra de Esmirna.

La triste nueva de la derrota de Landen encontró á nglaterra agitada por nuevas no menos tristes que venían de lugar diferente. Desde hacía muchos meses, a guerra tenía interrumpido casi por completo el comercio con el mar Mediterráneo. No había probabiidades de que un buque mercante de Londres ó de Amsterdam, como no fuera protegido por algún barco de guerra, llegase á las Columnas de Hércules sin ser abordado por algún pirata francés; y la protección de los barcos de guerra no se obtenía fácilmente. Durante el año de 1692, grandes escuadras con ricos cargamentos para los mercados de España, Italia y Turquía habían estado reunidas en el Támesis y en el Texel. En febrero de 1693, había casi cuatrocientos bajeles prontos á hacerse á la vela. El valor de los cargamentos se estimaba en varios millones de libras esterlinas. Aquellos galeones que tanto tiempo habían sido envidia y maravilla del mundo no habían traído nunca tan precioso cargamento de las Indias Occidentales á Sevilla. El Gobierno inglés trató, de concierto con el holandés, de escoltar los barcos que tenían á bordo tan gran cantidad de riqueza. El Gobierno francés trató de interceptarlos.

El plan de los aliados consistía en que se reunieran en la Mancha setenta barcos de línea y unas treinta fragatas y bergantines al mando de Killegrew y Delaval, los dos nuevos Lores del Almirantazgo inglés, y dieran convoy á la flota de Esmirna, según era lla-

a vulgarmente, hasta más allá de los límites
ro de los cuales se podía temer algún peligro de
cuadra de Brest. La mayor parte de la armada
esaría entonces á guardar la Mancha, mientras
ke, con veinte velas, acompañaría á los buques
cantes para protegerlos contra la escuadra surta
olón. El plan del Gobierno francés consistía en
r que la escuadra de Brest, al mando de Tour-
, y la escuadra de Tolón, al mando de Estrees,
unieran cerca del estrecho de Gibraltar y aguar-
n allí la presa.

o es fácil decidir cuál de estos dos planes estuviera
or concebido. Lo que no admite duda es cuál de
los fué mejor ejecutado. Toda la escuadra fran-
, tanto la del Atlántico como la del Mediterráneo,
novida por una sola voluntad. La armada de In-
erra y la armada de las Provincias Unidas estaban
tas á diferentes autoridades, y tanto en Inglaterra
o en las Provincias Unidas el poder estaba dividido
ıbdividido de tal manera que sobre ninguna per-
a especial pesaba una grave responsabilidad. Llegó
rimavera. Los comerciantes se quejaban á voz en
o de que ya habían perdido más con la dilación
o que hubieran podido ganar con el viaje más
tunado; y todavía los barcos de guerra no esta-
medio equipados ni provistos. La escuadra de
sterdam no llegó á nuestra costa hasta fines de
l; la escuadra de Zelanda hasta mediados de
o (1). Era el mes de junio cuando la inmensa
, compuesta próximamente de quinientas velas,
lió de vista las costas de Inglaterra.

ourville estaba ya en la mar, y navegaba hacia el
iodía. Pero Killegrew y Delaval fueron tan ne-

London Gazette, abril 24, mayo 15, 1693.

gentes ó desgraciados que no tuvieron noticia de
s movimientos. Creyeron al principio que todavía
aba fondeado en el puerto de Brest. Llegó luego á
s oídos el rumor de que se habían visto algunos
rcos hacia el Norte, y supusieron que trataba de
rovecharse de su ausencia para amenazar la costa
Devonshire. No pudo ocurrírseles que se hubiera
ınido con la escuadra de Tolón y estuviera aguar-
ndo impacientemente la presa cerca de Gibraltar.
í, pues, el 6 de junio, después de haber escoltado
flota de Esmirna unas doscientas millas más allá de
hant, anunciaron su intención de separarse de
ooke. Objetó éste, pero inútilmente. Hubo de some-
rse y continuar hacia el Mediterráneo con sus
inte navíos de guerra, mientras sus superiores, con
resto de la armada, regresaban á la Mancha.
Súpose por este tiempo en Inglaterra que Tourville
abía salido de Brest y se apresuraba á verificar su
nión con Estrées. La vuelta de Killegrew y Delaval
xcitó, pues, gran alarma. Despacharon inmediata-
iente un buque muy velero para advertir á Rooke
el peligro, pero éste no llegó á recibir el aviso. Na-
egó impulsado por un buen viento hasta el cabo de
an Vicente, y allí supo que algunos barcos franceses
staban fondeados en la vecina bahía de Lagos. La
rimera noticia que tuvo le hizo creer que eran pocos
n número; y tan diestramente lograron ocultar su
uerza, que hasta que estuvo á media hora de distancia
io sospechó que tenía enfrente todo el poderío marí-
imo de un gran reino. Luchar contra cuádruples
uerzas hubiera sido locura. Bastante haría si lograba
alvar su escuadra de total destrucción. Desplegó
oda su habilidad. Dos ó tres navíos de guerra holan-
deses que estaban en la retaguardia se sacrificaron
animosamente por salvar la escuadra. Con el resto de

armada y con unos sesenta buques mercantes ooke llegó sin novedad á Madera y desde allí á Cork. ero más de trescientos barcos de los que había escol-do se diseminaron por el Océano. Refugiáronse ıos en Irlanda, otros en la Coruña; otros en Lisboa, ros en Cádiz; fueron otros capturados, y los más struídos. Algunos que habían buscado asilo bajo la ca de Gibraltar, y fueron allí perseguidos por el emigo, cuando vieron que la resistencia era impo-ole fueron echados á pique. Otros perecieron de la isma manera bajo las baterías de Málaga. La ga-ıncia de los franceses no parece haber sido grande; ro la pérdida de Inglaterra y Holanda fué in-ensa (1).

XIV.

Excitación en Londres

Nadie recordaba haber visto nunca en la City día ás triste y de más agitación que el día que llegó la oticia del encuentro de la bahía de Lagos. Un tes-go ocular dice que muchos mercaderes salieron de Bolsa Real pálidos como si acabaran de oir su sen-ncia de muerte. Una diputación de los comercian-s á quienes había afectado este gran desastre se esentó á la Reina con una instancia donde expo-an sus quejas. Fueron recibidos en la Cámara del onsejo, donde estaba la Reina sentada á la cabecera

(1) Burchett, *Memorias de las operaciones marítimas*; Bur-, II, 114, 115 y 116, *London Gazette*, julio 17, 1693; *Monthly Mer-y* de julio; Carta fechada en Cádiz á 4 de julio.

la mesa. Ordenó á Somers que les respondiera en nombre, y el les dirigió un discurso bien calculado para calmar su irritación. S. M., dijo, lamentaba con toda el alma lo sucedido, y había nombrado á una comisión del Consejo Privado para averiguar la causa de aquel desastre, y acordar los mejores medios de impedir en lo futuro desgracias semejantes (1). De tal modo les satisfizo esta respuesta que al poco tiempo se presentó el Lord Mayor en Palacio á dar gracias á la Reina por su bondad, asegurándole que en todas las vicisitudes, Londres se mantendría fiel tanto á ella como á su consorte; informándola además que, no obstante la terrible calamidad que acababan de sufrir muchas grandes casas de comercio, el Consejo Municipal había resuelto, por unanimidad, adelantar cuanto se juzgara necesario para el sostenimiento del gobierno (2).

(1) *Diario de Narciso Luttrell;* Baden á los Estados Generales, julio 14 (24), julio 25 (agosto 4). En los MSS. Tanner de la Biblioteca Bodleiana hay cartas en que se describe la agitación de la City. Uno de los corresponsales jacobitas de Sancroft, dice: «Deseo que sirva para abrirnos los ojos y hacernos mudar de opinión. Mas, por las noticias que he visto, la Compañía Turca salió de la presencia de la Reina y del Consejo llena de satisfacción y de muy buen humor.»

(2) *London Gazette*, agosto 21, 1693; L'Hermitage á los Estados Generales, julio 28 (agosto 7). Como en este y en los capítulos siguientes he de hacer gran uso de los despachos de L'Hermitage, será oportuno decir algo acerca de él. Era un emigrado francés, y residía en Londres como agente de los valdenses. Una de sus ocupaciones había consistido en enviar cartas noticieras á Heinsius. Algunos extractos interesantes de estas cartas se hallarán en la obra del Barón Sirtema de Grovestins. Probablemente á efecto de la recomendación del Pensionario, los Estados Generales, por una resolución fechada á 24 de julio (agosto 3) 1693, ordenaron á L'Hermitage que los tuviera al corriente de lo que pasaba en Inglaterra. Sus cartas abundan en noticias curiosas é importantes que no se encuentran en ninguna otra parte. Sus re-

XV.

Libelos jacobitas.—Guillermo Anderton.

irritación que naturalmente producían las cala-
.des públicas era estimulada por todos los artifi-
le los partidos. Nunca habían llevado los libelistas
oitas su atrevimiento tan lejos como durante este
raciado verano. La policía se mostraba por con-
encia más activa que nunca en buscar las ma-
ueras de donde procedían tantas acusaciones
loras. Con gran dificultad, y después de largas
uisas, se descubrió la más importante de todas
nprentas clandestinas. Pertenecía ésta á un ja-
ta llamado Guillermo Anderton, cuya intrepidez
ıatismo le hacían apto para cualquier servicio que
do hombre prudente y escrupuloso haría retro-
r. Desde hacía dos años era vigilado por los agen-
del Gobierno; pero el lugar donde ejercía su

---

respecto al Parlamento son de especial valor, y así parecen
rlo creído los que utilizaban sus servicios.
llanse actualmente, ó se hallarán muy pronto en la Biblio-
del Museo Británico, copias de los despachos de L'Hermitage,
ıbién de los despachos de todos los ministros y agentes em-
los por los Estados Generales en Inglaterra, á partir del
po de Isabel. De tan valiosa adición al gran depósito nacio-
le conocimientos es deudor el país principalmente á lord
ıerston. Pero sería injusto no añadir que sus instrucciones
on celosamente ejecutadas por el difunto sir Eduardo Dis-
ve, con la cordial cooperación de los ilustrados señores en-
ados de la hermosa colección de Archivos del Haya.

ıstria, seguía siendo un misterio impenetrable, cubriéronle, por fin, en una casa cerca de Saint-ıes's Street, donde era conocido con un nombre uesto y donde pasaba por artífice joyero. Un em-ıdo de la censura se presentó en la casa con algu-ayudantes, y encontró á la mujer y á la madre de lerton apostadas de centinela á la puerta. Las mu-s conocieron al mensajero, se arrojaron sobre él, iéronle de los cabellos y se pusieron á dar voces de drones» y «Al asesino.» De este modo dieron la rma á Anderton. Ocultó los instrumentos de su io y, presentándose con aire tranquilo, se irritó el mensajero, con el censor, con el secretario y todos los representantes de la autoridad. Des-s de alguna resistencia fué reducido á prisión. gistraron su cuarto, y á primera vista, no se en-ıtró ninguna prueba de su culpabilidad. Mas no laron en descubrir, detrás de la cama, una puerta conducía á un oscuro gabinete, donde se en-ıtró una imprenta, tipos y montones de papeles ién impresos. Uno de estos papeles, titulado *Obser-iones sobre la confederación presente y la ú tima revolu-ı*, es tal vez el más furioso de todos los libelos obitas. En este folleto se acusa con toda gravedad Príncipe de Orange de haber hecho quemar vivos á ıcuenta soldados ingleses heridos. El principio do-nante de toda su conducta, decía el libelo, no es la nagloria, ni la ambición, ni la avaricia, sino el io mortal á los ingleses y el deseo de hacerlos des-aciados. Sigue luego excitando con vehemencia á nación, so pena de incurrir en los más severos cas-;os, á levantarse y emanciparse de esta plaga, de ta maldición, de este tirano, cuya depravación es , que difícilmente puede creerse que haya sido en-ndrado por una humana pareja. Se encontraron

mbién muchos ejemplares de otro papel no tan viru-
nto, pero tal vez más peligroso, titulado *La conquista
ancesa no es deseable ni practicable.* En este folleto tam-
én se exhortaba al pueblo á alzarse en insurrección.
segurábase que una gran parte del ejército estaba
n favor suyo. Las fuerzas del Príncipe de Orange se
ispersarían; él se daría por contento con escapar; y
e manifestaba irónicamente la caritativa esperanza
e que no sería necesario hacerle daño alguno, sino
olverlo á Loo, donde podría vivir rodeado de las co-
nodidades que tan caras habían costado á los in-
leses.

El Gobierno, provocado y alarmado por la virulencia
e los libelistas jacobitas, determinó imponer á An-
erton un castigo ejemplar. Fué acusado de alta trai-
ión y llevado á la barra del tribunal de Old Bailey.
reby, que era á la sazón Chief Justice del Tribunal de
erecho común, y Powell, que se había distinguido
onrosamente en el juicio de los obispos, se hallaban
n el banco de los jueces. Es lástima que no haya lle-
ado hasta nosotros ninguna relación minuciosa de
os testimonios, y que hayamos de contentarnos con
os fragmentos de noticias que pueden reunirse con
as contradictorias narraciones de escritores evidente-
nente parciales, intemperantes y de mala fe. La acu-
ación, sin embargo, aun se conserva; y los hechos
robados atribuídos al preso constituyen indudable-
nente delito de alta traición (1). El exhortar á súbdi-
os del reino á la rebelión y á deponer al Rey por
nedio de la violencia, y añadir á esta exhortación la
ase evidentemente irónica de que es de esperar que

(1) Es extraño que la acusación no se haya publicado en las
ausas de Estado de Howell. La copia que tengo á la vista fué
cada para sir James Mackintosh.

sea necesario hacerle sufrir mayor daño que el stierro, es seguramente un delito que el abogado ás enemigo de la Corte encontraría comprendido ntro del estatuto de Eduardo III. En este punto, ertamente, no parece que haya habido diferencia pareceres, ni durante el proceso ni después.

Negaba el reo que fuera él quien había impreso los elos. En este punto parece razonable que, una vez e los testimonios no han llegado hasta nosotros, mos crédito á los jueces y al jurado que oyeron declaraciones de los testigos.

Un argumento que habían suministrado á Anderton s consejeros, y que en los pasquines jacobitas de uel tiempo se presenta como incontestable, era que, mo el arte de la imprenta no se conocía en el reido de Eduardo III, el imprimir, no podía calificarse traición manifiesta, según el estatuto de aquel morca. Los jueces dieron muy poca importancia á este gumento, y seguramente su conducta está justifida. Porque es un argumento que llevaría á la consión de que no serían actos de traición declarada decapitar á un rey con una guillotina ó matarlo n un rifle Minié.

También se alegaba en favor de Anderton—y este indudablemente argumento muy digno de ser nido en cuenta—que se debía establecer diferencia tre el autor de un papel excitando á la traición y el e solamente lo imprime. El primero no podía ale- r ignorancia del significado de las palabras que él smo había elegido. Mas para el segundo muy bien día suceder que aquellas palabras careciera por npleto de sentido. Las metáforas, las alusiones, los stes, podrían estar por encima de su comprensión; nientras sus manos estaban ocupadas en manejar tipos, sus pensamientos podían estar fijos en cosas

in relación alguna con el manuscrito que tenía delante. Es, indudablemente, cierto, que puede no ser crimen imprimir lo que sería un gran crimen haber escrito. Pero esta cuestión es evidentemente de aquellas acerca de las cuales no puede establecerse ninguna regla general. Al jurado tocaba resolver si Anderton había contribuído sólo como mecánico á la difusión de una obra cuya tendencia no sospechaba, ó si, á sabiendas, había prestado su concurso para promover una rebelión; y el jurado podía razonablemente deducir de su cambio de nombre, del secreto con que trabajaba, de la estricta vigilancia de su mujer y de su madre, y de la furia con que aun en poder de la justicia había insultado al Gobierno, que no era instrumento inconsciente, sino cómplice inteligente y celoso de los traidores. Los doce miembros del jurado, después de mucho deliberar, informaron al tribunal que uno de ellos tenía algunas dudas; Treby y Powell las hicieron desaparecer con sus argumentos, y el jurado dió veredicto de culpabilidad.

La suerte del preso estuvo durante algún tiempo en suspenso. Los ministros esperaban que trataría de salvar su cabeza á costa de las cabezas de los libelistas que se habían servido de él. Pero su natural valor le mantuvo firme merced á los estimulantes espirituales que los teólogos *nonjurors* sabían administrar con tanta eficacia. Sufrió la muerte con fortaleza, y continuó insultando al Gobierno hasta el último instante. Los jacobitas clamaron sin rebozo contra la crueldad de los jueces que le habían juzgado y de la Reina que había permitido la ejecución, y con muy poca lógica, le representaban, al mismo tiempo, como un pobre artesano ignorante que no conocía la naturaleza ni la tendencia del acto por que fuera senten-

ado, y como un mártir que había dado la vida heicamente por el Rey desterrado y la perseguida lesia (1).

XVI.

Escritos y artificios de los jacobitas.

Mucho se equivocaban los ministros si creían que l castigo de Anderton serviría para impedir que otros nitaran su ejemplo. Su ejecución produjo varios lielos casi tan virulentos como aquellos por que fuera entenciado. Collier, en lo que él llamaba *Observaciones sobre la Gaceta de Londres*, se regocijaba con cruel legría de la matanza de Landen y de la vasta destrucción de mercancías inglesas en la costa de España (2).)tros escritores hacían los mayores esfuerzos por levantar motines entre la clase trabajadora. Porque era loctrina de los jacobitas que en cualquier lugar ó de cualquier manera que comenzase el desorden, era probable que terminase con la restauración. Una frase que, sin comentario, podrá parecer absurda, pero que en realidad tenía mucho sentido, se oía con frecuencia por este tiempo en boca de los jacobitas, y era ciertamente un santo y seña por el que se reconocían los miembros del partido. *Box it out; it will come to my father*. (Echadlo fuera de la caja; será para mi padre.) El oculto sentido de esta jerga era: «Sembrad la confusión en el país, y en último caso será necesario acudir al rey Jacobo» (3). El comercio no prosperaba,

(1) La mayor parte de las noticias que tenemos del proceso de Anderton se hallarán en las *Causas de Estado* de Howell.

(2) Aun se conservan las *Observaciones*, y merecen leerse.

(3) *Diario de Narciso Luttrell*.

muchos hombres laboriosos estaban sin trabajo. De quí que los poetas callejeros de los descontentos ompusieran canciones dirigidas á las clases necesi- idas. Se encontraron en casa de aquel cuákero que abía impreso la Declaración de Jacobo numerosos jemplares de una poesía popular exhortando á los te- dores á levantarse contra el Gobierno (1). Empleá- onse todas las artes para excitar el descontento en na clase mucho más formidable, los marineros; y esgraciadamente, los vicios de la administración ma- tima proporcionaban á los enemigos del Estado muy uena materia para encender los ánimos. Algunos arinos desertaron; otros se amotinaron; vinieron ego las ejecuciones, y siguieron nuevos romances folletos representando aquellas ejecuciones como árbaros asesinatos. De tal modo hicieron correr el umor de que el Gobierno había determinado defrau- ar á sus defensores del sueldo á tan duras penas ga- ado, que una numerosa multitud de mujeres de Vapping y Rotherhithe sitiaron el palacio de Whi- hall reclamando lo que se adeudaba á sus maridos. aría tuvo el buen sentido y la benignidad de ha- er que cuatro de aquellas importunas peticionarias ieran admitidas en la cámara donde estaba cele- rando Consejo. Oyó sus quejas, y les aseguró ella isma que el rumor que había producido su alarma ra infundado (2). Acercábase por entonces el día de

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

(2) Aún existe una hoja dirigida *A todos los caballeros mari- os que estén cansados de la vida*, y un romance en que se acusa los Reyes de crueldad con los marineros. «A ladrones, bandidos criminales diariamente conceden perdón. Sólo no hay piedad absoluto con los pobres marinos, cuando sólo por ellos ocupan trono de sus mayores.»
Narciso Luttrell refiere la escena de Whitehall.

ı Bartolomé; y la gran feria anual que hacía las
icias de los aprendices holgazanes y horrorizaba á
aldermen puritanos, se abrió en Smithfield con la
inaria pompa de enanos, gigantones y perros sa-
s, el hombre que tragaba fuego y el elefante que
gaba y disparaba un mosquete Pero de todos
espectáculos ninguno agradó tanto como una re-
sentación dramática que en concepción, ya que no
ejecución, tiene gran semejanza con aquellas in-
rtales obras maestras de ingenio en que Aristófa-
sacaba á la pública irrisión á Cleón y Lamaco.
de aquellos cómicos de la legua hacían de Kille-
w y Delaval. Los almirantes salían huyendo con
ı su escuadra delante de algunos piratas france-
y venían á refugiarse bajo los cañones de la To-
Hacia la parte del coro un payaso que expresaba
toda libertad su opinión respecto á la adminis-
ión marítima. Una multitud inmensa acudió á ver
extraña farsa. Aplaudíanla estrepitosamente; los
dimientos eran cuantiosos, y los saltimbanquis,
al principio no se atrevían á atacar más que á la
ichada é impopular dirección del Almirantaz-
envalentonados ahora con la impunidad y el
), é instigados y recompensados probablemente
personas de rango muy superior al suyo, comen-
ı á hacer alusiones á otros departamentos de la
inistración. Esta tentativa para resucitar la licen-
le la escena ateniense terminó pronto con la
ción de un fuerte cuerpo de alguaciles (*constables*)
se llevó presos á los actores (1). En tanto, las ca-
le Londres aparecían todas las noches cubiertas
critos sediciosos. En todas las tabernas se veía á
náticos partidarios del derecho hereditario andar

L'Hermitage, set. 5 (15), 1693; *Diario de Narciso Luttrell.*

ojeando con el vaso en la mano lleno de vino ó de ponch. Esta moda acababa de introducirse, y era asombro de los no iniciados ver que tan gran número de elegantes caballeros se hubieran quedado cojos repentinamente. Pero los que estaban en el secreto sabían que la palabra *limp* (cojo) era una palabra sagrada; que cada una de las cuatro letras que la componían era la inicial de un nombre augusto, y que el súbdito leal que cojeaba al tiempo de beber brindaba por Luis, Jacobo, María y el Príncipe (1).

No era sólo en la capital donde, por este tiempo, hacían los jacobitas alarde de su ingenio. Eran muy numerosos en Bath, donde el Lord Presidente Caermarthen trataba de restablecer su débil salud. Reuníanse todas las noches para dar serenata al Marqués, según decían. Es decir, se reunían bajo las ventanas del enfermo á cantar sátiras contra él (2).

XVII.

Conducta de Caermarthen.

Es circunstancia notable que, precisamente cuando el Lord Presidente era insultado en Bath por oran-

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

(2) *Diario de Narciso Luttrell.* En un folleto publicado por este tiempo, y titulado *Diálogo entre un whig y un tory*, el whig alude á «las públicas insolencias que se vieron en Bath con motivo de la derrota sufrida recientemente en Flandes.» El tory responde: «Yo no tengo que ver con lo que algunos exaltados borrachos pueden haber dicho ó hecho en Bath ó en cualquiera otra parte.» En la edición en folio de la *Colección de folletos políticos* se dice, por error, que este *Diálogo* fué impreso hacia el mes de noviembre de 1692.

ta, fuera considerado en Saint-Germain como firme
tidario de Jacobo. Cómo vino á tenérsele por tal,
cuestión harto dudosa. Algunos escritores son de
nión que, á semejanza de Shrewsbury, Russell,
dolphin y Marlborough, estaba en tratos con un
al mismo tiempo que comía el pan del otro. Pero
opinión no tiene en su apoyo pruebas suficientes.
rca de las traiciones de Shrewsbury, de Russell,
Godolphin y de Marlborough, tenemos una gran
tidad de testimonios, derivados de diferentes fuen-
y que comprenden varios años. Pero todas las
icias que poseemos acerca de los tratos de Caer-
then con Jacobo se contienen en un solo y breve
umento escrito por Melfort el 16 de octubre de 1693.
ste papel se deduce, con toda claridad, que el des-
ado Rey y sus ministros habían tenido noticias
les hacían considerar á Caermarthen como amigo.
no hay prueba alguna de que jamás le hubieran
ado como tal, ni antes ni después de aquel día (1).

El papel á que me refiero se encuentra entre los MSS.
ne, y se hallará en la Colección de Macpherson. Mr. Hallam,
insigne escritor, ha incurrido en esta parte en un error
raro en él. Dice que el nomb e de Caermarthen aparece
antemente mencionado entre los que Jacobo tenía por sus
es. Yo creo que los testimonios contra Caermarthen tienen
ipio y fin en la carta de Melfort que cité más arriba. Cierto
ntre los MSS. Nairne que publicó Macpherson existe una
anónima y sin fecha, en la cual es contado Caermarthen en-
s amigos de Jacobo. Pero esta carta en modo alguno es digna
dito. Su autor era evidentemente un insensato y exaltado
ta, que no sabía una palabra de la situación ni de las con-
es personales de ninguno de los hombres públicos que
ona. Incurre en groseros errores acerca de Marlborough,
phin, Russell, Shrewsbury y la familia de Beaufort En
ad, toda la composición es un tejido de desatinos.
e observarse que en la *Vida de Jacobo*, sacada de sus pape-
s seguridades de apoyo que recibió de Marlborough, Rus-
odolphin, Shrewsbury y otros hombres de nota son men-

Ėn realidad, la explicación más probable de este nisterio parece ser que Caermarthen fuera sondeado oor algún emisario jacobita mucho menos astuto que l, y que con objeto de penetrar hasta lo más íntimo os nuevos planes políticos de Middleton, fingiera star bien dispuesto en favor de la causa del Rey deserrado; que se hubiera enviado á Saint-Germain una elación exagerada del suceso, y que hubiera causado llí gran regocijo una conversión que, según pronto e vió, sólo había sido fingida. Extraño parece que, unque sólo fuera por un momento, haya parecido incera tal conversión. Estaba evidentemente en el nterés de Caermarthen defender á los Soberanos reiantes. Él era su primer ministro, mientras no podía sperar ser el primer ministro de Jacobo. No es casi oncebible que la parcialidad personal entrara por nucho en la conducta política de un viejo astuto uya ambición y codicia eran insaciables. Pero si al-una persona había capaz de inspirar afecto personal Caermarthen, era indudablemente María. Que él se ubiera comprometido seriamente en un complot ara destituirla, arriesgando la cabeza en caso de racasar, y con la seguridad de perder inmenso podeío y riqueza en caso de triunfo, era una leyenda denasiado absurda para encontrar crédito en otros que o fueran los desterrados.

Caermarthen tenía, ciertamente, en aquel momen-o, razones especiales para estar satisfecho del puesto ue ocupaba en los consejos de Guillermo y María. Iay razones muy poderosas para creer que, por este iempo, acumulaba ilícitas ganancias con una rapiez sin ejemplo, aun en su larga experiencia.

onadas con muy copiosos detalles. Pero no hay una palabra que dique que se recibieran nunca seguridades semejantes de Caerarthen.

XVIII.

Concesión de una nueva carta á la Compañía de la India Oriental.

La lucha entre las dos Compañías de la India Orien-
l fué, durante el otoño de 1693, más empeñada que
unca. La Cámara de los Comunes, viendo que la anti-
ua Compañía se mostraba obstinadamente refracta-
a á toda transacción, había pedido al Rey, poco antes
e la clausura de la legislatura anterior, que diera el
viso que, según las prescripciones de la carta, había
e preceder tres años á la abolición del privilegio.
hild y sus parciales comenzaron á alarmarse seria-
ente. Todos los días aguardaban recibir la temida
oticia, y, lo que aun era peor, no estaban seguros
e que no les quitaran su privilegio exclusivo sin
arles aviso alguno, pues por haber omitido inadver-
damente el pago del impuesto que recientemente
abían echado á sus fondos, en el plazo fijado por la
y, habian perdido el derecho á los privilegios de su
rta; y aun cuando en circunstancias ordinarias
ubiera parecido una crueldad por parte del Gobierno
rovecharse de semejante descuido, el público no
taba dispuesto á conceder á la antigua Compañía
ada más que lo estrictamente contenido en la letra
l privilegio. Todo estaba perdido si la carta no era
novada antes de la reunión del Parlamento. No hay
ada que los actos de la corporación eran todavía
rigidos por Child. Pero, al parecer, había advertido
ue su impopularidad perjudicaba los intereses con-
ados á su custodia, y trató, por tanto, de no atraer

; atención pública. Ocupaba su puesto, ostensible-
ıente, su pariente cercano sir Tomás Cook, uno de
›s principales comerciantes de Londres, y miembro
ɔl Parlamento por el distrito de Colchester. Los direc-
›res pusieron incondicionalmente á disposición de
ook los inmensos caudales que tenían en caja, y en
ɔco tiempo se gastaron cerca de cien mil libras
sterlinas en hacer sobornos en escala gigantesca. Qué
arte de esta enorme suma fué distribuída entre los
rincipales personajes de Whitehall, y qué parte fué
onsumida por los agentes intermedios, es todavía un
isterio. Sabemos, sin embargo, con certeza, que
nto Seymour como Caermarthen recibieron algunos
iles de libras esterlinas.

El efecto de estos sobornos fué que el Attorney
eneral recibiera órdenes de redactar una carta otor-
ando los antiguos privilegios á la antigua Compa-
a. Sin embargo, después de lo que había pasado en
Parlamento, ningún ministro podía aventurarse á
consejar á la Corona la renovación del monopolio
n limitación alguna. Los directores comprendieron
ıe no otra cosa podía hacerse, consintiendo con
pugnancia en aceptar la nueva carta, en condicio-
es que eran esencialmente las mismas que la Cámara
e los Comunes había sancionado.

Es probable que dos años antes semejante compro-
iso hubiera puesto término á la lucha que tenía
vidida la City. Pero un largo conflicto, en el cual
o se habían economizado las sátiras y calumnias,
abía contribuído á exaltar los ánimos. El clamor
e los comerciantes de Dowgate contra Leadenhall
treet, donde estaban las oficinas de la antigua Com-
añía, fué más imponente que nunca. Se organizó
na oposición; se firmaban peticiones, y en aquellas
eticiones se formulaba atrevidamente una doctrina

e hasta aquí habían tenido estudiadamente en
serva. Mientras hubo duda respecto al lado á que
inclinaría la regia prerrogativa, aquella prerroga-
a no había sido objeto de discusión. Mas tan pronto
vió que era probable que la antigua Compañía
tuviera una renovación del monopolio autorizada
n el Gran Sello, la nueva Compañía comenzó á
rmar con vehemencia que no se podía crear mono-
lio alguno como no fuese por acta del Parlamento.
Consejo privado, cuyo Presidente era Caermar-
en, después de oir los argumentos largamente
puestos por los abogados de ambas partes, decidió
cuestión en favor de la antigua Compañía, y
ndó que la carta fuera sellada (1).

XIX.

Regresa Guillermo á Inglaterra.—Triunfos militares de Francia.

Estaba por este tiempo el otoño muy avanzado, y
ejércitos de los Países Bajos se habían retirado á
rteles de invierno. El último día de octubre des-
barcó Guillermo en Inglaterra. El Parlamento iba
eunirse, y todo le hacía creer que la legislatura
ía todavía más borrascosa que la anterior. El pue-
estaba descontento, y no sin motivo. El año había
de astroso en todas partes para los aliados, no sólo
el mar y en los Países Bajos, sino también en Ser-
, en España, en Italia y en Alemania. Los turcos

(1) *Diario de varios sucesos notables relativos al comercio de India Oriental*, 1693.

habían obligado á los generales del Imperio á levantar el sitio de Belgrado. El Duque de Noailles, creado recientemente mariscal de Francia, había invadido Cataluña, apoderándose de la fortaleza de Rosas. Otro nuevo mariscal, el hábil y valiente Catinat, había descendido de los Alpes en el Piamonte, consiguiendo en Marsiglia una completa victoria sobre las fuerzas del Duque de Saboya. Es famosa esta batalla por ser la primera de una larga serie en que las tropas irlandesas rescataron el honor que la desgracia y la mala dirección les habían hecho perder en las guerras de su patria. Algunos de los desterrados de Limerick mostraron aquel día, bajo el estandarte de Francia, un valor que los hizo distinguir entre muchos millares de bravos soldados. Es de notar que aquel mismo día, un batallón de los perseguidos y expatriados hugonotes se mantuvo firme en medio del general desorden en torno del estandarte de Saboya, y pereció combatiendo desesperadamente hasta el último instante.

El Duque de Lorges había entrado en el Palatinado, que había ya sufrido dos devastaciones, y encontró que Turena y Duras le habían dejado algo que destruir. Heidelberg, que comenzaba á levantarse de entre sus ruinas, fué otra vez saqueada, pasados á cuchillo sus pacíficos ciudadanos, y sus mujeres é hijas miserablemente ultrajadas. Hasta los coros de las iglesias fueron manchados de sangre; arrancaron de los altares los copones y crucifijos; abrieron los sepulcros de los antiguos Electores, y los cadáveres, despojados de sus sudarios y ornamentos, fueron arrastrados por las calles. El cráneo del padre de la Duquesa de Orleáns fué hecho pedazos por los soldados de un príncipe en cuya espléndida corte era ella la principal dama.

Sin embargo, la vista perspicaz hubiera podido ad-
ertir que, á pesar de la desgracia que parecía perse-
uir á los confederados, la ventaja había estado real-
nente de su parte. La lucha no solamente era militar,
no también financiera. El Rey de Francia había
icho algunos meses antes que la última moneda de
ro sería la que vencería, y ahora comenzó á com-
render dolorosamente la verdad de lo que había di-
ho. No había duda que Inglaterra estaba duramente
gobiada por las cargas públicas; pero con todo, se
nantenía firme. En tanto Francia decaía rápida-
nente. Sus últimos esfuerzos habían sido excesivos
ara su resistencia, y la habían dejado agotada y
nervada.

Nunca habían desplegado sus gobernantes más in-
enio para inventar impuestos, ni mayor severidad
ara recaudarlos; pero ni el ingenio ni la severidad
u lieron reunir las sumas necesarias para otra cam-
aña como la de 1693. En Inglaterra la cosecha había
ido abundante. En Francia el trigo y el vino habían
ltado nuevamente. El pueblo, como de ordinario,
ulpaba de esto al Gobierno. El Gobierno, con ver-
onzosa ignorancia, ó más vergonzosa mala fe, trató
e dirigir la pública indignación contra los tratantes
n grano. Se publicaron decretos que parecían expre-
amente ideados para que la carestía se tornase en
ambre. Asegurábase á la nación que no había por
ué alarmarse, que la provisión de subsistencias era
nás que suficiente, y que la escasez era producida por
as infames artes de miserables que guardaban sus
rovisiones en la esperanza de realizar enormes ga-
ancias. Nombráronse comisarios encargados de ins-
eccionar los graneros, con autorización para enviar
l mercado todo el grano que no necesitaran para el
onsumo los propietarios. Semejante intervención

mentó, como era natural, el daño á cuyo remedio
encaminaba. Pero en medio de la general miseria
bo en un lugar favorecido artificial abundancia. El
ncipe más arbitrario debe necesariamente mirar
n cierto temor una inmensa cantidad de seres hu-
unos reunidos en la v cindad de su propio palacio.
nores semejantes á los que habían inducido á los
sares á sacar de Africa y Egipto los medios de sa-
r al populacho de Roma, indujeron á Luis XIV á
ravar la miseria de veinte provincias para no dis-
star á la población de una gran ciudad. Mandó dis-
buir pan en todas las parroquias de la capital á
nos de la mitad de precio. Los jacobitas ingleses
netieron la estupidez de elogiar la prudencia y hu-
nidad de esta disposición. La cosecha, decían, ha-
sido buena en Inglaterra y mala en Francia; y, sin
bargo, el pan estaba más barato en París que en
ndres; y la explicación era sencilla. Los franceses
ían un soberano cuyo corazón era francés, y que
aba por su pueblo con la solicitud de un padre,
entras que los ingleses tenían que sufrir un tirano
andés, que enviaba á Holanda el trigo de Inglate-
. Lo cierto es que una semana de gobierno pater-
como el de Luis XIV hubiera hecho que se levan-
a en armas toda Inglaterra, desde Northumberland
sta Cornwall. Para que hubiera abundancia en Pa-
la población de Normandía y de Anjou tenía que
ntentarse con ortigas. Para que hubiera tranquili-
l en París, los paisanos tenían que batirse con los
queros y las tropas á lo largo del Loire y del Sena.
ltitudes enteras huían de aquellos distritos rurales
nde se vendía el pan á cinco sueldos la libra, enca-
nándose al lugar feliz donde se tenía por dos suel-
. Fué necesario recurrir á la fuerza para hacer
roceder desde las barreras á las hambrientas mu-

edumbres, anunciando los más terribles castigos
ntra los que no se volvieran á sus casas á morir de
mbre tranquilamente (1).

Luis XIV comprendía que los esfuerzos de la última
mpaña eran superiores á lo que Francia podía re-
tir. Aun cuando se hubieran cogido trigo y vino en
undancia, no hubiera podido hacer en 1694 lo que
bía hecho en 1693; y era de todo punto imposible
e en una época de extremada miseria pudiera en-
r nuevamente al campo ejércitos más numerosos
todos los puntos que los ejércitos de la coalición.
evas conquistas no había que esperarlas. Bastante
ía que el devastado y exhausto país, cercado por
as partes de enemigos, sostuviera una guerra de-
siva sin sufrir ningún desastre. Un político tan
bil como el Rey de Francia no podía menos de com-
nder que, para él, sería ventajoso tratar con los
dos mientras duraba el recuerdo de los gigan-
cos esfuerzos que su reino acababa de hacer, y
es que fuera visible el estrago que habían produ-
o aquellos esfuerzos.

esde hacía largo tiempo se comunicaba por varios
ductos con algunos miembros de la confedera-
, y trataba de inducirlos á que se separasen de
demás. Pero aun no había hecho indicación al-
a encaminada á una pacificación general, pues
a que no podría haber pacificación general mien-
no estuviera dispuesto á abandonar la causa de
bo y á reconocer á los Príncipes de Orange como
es de Inglaterra. Este era, en realidad, el punto
ue todo dependía. No carecían, ciertamente, de

Véase el *Monthly Mercury* y la *London Gazette* de setiem-
octubre, noviembre y diciembre de 1693; Dangeau, setiem-
y 27, octubre 21, noviembre 21; el *Precio de la Abdicación*.

importancia cuestiones como la de resolver lo que hubiera de hacerse con aquellas grandes fortalezas de que injustamente se había apoderado el Monarca francés en tiempo de paz, anexionándolas á su imperio: Luxemburgo, que dominaba el Mosela, y Strasburgo que dominaba el alto Rhin; lo que hubiera de hacerse de las plazas que últimamente había ganado en guerra abierta: Philipsburg, Mons y Namur, Huy y Charleroi; qué frontera habría de darse á los Estados Generales; en qué condiciones sería devuelta la Lorena á sus duques hereditarios. Pero la cuestión más importante era si Inglaterra había de ser, como en tiempo de Jacobo, una dependencia de Francia, ó, como venía siendo con Guillermo y María, una potencia de primer orden. Si Luis XIV deseaba realmente la paz, tenía que obligarse á reconocer á los Soberanos á quienes tantas veces había calificado de usurpadores. ¿Estaba dispuesto á reconocerlos? Su superstición, su orgullo, sus miramientos con los infelices desterrados que lloraban su suerte en Saint-Germain, su antipatía personal al infatigable é invencible adversario que constantemente se había interpuesto en su camino desde hacía veinte años, estaban de una parte; sus intereses y los de su pueblo estaban de la otra. Debía comprender que no podía subyugar á los ingleses, que finalmente tenía que dejarles elegir el gobierno que quisieran, y que era mejor hacer desde luego lo que, al fin, se vería obligado á hacer. Sin embargo, no pudo resolverse por de pronto á hacer una cosa que tanto le desagradaba. Entabló, no obstante, una negociación con los Estados Generales por medio de Suecia y Dinamarca, y envió un comisario confidencial á conferenciar en secreto en Bruselas con Dykvelt, que poseía la entera confianza de Guillermo. Discutieron largamente al-

unos puntos de importancia secundaria; pero la
iestión principal continuó en el mismo estado. I l
gente francés empleó en la conversación particular
xpresiones que indicaban claramente que el Go-
erno que representaba estaba dispuesto á recono-
r á Guillermo y María; pero no se le pudo arran-
r ninguna declaración formal. Justamente por el
ismo tiempo informaba el Rey de Dinamarca á los
iados de que negociaba para conseguir de Francia
ie no insistiera en la restauración de Jacobo como
ndición indispensable para la paz, pero no decía
ie sus esfuerzos habían sido ya coronados por el
ito. En tanto, Avaux, que era embajador en Stoc-
olmo, informaba al Rey de Suecia de que por ha-
r sido ultrajada la dignidad de todas las testas
ronadas en la persona de Jacobo, el Rey Cris-
nísimo estaba seguro de que no sólo las poten-
as neutrales, sino también el Emperador, tratarían
encontrar algún expediente para remover tan
ave causa de discordia. El expediente á que Avaux
refería consistía indudablemente en que Jacobo
nunciara sus derechos, y que el Príncipe de Gales
era enviado á Inglaterra, educado en la religión
otestante, adoptado por Guillermo y María, y de-
rado su heredero. Probablemente Guillermo no
biera tenido objeción personal que oponer á seme-
te arreglo. Pero podemos estar seguros de que
nca hubiera consentido en admitirlo como condi-
n de la paz con Francia. Quién hubiera de reinar
Inglaterra, era una cuestión que sólo Inglaterra
día decidir (1).

) Correspondencia de Guillermo y Heinsius. Nota danesa de
21) dic. de 1693. La nota entregada entonces por Avaux al Go-
rno sueco se hallará en la Colección de Lamberty y en las
noires et Négotiations de la Paix de Ryswick.

Bien podía sospecharse que una negociación conducida de esta manera iba encaminada tan solo á dividir á los confederados. Guillermo comprendió toda la importancia del momento. No tenía, tal vez, la vista del gran capitán para todas las vicisitudes de una batalla. Pero sí tenía, en grado de perfección suma, el golpe de vista del gran político para todas las vicisitudes de una guerra. El hecho de que Francia se hubiera decidido, por fin, á hacerle proposiciones, era para él suficiente prueba de que se sentía agotada y decadente. El que aquellas proposiciones fueran hechas con extremada repugnancia y vacilación, demostraba que no era todavía el momento de hacer la paz en buenas condiciones. Vió que el enemigo comenzaba á ceder terreno, y que esta era la ocasión de tomar la ofensiva, de seguir adelante, de lanzar al ataque todas las reservas. Pero no era él quien había de decidir si había de aprovecharse ó se dejaría perder la oportunidad. El Rey de Francia podía hacer levas de tropas y exigir impuestos sin otra limitación que las que las leyes de la naturaleza imponen al despotismo. Pero el Rey de Inglaterra no podía hacer nada sin el apoyo de la Cámara de los Comunes; y si bien la Cámara de los Comunes le había sostenido hasta con celo y liberalidad, no era un cuerpo en quien pudiera confiar. La Cámara de los Comunes se hallaba en una situación que llenaba de inquietud y alarma á los más sagaces políticos de aquel tiempo. Era para inspirar serios temores un poder que, como sus caprichos, no tenía límites. La suerte de todo el mundo civilizado dependía de la votación de los representantes del pueblo inglés; y no había hombre público que pudiera aventurarse á decir con confianza lo que aquellos representantes podrían votar en el espacio de veinti-

cuatro horas (1). Guillermo comprendía dolorosamente que no era casi posible que el príncipe que dependía de una Asamblea tan violenta unas veces, y otras tan indolente, pudiera hacer nada grande. Es lo cierto que si bien ningún soberano contribuyó tanto á asegurar y extender el poder de la Cámara de los Comunes, ningún soberano tampoco le profesó menos cariño. Y no es extraño, porque veía aquella Cámara en las peores circunstancias. Veíala cuando acababa de adquirir el poder sin haber adquirido todavía la gravedad propia de un senado. En sus cartas á Heinsius quéjase perpetuamente de la interminable charla, de las luchas de las facciones, de la inconstancia, de la dilación de aquel cuerpo á quien su situación le obliga á tratar con deferencia. Sus quejas en modo alguno eran infundadas; pero no había descubierto la causa ni la curación del mal.

XX.

Necesidad de un ministerio en un gobierno parlamentario.

La verdad era que el cambio operado por la revolución en la situación de la Cámara de los Comunes, había hecho necesario otro cambio que aun no se había efectuado. Había gobierno parlamentario, pero no había ministerio; y sin ministerio, la acción de un

(1) «Sir Juan Lowther dice que nadie puede saber un día dado lo que la Cámara de los Comunes hará el siguiente: en lo cual todos convienen con él.» Estas notables palabras fueron escritas por Caermarthen en el margen de un papel escrito por Rochester, fechado en agosto de 1692. Dalrymple, apéndice á la parte II, capítulo VII.

gobierno parlamentario, tal como el nuestro, debe ser siempre mudable é insegura.

Es parte esencial de nuestras libertades que la Cámara de los Comunes pueda intervenir en todos los departamentos de la administración. Y sin embargo, es evidente que una multitud de quinientas ó seiscientas personas, aun cuando intelectualmente fueran muy superiores á los miembros del mejor Parlamento, aunque cada uno de ellos fuera un Burleigh ó un Sully, no serviría para ejercer funciones ejecutivas. Hase dicho con exactitud que toda reunión numerosa de seres humanos, por refinada que sea su educación, tiene una fuerte tendencia á convertirse en una multitud; y un país cuyo Supremo Consejo Ejecutivo está formado por una multitud, se encuentra, á no dudar, en situacion peligrosa.

Felizmente se encontró la manera de que la Cámara de los Comunes pudiera ejercer influencia suprema en el Gobierno Ejecutivo sin asumir aquellas funciones que nunca pueden ser bien desempeñadas por un cuerpo tan numeroso y compuesto de tan varios elementos. Una institución que no existía en tiempo de los Plantagenets, de los Tudors ni de los Estuardos, una institución no reconocida por la ley, una institución no mencionada en ningún estatuto, institución de la cual no se ocuparon escritores como De Lolme y Blackstone, comenzó á existir pocos años después de la revolución, creció rápidamente en importancia, se estableció con firmeza, y es ahora parte casi tan esencial de nuestro sistema político como el mismo Parlamento. Esta institución es el ministerio.

El ministerio es, en realidad, un comité compuesto de miembros principales de las dos Cámaras. Es nombrado por la Corona; pero consta exclusivamente

de hombres de Estado cuyas opiniones, en las cuestiones interesantes del día, convienen, en lo esencial, con las opiniones de la mayoría de la Cámara de los Comunes. Entre los miembros de este comité se distribuyen los principales departamentos de la administración. Cada ministro dirige la marcha ordinaria de los negocios del suyo, independientemente de sus colegas. Pero los negocios más importantes, y especialmente aquellos que pueden ser objeto de discusión en el Parlamento, son sometidos á la consideración de todo el ministerio. En el Parlamento, los ministros estan obligados á obrar como un solo hombre en todas las cuestiones relativas al gobierno ejecutivo. Si uno de ellos disiente de los demás en una cuestión tan importante que toda transacción sea imposible, está obligado á retirarse. Mientras los ministros conservan la confianza de la mayoría parlamentaria, esta mayoría los sostiene contra la oposición, y rechaza toda moción que les sea desfavorable ó que pueda embarazar la marcha del gobierno. Si pierden esta confianza; si la mayoría parlamentaria no está satisfecha de la manera como se distribuye la protección, del empleo de la prerrogativa de gracia, de la dirección de los negocios extranjeros, de la dirección de una guerra, la solución es sencilla. No es necesario que los Comunes se encarguen de la administración, que soliciten de la Corona que haga obispo á este, y juez á aquel; que perdone á un criminal y haga ejecutar á otro, que negocie un tratado sobre una base particular ó que envíe una expedición á un lugar determinado. No tienen más que declarar que han retirado su confianza al ministerio y pedir un ministerio en quien puedan confiar.

Por medio de ministerios así constituídos, y reemplazados de este modo, ha sido dirigido el gobierno

inglés, durante largo tiempo, de conformidad, en general, con la opinión deliberada de la Cámara de los Comunes; y sin embargo, ha estado maravillosamente exenta de los vicios que son característicos en gobiernos administrativos por grandes, tumultuosas y divididas asambleas. Algunas personas distinguidas, cuyas opiniones convienen en lo esencial, son al mismo tiempo los consejeros confidenciales del Soberano y de los Estados del Reino. En el Gabinete, hablan con la autoridad de hombres que ocupan alto puesto en la estimación de los representantes del pueblo. En el Parlamento, hablan con la autoridad de hombres versados en los grandes negocios y familiarizados con todos los secretos del Estado. De este modo, el Gabinete tiene algo del carácter popular de un cuerpo representativo, y el cuerpo representativo tiene algo de la gravedad de un Gabinete.

Algunas veces el estado de los partidos es tal que no se pueden reunir algunas personas que posean la plena confianza y firme apoyo de la mayoría de la Cámara de los Comunes. Cuando esto sucede, el ministerio tiene que ser débil; y es probable que haya una rápida sucesión de ministerios, débiles todos. En tales ocasiones la Cámara de los Comunes ofrece un espectáculo que ninguna persona amante del gobierno representativo puede contemplar sin inquietud, espectáculo que nos permite formar ligera idea del estado de aquella Cámara durante los primeros años del reinado de Guillermo. La idea que así formamos es muy pálida, porque el ministerio más débil tiene gran poder como regulador de los actos del Parlamento, y en los primeros años del reinado de Guillermo no había ministerio en absoluto.

XXI.

Fórmase gradualmente el primer ministerio.

Ningún escritor ha intentado todavía trazar el progreso de esta institución, la cual es indispensable para la acción armónica de nuestras otras instituciones. El primer ministerio fué obra, parte de mera casualidad, y parte de sabiduría, no, sin embargo, de aquella altísima sabiduría relacionada con los grandes principios de filosofía política, sino de aquella otra de más baja esfera que satisface las exigencias del día con expedientes que no tienen tampoco otro objeto. Ni Guillermo ni el más ilustrado de sus consejeros comprendió plenamente la naturaleza é importancia de aquella sorda revolución—pues no fué sino una revolución—que comenzó á fines de 1693 y se completó á fines de 1696. Pero todos pudieron advertir que, á fines de 1693, los principales empleos del gobierno estaban distribuídos equitativamente entre los dos grandes partidos; que los hombres que desempeñaban aquellos empleos estaban continuamente conspirando unos contra otros, arengando unos contra otros, presentando votos de censura, formulando artículos de acusación, y que en la Cámara de los Comunes no había orden, ni medio de entenderse ni de manejarla. En cambio, todos pudieron advertir que á fines de 1696, los principales servidores de la Corona eran whigs que estaban estrechamente unidos por vínculos públicos y privados, y prontos á defenderse mutuamente contra todo ataque, y que la mayoría de la Cámara de los Comunes estaba formada en buen

orden bajo aquellos jefes, y había aprendido á moverse como un solo hombre á la voz de mando. La historia del período de transición y de los pasos por los cuales se efectuó el cambio es, en alto grado, curiosa é interesante.

XXII.

Sunderland.

El hombre de Estado que tuvo parte principal en la formación del primer ministerio inglés había sido conocidísimo en otro tiempo; pero desde hacía mucho se había ocultado á las miradas del público, y sólo recientemente habia salido de la oscuridad en la que era de creer que hubiera pasado el resto de una existencia llena de ignominia y de desastres. Durante aquel período de general terror y confusión que sucedió á la fuga de Jacobo, Sunderland había desaparecido. En esto anduvo acertado, pues de todos los agentes del gobierno caído, con la sola excepción de Jeffreys, él era el más aborrecido de la nación. Pocos sabían que Sunderland había votado en secreto contra el despojo de Magdalene College y la persecución de los obispos; pero todos sabían que había firmado muchos documentos que dispensaban del cumplimiento de los Estatutos, que había formado parte de la Comisión Eclesiástica, que se había hecho ó fingido hacer papista, que pocos días después de su apostasía se había presentado en la Gran Sala de Westminster como testigo contra los oprimidos padres de la Iglesia. Cierto que había reparado muchos de sus crímenes con un crimen más bajo que todos los demás. Tan

pronto hubo motivos para creer que el día de la liberación y la venganza se acercaba, había ganado su indulto con una habilísima y oportuna traición. En los tres meses que precedieron á la llegada de la escuadra holandesa á Torbay, había prestado á la causa de la libertad y de la religión protestante servicios cuya infamia ó cuya utilidad no es posible ponderar con exceso. Á él se debe principalmente que, en el momento más crítico de nuestra historia, no amenazase la frontera bátava un ejército francés, ni vigilase una escuadra francesa la costa de Inglaterra. Guillermo no podía, sin atentar al propio honor, negar protección á aquel de quien no había tenido escrúpulo en servirse. No era, sin embargo, empresa fácil, aun para Guillermo, salvar aquella cabeza criminal de la primera explosión del furor popular, porque hasta los políticos exaltados de ambos partidos sólo convenían en clamar venganza del renegado. Odiábanle los whigs como el más vil de cuantos esclavos habían servido al gobierno anterior, y los jacobitas como al más vil de los traidores que lo habían derribado. Si hubiera permanecido en Inglaterra, hubiera muerto probablemente por mano del verdugo, caso de que aun al verdugo no se hubiera anticipado el populacho. Pero en Holanda, un emigrado político, protegido por el Estatuder, podía esperar que le dejarían vivir tranquilo, y á Holanda huyó Sunderland, disfrazado, según dicen, de mujer y acompañado de su esposa. En Rotterdam, ciudad devota de la casa de Orange, se creyó seguro. Pero los magistrados no estaban en todos los secretos del Príncipe, y algunos ingleses entrometidos les aseguraron que S. A. vería con placer la noticia de la detención del perro papista, del Judas cuya aparición en el cadalso era impacientemente esperada por todo

Londres. Sunderland fué arrojado en una prisión donde permaneció hasta que llegó de Whitehall la orden de ponerle en libertad. Pasó entonces á Amsterdam, y allí mudó otra vez de religión. Su segunda apostasía edificó á su esposa tanto como la primera había edificado á su amo. La Condesa escribió asegurando á sus piadosos amigos de Inglaterra que el pobre corazón de su caro señor había sido al fin realmente tocado de la divina gracia, y que en medio de todas sus aflicciones era para ella un consuelo verle tan verdaderamente convertido. Nosotros, sin embargo, podemos, sin faltar á la caridad cristiana, sospechar que él seguía siendo el mismo falso é insensible Sunderland que pocos meses antes había horrorizado á Bonrepaux negando la existencia de Dios, y que al mismo tiempo había ganado el corazón de Jacobo fingiendo creer en la transustanciación. Al poco tiempo publicó el desterrado una vindicación de su conducta. Después de examinarla, sólo resulta la confesión de que había cometido una serie de crímenes con objeto de ganar el favor de Jacobo, y otra serie de crímenes para no verse envuelto en su ruina. El autor concluye anunciando su intención de consagrar el resto de su vida á la oración y la penitencia. Pronto se retiró de Amsterdam á Utrecht, donde se hizo notar por su regular y devota asistencia á las ceremonias del culto hugonote. Si hubiéramos de dar crédito á sus cartas y á las de su esposa, había renunciado para siempre á la ambición. Cierto que suspiraba porque se le permitiera volver del destierro, no para poder gozar otra vez y dispensar los favores de la Corona, no para ver pobladas nuevamente sus antecámaras por el diario enjambre de pretendientes, sino para poder ver otra vez el césped, los árboles y los cuadros de familia de su casa de campo. Su único

deseo era que le permitieran acabar su turbulenta vida en Althorpe; y consentía en perder la cabeza, si alguna vez salía más allá de los linderos de su parque (1).

Mientras la Cámara de los Comunes que había sido elegida durante el interregno, se ocupaba activamente en la obra de proscripción, él no podía presentarse en Inglaterra. Pero cuando aquella asamblea cesó de existir, ya se consideró seguro. Regresó pocos días después de haberse puesto el acta de gracia sobre la mesa de los Lores. Excluyósele nominalmente de los beneficios de aquella ley; pero ya sabía él que no tenía nada que temer. Fué secretamente á Kensington, siendo recibido en el gabinete del Rey, donde permaneció dos horas, y después se retiró á su casa de campo (2).

Durante muchos meses vivió en completo aislamiento y sin tener residencia en Londres. Una vez, en la primavera de 1691, con gran asombro del público, se dejó ver en el círculo de la Corte y obtuvo grata acogida (3). Temía, al parecer, que si volvía á presentarse en el Parlamento le hicieran sufrir algún grosero insulto. Así, pues, muy prudentemente, se presentó en Westminster en la época del año de menos movimiento, en ocasión en que las Cámaras estaban cerradas de orden del Rey y en que se reunían con el solo propósito de prorrogar la clausura. Sunderland no tuvo tiempo más que de presentarse, prestar los juramentos, firmar la declaración contra la transustanciación y ocupar otra vez su

(1) Véase la famosa relación de Sunderland que se ha publicado muchas veces, y las cartas de su esposa que están en los papeles de Sidney, publicados por el difunto Sergeant Blencowe.

(2) Van Citters, mayo 6 16), 1690.

(3) Evelyn, abril 21, 1691.

asiento. Ninguno de los pocos Lores que estaban presentes tuvo oportunidad de hacer ninguna observación (1). Hasta el año de 1692 no empezó Sunderland á asistir con regularidad. No hablaba nunca, pero tampoco había hablado en numerosas asambleas, aun en la época en que se hallaba en el zenit del poder. No tenía condiciones oratorias. El arte en que á todos aventajaba era el arte de los murmullos. Su tacto, la prontitud con que conocía las debilidades de los demás, sus maneras cariñosas, su poder de insinuación, y sobre todo, su aparente franqueza, le hacían irresistible en la conversación privada. Por medio de estas cualidades había gobernado á Jacobo y aspiraba ahora á gobernar á Guillermo.

El gobernar á Guillermo no era, en verdad, cosa fácil. Pero Sunderland logró alcanzar tal medida de favor é influencia, que excitó gran sorpresa y alguna indignación. Es lo cierto que difícilmente se encontraría inteligencia bastante poderosa para resistir al encanto de su conversación y de sus maneras. Nadie se resiste á creer en la gratitud y adhesión, aun de la persona más indigna, á quien haya hecho grandes beneficios. No debe, pues, parecer extraño, que el más hábil de los aduladores haya sido escuchado con favor cuando con todas las muestras exteriores de profunda emoción pedía permiso para dedicar todas sus facultades al servicio del generoso protector á quien debía hacienda, libertad y vida. No hay que creer, sin embargo, que el Rey se dejara engañar. Puede haber creído con razón que, aunque se debía poner poca confianza en las protestas de Sunderland, debía ponerse mucha confianza en su situación; y la verdad es que Sunderland resultó, en lo esencial, servidor

(1) *Lords' Journals*, abril 28, 1693.

mucho más fiel de lo que hubiera podido serlo un hombre mucho menos depravado. Cierto que hizo con profundo secreto algunas tímidas indicaciones para llegar á una reconciliación con Jacobo. Pero puede afirmarse confiadamente que aun cuando aquellas indicaciones hubieran sido bien recibidas, y parece que lo fueron muy mal, el dos veces renegado no hubiera prestado nunca ningún servicio importante á la causa jacobita. Bien sabía que había hecho lo que en Saint-Germain sería mirado como delito inexpiable. No era sólo el haber sido traidor é ingrato. Traidor é ingrato había sido Marlborough, y sin embargo fuera perdonado. Pero Marlborough no había cometido la impía hipocresía de fingir todas las muestras exteriores del converso. Marlborough no había fingido dejarse convencer por los argumentos de los jesuitas, ni sentirse tocado de la divina gracia, ni había suspirado por la unión con la única Iglesia verdadera. Marlborough, cuando el papismo estaba en su apogeo, no se había persignado, ni había ido á confesarse, ni hecho penitencia, ni comulgado en una especie, y cuando había llegado el cambio de fortuna, no había vuelto á apostatar, proclamando á la faz del mundo que cuando se arrodillaba en el confesonario y cuando recibía la hostia, se estaba burlando del Rey y de los sacerdotes. El crimen de Sunderland no podía ser nunca perdonado por Jacobo; y un crimen que no podía ser nunca perdonado por Jacobo era, en cierto modo, una recomendación para Guillermo. La Corte y, lo que aun era más, el Consejo, estaban llenos de personas que podían esperar crecer si Jacobo era restablecido en el trono. Pero Sunderland no había dejado puerta abierta para la retirada. Había roto detrás de sí todos los puentes. Había sido tan falso con una parte, que por necesidad tenía que ser leal con la

otra. No hay razón para dudar de que, en lo principal, fuera leal al Gobierno que ahora le protegía; y siendo leal no podía menos de ser útil. En cierto modo era eminentemente apto para consejero de la Corona en aquella ocasión. Tenía exactamente los talentos y los conocimientos que Guillermo necesitaba. Los dos juntos hubieran hecho un consumado estadista. El amo era capaz de formar y ejecutar grandes designios, pero descuidaba aquellas pequeñas artes en que el servidor sobresalía. El amo veía más allá que los demás hombres; pero lo que estaba cerca no lo veía nadie con tanta claridad como el servidor. El amo, aunque profundamente versado en la política de la gran comunidad de naciones, nunca comprendió bien la política de su propio reino. El servidor estaba perfectamente al cabo del temperamento y organización de los partidos ingleses, así como de los lados fuertes y débiles del carácter de todo inglés de nota.

Á principios de 1693 corrió el rumor de que Sunderland era consultado en todas las cuestiones importantes relativas á la administración interior del reino; y este rumor cobró fuerza cuando se supo que había venido á Londres en el otoño, antes de la reunión del Parlamento, y que había alquilado un gran palacio cerca de Whitehall. Los políticos de café aseguraban confiadamente que iba á ser nombrado para algún alto empleo. Mas, por lo pronto, tuvo la discreción de contentarse con la realidad del poder, dejando á otros la apariencia (1).

---

(1) L'Hermitage, set. 19 (29), oct. 2 (12), 1693.

XXIII.

Aconseja Sunderland al Rey que dé la preferencia á los whigs.—Razones para preferirlos.

Era su opinión que mientras el Rey tratase de contraponer uno á otro los dos grandes partidos, y dividir entre ellos igualmente su favor, ambos se considerarían tratados con injusticia y ninguno de los dos prestaría al Gobierno aquel cordial y firme apoyo que era ahora tan necesario. S. M. debía resolverse á dar á uno ú otro marcada preferencia, y había tres razones poderosas para dar la preferencia á las whigs.

En primer lugar, los whigs eran, en principio, afectos á la dinastía reinante. A sus ojos, la revolución había sido, no sólo necesaria, no sólo justificable, sino un acontecimiento feliz y glorioso. Había sido el triunfo de su teoría política. Cuando juraban obediencia á Guillermo, juraban sin escrúpulo ni reserva; y distaban tanto de tener duda alguna acerca de su título, que lo consideraban el mejor de todos. Los toríes, por otra parte, desaprobaban, en general, el acuerdo de la convención que le había puesto en el trono. Algunos eran jacobitas de corazón, y le habían prestado el juramento de obediencia sólo para poder hacerle más daño. Otros, aunque creían que era su deber obedecerle como rey de hecho, negaban que lo fuera de derecho, y si le eran leales, éranlo sin entusiasmo. No podía, pues, tener duda acerca de cuál de los dos partidos era el que más confianza debía inspirarle.

En segundo lugar, respecto al punto especial en que el Rey tenía puesto ahora todo su empeño, los whigs estaban dispuestos, como partido, á prestarle todo su apoyo, y los toríes, como partido, se inclinaban á combatirle. Era, por este tiempo, objeto preferente de la atención pública la cuestión de cómo debía continuarse la guerra. A esta cuestión daban los dos partidos solución muy diferente. Desde hacía muchos meses crecía entre los toríes la opinión de que la política de Inglaterra debía ser exclusivamente insular; que debía dejar la defensa de Flandes y del Rhin á los Estados Generales, á la casa de Austria y á los Príncipes del Imperio; que debía continuar vigorosamente por mar las hostilidades, conservando sólo un ejército que con ayuda de la milicia fuera suficiente para rechazar una invasión. Era evidente que en caso de adoptar este sistema, podrían reducirse en el acto aquellos impuestos que más agobiaban á la nación. Pero los whigs mantenían que esta mejora costaría muy cara. Hallábanse entonces en Flandes muchos millares de bravos soldados ingleses. Sin embargo, los aliados no habían podido impedir que los franceses se apoderasen de Mons en 1691, de Namur en 1692, de Charleroi en 1693. Si se retiraban las tropas inglesas, era seguro que Ostende, Gante, Lieja, Bruselas, caerían en poder del enemigo. Los Príncipes alemanes se apresurarían á hacer la paz, separadamente. Los Países Bajos españoles serían, tal vez, anexionados á la monarquía francesa. Las Provincias Unidas correrían otra vez tan gran peligro como en 1672, y aceptarían cualesquiera condiciones que Luis XIV quisiera dictar. En pocos meses quedaría en libertad de lanzar todas sus fuerzas contra nuestra isla. Entonces sobrevendría una lucha de vida ó muerte. Era muy de esperar que pudiera-

mos defender nuestro suelo aun contra el general y el ejército que habían ganado la batalla de Landen. Pero la lucha debía ser larga y empeñada. ¡Cuántos fértiles condados se convertirían en desiertos, cuántas ciudades florecientes serían reducidas á cenizas, antes que los invasores fueran destruídos ó expulsados! Una campaña triunfante en Kent y Middlesex empobrecería más á la nación que diez campañas desastrosas en Brabante. Es de notar que esta disputa entre los dos grandes partidos fué resucitada con toda regularidad durante setenta años, todas las veces que nuestro país estuvo en guerra con Francia. Que Inglaterra no debía nunca intentar grandes operaciones militares en el Continente, siguió siendo artículo fundamental de la doctrina de los toríes, hasta que la Revolución francesa produjo un cambio completo en sus sentimientos (1). Como el principal objeto de Guillermo era abrir la campaña de 1694, en Flandes, con un inmenso alarde de fuerza, veíase con bastante claridad de qué lado debía inclinarse para encontrar la ayuda que necesitaba.

En tercer lugar, los whigs eran el partido más fuerte del Parlamento. Cierto que las elecciones generales de 1690 no les habían sido favorables. Durante algún tiempo habían estado en minoría; pero desde entonces, habían ido ganando terreno constantemente; formaban ahora la mitad de la Cámara baja, y su fuerza efectiva era aún superior á lo que su

(1) Es divertido ver cómo aparecen las ideas toríes de Johnson donde menos se podría esperar. Hastings dice en la Parte Tercera de Enrique II: «Que Dios y los mares guarden nuestras espaldas; los mares que Él nos ha dado como defensa inexpugnable, y con su sola ayuda tratemos de defendernos.» «Este—dice Johnson en una nota—ha sido el sentir de todo el que en cualquier tiempo ha entendido y favorecido los intereses de Inglaterra.»

número podía indicar, porque en energía, actividad y disciplina eran decididamente superiores á sus contrarios.

XXIV.

Jefes del partido whig.—Russell.

No era, en verdad, su organización tan perfecta como lo fué posteriormente; pero ya habían comenzado á seguir las inspiraciones de un pequeño grupo de hombres distinguidos, grupo que mucho después alcanzó gran fama con el nombre de *la Junta*. No hay, tal vez, en la historia antigua ni moderna, nada comparable á la autoridad ejercida por este Consejo durante veinte años de turbulencias, sobre el partido whig. Los hombres que adquirieron aquella autoridad en tiempo de Guillermo y María, continuaron poseyéndola sin interrupción, en el poder y fuera del poder, hasta que Jorge I ocupó el trono.

Uno de estos hombres era Russell. De sus vergonzosos tratos con la corte de Saint-Germain poseemos pruebas que no dejan lugar á duda. Pero semejantes pruebas no fueron conocidas del público hasta muchos años después de su muerte. Si corrían rumores de su crimen, eran rumores vagos y poco verosímiles; no se fundaban en testimonio alguno; no se podían referir á ninguna autoridad digna de crédito, y muy bien podían ser mirados por sus contemporáneos como calumnias de los jacobitas. Pero lo que no ofrecía duda era que descendía de una ilustre casa, que había hecho y sufrido grandes cosas por la libertad y por la religión protestante, que había

firmado la Invitación de 30 de junio, que había desembarcado con el libertador en Torbay, que en todas ocasiones había hablado y votado en el Parlamento como celoso whig, que había ganado una gran victoria, que había salvado su país de una invasión, y que desde que había dejado el Almiranztago todo había ido de mal en peor. No debe, pues, maravillarnos que ejerciera sobre su partido influencia considerable.

XXV.

Somers.

Pero el hombre principal entre los miembros de la Junta, y en ciertos respectos el primer hombre de aquel siglo, fué Somers, el Lord Guardasellos. Era jurisconsulto tan eminente como político, orador tan eminente como escritor. Sus discursos se han perdido, pero quedan sus papeles de Estado, que son modelos de elevada, tersa y luminosa elocuencia. Había dejado una gran reputación en la Cámara de los Comunes, donde durante cuatro años se le había oído siempre con placer; y los diputados whigs todavía le consideraban como su caudillo y continuaban reuniéndose en su casa. En el alto puesto á que recientemente había sido ascendido, se había portado de manera que al cabo de muy pocos meses, hasta el espiritu de partido y la envidia habían cesado de murmurar de su elevación. Reunía, en verdad, todas las cualidades de un gran juez: entendimiento claro, pronto y agudo, diligencia, integridad, suavidad, paciencia. Su moderación en el Consejo, moderación

que llegaba á un grado que rara vez se encuentra en hombres de talento tan perspicaz y de opiniones tan decididas, le valió la autoridad de un oráculo. La superioridad de sus facultades aparecía con igual claridad en los círculos privados. Realzaba el encanto de su conversación la franqueza con que manifestaba sus pensamientos (1). Su buen carácter y su buena crianza jamás le abandonaban. El gesto, la mirada, la voz, todo en él respiraba benevolencia. La dulzura de su carácter era tanto más de notar por haberle dotado la naturaleza de un cuerpo de los que generalmente van unidos á un espirítu malicioso é irritable. Su vida era una larga enfermedad; tenía débiles los nervios, era de complexión lívida, y su rostro estaba surcado de prematuras arrugas. Esto no obstante, no podían decir sus enemigos que una vez siquiera, durante una larga y turbulenta vida pública, se hubiera dejado llevar, ni aun viéndose súbitamente provo-

---

(1) Swift, en su *Información acerca de la conducta del último ministerio de la Reina*, menciona á Somers como persona de gran talento, que solía hablar con tal franqueza que parecía descubrir el fondo de su corazón. En las *Memorias relativas al cambio en el ministerio de la Reina,* dice Swift que el único defecto desagradable que tenía Somers en la conversación era su aire de gravedad. No es muy fácil comprender cómo el mismo hombre puede ser el menos reservado de los amigos, y sin embargo pecar por exceso de formalidad. Esto no obstante, ambas cosas pueden ser ciertas. Es bien sabido que Swift gustaba de tomarse groseras libertades con hombres de alto rango, imaginando que esto era una muestra de independencia. Con justicia le han censurado esta falta sus dos ilustres biógrafos, Samuel Johnson y Walter Scott, los cuales tenían, por lo menos, carácter tan independiente como él. Sospecho que habría querido tomarse demasiadas libertades con Somers, y que éste, no queriendo sufrir impertinencias ni tener que manifestárselo así, acudió, en propia defensa, á una ceremoniosa cortesía que nunca hubiera usado con Locke ni con Addison.

cado, de raptos de vehemencia inconsistentes con la templada dignidad de su carácter. El unico recurso que les quedaba era asegurar que su condición distaba mucho de ser tan blanda como la gente creía; que era realmente dado á la ira, y que algunas veces, aun cuando su voz no se alterase y siendo sus palabras benévolas y corteses, su delicado cuerpo estaba casi convulso por los esfuerzos que hacía para dominarse. Parecerá, tal vez, que esta censura es el mayor de todos los elogios.

Los hombres más ilustrados de aquel tiempo dicen que apenas había asunto sobre el cual no pudiera Somers deleitar é instruir. Nunca había viajado; y en aquel siglo el inglés que no hubiera viajado era, en general, tenido por incompetente en materias de arte. Pero aficionados á quienes las obras maestras del Vaticano y de la galería de Florencia eran familiares, confesaban que en pintura y escultura tenía Somers gusto exquisito. La filología era uno de sus estudios favoritos. Había recorrido todo el vasto campo de la bella literatura, antigua y moderna. Era protector espléndido, al mismo tiempo que severamente juicioso, del genio y el saber. Á Somers debió Locke la opulencia. Somers fué quien sacó á Addison de la celda de un colegio. En países lejanos el nombre de Somers era mencionado con respeto y gratitud por grandes sabios y poetas que jamás le habían visto. Era protector de Leclerc. Era amigo de Filicaja. No había diferencias políticas ni religiosas que le impidieran extender su poderosa protección al mérito. Hickes, el más fiero é intolerante de los *nonjurors*, obtuvo por influencia de Somers permiso para estudiar, libre y tranquilo, las antigüedades teutónicas. Vertue, severo católico, fué elevado por la inteligente y liberal protección de

Somers, de la pobreza y la oscuridad, al primer rango entre los grabadores de la época.

La generosidad con que Somers trataba a sus contrarios era tanto más honrosa para él, por cuanto nunca había sido inconsecuente en política. Desde el principio al fin de su vida pública fué siempre whig. Cierto que su voz se levantaba siempre, cuando su partido dominaba en el Estado, contra las medidas violentas y vengativas; pero nunca abandonó á sus amigos, ni aun cuando por no querer seguir su consejo se vieron al borde de la ruina.

Su saber y su talento no eran puestos en duda ni aun por sus detractores. Los toríes más violentos se veían forzados á admitir, con repugnancia que aumentaba el valor del elogio, que tenía todas las cualidades intelectuales de un grande hombre, y que él solo, entre todos sus contemporáneos, reunía el ingenio y brillante elocuencia con la prudencia firme y tranquila que asegura el éxito en la vida. Es un hecho notable que en el más grosero de los muchos libelos que fueron publicados contra él, se le ataque llamándole Cicerón. Como no se podía poner en duda su talento, se le acusó de inmoral y de impío. Todos los vicarios y rudos *squires* del campo creían firmemente que era heterodoxo; pero en cuanto á la naturaleza y extensión de su heterodoxia había muy diferentes opiniones. Era, al parecer, partidario de la baja Iglesia, de la escuela de Tillotson, á quien siempre había amado y honrado, y, como Tillotson, era calificado por los fanáticos presbiterianos de arriano, sociniano, deísta y casi ateo.

La vida privada de este gran estadista y magistrado fué objeto de malicioso examen, y se refirieron tales cosas de su libertinaje que llegaron á ser demasiado absurdas aun para ser acogidas por espíritu de par-

tido. Por último, mucho después de haberle sentenciado los médicos á perpetua franela y caldo de gallina, una miserable cortesana, que probablemente nunca le había visto sino en algún palco en el teatro cuando ella seguía su vocación, bajo una máscara, en el patio, publicó una sátira presentándole como dueño de un harén más costoso que el del Gran Turco Hay, sin embargo, razón para creer que había una pequeña parte de verdad en torno de la cual se formó esta gran ficción, y que la prudencia y dominio de sí mismo que nunca faltó á Somers en el Senado, en el tribunal, en el Consejo ni en la sociedad de ingenios, sabios y filósofos, no pudo siempre resistir á los atractivos femeniles (1).

(1) Son innumerables los elogios y ataques de que Somers fué objeto. Tal vez la mejor manera de llegar á un juicio exacto sería reunir cuanto han dicho de él Swift y Addison. Fueron los dos observadores más perspicaces de su tiempo, y ambos le conocían bien Pero debe advertirse que hasta que Swift se hizo tory siempre elogió á Somers, considerándole, no sólo como el más ilustrado, sino como el más virtuoso de los hombres. En la dedicatoria del *Cuento de una Tina* se encuentran estas palabras: «No hay virtud, de carácter público ó privado, que algunas circunstancias de vuestra vida no hayan puesto de manifiesto en la escena del mundo.» Y en otro pasaje: «Sentiría mucho que el brillante ejemplo de las virtudes de V. S. pasara inadvertido á los ojos de los demás, tanto por ellos como por vos mismo.» En el *Discurso de las luchas y disensiones en Atenas y en Roma*, Somers es el justo Arístides. Después que Swift hubo cambiado de opinión, describía a Somers como un hombre que «poseía todas las cualidades más excelentes, á excepción de la virtud.»

XXVI.

Carlos Montague.

Otro de los directores del partido whig era Carlos Montague. Después que subió al poder y tuvo honores y riquezas, fué muy frecuentemente calificado de advenedizo por los envidiosos de su fortuna. Extraño parece que así le hubieran calificado, pues pocos estadistas de su tiempo podían envanecerse de prosapia tan ilustre como la suya. Descendía de una familia tan antigua como la conquista normanda; figuraba en la sucesión de un condado, y era por la línea paterna primo de tres condes; pero era el hijo menor de un hermano menor, frase que desde el tiempo de Shakespeare y Raleigh, y antes tal vez, servía vulgarmente para designar una persona cuya extrema pobreza le obligaba á someterse á la más abyecta servidumbre ó le hacía entrar en la más desesperada aventura.

Carlos Montague fué destinado primeramente á la Iglesia; entró á ocupar una de las becas de Westminster, y después de distinguirse allí por su talento en la versificación latina fué enviado al Colegio de la Trinidad en Cambridge. En Cambridge dominaba todavía en las escuelas la filosofía de Descartes. Pero algunos espíritus escogidos se habían separado de la multitud y formaban el digno auditorio de un maestro mucho más grande (1). Notable entre los jóvenes de grandes esperanzas que se enorgullecían de sen-

(1) Véase Whiston, *Autobiografía*.

tarse al pie de la cátedra de Newton, era el vivo y flexible Montague. Con semejante guía, hizo el joven estudiante grandes progresos en las severas ciencias; pero la poesía era su estudio favorito; y siempre que la Universidad invitaba á sus hijos á celebrar bodas y funerales regios, era generalmente declarado superior á sus competidores. Su fama llegó á Londres: los ingenios que se reunían en el café de Will le tenían por joven de talento, y la graciosa parodia que, en unión de su amigo y condiscípulo Prior, escribió sobre *La Cierva y la Pantera*, de Dryden, fué recibida con gran aplauso.

En este tiempo cifraba Montague todas sus aspiraciones en la carrera eclesiástica. Posteriormente, cuando era Par con doce mil libras anuales, cuando su quinta del Támesis era considerada como el más delicioso de todos los retiros suburbanos, cuando se decía que se regalaba con Tocay de las bodegas imperiales y con sopas hechas de nidos de pájaros, traídos del Océano Índico y pagados á tres guineas la pieza, sus enemigos gustaban de recordarle que había habido un tiempo en que con su ingenio apenas había podido reunir una renta de cincuenta libras, en que se había considerado feliz con un pedazo de carnero y un vaso de cerveza del refectorio del colegio, y en que un cerdo de los que se pagaban por el diezmo era el mayor lujo que se atrevía á desear. Vino la Revolución y su vida cambió por completo. Obtuvo, merced á la influencia de Dorset, que tenía gusto especial en relacionarse con los jóvenes de esperanzas, un puesto en la Cámara de los Comunes. Todavía, durante algunos meses, vaciló el necesitado humanista entre la política y la teología. Mas pronto se vió claramente que en el nuevo orden de cosas el talento parlamentario era el llamado á mayores recompensas, y el

sentía que en talento parlamentario no tenía superior. Encontróse precisamente en aquella situación para la cual la naturaleza le había dado dotes especiales, y durante algunos años su vida fué una serie de triunfos.

De él, como de algunos de sus contemporáneos, especialmente de Mulgrave y de Sprat, puede decirse que su fama ha padecido por la torpeza de los editores, que, hasta nuestro tiempo, se han obstinado en reimprimir sus versos entre las obras de los poetas ingleses. No hay año en que centenares de versos tan buenos como los mejores que él escribió no sean enviados á Oxford para el premio Newdigate, y á Cambridge para la medalla del Canciller. Su inteligencia estaba dotada de gran energía y vigor, pero no de aquella energía y vigor que producen grandes dramas ó grandes odas; y es hacerle la mayor injusticia poner su *Hombre de honor* y su *Epístola sobre la batalla del Boyne* al lado del *Como* y del *Festín de Alejandro.* Otros oradores y hombres de Estado eminentes, Walpole, Pulteney, Chatham, Fox, escribieron versos que no aventajan á los suyos. Pero afortunadamente para ellos, sus composiciones métricas no parecieron nunca dignas de ser admitidas en ninguna colección de nuestros clásicos nacionales.

Está en uso, desde hace mucho tiempo, representar la imaginación bajo la figura de un ala, y llamar vuelos á los esfuerzos felices de la imaginación. Un poeta es el águila, otro es el cisne; un tercero se compara modestamente con la abeja. Pero ninguno de estos tipos hubiera servido para representar á Montague. Su genio puede compararse con aquella ala que, aunque demasiado débil para levantar al avestruz en el aire, le permite, permaneciendo en la tierra, correr más que el lebrel, el caballo y el dromedario. Si el hombre que posee esta clase de genio intenta remon-

tarse al cielo de la invención, sus torpes é inútiles esfuerzos le expondrán á la pública burla. Pero si se contenta con permanecer en la terrestre región de los negocios, encontrará que las facultades que no le permitirían remontarse á una esfera superior le servirán para aventajar á todos sus competidores en esfera más humilde. Como poeta, Montague no hubiera podido nunca salir de la vulgaridad. Pero en la Cámara de los Comunes, que rápidamente iba adquiriendo el primer lugar en el Estado y extendiendo su intervención á todos los departamentos del Gobierno, pronto obtuvo el joven aventurero un puesto muy diferente del que ocupaba entre los hombres de letras. Á los treinta años no hubiera vacilado en dejar todas las empresas por un buen curato y la banda de capellán. Á los treinta y siete era Primer Lord del Tesoro, Canciller de Hacienda y Regente del reino; y esta elevación en modo alguno era debida al favor, sino solamente á la incuestionable superioridad de su talento para la administración y el debate.

La extraordinaria habilidad con que, á principios de 1692, condujo la conferencia sobre el bill reglamentando los procesos en casos de traición, le colocó de un golpe en primera fila entre los oradores parlamentarios. En aquella ocasión tuvo que luchar con una multitud de pares veteranos, renombrados por su elocuencia, Halifax, Rochester, Nottingham, Mulgrave, y resultó digno competidor de todos ellos. Al poco tiempo fué nombrado para la dirección del Tesoro, donde el perspicaz y experimentado Godolphin no tardó en advertir que el joven colega era su maestro. Cuando Somers salió de la Cámara de los Comunes, Montague no tuvo rival. Sir Tomás Littleton, distinguido un tiempo como el polemista más hábil y más idóneo para los negocios, entre los miembros

whigs, hubo de contentarse con servir á las órdenes del joven diputado. Aun en nuestros días se pueden descubrir en muchas partes de nuestro sistema comercial y financiero las señales del vigoroso entendimiento y atrevido espíritu de Montague. Sus más encarnizados enemigos no podían negar que algunos de los expedientes que había propuesto habían resultado altamente beneficiosos para la nación. Pero se decía que estos expedientes no eran producto de su ingenio. Representábasele en cien libelos como el grajo con plumas prestadas. Afirmábase que había tomado la idea de cada uno de sus grandes planes de los escritos ó de la conversación de algún teórico de ingenio. Esto, que se le imputaba como un reproche, en realidad no lo era. Difícilmente se encontrarán en la misma persona los talentos necesarios para hacer nuevos descubrimientos en la ciencia política, y los talentos que obtienen el asentimiento de asambleas divididas y tumultuosas para la realización de grandes reformas de carácter práctico. Es casi imposible ser, al mismo tiempo, un Adán Smith y un Pitt. Es, seguramente, elogio bastante para un político activo, que sepa aplicar las teorías de los demás, que sepa distinguir entre los planes de innumerables proyectistas el plan preciso que se necesita y es practicable, que sepa adaptarlo á las circunstancias del momento y al capricho popular, que lo proponga cuando haya más probabilidad de que sea favorablemente recibido, que lo defienda triunfalmente contra todas las objeciones, y que lo ponga en ejecución con prudencia y energía, y ningún hombre de Estado inglés tiene mejor derecho á este elogio que Montague.

Notable prueba de que se conocía á sí mismo es que desde el momento que comenzó á distinguirse en

la vida pública dejase de hacer versos. No se sabe que después de ser nombrado Lord del Tesoro haya vuelto á escribir una sola estrofa, á excepción de algunos versos ingeniosos, dedicados en forma de brindis á las más famosas beldades whigs de su tiempo. Determinó sabiamente obtener con los versos de otros una gloria que nunca le hubieran dado los suyos. Como protector del genio y el saber, figura al lado de sus ilustres amigos Dorset y Somers. Su munificencia igualó la de ellos; y si bien les fué inferior en delicadeza y gusto, consiguió asociar su nombre inseparablemente con algunos nombres que durarán tanto como nuestra lengua.

Debe, sin embargo, reconocerse que Montague, con admirables cualidades y muchos títulos á la gratitud de su país, tuvo grandes faltas, y faltas que desgraciadamente no eran del mejor género No tuvo la cabeza bastante fuerte para resistir, sin aturdirse, la rapidez de su encumbramiento y la altura de su posición. Hízose ofensivamente arrogante y vano; con demasiada frecuencia se mostraba frío con sus antiguos amigos y aficionado á desplegar ostentosamente sus nuevas riquezas. Era, sobre todo, insaciablemente ávido de elogio, y le gustaba más cuando era más bajo y ordinario. Pero en 1693 estos defectos no eran tan notables como algunos años más adelante.

XXVII.

Wharton.

Con Russell, Somers y Montague estuvo estrechamente unido durante veinticinco años otro whig, cuyo carácter tenía poca semejanza con el de aquellos tres. Era este Tomás Wharton, hijo mayor de Lord Felipe Wharton. Repetidas veces se ha hecho mención de Tomás en el curso de esta historia, pero ahora es tiempo de describirle más minuciosamente. Tenía cuarenta y siete años, pero era todavía un joven por su constitución, su aspecto y sus maneras. Los que más cordialmente le aborrecían—y nadie fué más cordialmente aborrecido que él—admitían que sus prendas naturales eran excelentes, y que lo mismo servía para el debate que para la acción. La historia de su inteligencia merece mencionarse por ser la historia de muchos millares de inteligencias. Su rango y su talento le hicieron tan notable que en él podemos trazar distintamente el origen y progresos de una enfermedad moral que llegó á ser epidémica entre sus contemporáneos.

Nació en tiempo del *Covenant*, y era el heredero de una casa que había entrado en el pacto. Su padre era famoso como propagador de tratados calvinistas, y protector de teólogos de aquella secta. Pasó los primeros años de la niñez entre los alzacuellos de Ginebra, gentes de liso peinado con los ojos levantados siempre al cielo, entre salmodías gangosas y sermones de tres horas. Las comedias y poemas, la caza y el baile estaban proscritos por la austera disciplina de

aquella familia de *santos*. Los frutos de esta educación pudieron verse cuando, abandonando la triste morada puritana, el ardiente, ingenioso y joven patricio pasó á la alegre y disipada Londres de la restauración. Los más disolutos caballeros se apartaban horrorizados de la disolución del emancipado calvinista. Pronto adquirió la reputación, que conservó hasta el fin de su vida, de ser el primer calavera de Inglaterra. Cierto que del vino nunca fué esclavo, usándolo principalmente para enseñorearse de sus compañeros. Pero hasta el fin de su larga vida las esposas é hijas de sus más íntimos amigos no estaban seguras de sus proyectos licenciosos. La procacidad de su conversación producía asombro aun en aquel siglo. En el delirio de su impiedad, hizo á la religión de su país insultos que el decoro no permite describir. Su hábito de mentir y su desvergüenza llegaron á ser proverbiales. De todos los embusteros de su tiempo, ninguno le aventajó en osadía, ni en imaginación, ni en precisar hasta los menores detalles. Diríase que jamás conoció la vergüenza. No había reproches por duros y acerados que le pudieran molestar. Grandes satíricos, instigados de mortal animosidad personal, agotaron toda su fuerza en atacarle. Le atacaron con fieros insultos, le atacaron con ironía todavía más fiera; pero vieron que ni los insultos ni la ironía le hacían otro efecto que arrancarle una espontánea sonrisa y una alegre blasfemia; y finalmente arrojaron el látigo comprendiendo que era imposible hacerle daño. Que con tales vicios haya hecho gran papel en la vida; que haya ganado por su popularidad personal gran número de elecciones contra la más formidable oposición; que haya tenido gran influencia en el Parlamento, y se haya elevado hasta los más altos puestos del Estado, parecerá cosa extraordinaria. Pero vivió en tiempos en

que el espíritu de partido llegaba casi á la demencia; y él poseyó en grado eminente las cualidades del jefe de partido. No había más que un vínculo que él respetase. Era el hombre más falso de la humanidad en todas las cosas, menos en una: siempre fué el más sincero de todos los whigs. Desde sus primeros tiempos se había apartado con desprecio de los principios religiosos de su familia; pero á las ideas políticas de su familia, profesó firme adhesión á través de todas las tentaciones y peligros de medio siglo. En las cosas pequeñas, como en las grandes, veíase constantemente la devoción que tenía á su partido. Poseía la más hermosa yeguada de Inglaterra, y nada le gustaba tanto como arrebatar á los toríes la fuente de plata, premio en las carreras. Algunas veces, cuando en un condado distante se daba ya por seguro que el caballo de un *squire*, partidario de la alta Iglesia, sería el vencedor, la misma víspera del día fijado, se presentaba algún caballo de Wharton, el *Careless*, que había cesado de correr en Newmarket sólo por falta de competidores, ó el *Gelding*, por el que en vano había ofrecido mil pistolas Luis XIV. El hombre que por mero pasatiempo hace esto, no se deja batir fácilmente en tratándose de una lucha formal. Nunca se había visto en Inglaterra maestro tan consumado en el arte de las elecciones. Su provincia especial era el condado de Buckingham, y allí dominaba sin rival. Pero sus trabajos en favor del partido whig comprendían el Yorkshire, Cumberland, Westmoreland, Wiltshire. Él enviaba al Parlamento hasta veinte, y algunas veces treinta diputados. En lo de ganar votos era irresistible. Rostro que hubiera visto una vez, no lo olvidaba jamás; y aun en aquellas ciudades donde quería que su influencia fuera permanente se acordaba no sólo de los electores, sino tambien de sus

familias. Su memoria extraordinaria y la afabilidad de su trato confundían á sus contrarios, quienes se veían obligados á confesar que toda lucha era imposible con un gran señor que llamaba al zapatero por su nombre de pila, y aseguraba al carnicero que su hija debía estar hecha una buena moza, y con mucho interés preguntaba al herrero si su hijo menor vestía ya calzones. Artes de este género le habían hecho tan popular, que sus expediciones al condado de Buckingham, en la época en que se reunía el tribunal trimestral, parecían viajes regios. Repicaban á su paso las campanas de todas las parroquias, y su camino estaba cubierto de flores. Creíase generalmente que en el curso de su vida había gastado en el sostenimiento de su influencia parlamentaria ochenta mil libras esterlinas, suma que, atendido el valor de la propiedad, debe considerarse equivalente, en nuestro tiempo, á más de trescientas mil libras.

Pero el principal servicio que prestó Wharton al partido whig fué el de reclutar partidarios entre los jóvenes aristócratas. Era tan diestro en ganar votos entre las casacas bordadas del café de Saint-James, como entre los delantales de cuero de Wycombe y Aylesbury. Estaba siempre atento á todos los jóvenes de rango que llegaban á la mayor edad, y no era fácil á ninguno de estos jóvenes resistir á las artes de un adulador rico, noble y elocuente que unía la vivacidad juvenil á un arte profundo y una larga experiencia de la vida alegre. Nada importaba cuáles fueran las aficiones del joven novicio, la galantería ó la caza, los dados ó el vino. Pronto descubría Wharton la pasión dominante, simpatizaba con ella, daba consejo y ayuda, y pareciendo únicamente el ministro de los placeres de su discípulo, aseguraba su voto.

El partido á cuyos intereses con tal ardor y constancia consagró Wharton su tiempo, su fortuna, su talento, sus mismos vicios, le juzgaba, como era natural, con mucha indulgencia. Designábanle generalmente con el nombre, que en modo alguno merecía, de el «honrado Tom.» Algunas personas piadosas, como Burnet y Addison, apartaban la vista de los escándalos que daba, y hablaban de él, no ciertamente con estimación, pero con benevolencia. Uno de los más ingeniosos é ilustrados whigs, el tercer Conde de Shaftesbury, autor de los *Caracteres*, describe á Wharton como el mayor enigma que pueden ofrecer los seres humanos, como una extraña mezcla de lo mejor y lo peor, de depravación privada y virtud pública, y se declara incapaz de comprender cómo un hombre completamente destituído de principios en todas las cosas menos en política, había de ser en política firme como el acero de mejor temple. Pero aquello mismo que á los ojos de una facción casi redimía todas las faltas de Wharton, á los ojos de la otra parecía, al contrario, agravarlas. La opinión que los toríes tenían de él aparece expresada en un solo renglon escrito después de su muerte por el hombre de más talento de aquel partido: «Fué el miserable más completo que he conocido» (1). Los adversarios políticos de Wharton tenían sed de su sangre, y repetidas veces trataron de derramarla. A no haber sido hombre de carácter imperturbable, indómable valor y consumada destreza en las armas, su vida hubiera sido corta. Pero ni la ira ni el peligro le hicieron perder nunca su presencia de ánimo; era un espadachín incomparable; y tenía una manera especial de desarmar á sus contrarios que causaba la envidia

(1) Nota de Swift sobre el carácter de Wharton, por Mackay.

de todos los duelistas de su tiempo. Sus amigos decían que nunca había desafiado á nadie, que nunca se había negado á aceptar un desafío, que á nadie había hecho perder la vida, y sin embargo, ni una sola vez se había batido sin tener á su merced la vida de su antagonista (1).

Los cuatro hombres que han sido descritos se asemejan tan poco entre sí que podrá parecer extraño que hayan podido nunca obrar de concierto. Y sin embargo, por espacio de muchos años reinó entre ellos la más completa armonía. Más de una vez subieron juntos al poder y más de una vez, también, cayeron juntos. Pero su unión sólo fué interrumpida por la muerte Por muy poco dignos de estima que hayan sido algunos de ellos, á ninguno se puede acusar de deslealtad con sus colegas de la Junta.

XXVIII.

Jefes del partido tory.

Mientras la gran mayoría de los whigs se formaba, al mando de estos hábiles jefes, en orden semejante al de un ejército regular, los toríes se encontraban en el estado de una mal acaudillada y mal disciplinada milicia. Eran muchos en número y estaban llenos de celo; pero casi puede decirse que por este tiempo no tenían ningún jefe en la Cámara de los Comunes. El nombre de Seymour había sido un tiempo muy respe-

(1) Esta descripción de Montague y Wharton está tomada de innumerables fuentes. Debo, sin embargo, hacer particular mención de la curiosísima *Vida de Wharton*, publicada inmediatamente después de la muerte.

tado entre ellos, y no había perdido del todo su influencia. Pero desde que había estado en la dirección del Tesoro, su vehemente defensa de todo aquello que cuando estaba fuera del poder atacara con gran ardor, había disgustado á sus amigos. Habían tratado de seguir las inspiraciones del Speaker, Trevor; pero su avidez, su descaro y su venalidad se habían hecho tan notorios, que todas las personas respetables, fuera cualquiera su opinión, se avergonzaban de verle en la presidencia. De los antiguos diputados toríes, el único que conservaba mucha influencia era sir Cristóbal Musgrave. En realidad, los verdaderos jefes del partido eran dos ó tres hombres educados en principios diametralmente opuestos á la doctrina tory; hombres que habían llevado las ideas whigs hasta los linderos de la república, y que no sólo habían pasado por partidarios de la baja Iglesia, sino también por ser casi presbiterianos. Entre éstos, los más eminentes eran dos grandes *squires* del condado de Hereford, Roberto Harley y Pablo Foley.

XXIX.

Roberto Harley.

El espacio que Roberto Harley ocupa en la historia de tres reinados, su elevación, su caída, la influencia que en una gran crisis ejerció en la política de toda Europa, la estrecha intimidad en que vivió con algunos de los mayores ingenios y poetas de su tiempo, y la frecuencia con que se encuentra su nombre en las obras de Swift, Pope, Arbuthnot y Prior, le harán siempre objeto de interés. Él fué, sin embargo, el

hombre menos interesante del mundo. Presentan realmente un caprichoso contraste las vulgarísimas cualidades de su espíritu y las tan extraordinarias vicisitudes de su fortuna.

Era el primogénito de una familia puritana. Su padre, sir Eduardo Harley, se había hecho notar entre los patriotas del Parlamento Largo, había mandado un regimiento á las órdenes de Essex, después de la restauración había sido activo enemigo de la Corte, había apoyado el bill de Exclusión, había dado asilo á predicadores disidentes, había frecuentado las congregaciones, y tanto se había significado contra el Gobierno que, en tiempo de la insurrección del Oeste, había sido reducido á prisión y habían registrado su casa creyendo que tendría armas ocultas. Cuando el ejército holandés que había desembarcado en Torbay marchaba sobre Londres, él y su hijo mayor Roberto se declararon por el Príncipe de Orange y el Parlamento libre, organizaron un fuerte cuerpo de caballería, se apoderaron de Worcester, y manifestaron su celo contra el papismo haciendo pedazos públicamente en la calle Mayor de aquella ciudad, una escultura que los rígidos puritanos calificaron de ídolo. Tan pronto la Convención se convirtió en Parlamento, Roberto Harley fué enviado á Westminster como representante de un distrito de Cornish. Su conducta correspondió á lo que era de esperar de su nacimiento y educación. Fué whig y de los más intolerantes y vengatívos. Nada que no fuese una proscripción general de los toríes bastaba á satisfacerle. Su nombre aparece en la lista de los miembros que votaron en favor del artículo adicional de Sacheverell; y en las elecciones generales que se hicieron en la primavera de 1690, el partido á quien había perseguido hizo grandes esfuerzos por que no pudiera volver á la Cá-

mara de los Comunes. Hízose correr la voz de que los Harleys eran enemigos mortales de la Iglesia; y este rumor produjo tal efecto, que con dificultad pudieron obtener un distrito. Tal fué el principio de la vida pública de un político cuyo nombre, veinticinco años después, se ve inseparablemente asociado al de la alta Iglesia en las aclamaciones de las turbas jacobitas (1).

Pronto, sin embargo, comenzó á observarse que en todas las votaciones Harley iba en compañía de los que aborrecían sus opiniones políticas; y esto no era de extrañar, porque Harley se las echaba de whig de los de la antigua escuela, y antes de la revolución se consideraba siempre á los whigs como gentes que veían con recelo todo acto de la regia prerrogativa, que tardaban en decidirse á aflojar los cordones de la bolsa pública y que se mostraban extremados en lo de notar las faltas de los Ministros de la Corona.

Harley declaraba pertenecer á este partido. No admitía que el reciente cambio de dinastía hubiera introducido cambio alguno en los deberes del representante del pueblo. El nuevo Gobierno debía ser vigilado con la misma suspicacia, combatido con la misma severidad y ayudado con tan escasos subsidios como el antiguo. Obrando según estos principios, se encontró necesariamente al lado de hombres cuyos principios eran diametralmente opuestos á los suyos. Agradábale hacer oposición al Rey, y como á ellos les gustaba hacer oposición al usurpador, la consecuencia fué que siempre que había ocasión de combatir á

(1) Muchas de mis noticias acerca de los Harleys están tomadas de Memorias ineditas, escritas por Eduardo Harley, hermano menor de Roberto. Hállase una copia de estas Memorias en los MSS. Mackintosh.

Guillermo, el *Cabeza redonda* permanecía en la Cámara ó salía á los pasillos en compañía de todo el partido de los *Caballeros*.

Pronto adquirió Harley autoridad de jefe entre aquellos con quienes, á pesar de grandes diferencias de opinión, votaba ordinariamente. Su influencia en el Parlamento era, en realidad, completamente desproporcionada á sus aptitudes. Su entendimiento era tardo y limitado. Era incapaz de examinar con elevación ningún asunto. Nunca adquirió el arte de expresarse en público con claridad y soltura. Hasta el fin de su vida continuó siendo un orador confuso, inseguro y aburrido (1). No tenía ninguna de las cualidades exteriores del tribuno. Su aspecto era tosco, su figura vulgar y algo deforme, sus ademanes sin distinción. Sin embargo, era escuchado con respeto, porque á pesar de ser tan limitada su inteligencia habíala cultivado asiduamente. Su juventud había sido estudiosa; y hasta el fin de su vida le duró la afición á los libros y á la sociedad de hombres de genio y de saber. En realidad tenía pretensiones de poeta y de hombre de ingenio, y alguna vez dedicó horas enteras, que debía haber pasado en ocupación muy diferente, componiendo versos detestables (2). No siem-

(1) El único escritor de quien recuerdo que haya elogiado la oratoria de Harley es Mackay, que le llama elocuente. Swift escribió al margen: «Esto es una gran mentira.» Y ciertamente, Swift estaba muy dispuesto á mostrarse benévolo con Harley. «Aquel lord—decía Pope—hablaba de los negocios de una manera tan confusa, que no había medio de saber lo que decía; y todo lo que iba á referir había de ser á la manera épica, porque siempre empezaba por la mitad.» Spence, *Anécdotas*.

(2) «Solía—dice Pope—enviar malos versos de la corte al Scriblerus Club casi diariamente, y apenas dejaba ninguna noche de venir á pasar un rato charlando con ellos, aun en la época en que su posición y su fortuna estaban en peligro.» Se han publicado

pre, sin embargo, malgastaba su tiempo de manera tan lastimosa. Tenía aquella diligencia y aquel amor á la exactitud que le hubieran granjeado respetable reputación como anticuario ó rey de armas. Su afición le hacía dedicarse con afán al estudio de los antiguos archivos; y en aquel siglo sólo enterrándose en los antiguos archivos era posible obtener conocimientos vastos y exactos de las leyes del Parlamento. Como tenía pocos rivales en estudio tan laborioso y árido, pronto empezó á ser mirado como un oráculo en cuestiones de forma y privilegio. Su carácter moral contribuyó mucho á afirmar su influencia. Cierto que tenía grandes vicios, pero no eran de los que producen escándalo. No se dejaba corromper por dinero. Era ordenado en su vida privada. Ni aun los satíricos podían reprocharle ninguna relación ilícita. Al juego tenía gran aversión; y se decía que nunca pasaba por frente al café de White, que era entonces el centro favorito de los estafadores y de los tontos de la aristocracia, sin prorrumpir en una exclamación de ira. Su costumbre de alegrarse diariamente con burdeos no era casi una falta para sus contemporáneos. Su saber, su gravedad y su posición independiente le granjearon la atención de la Cámara; y hasta el hablar mal vino á serle en cierto modo ventajoso, porque la gente con dificultad admite que el mismo hombre pueda reunir cualidades

---

algunas muestras de la poesía de Harley. La mejor, creo yo, es una composición que hizo á su propia caída en 1714.

To serve with love
And shed your blood,
Approved is above;
But here below
The examples show
'Tis fatal to be good.

eminentes de clase muy distinta. Sirve de consuelo á la envidia el creer que lo que es brillante no puede ser sólido, que lo que es claro no puede ser profundo. Muy lentamente llegó el público á reconocer que Mansfield era un gran jurisconsulto, y que Burke era un gran maestro de la ciencia política. Montague era un brillante retórico, y, por tanto, aunque tenía diez veces más talento que Harley para la parte más árida de los negocios, sus detractores le representaban como un charlatán superficial y pretencioso. Pero de la falta de elegancia de los discursos de Harley deducía la gente que debían tener mucha sustancia, y fué declarado hombre de vasta lectura, pensador profundo, orador no elegante, pero más apto para dirigir los negocios del Estado que todos los oradores elegantes del mundo. Esta fama supo él sostenerla con aquella sagacidad que es frecuente encontrar en las medianías inquietas y ambiciosas. Conservaba siempre, aun entre sus más íntimos amigos, un aire de misterio y reserva que parecía indicar que estaba en la pesesión de algún secreto importante y que su mente era trabajada por algún vasto designio. De este modo se granjeó y conservó largo tiempo reputación de sabio, y hasta después que, merced á aquella reputación, hubo llegado á conde, caballero de la Jarretiera, Lord Tesorero Mayor de Inglaterra y árbitro de la suerte de Europa, no comenzaron á advertir sus admiradores que era realmente un hombre torpe y y sin talento (1).

Poco después de las elecciones generales de 1690,

(1) El carácter de Harley se deducirá de innumerables panegíricos y sátiras; de las obras y correspondencia particular de Swift, Pope, Arbuthnot, Prior y Bolingbroke, y de multitud de obras como *El Buey y el Toro*, el *Gran Doctor alemán* y la *Historia de Roberto Powell el titerero*.

Harley, que generalmente votaba con los toríes, comenzó á hacerse tory. El cambio fué tan gradual que resultó casi imperceptible, mas no fué por eso menos verdadero. Empezó por sostener la doctrina tory de que Inglaterra debía limitarse á la guerra marítima. Sintió también desde el principio la antipatía, verdaderamente tory, contra los holandeses y los empleados. La antipatía contra los disidentes que faltaba para completar el carácter de tory, vino mucho después. Por último, la trasformacion fué completa; y el antiguo frecuentador de conventículos se tornó en intolerante partidario de la alta Iglesia. Sin embargo, hasta el fin de su vida se mostraron de cuando en cuando las señales de su primera educación; y al mismo tiempo que obraba como Laud, escribía algunas veces en el estilo de los puritanos fanáticos, como el del famoso Alabado-sea Dios Barebones (*Praise God-Barebones*) (1).

XXX.

Pablo Foley.

De Pablo Foley sabemos relativamente poco. Su historia hasta cierto punto tiene gran semejanza

---

(1) En una carta del 12 de setiembre de 1709, poco tiempo antes que entrara en el poder en hombros del populacho partidario de la alta Iglesia, dice: «Mi alma ha estado entre leones, entre los hijos de los hombres cuyos dientes son lanzas y flechas, y sus lenguas agudas espadas Pero yo sé cuan bueno es servir al Señor y gozar de la paz del espíritu.» La carta era para Carstairs. Dudo que Harley hubiera fingido de este modo escribiendo á Atterbury.

con la de Harley; mas parece haber sido superior á Harley en talento y elevación de carácter. Era hijo de Tomás Foley, hombre nuevo, pero de gran mérito, que habiendo comenzado la vida sin tener nada, había reunido una pingüe hacienda en el comercio de ferretería, y era famoso por su intachable integridad y su caritativa largueza. Los Foleys eran, como sus vecinos los Harleys, whigs y puritanos. Tomás Foley vivía en estrecha intimidad con Baxter, en cuyos escritos es mencionado con caluroso elogio. Las opiniones y aficiones de Pablo Foley fueron, al principio, las mismas de su familia. Pero, á semejanza de Harley, vino á ser, por la violencia misma de sus convicciones whigs, aliado de los tories, y tal vez, como Harley, hubiera completado su metamorfosis haciéndose tory, á no haber interrumpido la muerte el proceso de la trasformación. Era Foley hombre de notable talento, perfeccionado por la educación. Sus riquezas le eximieron de abrazar como profesión la carrera jurídica, pero había estudiado atentamente la ciencia del derecho. Era su moralidad intachable, y la mayor falta que pudo atribuírsele fué que hacía demasiado alarde de su independencia y desinterés y que tenía tanto miedo de pasar por adulador que siempre estaba regañando.

XXXI.

Howe.

Otro converso debemos mencionar. Howe, que recientemente era el más virulento de los whigs, al perder su empleo se había convertido en uno de los

toríes más virulentos. El desertor no trajo al partido cuya causa había abrazado un carácter respetable, ni capacidad, ni apariencia de capacidad para los grandes negocios, sino mucha habilidad parlamentaria de baja esfera, gran cantidad de despecho y mucha desvergüenza. Ningún orador de aquel tiempo parece haber poseído en tan gran medida como él, poder é inclinación de hacer daño.

La asistencia de estos diputados fué acogida con entusiasmo por el partido tory; pero era imposible que desde luego pudieran ejercer sobre aquel partido la entera autoridad de caudillos. Porque seguían llamandose whigs, y generalmente se vindicaban de votar con los toríes, valiéndose de argumentos fundados en principios whigs (1).

De esta reseña del estado de los partidos en la Cámara de los Comunes resulta claramente que Sunderland tenía razón poderosa para recomendar que la administración fuera confiada á los whigs. El Rey, sin embargo, vaciló mucho antes de decidirse á abandonar aquella posición neutral que había ocupado largo tiempo entre los partidos contendientes. Si uno de aquellos partidos estaba dispuesto á poner en duda su derecho, el otro era, en principio, hostil á su prerrogativa. Todavía recordaba con disgusto la conducta insensata, inspirada en el deseo de venganza, del Parlamento de la Convención, á fines de 1689 y

(1) La situación anómala en que Harley y Foley se encontraban por este tiempo, es mencionada en el *Diálogo entre un whig y un tory*, 1693. «Vuestro gran P. Fo-y—dice el tory—se hace cadete y sirve á las órdenes del general de los sajones de Occidente. Los dos Har-ys, padre é hijo, sirven en calidad de ingenieros á las órdenes del anterior lugarteniente de artillería, y bombardean cuantos bills había resuelto aquél reducir á cenizas.» Seymour es el general de los sajones occidentales. Musgrave había sido lugarteniente de artillería en el reinado de Carlos II.

principios de 1690; y retrocedía ante la idea de verse entregado en manos de aquellos que habían combatido el bill de indemnidad, que habían votado el artículo adicional de Sacheverell, que habían tratado de impedir que tomara el mando del ejército de Irlanda, y que le habían acusado de tiranía y de ingratitud solamente porque no había querido convertirse en su esclavo y su verdugo. Ya una vez, merced á un esfuerzo atrevido é inesperado, lograra emanciparse de su yugo; y no estaba dispuesto á ponérselo otra vez al cuello. Tenía antipatía personal por Wharton y Russell. Tenía alta idea de la capacidad de Caermarthen, de la integridad de Nottingham, de la diligencia y habilidad financiera de Godolphin. Sólo de una manera lenta y gradual pudieron los argumentos de Sunderland, ayudados de la fuerza de las circunstancias, vencer todas las objeciones del Rey.

XXXII.

Reunión del Parlamento

El 7 de noviembre de 1693 se reunió el Parlamento, é inmediatamente comenzó la lucha de los partidos. Guillermo, desde el trono, expuso á las Cámaras la necesidad de hacer un gran esfuerzo para detener los progresos de Francia en el Continente. Durante la última campaña, dijo, había tenido en todos los puntos superioridad de fuerzas, siendo, por tanto, imposible luchar con ella. Sus aliados habían prometido concurrir con ejércitos más numerosos, y él confiaba que los Comunes le permitirían hacer otro tanto (1).

---

(1) *Diarios de los Lores y Comunes*, nov. 7, 1693.

En la sesión siguiente los Comunes tomaron en consideración el discurso de la Corona. El desastre de la escuadra de Esmirna fué el principal tema de discusión. El clamor pidiendo que se abriera una información era universal; mas fácilmente se advertía que los dos partidos levantaban aquel clamor por razones muy diferentes. Montague habló en nombre de los whigs. Declaró que los desastres del verano no podían, en su opinión, explicarse atribuyéndolos á ignorancia é imbecilidad de los encargados de la administración naval. Debía haber habido traición. No era posible creer que cuando Luis XIV envió su escuadra de Brest al estrecho de Gibraltar, dejando sin protección toda la costa de su reino desde Dunkerke hasta Bayona, hubiera confiado únicamente en el azar. Debía estar bien seguro de que su escuadra encontraría un rico botín débilmente custodiado. Así como había habido traición en algunas cosas, en otras había habido incapacidad. El Estado tenía malos servidores. Y entonces el orador pronunció un entusiasta panegírico de su amigo Somers. «¡Ojalá todos los que estaban en el poder siguieran el ejemplo del Lord Guarda Sellos! Si otorgaran todos su protección con tanto juicio y desinterés como él, no veríamos las oficinas públicas llenas de hombres que cobran sueldos por no hacer nada.» Se propuso, y fué aprobado por unanimidad, que los Comunes apoyaran á Sus Majestades, y procedieran inmediatamente á investigar las causas del desastre ocurrido en la bahía de Lagos (1). Se ordenó á los Lores del Almirantazgo que presentaran una gran cantidad de documentos. El Rey envió copias de las declaraciones tomadas ante la comisión del Consejo que había nombrado

(1) *Commons' Journals*, nov. 13, 1693; Grey, *Debates*.

María con motivo de las quejas de los comerciantes que negociaban con Turquía. Estos fueron también llamados é interrogados. Rooke, aunque no podía tenerse en pie ni hablar, fué llevado á la barra en una silla de manos é hizo una relación de lo ocurrido. Los whigs no tardaron en opinar que había motivo suficiente para dar un voto de censura contra la administración naval, y propusieron una resolución en la que se atribuía la pérdida de la flota de Esmirna á incapacidad notoria y á la traición. Que había habido incapacidad era indudable; mas no se podía probar ciertamente que hubiera habido traición. Los toríes propusieron que se omitiera esta palabra. Se procedió á votación y triunfaron los whigs por ciento cuarenta votos contra ciento tres. Wharton fué de los encargados del escrutinio por la mayoría (1).

Quedó, pues, decidido, que había habido traición, pero no quién fuera el traidor. Siguiéronse algunos debates acalorados. Los whigs trataron de echar la culpa á Killegrew y Delaval, que eran toríes; los toríes hicieron lo posible por encontrar defecto en el departamento de víveres, que estaba dirigido por whigs. Pero la Cámara de los Comunes se ha mostrado siempre mucho más inclinada á aprobar votos de censura redactados en términos generales que á estigmatizar individuos determinados. Presentó Montague una resolución vindicando el departamento de víveres, y fué aprobada, después de un debate de dos días, por ciento ochenta y ocho votos contra ciento cincuenta y dos (2). Pero cuando el partido victorioso presentó una moción en la que se culpaba á los almirantes, los toríes que estaban en el campo acudieron

---

(1) *Commons' Journals*, nov. 17, 1693.
(2) *Commons' Journals*, nov. 22 y 27, 1693; Grey, *Debates*.

en gran número, y después de un debate que duró desde las nueve de la mañana hasta cerca de las once de la noche, consiguieron salvar á sus amigos. Hubo ciento setenta votos en contra y solo ciento sesenta y uno en pro. Pocos días después se hizo otro ataque con no mejor éxito. Votaron en contra ciento ochenta y cinco y en pro solamente ciento setenta y cinco. El infatigable é implacable Wharton fué, en ambas ocasiones, de los encargados de hacer el escrutinio por la minoría (1).

XXXIII.

Russell Primer Lord del Almirantazgo.—Retirada de Nottingham.

A pesar de este contratiempo, la ventaja estaba decididamente con los whigs. Los tories que estaban al frente de la administración naval se habían librado, es verdad, de una acusación; pero tan dudoso había estado el éxito de la lucha que no era posible que el Rey siguiera empleándolos más tiempo. El consejo de Sunderland prevaleció. Se formó una nueva comisión del Almirantazgo, y Russell fué nombrado Primer Lord. Había sido ya por este tiempo designado para mandar la escuadra de la Mancha.

Su elevación obligó á Nottingham á retirarse. Pues aunque no era entonces cosa extraña ver enemigos personales y políticos desempeñando altos empleos al mismo tiempo, la relación entre el primer Lord

(1) *Commons' Journals*, nov 29 y dic. 6, 1693; L'Hermitage, diciembre 1 (11), 1693.

del Almirantazgo y el secretario de Estado, á cuyo cargo estaba lo que hoy se llamaría el departamento de Guerra, era de índole tan especial que el servicio público no podía estar bien atendido si no había entre ellos completa armonía; y entre Nottingham y Russell semejante armonía no era de esperar. «Yo os doy gracias—dijo Guillermo á Nottingham—por vuestros servicios. No tengo ninguna queja de vuestra conducta. Sólo la necesidad me obliga á prescindir de vos.» Nottingham se retiró con dignidad. Aunque hombre honradísimo, salía del gobierno mucho más rico que cuando cinco años antes había subido al poder. Lo que se consideraba entonces como legítimos emolumentos de su empleo constituían una suma respetable; había vendido por una gran cantidad á la Corona el palacio de Kensington; y probablemente, según la usanza de aquel tiempo, había tenido algunas lucrativas concesiones. Todas sus ganancias las había destinado á la adquisición de tierras. Decía que había oído que sus enemigos trataban de acusarle de poseer riquezas adquiridas por medios ilícitos. Estaba completamente dispuesto á sufrir las consecuencias de una información. Él no haría como algunos ministros que habían puesto su fortuna fuera del alcance de la justicia de su país. Él no quería tener ahorros secretos, ni emplear nada en fondos extranjeros. Su hacienda había de ser tal que se pudiera descubrir y coger en seguida (1).

---

(1) L'Hermitage, set. 1 (11), nov. 7 (17), 1693.

XXXIV.

Niégase Shrewsbury á entrar en el gobierno.

Durante algunas semanas los sellos que Nottingham había entregado permanecieron en el gabinete del Rey. El disponer de ellos no era cosa fácil. Fueron ofrecidos á Shrewsbury, que de todos los caudillos whigs era el que ocupaba lugar más eminente en el favor real; pero Shrewsbury se excusó, y para no ser importunado nuevamente, se retiró al campo. No tardó en recibir allí una carta urgente de Isabel Villiers. Había inspirado esta dama, cuando soltera, una pasión á Guillermo que fué causa de gran escándalo y muchos disgustos en la pequeña corte del Haya. La influencia que ejercía sobre él no fué debida á sus encantos personales—pues fué necesario todo el arte de Kneller para darle tolerable apariencia en el lienzo—ni tampoco á aquellos talentos que son don peculiar de su sexo—pues no sobresalía en la amena conversación, y en sus cartas se nota la falta de femenina gracia y soltura—sino á facultades intelectuales que la hacían apta para compartir los cuidados y dirigir los consejos de los hombres de Estado. En todo el curso de su vida, grandes políticos solicitaron su consejo. Hasta el mismo Swift, el más sagaz y más cínico de sus contemporáneos, declaró que ella era la mujer más discreta de todas, y más de una vez, fascinado por su conversación, permaneció con ella desde las dos de la tarde hasta cerca de media

noche (1). Poco á poco las virtudes y encantos de María conquistaron el primer lugar en el afecto de su marido. Pero él continuó, en las ocasiones difíciles, acudiendo frecuentemente á Isabel Villiers en solicitud de consejo y asistencia. Solicitaba ella ahora de Shrewsbury en su carta que meditara nuevamente su determinación y no dejara pasar la oportunidad de unir para siempre el partido whig. Wharton y Russell escribieron en el mismo sentido. Por toda respuesta recibieron triviales é insignificantes excusas. «No sirvo para la vida de la corte: no puedo desempeñar un empleo de tanto trabajo: no estoy completamente de acuerdo con ninguno de los partidos del Estado: en resumen, no sirvo para la vida del mundo; quiero viajar; quiero ver España.» Estos eran meros pretextos. Si Shrewsbury hubiera dicho toda la verdad, habría referido cómo en una hora infeliz había sido desleal á la causa de aquella revolución en que había tenido tan gran parte; que había entrado en tratos de que se arrepentía, pero de los que no sabía cómo librarse, y que mientras estuviera ligado por aquellos compromisos no quería entrar al servicio del Gobierno actual. Cierto que Marlborough, Godolphin y Russell no habían tenido escrúpulo en ponerse en correspondencia con un rey al mismo tiempo que tenían empleos del otro. Pero Shrewsbury tenía lo que faltaba á Marlborough, Godolphin y Russell: Shrewsbury tenía conciencia; conciencia que, si bien es cierto muchas veces no le impedía obrar mal, nunca dejaba de castigarle (2).

---

(1) Véase el *Journal to Stella*, LII, LIII, LIX, LXI; y las Cartas de lady Orkney á Swift.

(2) Véanse las cartas escritas en este tiempo por Isabel Villiers, Wharton, Russell y Shrewsbury, en la *Correspondencia de Shrewsbury*.

A consecuencia de negarse á aceptar los sellos, los arreglos ministeriales que el Rey había pensado no se llevaron completamente á efecto hasta el fin de la legislatura. En tanto, las deliberaciones de las dos Cámaras habían sido de gran interés é importancia.

XXXV.

Debates acerca del comercio con la India.

Poco después de la reunión del Parlamento, los Comunes fijaron nuevamente su atención en el comercio de la India; y la Carta que acababa de ser concedida á la antigua Compañía fué sometida al examen de la Cámara. Es probable que no se hubieran negado á sancionar la nueva concesión, que, en verdad, difería poco de lo indicado por ellos mismos pocos meses antes, si los directores hubieran obrado con prudencia. Pero los directores desde el día que obtuvieron su Carta habían perseguido sin piedad á los intérlopes olvidando por completo que una cosa era perseguir á los intérlopes en los mares orientales, y otra perseguirlos en el puerto de Londres. Hasta aquí la guerra del monopolio contra el comercio particular habíase hecho generalmente á quince mil millas de distancia de Inglaterra. Si se cometían actos de crueldad, los ingleses no los veían ni tenían noticia de ellos hasta mucho después de haberse cometido; y en modo alguno era cosa fácil saber con certeza en Westminster de parte de quién estaba la razón en una disputa ocurrida tres ó cuatro años antes en Moorshedabad ó en Cantón. Con increíble imprevisión determinaron los directores, en el mismo momento en que

la suerte de su Compañía estaba en la balanza, obsequiar á los habitantes de su país con la vista de una de las más odiosas fases del monopolio. Algunos ricos mercaderes de Londres habían equipado un hermoso barco llamado el *Redbridge*. La tripulación era numerosa; el cargamento, de inmenso valor. Habíanlo despachado para Alicante; pero no faltó motivo para sospechar que realmente había sido fletado para las comarcas situadas allende el cabo de Buena Esperanza. Fué detenido el barco por el Almirantazgo en cumplimiento de una orden que obtuvo la Compañía del Consejo Privado, por influencia, sin duda, del Lord Presidente. Cada día que el barco permanecía en el Támesis, causaba á los dueños crecidos gastos. La indignación en la City fué grande y general. Sostenía la Compañía que de la legalidad del monopolio seguíase necesariamente la legalidad de la detención. El público volvió el argumento del revés, y firmemente convencido de que la detención era ilegal, dedujo la consecuencia de que también el monopolio debía serlo. Estaba la disputa en su apogeo cuando se reunió el Parlamento. Ambas partes se apresuraron á poner peticiones sobre la mesa de los Comunes; y se resolvió que toda la Cámara, constituída en comité, tomara en consideración estas peticiones. La primera cuestión en que las partes contendientes probaron sus fuerzas fué la elección de presidente. Los enemigos de la antigua Compañía propusieron á Papillon, un tiempo el más íntimo aliado y luego el más implacable enemigo de Child, y triunfaron por ciento treinta y ocho votos contra ciento seis. El comité procedió á investigar con qué autoridad había sido detenido el *Redbridge*. Uno de los dueños del barco, Gilberto Heathcote, rico comerciante y firme whig, se presentó en la barra como

testigo. Preguntáronle si se atrevería á negar que el barco estaba realmente destinado á comerciar con la India. «Que yo sepa—contestó—no es pecado el comerciar con la India; y yo comerciaré con la India mientras una ley del Parlamento no me lo prohiba.» Papillon anunció que á juicio del comité la detención del *Redbridge* era ilegal. Se propuso entonces la cuestión de si la Cámara estaba de acuerdo con el comité. Los amigos de la antigua Compañía se arriesgaron á una segunda votación, y fueron derrotados por ciento setenta y un votos contra ciento veinticinco (1).

A este golpe sucedió otro inmediatamente. Pocos días después se hizo una moción declarando que todos los súbditos de Inglaterra tenían derecho á comerciar con las Indias Orientales, á menos que se lo prohibiese una ley del Parlamento; y los amigos de la antigua Compañía, conociendo sus escasas fuerzas, la dejaron pasar sin pedir que se pusiera á votación (2).

Este memorable acuerdo resolvió la más importante de las cuestiones constitucionales que el bill de Derechos había dejado sin resolver. Ha quedado desde entonces establecido como buena doctrina que ningún poder que no sea toda la legislatura puede otorgar á ninguna persona ó corporación privilegio exclusivo de comerciar en ninguna parte del mundo.

Opinaba la gran mayoría de la Cámara de los Comunes que el comercio de la India sólo podría sostenerse con ventaja por medio de una Compañía por acciones que contara con el monopolio. Era, pues, de esperar que la resolución que destruía el monopolio de la antigua Compañía sería inmediatamente se-

(1) *Commons' Journals*, enero 6 y 8, 1693 94.

(2) Ibid. enero 19, 1693-94.

guido de una ley por la cual se concediera á la Nueva. No se aprobó, sin embargo, ley semejante. Aunque la antigua Compañía no tenía fuerza bastante para defender sus privilegios, podía con ayuda de sus amigos tories impedir que la asociación rival obtuviera privilegios semejantes. La consecuencia fué que durante algunos años hubiera, nominalmente, libertad de comercio con la India. En realidad, aquel comercio continuaba sujeto á severas restricciones. El aventurero particular podía ciertamente, sin obstáculo, hacerse á la vela de Inglaterra; pero tan pronto había doblado el cabo de Buena Esperanza, su situación era tan peligrosa como antes. Los acuerdos de la Cámara de los Comunes podían ser muy respetados por los funcionarios públicos en Londres, pero en Bombay ó en Calcuta, eran tales acuerdos mucho menos respetados que una carta particular de Child; y Child continuaba sosteniendo la batalla con inquebrantable firmeza. Envió órdenes á las factorías de la Compañía para que no hubiera piedad con los intérlopes. Respecto á la Cámara de los Comunes y á sus resoluciones, manifestaba el más profundo desprecio. «Guiaos por mis instrucciones—escribía—y no por los desatinos de algunos ignorantes caballeros del campo que apenas son capaces de manejar sus negocios particulares y que no saben una palabra de cuestiones de comercio.» Sus órdenes deben haber sido obedecidas. En todo el Oriente, durante este período de anarquía, el servidor de la Compañía y el comerciante independiente se hacían la guerra, se acusaban mutuamente de piratería, y trataban, por todos los medios imaginables, de exasperar el uno contra el otro al Gobierno mogol (1).

---

(1) Hamilton, *New Account.*

Las tres grandes cuestiones del año precedente fueron de nuevo sometidas este año al examen del Parlamento. En la primera semana de la legislatura fueron depositados sobre la mesa de la Cámara de los Comunes un bill reglamentando los procesos en casos de alta traición, otro relativo á los Parlamentos trienales, y otro proponiendo una ley de empleados.

XXXVI.

Bill reglamentando los procesos de alta traición.

Ninguno de estos bills llegó á ser ley. El primero fué aprobado en los Comunes, pero encontró mala acogida en los Lores. Guillermo tenía tanto interés en esta cuestión, que se presentó en la alta Cámara, no con corona y manto, sino vestido de particular, y asistió á todo el debate sobre la segunda lectura. Caermarthen habló de los peligros á que entonces se hallaba expuesto el Estado, suplicando á sus colegas que no dieran en tal momento impunidad á los traidores. Fué poderosamente ayudado por dos oradores eminentes que durante algunos años habían combatido siempre contra la Corte, pero que en esta legislatura se mostraron dispuestos á apoyar al Gobierno, Halifax y Mulgrave. Marlborough, Rochester y Nottingham hablaron en favor del bill; pero se veía tan claramente que la opinión general era contraria, que no se atrevieron á pedir votación. Es probable, sin embargo, que las razones presentadas por Caermarthen no fueran lo que principalmente influyó en el auditorio. Los Pares estaban firmemente decididos á que no pasara el bill sin una cláusula que alterase

la constitución del tribunal del Lord Gran Senescal: sabían que la Cámara Baja estaba tan firmemente decidida como ellos á no aprobar semejante cláusula; y les pareció mejor que lo que había de suceder al final, sucediera desde luego y sin dar lugar á disputa (1).

XXXVII.

El bill Trienal.

La suerte del bill Trienal confundió todos los cálculos de los políticos mejor informados de la época, y tal vez pueda parecernos á nosotros extraordinaria. Durante las vacaciones, en numerosos folletos, compuestos en su mayor parte por celosos partidarios de la Revolución y de los principios populares de gobierno, habíase presentado aquel bill como cosa necesaria, como remedio universal de los males que aquejaban al Estado. En la Cámara de los Comunes pasaron sin votación la primera, segunda y tercera lecturas. Los whigs estaban entusiasmados. Los tories parecían dispuestos á condescender. Dábase por seguro que, aun cuando el Rey había hecho uso de su veto para que las Cámaras pudieran examinar de nuevo el asunto, no tenía intención de oponerse

(1) He encontrado el bill en el archivo de la Cámara de los Lores. De su historia me informé por los *Diarios* de las dos Cámaras, por un pasaje del *Diario de Narciso Luttrell* y por dos cartas á los Estados Generales, ambas fechadas á 27 de febrero (9 de marzo), 1694, al otro día de la discusión en los Lores. Una de estas cartas es de Van Citters; la otra, que contiene noticias más minuciosas, es de L'Hermitage.

pertinazmente á sus deseos. Pero Seymour, con una sagacidad que su larga experiencia había madurado, después de diferir la lucha hasta el último momento, arrancó la victoria á sus adversarios, precisamente cuando la creían más segura. Cuando el Presidente, con el bill en la mano, preguntó si se aprobaba, ciento cuarenta y seis dijeron que no, y sólo ciento treinta y seis dijeron que sí (1). Algunos vehementes whigs se lisonjeaban de que su derrota era efecto de una sorpresa, y que había medio de repararla. Á los tres días, pues, Monmouth, el más ardiente y revoltoso de todo el partido, presentó en la Alta Cámara un bill que, en sustancia, venía á decir lo mismo que el que tan inesperadamente había sido derrotado en la Baja. Los Pares aprobaron este bill muy pronto y lo enviaron á los Comunes. Pero en los Comunes no fué bien recibido. Muchos diputados que habían declarado opinar que la duración de los parlamentos debía ser limitada, llevaron á mal la intervención de la rama hereditaria de la legislatura en un asunto que era de la especial competencia de la rama electiva. La cuestión, decían, es de las que especialmente nos corresponden; la hemos examinado, hemos llegado á una decisión, y no es proceder parlamentario ni

(1) *Commons' Journals*, nov 28, 1693; Grey, *Debates*. L'Hermitage esperaba que el bill sería aprobado y que no se le retiraría la regia sanción. En 17 (27 de noviembre escribía á los Estados Generales: «Il paroist dans toute la Chambre beaucoup de passion á faire passer ce bill.» En 28 de noviembre (dic. 8), dice que la votación para aprobarlo «n'a pas causé une petite surprise. Il est difficile d'avoir un point fixe sur les idées qu'on peut se former des émotions du Parlement, car il paroist quelquefois de grandes chaleurs qui semblent devoir tout enflammer, et qui, peu de tems apres, s'évaporent.» Que Seymour era el principal entre los que combatían el bill, se demuestra también con el folleto, un tiempo famoso, titulado: *Hush Money* (El silencio comprado), de aquel año.

delicado por parte de sus señorías el solicitar que revoquemos aquella decisión. La cuestión actual no es si la duración de los parlamentos ha de ser limitada, sino si debemos someter nuestro fallo á la autoridad de los Pares, y rescindir, por obedecerles, una resolución tomada hace quince días. La animosidad con que era mirado el orden patricio fué todavía aumentada por las artes y la elocuencia de Seymour. El bill contenía una definición de las palabras «tener parlamento». Esta definición fué examinada con gran suspicacia, y pareció á muchos, con muy leve fundamento, redactada para extender los privilegios, ya demasiado grandes, de la nobleza. Resulta de los escasos y oscuros fragmentos de los debates que han llegado hasta nosotros, que se hicieron acerbas críticas sobre la conducta general, política y jurídica de los Lores. El viejo Tito, aunque celoso defensor de los parlamentos trienales, confesó que no le sorprendía el enojo que parecía animar á muchos diputados. «Es verdad—dijo—que debe disolverse el Parlamento; pero también hay que confesar que es demasiado fuerte que sean los Lores los que hayan de prescribir la época de la disolución. El apóstol San Pablo deseaba también la disolución; pero se me figura que si sus amigos le hubieran fijado el día no le hubiera gustado tener que aceptarlo.» El bill fué rechazado por ciento noventa y siete votos contra ciento veintisiete (1).

---

(1) *Commons' Journals*; Grey, *Debates*. La copia en limpio de este bill fué enviada á la Cámara de los Comunes y se ha perdido. El borrador original, en papel, se encuentra en el archivo de los Lores He sabido que Monmouth fué quien presentó el bill, por una carta de L'Hermitage á los Estados Generales, de diciembre 1 (11), 1693. Para las cifras de la votación me he guiado por los *Diarios*. Pero en los *Debates* de Grey y en las cartas de Van Citters y de L'Hermitage se dice que la minoría tuvo 172 votos.

XXXVIII.

Bill relativo á los empleados.

Este bill, que difería muy poco del presentado un año antes, fué aprobado sin dificultad en la Cámara de los Comunes. La mayoría de los tories le prestó su entusiasta apoyo, y los whigs no se aventuraron á combatirlo. Fué enviado á la Alta Cámara, y pronto lo devolvieron completamente cambiado. Tal como había sido redactado primeramente, establecía que ningún miembro de la Cámara de los Comunes elegido después de 1.° de Enero de 1694, pudiera aceptar ningún empleo retribuido por la Corona, so pena de perder su investidura y de quedar incapacitado para volver á formar parte del mismo Parlamento. Los Lores habían añadido las palabras: «á menos que después sea elegido nuevamente para servir en el mismo Parlamento». Estas palabras, con ser tan pocas, bastaban para quitar al bill las nueve décimas partes de su eficacia, tanto para bien como para mal. Era muy conveniente que la gran multitud de funcionarios públicos subordinados quedaran excluídos de la Cámara de los Comunes. Pero en modo alguno era de desear que los jefes de los principales departamentos de la administración fueran excluídos de aquella Cámara. El bill así reformado abría las puertas del Parlamento á los que debían y á los que no debían ser admitidos. Dejaba entrar, muy acertadamente, á los Secretarios de Estado y al Canciller de Hacienda; pero juntamente con ellos dejaba entrar á los comisarios que expedían licencias para el comercio de

vinos, y á los comisarios de la armada, á los recaudadores, inspectores, guardas de provisiones, escribientes de actas y escribientes de bonos, á los empleados del Tribunal de la Real Casa y á los del Gran Guardarropa. Tan lejos estaban los Comunes de comprender la significación de esta medida, que después de haber hecho una ley, que era, en un respecto, la más perjudicial, y en otro la más beneficiosa, no encontraban inconveniente alguno en que fuera transformada en una ley casi completamente inofensiva é inútil. Aceptaron la enmienda, y nada faltaba ya más que la regia sanción.

Ésta no debía negarse ciertamente, y es probable que no hubiera faltado, si Guillermo hubiera sabido cuán poco importante era el bill en su forma actual. Pero á él le sucedió como á los Comunes, que no entendió la cuestión Sabia que imaginaban haber encontrado una limitación eficacísima del poder real, y resolvió no someterse sin lucha á semejante limitación. Animábale el éxito con que hasta aquí había resistido las tentativas de las dos Cámaras para limitar su prerrogativa. Había negado su aprobación al bill que dotaba á los jueces á expensas de su renta hereditaria, y el Parlamento había asentido silenciosamente ante la justicia de la negativa. Habíase negado á aprobar el bill Trienal, y los Comunes, al rechazar después dos bills trienales, habían reconocido que el Rey había obrado bien. Sin embargo, debía haber considerado que en estas ocasiones, el anuncio de su negativa fué inmediatamente seguido del anuncio de la suspensión del Parlamento. En todas estas ocasiones, pues, habían transcurrido seis meses, durante los cuales habían podido los diputados meditar y calmarse antes de la primera sesión. Pero ahora la situación era muy diferente. Apenas se habían

comenzado á tratar los principales asuntos de la legislatura. Todavía se estaban examinando los presupuestos; aun no se habían aprobado los bills de subsidios; y si las Cámaras llegaban á irritarse, las consecuencias podrían ser muy graves.

Guillermo, sin embargo, resolvió correr el riesgo. No se sabe si fué aconsejado por alguien. A lo que parece, su determinación cogió de sorpresa á los principales whigs y á los principales toríes. Cuando el Secretario anunció que los Reyes examinarían el bill relativo á los acuerdos libres é imparciales del Parlamento, los Comunes se retiraron de la barra de los Lores en estado de violenta irritación. Tan pronto como el Speaker volvió á ocupar la presidencia, se promovió un debate largo y borrascoso. Aplazáronse todas las demás cuestiones. Suspendióse la reunión de todos los comités. Se resolvió que al otro día por la mañana temprano examinara la Cámara el estado de la nación. A la mañana siguiente la agitación no había disminuído. Fué enviado el macero á Westminster Hall y al Tribunal de Peticiones para hacer acudir á la Cámara á todos los diputados que encontrara en estos sitios. A fin de que ninguno pudiera marchar sin ser notado, se cerró la puerta del fondo, y la llave fué puesta sobre la mesa. Hízose retirar á todas las personas extrañas á la Cámara. Con tan solemnes preparativos comenzó una sesión que recordaba á algunos ancianos las primeras sesiones del Parlamento Largo. Los enemigos del Gobierno prorrumpían en frases violentas; sus amigos, temerosos de que los acusaran de abandonar la causa de los Comunes de Inglaterra por conservar el favor real, apenas se atrevían á levantar la voz. Sólo Montague parece haber defendido al Rey. Lowther, á pesar de su alto empleo y de formar parte del Gabinete, declaró

que debía haber influencias perniciosas, y manifestó su deseo de ver rodeado al Soberano de consejeros en quienes los representantes del pueblo pudieran confiar. Harley, Foley y Howe arrollaron á cuantos intentaron oponérseles. Una resolución declarando enemigos públicos á los que en esta ocasión habían aconsejado á la Corona, fué aprobada con sólo dos ó tres votos en contra. Harley, después de recordar á sus oyentes que también ellos, como el Rey, tenían su voto negativo, y que si S. M. les negaba reparación, ellos podían rehusarle el dinero, propuso que acudieran al Trono, no como de ordinario, con un humilde mensaje, sino con una representación. Algunos miembros propusieron que se sustituyera la palabra más respetuosa de mensaje; pero fueron derrotados, nombrándose una comisión encargada de redactar la representación.

Pasó otra noche, y cuando volvió á reunirse la Cámara se vió que la tormenta había perdido gran parte de su violencia. La maliciosa alegría y las insensatas esperanzas que durante las últimas cuarenta y ocho horas habían manifestado los jacobitas con su imprudencia usual, habían irritado y alarmado á los whigs y á los toríes moderados. Intimidó también á muchos miembros de la Cámara el oir que Guillermo estaba firmemente resuelto á no ceder sin apelar á la nación. Semejante proceder podía darle buen resultado, porque, en aquel momento, la disolución de la Cámara, fuera cualquiera el motivo, hubiera sido un ejercicio de la prerrogativa altamente popular. Nadie ignoraba que el cuerpo electoral era generalmente celoso partidario del bill Trienal, dando comparativamente poca importancia á la ley de empleados. Así, pues, muchos diputados toríes, que recientemente habían votado el bill Trienal, en modo alguno desea-

ban correr los riesgos de unas elecciones generales. Cuando se dió lectura á la representación que Harley y sus amigos habían preparado, pareció demasiado dura y violenta. Después de examinada en comité y de suavizarla y abreviarla, fué presentada por toda la Cámara. La contestación de Guillermo fué afable y cortés, pero no concedió nada. Aseguró á los Comunes que recordaba con gratitud el apoyo que en muchas ocasiones le habían prestado; que siempre consideraría su consejo como de grandísimo valor, y que siempre consideraría como enemigos suyos á los consejeros que intentaran enemistarle con su Parlamento; pero no dijo una palabra que pudiera interpretarse como una declaración de que había hecho mal uso de su veto ó como una promesa de que no volvería á hacer uso de él.

Al día siguiente los Comunes tomaron en consideración el discurso del Rey. Harley y sus aliados se quejaron de que la respuesta de Guillermo no resolvía nada, amenazaron con unir la ley de empleados á un bill de subsidios, y propusieron hacer una segunda representación, instando á S. M. á que se explicara más claramente. Mas por este tiempo habíase operado una fuerte reacción en los sentimientos de la asamblea. Los whigs, no sólo se habían repuesto de su desaliento, sino que estaban llenos de ánimo y ávidos de lucha. Wharton, Russell y Littleton sostuvieron que la Cámara debía darse por satisfecha con lo que el Rey había dicho. «¿Pretendéis, acaso—decía Littleton—dar gusto á vuestros enemigos? No escasean, en verdad, que hasta las mismas puertas vienen á sitiarnos. Al atravesar el pasillo, leemos en la cara y en los gestos de cuantos *nonjurors* encontramos al paso el placer que les produce la momentánea disidencia que ha surgido entre nosotros y el Rey. Esto

debería ser suficiente advertencia para nosotros. Podemos estar seguros de la justicia de nuestro voto, siempre que tienda á confundir las esperanzas de los traidores.» Procedióse á votación. Harley contaba los votos de un partido; Wharton, los del otro. Solo ochenta y ocho votaron con Harley; doscientos veintinueve votaron con Wharton. Los whigs quedaron tan contentos de su victoria, que algunos querían presentar un voto de gracias á Guillermo por su magnánima respuesta; pero algunos varones prudentes hubieron de refrenar su entusiasmo. «Hemos perdido bastante tiempo en estos desdichados debates—dijo un jefe del partido.—Pasemos á los arbitrios lo más pronto posible. La mejor manera de dar gracias es un bill de subsidios.»

Así terminó, más felizmente de lo que Guillermo tenía derecho á esperar, una de las disputas más peligrosas que haya tenido jamás con su Parlamento. En la Embajada holandesa habían seguido con profundo interés la formación y desaparición de esta tormenta; y, según parece, era allí opinión general que no había perdido el Rey con su conducta popularidad ni poderío (1).

(1) El bill se encuentra en el archivo de la Cámara de los Lores. He sacado su historia de los *Diarios*, de los *Debates* de Grey, y de las interesantísimas cartas de Van Citters y L'Hermitage. Me parece que de los *Debates* de Grey puede deducirse con claridad que un discurso que L'Hermitage atribuye á un anónimo «quelqu' un» fué pronunciado por sir Tomás Littleton.

XXXIX.

Bill de naturalización de los protestantes extranjeros.

Examinóse por este mismo tiempo otra cuestión que había excitado irritación casi tan violenta como la anterior en el Parlamento y en el país. El 6 de diciembre, un miembro whig de la Cámara de los Comunes obtuvo licencia para presentar un bill relativo á la naturalización de extranjeros protestantes. No faltaban argumentos plausibles en favor de tal medida. Gran multitud de personas, eminentemente industriosas é inteligentes, firmes partidarias de nuestra fe, y mortales enemigas de nuestros enemigos mortales, se encontraban entonces sin patria. Entre los hugonotes que habían huído de la tiranía del Rey de Francia, habíalos de gran fama en las armas, en las letras, en las artes y en las ciencias, y hasta los más humildes refugiados estaban intelectual y moralmente por encima del nivel del pueblo llano de cualquier reino de Europa. Con los protestantes franceses que habían sido arrojados al destierro por los edictos de Luis XIV, se mezclaban ahora protestantes alemanes arrojados al destierro por las armas de Francia. Viena, Berlín, Basilea, Hamburgo, Amsterdam, Londres, estaban llenas de hombres honrados y laboriosos que habían sido un tiempo ricos ciudadanos de Heidelberg ó Manheim, ó que habían cultivado viñedos en las orillas del Neckar y del Rhin. Muy bien podía ocurrírsele á un hombre de Estado, que sería al mismo tiempo un acto de generosidad y de política, invitar á establecerse en Inglaterra y á incorporarse con el pueblo

inglés á emigrados tan infortunados y dignos de respeto. Su ingenio y diligencia no podían menos de enriquecer cualquier país que les ofreciera un asilo; ni podía dudarse que defenderían con valor su patria adoptiva contra aquel cuya crueldad les había arrojado del país de su nacimiento.

Las dos primeras lecturas pasaron sin votación Pero cuando se hizo la moción de si pasaba el bill al comité, se suscitó un debate en el que los contrarios del Gobierno hicieron amplio uso de la libertad de la tribuna. Era ocioso, decían, hablar de los pobres hugonotes ó de los pobres habitantes del Palatinado. El bill tenía, evidentemente, por objeto aprovechar, no á los protestantes franceses ó alemanes, sino á los holandeses, los cuales serían protestantes papistas ó paganos, á razón de un florín por cabeza, y que, á no dudar, estarían tan dispuestos á firmar la Declaración contra la transustanciación en Inglaterra, como á pisotear la cruz en el Japón. Invadirían el país en masa. Llenarían todas las oficinas públicas; se les encontraría recaudando los derechos de aduanas y aforando los barriles de cerveza. Nuestras leyes de navegación serían virtualmente revocadas. Todo buque mercante que saliera del Támesis ó del Severn iría tripulado por naturales de Zelanda, Holanda y Frisia. A nuestros marineros les quedaría el duro y peligroso servicio de la marina de guerra Porque *Hans* (1), después de llenar los bolsillos de sus inmensas calzas con nuestro dinero, gracias á haberse naturalizado, tan pronto se hiciese alguna leva para la armada, reclamaría los derechos é inmunidades de extranjero. No tardarían los intrusos en dominar en todos los municipios. Arrojarían á nuestros *Aldermen* de la Bolsa

(1) Manera familiar de designar á los holandeses.—N. del T.

Real. Comprarían los bosques y palacios patrimoniales de nuestros caballeros del campo. Ya estábamos sufriendo una de las más repugnantes plagas de Egipto. Se habían visto ranas hasta en las regias habitaciones. No era posible ir á Saint-James sin tener que oir el desagradable canto de los reptiles de los pantanos holandeses; y si este bill era aprobado, todo el país tendría que sufrir aquellos animales repugnantes que ya habían invadido el palacio.

El orador que se expresó más libremente en esta clase de oratoria fué sir John Knight, diputado por Brístol, jacobita de inteligencia vulgar y ánimo despechado, que si fuera hombre honrado hubiera sido *nonjuror*. Dos años antes, siendo mayor de Bristol, había adquirido poco honrosa notoriedad tratando con gran desacato un despacho sellado con el Gran Sello de los Soberanos á quienes repetidas veces había jurado obediencia, y excitando á la canalla de su ciudad á que insultara á los jueces (1). Terminó actualmente una salvaje invectiva, proponiendo al sargento de armas abriera las puertas de la Cámara para que el odioso rollo de pergamino, que era nada menos que una renuncia del derecho de nacimiento del pueblo inglés, fuera tratado con el desprecio que merecía. «Arrojemos primero el bill ignominiosamente de la Cámara—decía—y luego arrojaremos también del reino á los extranjeros.»

Habiéndose procedido á votar la moción para que el bill pasara al Comité, fué aprobada por ciento sesenta y tres votos contra ciento veintiocho (2). Pero la minoría se mostró intransigente y obstinada, y la mayoría pronto comenzó á ceder. El discurso de

---

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, set. de 1691.
(2) *Commons' Journals*, enero 4, 1693-94.

Knight, retocado y en forma todavía más agresiva, apareció pronto impreso sin licencia. Enviáronse millares de ejemplares por el correo, ó se dejaron caer en las calles; y tal era la fuerza de la preocupación nacional, que gran número de personas que leían este libelo le daban su asentimiento y admiración. Pero cuando se presentó un ejemplar en la Cámara, fué tal la explosión de indignación y disgusto, que intimidó al orador, con ser de condición tan desvergonzada y grosera. Viéndose en peligro inminente de ser expulsado y encerrado en una prisión, trató de disculparse, y desautorizó en absoluto el papel cuyo contenido se decía que era un relato de lo dicho por él. Logró salir impune; pero su discurso fué declarado falso, escandaloso y sedicioso, y fué quemado por mano del verdugo en el patio del palacio. El bill que había sido causa de toda esta agitación se dejó, prudentemente, caer en el olvido (1).

XL.

Subsidios.

En tanto, los Comunes se ocupaban en cuestiones financieras de grave importancia. El presupuesto para

(1) No creo que exista copia alguna del Bill de Naturalización. La historia de este bill se hallara en los *Diarios*. Por Van Citters y L Hermitage no tenemos noticias tan minuciosas como era de esperar en un asunto que debia interesar mucho á los estadistas holandeses; el discurso de Knight se hallará entre los Papeles de Somers. Su correligionario, el jacobita Rogerio North, lo describe como «un caballero de tan eminente integridad y lealtad como jamás había tenido la ciudad de Bristol la honra de poseer».

1694 era enorme. El Rey propuso añadir al ejército regular, que era ya el mayor que jamás había sostenido Inglaterra, cuatro regimientos de dragones, ocho de caballería y veinticinco de infantería. De este modo el total de las fuerzas, incluyendo los oficiales, ascendería á unos noventa y cuatro mil hombres (1). Cromwell, sujetando tres reinos refractarios, y haciendo vigorosamente la guerra á España, en Europa y en América, no había tenido nunca las dos terceras partes del ejército que ahora Guillermo creía necesario. La gran mayoría de los toríes, capitaneada por tres jefes whigs, Harley, Foley y Howe, se negaron á todo aumento. La gran mayoría de los whigs, capitaneada por Montague y Wharton, quería conceder todo lo que se pedía. Después de muchas y muy largas discusiones, y, según parece probable, de muchas votaciones reñidas en el Comité de Subsidios, obtuvo el Rey la mayor parte de lo que solicitaba. La Cámara le concedió cuatro nuevos regimientos de dragones, seis de caballería y quince de infantería. El número total de tropas votado para el año ascendió á ochenta y tres mil hombres; los gastos, á más de dos millones y medio, incluyendo unas doscientas mil libras para la artillería (2).

El presupuesto naval pasó mucho más rápidamente, porque whigs y toríes estaban de acuerdo en que se debía mantener á toda costa el ascendiente marítimo

(1) *Commons' Journals,* dic. 5, 1693-94.

(2) *Commons' Journals*, dic. 20 y 22, 1693-94. Los *Diarios* no contenían entonces noticia alguna de las votaciones que se efectuaban estando la Cámara en comité. No hubo más que una votación sobre el presupuesto del ejército para este año, estando la maza sobre la mesa. Esta votación fué al tratar de si se concederían 60.000 ó 147.000 libras para hospitales y contingencias. Los whigs consiguieron la suma mayor por 181 votos contra 120. Wharton dijo los votos de la mayoría y Foley los de la minoría.

de Inglaterra. Se votaron quinientas mil libras para pagar los atrasos que se debían á la armada, y dos millones para los gastos del año de 1694 (1).

XLI.

Arbitrios.—Empréstito de la lotería.

Los Comunes pasaron entonces á tratar la cuestión de arbitrios. Renovóse el impuesto territorial, á razón de cuatro chelines por libra esterlina, y gracias á este mecanismo, sencillo, pero poderoso, el Gobierno reunió sin riesgo y con prontitud cerca de dos millones (2). Se estableció un impuesto de capitación (3). Los derechos de timbre figuraban desde hacía largo tiempo entre los recursos fiscales de Holanda y Francia, y habían existido entre nosotros durante una parte del reinado de Carlos II, pero los habían dejado caducar. Fueron resucitados actualmente, y desde entonces han formado siempre una parte importante de la renta del Estado (4). Los coches de alquiler de la capital fueron también sometidos á impuesto y colocados bajo la vigilancia de comisarios, á pesar de la resistencia de las mujeres de los cocheros, que se reunieron alrededor del palacio de Westminster é insultaron á los diputados (5). Pero con todos estos expedientes todavía quedaba un gran déficit, y fué

(1) *Commons' Journals*, nov. 25, 1693-94.

(2) Stat. 5 W. and M. c 1.

(3) Stat. 5 and 6 W. and. M. c. 14.

(4) Stat. 5 and 6 W. and M c. 21; Narciso Luttrell, *Diary*

(5) Stat. 5 and 6 W. and M. c. 22; Narciso Luttrell, *Diary*

necesario recurrir á un nuevo empréstito. Para que le sirvieran de garantía se establecieron separadamente nuevos derechos sobre la sal y algunos impuestos de menos importancia. Con la garantía de este fondo se debía levantar un millón por medio de una lotería, la cual apenas si tiene de común más que el nombre con las loterías de época posterior La suma que se debía reunir fué distribuída en cien mil acciones de á diez libras cada una. El interés de cada acción sería de veinte chelines anuales, ó en otros términos, de diez por ciento, durante diez y seis años. Pero el diez por ciento durante diez y seis años no era cebo suficiente para atraer á los prestamistas. Agregóse, pues, un nuevo incentivo para atraer el capital. La cuadragésima parte de las acciones tendría un interés mucho más subido que las otras treinta y nueve cuadragésimas partes. La suerte determinaría cuáles habían de ser las acciones premiadas. Los arreglos para la emisión de los billetes estaban á cargo de un aventurero llamado Neale, que después de derrochar dos fortunas, había tenido que contentarse con ser uno de los funcionarios encargados de los juegos de Palacio. Su deber era cantar los puntos cuando la Corte se entretenía en juegos de azar, suministrar naipes y dados, y decidir cualquier disputa que pudiera originarse en el juego. Tenía gran habilidad para el desempeño de estas no muy elevadas funciones, y había logrado reunir sumas considerables por medio de la lotería, en términos de poder meterse en especulaciones muy costosas, y estaba entonces cubriendo de casas el terreno que rodea á Seven Dials. Era, seguramente, el juez de más competencia que se hubiera podido consultar para los detalles de una lotería. Sin embargo, no faltaron personas que juzgaron muy poco decoroso que

el Tesoro solicitase la ayuda de un jugador de profesión (1).

El empréstito de la lotería, según era llamado, produjo un millón. Pero se necesitaba otro millón para que en el presupuesto de 1694 resultaran nivelados los gastos con los ingresos. El ingenioso y emprendedor Montague tenía dispuesto un plan que, á no haber sido por la urgencia de grandes dificultades pecuniarias, no hubieran aprobado fácilmente los Comunes, pero que á su grande y vigorosa inteligencia presentaba ventajas comerciales y políticas más importantes que el inmediato remedio de la Hacienda. Consiguió, no sólo atender á las necesidades del Estado durante un año, sino fundar una gran institución que, después del trascurso de más de siglo y medio, continúa floreciente, y que su autor vivió bastante para ver convertida en el más firme sostén del partido whig en todas las vicisitudes, y en baluarte de la sucesión protestante en tiempos peligrosos.

---

(1) Stat. 5 W. and M. c. 7; *Diario de Evelyn*, oct. 5, nov. 22, 1691; *Poema sobre los proyectos del squire Neale*; Malcolm, *Historia de Londres*. Las funciones de Neale están descritas en varias ediciones del *Estado de Inglaterra* de Chamberlayne. Su nombre ocurre con frecuencia en la *London Gazette*, como, por ejemplo, en el número de 28 de julio de 1684.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE.

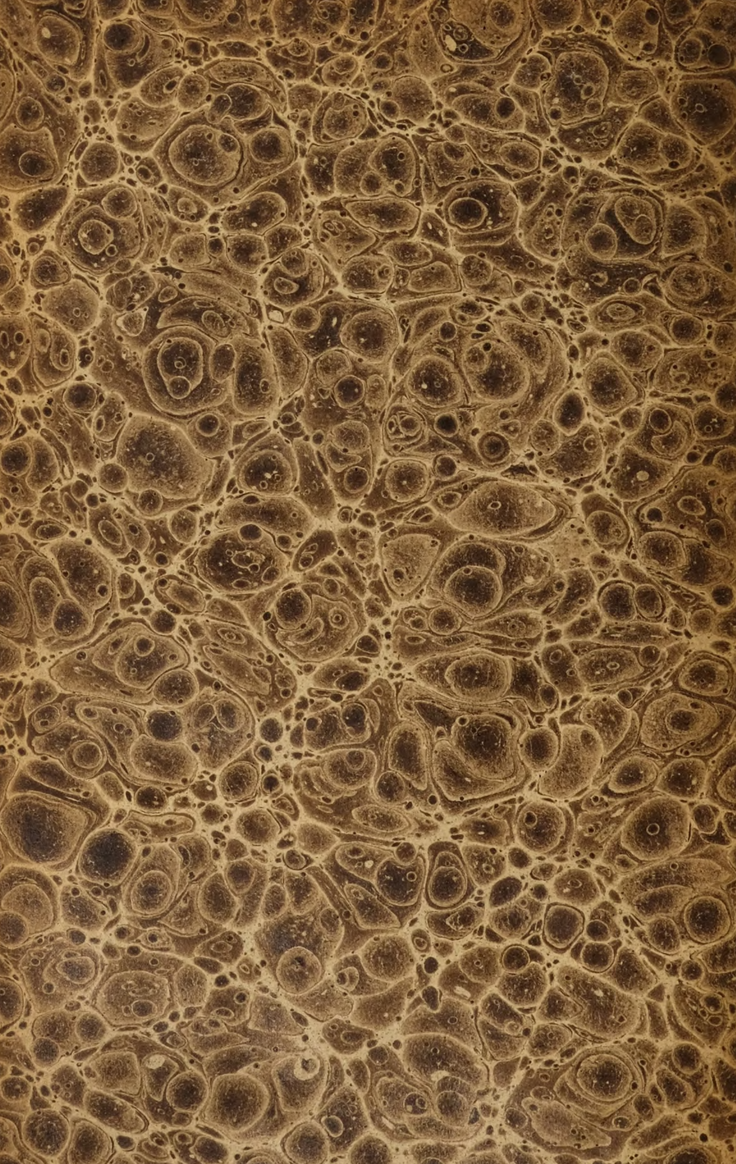
CAPÍTULO OCTAVO.

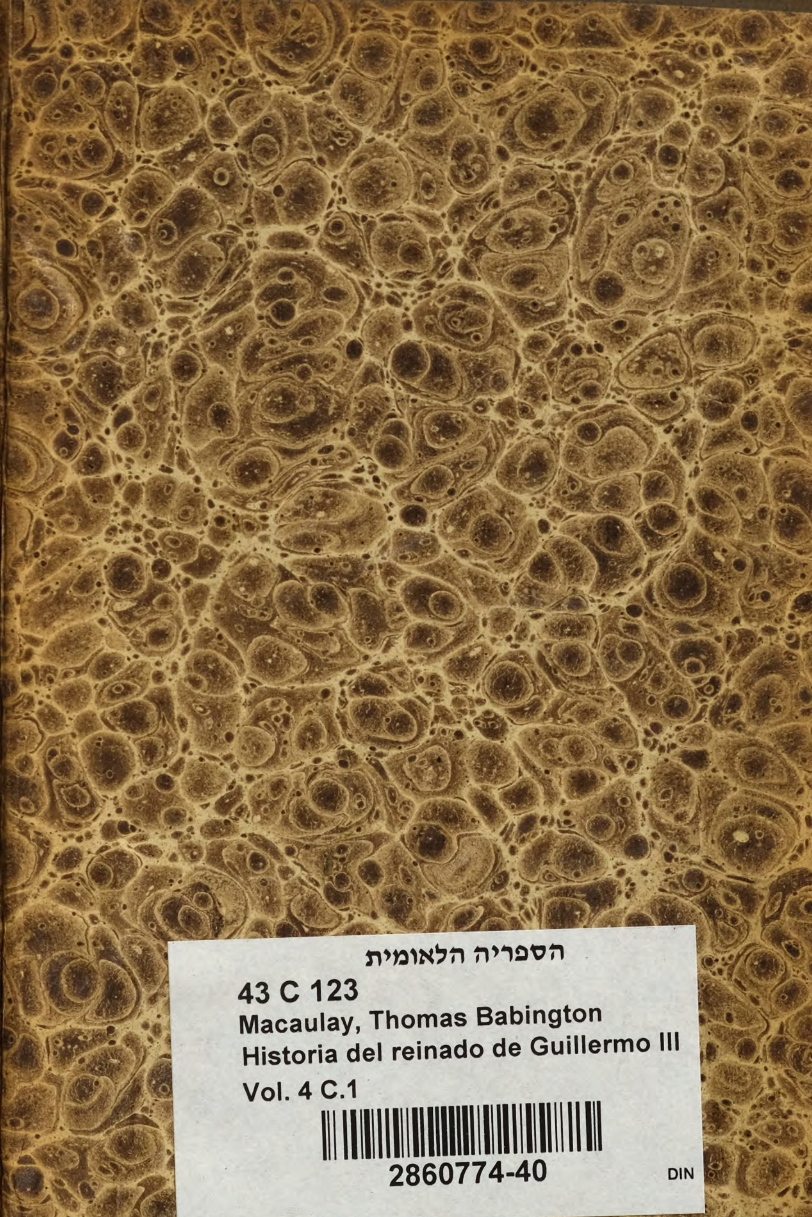
(CONTINUACIÓN.)

CAPÍTULO NOVENO.

CAPÍTULO DÉCIMO.






הספריה הלאומית
43 C 123
Macaulay, Thomas Babington
Historia del reinado de Guillermo III
Vol. 4 C.1
2860774-40
DIN

